



de

ASESINATO EN MONTMARTRE

Una investigación
de Almée Leduc
en París

C A R A B L A C K

Almée Leduc es a París lo que el comisario Brunetti.
Cara Black ha sido considerada la nueva Donna I

Lectulandia

Al intentar salvar a una amiga de la niñez (ahora policia) de ser acusada de asesinato, Aimée se cruza en el camino de los personajes más curiosos de Montmartre: separatistas corsos radicales, gánsteres, los Servicios de Seguridad, prostitutas, descendientes de artistas y otros bohemios. Identificar al verdadero asesino acerca a Aimée a la resolución del misterio que rodea la muerte de su propio padre, unos años antes, en una explosión en la plaza Vendôme, una muerte que todavía acecha sus pensamientos. No descansará hasta que descubra quién fue el responsable.

Lectulandia

Cara Black

Asesinato en Montmartre

Aimée Leduc - 6

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2017

Título original: *Murder in Montmartre*
Cara Black, 2005
Traducción: María del Pilar Díaz Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En París, el pasado siempre está presente, nunca se puede escapar de él.
—Françoise Sagan

AGRADECIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento a Dot, Heather y Jan, doctor Teeri Haddix, M. D., Mark Haddix, Dorothy Arkell, Carla Bach, Jean Satzer, Warren, Grace Loh, Don Cannon, Anton Rittu y Stephen Scholer. En París: Alice B, Marie Colonna dePaoli por sus conocimientos sobre polifonía y sobre su isla, Córcega, Chantal Landi-Costerian, Chez Ammad, Espace Cyrnéa y Cintu, y Jon Henley. Gratitud de todo corazón a *ma chère* Anne-Francoise Delbegue, Cathy Etile de la policía de París, Sarah Laurence Peltier por enseñarme Lamorlaye, Jean-Damien, Samir, Roger Trugnan, héroe de la Resistencia, Edwina, Gilés, Emma y al Bus des Femmes, *madame* y *monsieur* Invisibles, así llamados por razones de seguridad. Y siempre, siempre, a James N. Frey, Linda Alien, Laura Hruska, mi hijo Tate y Jun.

París, enero de 1995.

Lunes, por la noche

Los tacones de Aimée Leduc se hundieron en la superficie nevada de la calle de París, tranquila y desierta excepto por el susurro de los fantasmas. Siempre había fantasmas, pensó, y eran incluso más dolorosos en esta época del año: las almas que vagaban por la noche sobre el empedrado, revoloteando en los oscuros patios, dejando tras ellas exhalaciones del pasado.

El filo metálico del aire de invierno presagiaba una tormenta. A sus pies, barcazas cubiertas por un velo de hielo y rodeadas de vapor se mecían sobre las aguas del Sena, que fluía lentamente. Las luces de la ribera del río pinchaban las negras aguas como una multitud de estrellas. Los silenciados sonidos de la noche, absorbidos por la nieve que acababa de caer, parecían estar a años luz de distancia.

Se apresuró a lo largo del muelle de la Île St. Louis hasta su edificio, una reliquia del siglo XVII, y subió las escaleras, gastadas por el paso del tiempo. En el interior de su frío apartamento se encontró con aire rancio y oscuridad. Desilusionada, colgó su bolso en el gancho junto a la puerta. Era la tercera vez esta semana que Guy había estado fuera por la noche, de guardia.

Escuchó un *clic*, apenas audible. Alarmada, encendió la luz y llamó:

—Guy, ¿eres tú?

Él estaba de pie en el umbral, mirándola, con la camisa blanca de vestir desabotonada, las manos en los bolsillos de la chaqueta del esmoquin y una expresión indescifrable en sus ojos grises.

Ahogó un grito. Centrada en su trabajo, ¿se había olvidado de la recepción que él organizaba para Médicos sin Fronteras como jefe de departamento!

—Guy, perdona, pero...

—Llegué tarde a la recepción —interrumpió él—. Cuando llegué al hospital tenía una urgencia esperándome. Me hubiera hecho falta llegar cuatro minutos antes para que mi paciente no perdiera esta noche la vista. Si llego a estar allí a tiempo... pero te esperé.

Aimée sintió que se ruborizaba.

—¡Trabajo! Lo siento, tenías que haber ido sin mí, no pensaba...

—Sabes, en la Facultad de Medicina nos enseñaron a identificar, aislar y operar un tumor maligno —dijo.

Sus músculos se tensaron. Un aire helado emanaba de él.

—Y a extirparlo antes de que se extienda, alcanzando otros órganos, asfixiando el sistema linfático.

—Guy, mira, esto va para los dos.

Él se dirigió al dormitorio y se detuvo al llegar a la puerta para decir:

—¿Qué ha entrado en crisis esta vez, Aimée? ¿Se ha bloqueado el ordenador, estabas persiguiendo a un cliente que no había pagado, te has perdido sobre una pista de piratas informáticos, o se ha marchado pronto René y has tenido que arreglártelas sola?

—No has estado mal. Tres de cuatro, Guy. —Ella quería sentir la calidez de sus manos de cirujano sobre su piel, sus maravillosas manos; sus afilados dedos que habían acariciado su espalda bajo la colcha de seda la pasada noche.

Una mirada perdida cruzó el rostro de él. Luego desapareció.

—Esto no funciona, Aimée.

Él abrió el armario y arrojó unas camisas dentro de un macuto. Iba en serio.

—Saldrías rebotado de la Marina —dijo ella cerrándole el paso.

Él la miró fijamente.

—¿Qué?

—Abandonas el barco en cuanto el mar se pone mal.

—Ya hemos discutido sobre esto antes. —Movi6 la cabeza, mirando hacia el suelo—. Quería que lo nuestro funcionara.

—Pero no solo soy yo —interrumpió ella—. ¡Siempre estás de guardia, te marchas a congresos médicos tres semanas seguidas!

No mencionó las vacaciones, ni Nochevieja, la víspera del Año Nuevo.

—Lo sé —dijo, mirando hacia otro lado.

Estúpida. ¿Por qué había tenido que decirlo? Nunca confíes en un hombre. O no le dejes saber que lo haces.

—Guy, voy a tatuarme tu horario en el cerebro. —Extendió la mano y lo atrajo hacia ella, envolviéndolo en sus brazos—. Nunca había sentido nada así.

Él recorrió su pómulo con un cálido dedo. Ella cerró los ojos, inhalando su aroma a lima y vetiver. Sintió que algo caía dentro de su bolsillo con un sonido metálico.

—Aquí tienes tus llaves —dijo Guy.

—Vamos a hablarlo —dijo ella, luchando contra su propio temor. ¿Por qué había ignorado los signos de alarma?

—Es mejor así, Aimée. Para ti y para mí. Lo siento. —Agarró el macuto y cruzo el recibidor de unas zancadas.

—Pero Guy...

Él ya había salido por la puerta antes de que ella pudiera detenerlo.

Abatida, corrió hacia la ventana y presionó la nariz contra el frío cristal mientras lo veía meterse en un taxi en la ribera del río a sus pies. Oyó el portazo y las ruedas del taxi girar rápidamente mientras se alejaba sobre la nieve sucia. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Dos meses viviendo juntos, tratando de... él era el hombre que había salvado su vista, que había escrito poemas sobre ella... Ahora se había ido, sin más.

Las relaciones... no tenía éxito con ellas. ¿No deberíamos aceptar a la gente tal y como los conocemos? Lo había echado todo a perder. Otra vez.

Se hundió sobre la colcha, aturdida, y agarró la almohada. Se encontró sosteniendo con fuerza uno de sus calcetines. Recordaba cómo yacían en la cama al amanecer mientras el sol anaranjado, desde la ventana, los miraba a hurtadillas por encima de los dedos de sus pies, cómo sus largos dedos le acariciaban el muslo, el tazón de humeante café con leche que él había preparado esperando la lectura del domingo por la mañana en el balcón junto al grueso *Le Monde Diplomatique*. Recordaba cómo se le arrugaba la nariz cuando se reía. Enterró la cara en la almohada. Le dio un puñetazo, intentando así acallar el doloroso vacío en su interior.

Una lengua pequeña y húmeda le chupó la oreja. *Miles Davis*, su bichón frise, jadeaba ansioso, llevando su correa. Ella oyó su leve gemido.

—Solos tú y yo, *Miles* —dijo.

Un brazalete de jade de luminoso verde colgaba junto al espejo biselado en la rama de abedul donde dejaba sus joyas. Reflejaba el brillo de las luces de las barcas. Se lo había regalado una anciana vietnamita deseándole buena suerte. Sintió su fría suavidad mientras lo deslizaba en la muñeca, luego se puso un plumífero negro, se enrolló dos bufandas de lana alrededor del cuello y bajó las escaleras entre corrientes de aire, con el corazón encogido, para sacar a pasear a su perro.

Era una noche de enero, y sentía como si en París no hubiera nadie más que ella y *Miles Davis*. Además de los fantasmas.

Había perdido a su hombre.

Una barcaza pasaba flotando con luces de Navidad rojas todavía colgando de los costados, rodeando la cubierta. Llegó hasta ella un fragmento de una canción chirriante acompañada por un acordeón y escuchó el sonido del agua al golpear la embarcación.

Miles Davis se paseaba, olisqueando alrededor de la rejilla de metal alrededor de la base de un árbol desnudo. Frotó el jade, pero no recibió ninguna cálida respuesta tranquilizadora.

Su teléfono móvil vibró en el bolsillo de su abrigo. ¿Guy?

—*Allô* —dijo, su voz llena de esperanza.

—*Bibiche!* —Reconoció la voz de Laure Rousseau. Laure era hija del primer compañero de su padre, y había utilizado ese apelativo cariñoso desde que tenían ocho años—. Ven a celebrarlo, Ouvrier se jubila. ¿Te acuerdas de él?

Ouvrier era un *flic* con cara de caballo de la vieja comisaría de su padre. Se oían conversaciones de fondo y el tintineo de una máquina de *pinball*. ¿Un bar? No era sitio para ella, con un montón de viejos *flics* bebiendo y recordando los viejos tiempos, de esos que se habían unido al cuerpo antes la primera glaciación.

—Tengo buenas noticias, *bibiche*. ¿No te debía una copa?

—Parece que tú ya has tomado alguna.

—Te guardo el sitio —dijo Laure.

Aimée pensó en su apartamento vacío lleno de aire frío y rancio.

—Place Pigalle, ¿te acuerdas de L'Oiseau?

De repente, se oyeron cánticos de fondo.

Preferiría beber hasta caerse del taburete con Laure que hacerlo ella sola en el bistró de la esquina.

Aimée miró al suelo. Los cristales de nieve se rompían bajo sus pies. *Miles Davis* ya había terminado; podía llevarle arriba.

—Cogeré un taxi. Te veo dentro de un cuarto de hora.

* * *

Esta porción de Montmartre había sido testigo de diferentes momentos de gloria. Antes de comienzos de siglo, Edgar Degas había descubierto aquí a sus modelos, entre las *grisettes*, mujeres jóvenes que buscaban trabajo entre los carros de leche tirados por caballos. Ahora las tiendas eróticas y las tiendas de saldos de norteafricanos le daban un sabor diferente. Sin embargo, núcleos de callejuelas empedradas con casas de dos pisos que albergaban talleres de artistas salpicaban la ruta que subía serpenteante hasta el Sacré Coeur, en la cima de la empinada colina.

Aimée entró en L'Oiseau cruzando una nube de humo de cigarrillos y aire rancio; la fiesta estaba en su apogeo. Gracias a Dios se había pegado un segundo parche de Nicorette mientras iba en el taxi. *Flics* de paisano, de sesenta y tantos para arriba, sentados en la barra del bar y alrededor de mesitas redondas. Reconoció los rostros de varias personas, hombres que habían trabajado con su padre. Los hombres se encontraban más a gusto en la barra que en las cocinas de sus casas. Ahora se sentía como una extraña en este grupo al que antes perteneció.

Su padrino, Morbier, un comisario, estaba sentado en la barra, y su chaqueta de *tweed* con coderas olía a lana húmeda. A ella se le iluminó la cara al ver una corona de papel dorada ladeada sobre su pelo cano, algo que no casaba con sus ojos caídos de sabueso y sus mejillas ajadas. Delante de él había una porción de *galette des Rois*, el pastel de la fiesta de la Epifanía, a medio comer y una pequeña figurita de cerámica.

¿Dónde estaría Guy? Olvídalo. Necesitaba una copa.

—Te ha tocado ser el rey, ¿eh, Morbier? ¿Dónde está Laure? —preguntó, moviéndose hacia el dueño y sirviéndose un trozo de tarta rellena de crema de almendras. Bebió un sorbo de la copa de Morbier, luego otro—. Lo mismo para mí, por favor, Jean.

Sintió un golpecito en la espalda y se volvió.

Laure Rousseau, sonriendo, estaba de pie contra un póster amarillento del Marsella que se estaba despegando de la pared sucia de tabaco. Como siempre, pasó la mano por delante de la boca con un movimiento rápido, un pequeño gesto consciente que hacía para ocultar la delgada línea blanca que cruzaba su labio de arriba, los restos de una fisura en el paladar que la cirugía había corregido hacía ya mucho tiempo.

—Así que, *bibiche* —dijo Laure, mientras analizaba a Aimée rápidamente con sus ojos castaños—, ¿quieres que hablemos de la apisonadora que te acaba de pasar por encima?

¿Tanto se le notaba? Aimée se atragantó y derramó su copa. El borgoña salpicó todo el mostrador. Laure alcanzó un trapo y limpió el desaguisado.

—¿Tan grave es? —preguntó Laure de nuevo.

Asintió.

—Guy está de guardia. Permanentemente.

—¡Ah, el oculista! ¿Habéis roto? —preguntó Laure—. Lo siento.

Aimée movía el pie nerviosamente sobre el suelo marrón de azulejos agrietados, y sucio de envolturas de azucarillos y colillas de cigarrillos.

—Lo he echado todo a perder. Pero, en lugar de entrar en detalles, mejor me voy. No quiero estropear la noche.

Laure le rodeó los hombros con el brazo.

—Librémonos de esa cara larga. Cuéntame.

Y eso fue lo que hizo Aimée.

—Volverá —dijo Laure.

—No pongo la mano en el fuego. Somos demasiado diferentes.

Aimée cogió un vaso nuevo y pegó un trago. Los hombres iban y venían, ¿no? Siempre habría alguien más. Con más vino se convencería de eso, y quizá consiguiera pasar la noche.

—*Bibiche!* —Laure la abrazó—. Puedes conseguir a cualquiera de estos, en cualquier momento. El problema es que todos están divorciados, no pueden mantener una relación a flote ni siquiera durante un minuto y son tan viejos como tu papá y el mío.

—Tan viejos como sería mi padre —dijo Aimée—. Ya han pasado cinco años, Laure.

La explosión de la place Vendôme que había matado a su padre ahora no era más que un expediente perdido en el ministerio, y la única pista que ella había conseguido de la Interpol... estaba por ahora olvidada. Intentó apartar también esos pensamientos.

Qué familiar le resultaba ese café bar lleno de humo. El tipo de café en el que Laure y ella se habían sentado a jugar interminables partidas de tres en raya mientras sus padres trabajaban los fines de semana.

Percibió el ceño fruncido de Laure y que su amiga no dejaba de echar hacia atrás nerviosamente su melena lisa color castaño. El traje pantalón azul marino le sobraba por todos los sitios.

—Has perdido peso —dijo Aimée.

Laure desvió sus ojos marrones demasiado juntos.

—No puedo mantener a estos dinosaurios a raya —dijo Laure un segundo más tarde—. Por lo menos, los tipos de la vieja escuela no lanzan indirectas sexuales cada

cinco minutos ni se meten conmigo como lo hacen los nuevos reclutas de la comisaría. Arriesgo mi vida todos los días, lo mismo que ellos. Cuando salgo por la mañana, no sé si volveré. Y aún así ellos piensan que soy una presa fácil.

—Estás patrullando, lo que querías —dijo Aimée, a la vez que se fijaba en la insignia en la solapa de Laure—. Te felicitaría, pero ya sabes mi opinión sobre el hecho de que patrulles.

Laure había dejado el trabajo de oficina y ahora había sido asignada al servicio activo. Patrullar no era un trabajo que Aimée considerara inteligente para ella. Habían tenido interminables conversaciones sobre el tema. La necesidad de Laure de demostrarse a sí misma su valía, ya fuera a causa de su complejo por el labio leporino que afeó su apariencia hasta la operación, o por su deseo de emular el condecorado servicio de su padre, no había cambiado.

—¿Por qué tienes que arriesgar tu vida?

De nuevo, esa mirada huidiza, el movimiento de la mano sobre su boca.

Un grupo de hombres de pelo gris que se estaban dando palmadas en la espalda explotó en una ruidosa carcajada, ahogando la respuesta de Laure. La multitud bien engrasada, conversando en un rugido, competía con el tintineo del *pinball* de los años cincuenta.

—*Encore?* —preguntó Jean, la dueña, señalando su copa.

Laure negó con la cabeza.

—¿Te preocupa algo, Laure?

Laure sacudió el pulgar hacia un hombre de treinta y tantos años con el pelo negro engominado hacia atrás y un bigote bien recortado y que estaba encogido en la barra.

—Mi compañero, Jacques Gagnard.

Aimée notó el tic en la boca de Jacques mientras hablaba por el móvil y encendía un Gitanes. Le temblaban las manos, le temblaban tanto que tuvo que intentarlo dos veces antes de poder encender el cigarrillo.

Aimée había visto a muchos *flics* nerviosos en bares como este. El tipo exmilitar que se había unido al cuerpo al acercarse a la madurez.

—¿Acaba de divorciarse?

—*Bien sûr*, Citroën nuevo color verde y nueva chica, lo típico —confirmó Laure.

Tenía que ponerte de los nervios tener un compañero como ese, pensó Aimée. Bebió otro sorbo, consciente de los murmullos y las miradas que apuntaban a Laure. ¿Se le escapaba algo?

—¿De qué va todo esto? ¿Ya te van a ascender?

Laure respiró profundamente y negó con la cabeza. Luego se excusó y se unió a Jacques.

Aimée vació su copa y ya había pedido otra cuando oyó la voz de Laure por encima del barullo.

—¡Es la última vez! —Vio la cara sofocada de Laure. Pegó un puñetazo sobre la

barra. El tintineo del *pinball* hizo más evidente el silencio que se hizo en el bar.

Aimée se acercó hasta el costado de Laure justo cuando esta echaba mano de la bebida de Jacques. Sujetó su mano antes de que pudiera tirarla.

—*Tiens*, Laure, ¿qué ocurre?

Los labios de Jacques, que hasta ahora habían estado fuertemente cerrados en una fina línea, se abrieron en una mueca.

—Tener una compañera es como estar casado, ¿sabes? —dijo un codazo a Ouvrier, sentándose a su lado. Ouvrier llevaba puesto un traje de raya diplomática que Aimée sabía que había rescatado para la ocasión. Hasta ahora, ella solo lo había visto de uniforme—. Casi, ¿verdad, Ouvrier?

Ouvrier le contestó con una risa nerviosa. Enseguida se unieron otros, y las conversaciones se retomaron entre el chocar de las copas.

—Tiempo de marcharse —Jacques se levantó, puso un billete de diez francos entre las marcas húmedas de la barra, y lanzó una mirada a Laure—. ¿Vienes o no?

—Está hablando conmigo —dijo Aimée, subiendo la voz al tiempo que se acercaba a Jacques—. ¿No estabas fuera de servicio?

—¿Desde cuándo es eso asunto tuyo? —preguntó él.

Antes de que Aimée tuviera tiempo de contestar, Laure le tiró de la manga.

—Vuelvo dentro de cinco minutos —le dijo al oído—. Voy justo a dos manzanas de distancia.

Laure tenía en la cara una expresión particular, la misma que tenía la vez que le dio a Aimée sus notas del colegio para que las escondiera.

El dueño del café rechazó el pago con la mano y limpió el mostrador con un trapo que no estaba demasiado limpio.

—Invita la casa —dijo.

—¿A dos manzanas? Jacques ya es un chico grande, ¿no puede ocuparse él solo? —preguntó Aimée.

Pero Laure ya estaba cogiendo su abrigo del perchero. Con la mano enguantada le mostró los cinco dedos a Aimée y salió por la puerta con Jacques. Aimée los miró por la ventana mientras hablaban. Cuando volvió a mirar, ya habían cruzado la calle.

Lunes, por la noche

La luz roja parpadeaba en la cara sonriente de Jacques, dándole un aspecto demoníaco. Estaba de pie, al lado de un sucio montón de nieve, atándose la chaqueta.

—¡No tiene gracia, Jacques! —dijo Laure.

Él se encogió de hombros y cambió su expresión por la que dedicaba a los cachorros o la que ponía cuando cedía el sitio a una anciana en el autobús.

—Una pena que montes semejante escena, Laure.

—¡Ya sabes por qué!

—Eres tan amable, Laure... Deja de preocuparte por mis recetas. En el centro de salud me recetan estas pastillas para relajar la espalda.

Sus tics nerviosos habían ido a más. Y el cóctel de pastillas que acababa de tragar con la bebida no ayudaba.

—Mira, Jacques, se trata también de mi carrera. Y este es mi primer caso de patrullera.

—¿Quién te ha ayudado, eh? ¿Quién convenció al comisario para que no tuviera en cuenta los resultados del examen?

Su puntuación había sido muy baja, era cierto. Ignoró la luz intermitente de neón del cartel del Sexodrome que enviaba reflejos de luz roja a su cara, así como las grandes fotografías de mujeres ligeras de ropa anunciando el decadente atractivo de Pigalle.

Él sacudió su cigarrillo en el borde de la acera. Su punta naranja chisporroteó y se apagó en la nieve sucia.

—Quería que estuvieras conmigo, compañera —dijo—. Por si acaso.

—¿Por si acaso?

La sorpresa y una rápida ola de orgullo la invadieron. Sin embargo, nada era fácil con Jacques.

—¿Por qué tengo la sensación de que vas a hacer una tontería?

—Pero no lo haré si estás conmigo. Tengo una cita con un confidente. Jugaré bien mis cartas.

¿Lo mismo que había hecho con lo del divorcio y las pastillas?

La nieve caída que había formado una alfombra en la calle se ensuciaba al paso de los autobuses, pero cubría de escarcha el cartel «Le sex live 24/7» sobre sus cabezas, como si fuera azúcar glas.

Tal y como se lo acababa de recordar, Jacques no solo la había recomendado, sino que la había aceptado como compañera cuando nadie más se había ofrecido voluntario. La había invitado a tomar algo después del trabajo y la había obligado a hablar de qué tal había ido el día; la había hecho reír y había reforzado su confianza. Tenía una deuda con Jacques.

—¿Quién es ese confidente y por qué es tan importante encontrarse con él esta noche? —preguntó Laure.

—No hagas preguntas. Confía en mí.

A Laure le preocupaban el Citroën nuevo que había pagado a plazos y la petaca de la que sorbía cuando pensaba que ella no lo estaba mirando. Jacques tenía una reputación estelar, pero... su divorcio lo había dejado muy tocado.

—Sé que estás presionado —dijo ella—. Me preocupas. Antes de que vayamos a la cita, vamos a hablar de ello.

Jacques le dedicó una luminosa sonrisa.

—No te he pedido nada, Laure. Esto es lo que necesito.

—¿Igual que necesitas...?

—Es algo personal —dijo Jacques.

El viento arreciaba y levantó la nieve sobre sus pies.

—Este confidente es complicado.

—¿No son los de Antivicio los que se ocupan de los confidentes? —preguntó Laure.

—Construir y ganar la confianza de un informador lleva su tiempo. Poco a poco, preparando el terreno. ¡Te estoy enseñando, recuerda! ¿Me sigues, compañera?

Ya no se mostraba reacia.

Jacques le guiñó un ojo.

—Ya te lo he dicho, cinco minutos y volvemos a L'Oiseau, ¿vale?

Hizo caso omiso de sus premoniciones mientras se calaba un gorro de lana sobre la abundante melena castaña, determinada a descubrir qué es lo que había hecho que el labio superior de Jacques brillara con pequeñas gotitas de sudor, qué había hecho que se crispara.

Detrás de ellos estaba la place Pigalle, desierta. Solo quedaban los matones de las tiendas eróticas que se frotaban los brazos mientras llamaban a los taxis que se detenían delante de la puerta. Jacques señaló el Citroën aparcado.

—¿No íbamos a ir a dos manzanas? —dijo ella.

—Así es —dijo él—. Pero con este tiempo llegaremos y volveremos antes si vamos en coche.

Pasaron la tienda de música de la esquina, un local donde alternaban los amantes del *heavy metal* durante el día, en un barrio repleto de tiendas de instrumentos.

Al girar hacia la calle André Antoine, pasaron junto a un pequeño hotel. La nieve fresca cubría los tejados en mansarda de los edificios de piedra blanca de estilo Haussmann. Una mujer con un abrigo negro, tiritando, con tacones altos y medias de red, permanecía bajo una *lampadaire* en un portal en una esquina, para luego retroceder en las sombras.

Jacques aparcó en el bordillo donde la calle formaba una curva. Pulsó un botón en una verja de forja, se escuchó un zumbido y la verja se abrió. Laure lo alcanzó según cruzaba el pequeño patio a grandes zancadas, con los pies pisando sobre el hielo. Los

pisos altos y el tejado del edificio estaban rodeados por andamios de madera.

Se sacudió la nieve de los pies, deseando haberse puesto calcetines de lana y otro tipo de botas. Los guantes... se los había dejado en el coche. Jacques pulsó un código y la puerta se abrió, dejando a la vista un vestíbulo con una alfombra roja hecha jirones.

—Espera aquí —dijo Jacques.

—¿En este vestíbulo helador?

Iba a cometer una tontería. El protocolo policial exigía que la pareja permaneciera junta, no que se dividieran.

—¿No éramos un equipo?

¿Equipo? En el trabajo, lo eran.

—No estamos de servicio, ¿te acuerdas? —dijo ella—. ¿Hasta qué punto es algo personal?

—Más de lo que tú crees. Pero puedes dejar de preocuparte. Sé lo que me hago.

Se acarició el lóbulo de la oreja, un gesto que algunas mujeres encontraban encantador. Sonrió. Su mote en la comisaría era «*Monsieur Encanto*».

—Dime qué está ocurriendo, Jacques.

—Solo necesito que me cubras.

¿Lo estaba entendiendo bien?

—¿Así que quieres que te avise si aparece alguna mala bestia?

Él se puso un dedo sobre los labios y guiñó un ojo.

—Me fío de ti para que sepas lo que tienes que hacer.

Jacques corrió escaleras arriba. Ella oyó cómo sus pasos se paraban en el tercer piso. Intranquila, estudió los nombres en los buzones. No le decían nada nuevo. Después de cinco fríos minutos, subió la alfombra roja de las escaleras, que crujían. Después de tres pisos, se encontró en un descansillo de luz mortecina lleno de montones de madera y con un fregadero viejo, donde frías corrientes de aire remolineaban en su cara. Una puerta abierta conducía a una vivienda a oscuras.

—¿Jacques? Déjate de juegucitos —gritó.

No hubo respuesta. ¿Qué había hecho ahora este tonto?

Entró en el piso, en la oscuridad con olor a rancio, y sus pasos resonaron en el suelo de madera. Parecía vacío. Desde una ventana abierta, ráfagas de viento hacían que la nieve se posase en el suelo. Y luego oyó el sonido lejano de cristales rotos.

Asustada, se bajó la cremallera de la chaqueta y sacó la pistola que hasta ahora solo había disparado en las prácticas de tiro. Su corazón se aceleró. ¡Drogas! ¿Estaba él enganchado? Por nada del mundo arriesgaría su placa por culpa de su vicio. Echó un vistazo rápido por la ventana. Ni rastro de Jacques.

Salió al andamio y recorrió el resbaladizo paso de planchas de madera que sujetaba el edificio de piedra, con las manos sin guantes y petrificadas de frío.

—Laure...

La voz de Jacques, el resto de sus palabras, se perdieron en el viento.

Una ráfaga ululante le golpeó la cara al tiempo que se erguía en el andamio e intentaba alcanzar el borde de tejas gris azuladas del resbaladizo tejado. Un puñetazo la hizo caer de rodillas. El segundo golpe le abrió la cabeza contra el andamio, junto a lo que pareció un relámpago.

Lunes, por la noche

Aimée echó de nuevo un vistazo a su reloj de Tintín. Casi las once.

—¿Qué es lo que le lleva tanto tiempo a Laure?

Morbier se encogió de hombros, mientras bebía un buen trago de su copa de vino.

—Mejor que felicitemos ahora a Ouvrier, antes de que se vaya.

Ouvrier estaba de pie cerca de ellos, con una caja de terciopelo azul en las manos que contenía un reluciente reloj de oro.

—Treinta y cinco años de servicio.

Ella vio una expresión melancólica en su cara alargada.

—Felicidades, Ouvrier —Aimée lo rozó con el codo—. ¿Cómo lo harás ahora para no meterte en problemas?

—*Ma petite*, ya he tenido suficientes problemas —dijo al tiempo que le dirigía una pequeña sonrisa.

A Ouvrier, viudo y alejado de sus hijos, y propenso en invierno a achaques en una rodilla debido a una herida de sus años de novato, lo habían dejado al margen. Una nueva generación de *flics* estaba tomando el relevo. Ella lo sentía, consciente de sus cicatrices, por dentro y por fuera. Porque ahora, después de sus años de servicio no tenía mucho más que mostrar aparte de la camaradería y el reloj de oro.

¿Dónde estaba Laure? Aimée se levantó y se puso el abrigo. Solo había una forma de averiguarlo.

* * *

Cruzó la place Pigalle hacia los tejados ascendentes de zinc que se recortaban contra la cúpula lunar del Sacré Coeur. A mitad de camino, en una tienda de molduras para marcos, el dueño, vestido con un abrigo blanco y pelo largo la saludó con la cabeza mientras bajaba la persiana. Pero no antes de que viera el anuncio de un mercadillo de productos orgánicos debajo de un dibujo del Che Guevara al estilo de Warhol... todo rojo y negro.

Montmartre concentraba el espíritu bohemio. En el pasado, había sido hogar de los anarquistas de la Comuna y, posteriormente, de artistas y escritores que encontraban inspiración en la absentia. Ahora contenía una mezcla de pequeños cafés y teatros que organizaban sesiones de lectura de poesía o en los que un dramaturgo ensayaba el primer acto de su obra enfrente de los clientes, así como estudios de danza que ocupaban talleres que podían presumir de haber tenido alumnos como Van Gogh.

Los jóvenes de París apreciaban como un tesoro los estudios reconvertidos, y les

merecía la pena subir las empinadas calles y tramos de escaleras a cambio de la vista panorámica, lo mismo que Utrillo, Renoir y Picasso tuvieron sus hogares en estudios baratos. Aquí era donde pintaron los impresionistas, cubistas y surrealistas. Todavía permanecía el carácter de la zona, excéntrico y testarudo.

No había ni rastro de Laure. Aimée dobló la esquina y vio un Citroën nuevo en el bordillo debajo de una señal de prohibido aparcar. Solo un *flic* se atrevería. Y además, era un bonito Citroën verde metalizado. ¿De Jacques? Un vistazo por la ventanilla medio cubierta de escarcha le descubrió un frasco de pastillas aplastado al lado del embrague y unos guantes azules en el asiento del copiloto. Los guantes de Laure.

Algo le olía mal, como diría su padre.

Había una verja abierta. Pasos recientes en la nieve llevaban al edificio sin luz. Entró y cruzó el patio, resbalando en el hielo con los tacones. A través del patio, el aire traía fragmentos de música desde el edificio de enfrente, y de una ventana salía luz. ¿Otra fiesta?

La nieve se amontonaba en la puerta a medio abrir del edificio. Aimée entró en el oscuro vestíbulo. Sus ojos se encontraron con una vidriera rota y puertas manchadas de humedad. Había una cabina de conserje sin luz, a la derecha. *En algún momento lujoso y exclusivo*, pensó, ahora el edificio se mostraba en franca decadencia.

—¿Laure?

Una ráfaga de viento hizo repicar los buzones de metal. Huellas mojadas subían por las escaleras cubiertas por una alfombra roja.

Las siguió hasta el tercer piso. Había montones de madera y botes de pintura debajo de una claraboya, dando fe de la existencia de obras de reforma. La puerta del apartamento estaba abierta.

—*Allô?*

Nadie contestó. Entró y sus pasos resonaban en el descansillo. Más allá se encontraban una serie de habitaciones oscuras casi vacías tragadas por las sombras. Lo que parecía ser un piano se encontraba cubierto por una sábana, algo fantasmal.

Tuvo un escalofrío y se echó hacia atrás. Algo parecía ir mal en este gélido apartamento medio vacío. Afuera, se oía el ruido del metal donde se veía un andamio a través de la ventana abierta del salón. ¿Habían Jacques y Laure, los muy idiotas, salido por ahí? La nieve entraba por la ventana, cayendo sobre una butaca grande y mojando la alfombra al derretirse.

Salió por el alféizar de la ventana al andamio, que estaba apenas iluminado por la tenue luz de la luna. Se encontró con un viento helador y ráfagas de nieve. ¡Guantes, necesitaba guantes y un traje de nieve!

Al final del andamio, entre las sombras, podía apenas distinguir un tejado en mansarda y detrás de él, un área plana pequeña llena de ferralla y ladrillos. La nieve formaba como una corteza en los listones de madera de las ventanas; la luz de la luna que lo inundaba todo dejaba ver un entramado de huellas.

Oyó crujidos y se forzó a atravesar el andamio, a mirar más allá de las chimeneas

con forma de atalaya y los tejados de zinc sobre los que la nieve formaba un manto de encaje como escalones que bajaban la colina de Montmartre. Dando pasos cortos, Aimée avanzó lentamente hasta el borde del tejado y se tropezó. Los brazos le salieron despedidos; nieve helada, derretida y sucia, le golpeó las mejillas. Entonces vio el cuerpo tirado de Laure.

—¡Laure! —gritó.

Le contestó un gemido.

—Laure, ¿me oyes? —dijo, agachándose. Sus dedos dieron con un débil pulso en el cuello de su amiga.

Hurgó en los bolsillos de Laure, buscando un transmisor de la policía, no encontró ninguno, sacó su teléfono móvil e intentó controlar el temblor de su mano para marcar el 18, el número de emergencias de la policía.

—Ha caído un agente, probablemente dos, en el 18 de la rue André Antoine, en el tejado —dijo—. Manden refuerzos, una ambulancia. ¡Deprisa!

La comisaría estaba cerca. ¿Llegarían a tiempo?

—¿Jacques? —gimió Laure.

Desde algún sitio, en el tejado, llegaban golpes secos.

—Ayúdale... tiene q... que...

Aimée trató de controlar el pánico. Pensar, tenía que pensar.

—Laure, están llegando refuerzos... ¿Qué está pasando?

—Jacques..., no pudo esperar, un confidente... Me salvó... ¡Tengo... una deuda con Jacques!

Si había salvado la vida a Laure... Aimée dudaba.

—¿Viniste hasta aquí detrás de Jacques? ¿Dónde está?

—Por ahí... Coge mi pistola. ¡Ayúdalo!

Lo último que quería hacer era vérselas con Jacques, o con su confidente. El aguanieve llegaba a ráfagas y el viento le cortaba la respiración. Aimée palpó con la mano buscando la cartuchera de Laure. Estaba vacía.

Preocupada, se puso en pie, anduvo unos pasos y trepó al tejado, agarrándose a la chimenea para no caerse. Se abrió camino por el pulido tejado, cegada por el aguanieve. Y entonces le fallaron las piernas.

Aterrizó sobre algo voluminoso, inerte. Un cuerpo. No podía dejar de mirar fijamente sus ojos abiertos. Los ojos de Jacques, las pestañas salpicadas de copos de nieve. Se sintió invadida por el terror mientras oía el ulular de las sirenas en la distancia. Se retiró la nieve de la cara y vio sus manos cubiertas de nieve sucia y rojiza. Sangre.

—¡Jacques!

Él pestañeó, mostrando el blanco de los ojos. Estaba intentando decirle algo. Le palpó el cuello y encontró un débil pulso en la arteria carótida.

Se incorporó hasta arrodillarse, le pinzó la nariz con los dedos, comprobó su lengua, y empezó a insuflarle aire en la boca. Tenía las manos heladas. Ninguna de

las secuencias «respirar y parar» obtenían respuesta alguna de sus labios azules.

—¿Me oyes, Jacques? ¿Puedes hablar?

Él movió la boca. Ella cruzó las manos y empezó a darle empujones bruscos y rápidos en el pecho. Cuando Jacques trató de hablar, un fino hilo de sangre salió de su boca. Ella empujó más fuerte, contando y respirando. El aire era de un frío cortante. Cada vez más rápido, porque mientras ella jadeaba y empujaba, sentía cómo él se debilitaba.

—¡No me dejes ahora, Jacques!

No sabía cuánto tiempo llevaban sus manos heladas e insensibles moviéndose sobre Jacques. Finalmente, oyó pasos en el andamio y el tañido del metal. Haces de luz blanca la cegaron.

—Sustitúyanme... está... respond... —dijo, luchando por recuperar el aire.

Oyó interferencias de una radio de la policía y las palabras «¡Aléjese de la pistola!». Y entonces se encontró lanzada contra la pared, inmovilizada y con la cabeza hundida en la nieve. No podía respirar. Le retorcieron las manos a la espalda, oyó el ruido que hacían las esposas al cerrarse y sintió su frío acero.

Se rebeló, sacudió la cabeza e intentó mover las piernas.

—¿Qué están haciendo?

Escupió el hielo que se le había metido en la boca.

Más interferencias, más viento cortante.

Cogiendo aire, gritó:

—¡Ayúdenlo, por el amor de Dios!

Un médico se inclinó sobre Jacques. Ella escuchó las palabras «crujido... filtración de enfisema subcutáneo a través de la herida».

Un frío haz de luz blanca mostraba el orificio de bala, entre negro y rojo y la sangre que manaba del pecho de Jacques.

—Demasiado tarde —dijo el médico—. Se nos ha ido.

Se le desplomaron los hombros.

—Han llegado refuerzos, la unidad de la científica está de camino —gritó una voz ronca. Cuando era uno de los suyos, se convertía en algo prioritario—. Muévanla... Con cuidado.

Sintió que la levantaban de los brazos y la empujaban de las caderas.

—Esto ya lo he visto antes —dijo la voz ronca—. Primero les disparan y luego intentan salvar...

—¿Qué está diciendo? ¡Mire en el tejado! —dijo Aimée, con el hielo derritiéndosele por la cara—. Alguien atacó al agente en el andamio. Oí ruidos, subí hasta aquí y la encontré, primero a ella, y luego a él.

—Así que usted le disparó con su propia arma.

—¡No es cierto, traté de salvarlo!

Se oyeron más pasos y un foco halógeno portátil iluminó el cuerpo de Jacques, desplomado entre las chimeneas, en el tejado inclinado. Los bolsillos de su abrigo y

de su pantalón estaban dados la vuelta. Trozos de materia roja se extendían sobre la nieve. Le habían disparado a bocajarro, observó Aimée horrorizada.

A la luz que despedía el foco halógeno, Aimée vio una Manhurin Fl 38.357 Magnum no automática, la pistola reglamentaria de la policía. Estaba dentro de una bolsa de plástico que habían dejado sobre un toldo azul. ¿Era la pistola de Jacques o la de Laure? El aguanieve azotaba, enviando ráfagas sobre el tejado.

Un agente, con el pelo cortado a cepillo salpicado de nieve, le arremangó los pantalones a Jacques.

—Todavía tiene su pistola en el tobillo. Pero esto es asunto de los de balística.

—Tiene que ser de la agente que está en el borde del tejado —dijo Aimée.

—¿Y ha volado hasta aquí, así, sin más?

Se dio cuenta de que estaba mejor callada y esperaba poder explicárselo al juez instructor.

Él se inclinó sobre un transmisor del tamaño de una caja de cerillas y habló.

—Busquen residuos de pólvora en las manos de la agente de abajo.

—Lo están haciendo todo mal —explotó Aimée, a pesar de lo que había decidido—. Jacques subió aquí arriba él solo para encontrarse con alguien. —Era lo que ella había deducido de lo que le había contado Laure.

—Y busquen pruebas en esta mujer también —dijo él—. La enviaremos para abajo.

De nuevo arreció el viento, azotando más ráfagas de nieve. Dolía hasta respirar. Ella quería enrollarse la bufanda alrededor de la boca. La alerta meteorológica de nivel 3 se había convertido en una tormenta de primera clase. La cubierta de plástico que habían colocado los de la científica se había roto en pedazos y había volado azotada por el viento.

—¡Traigan otra cubierta, rápido! —gritó uno de la científica—. ¡Ahora mismo! ¡No había visto una tormenta como esta desde 1969!

Algunos miembros de la policía científica desplegaron su equipo sobre el hielo al lado de la claraboya, en un intento inútil de analizar la zona.

—¡La luz cambia cada segundo! —dijo el fotógrafo, sacando la cámara, la nieve quebradiza crujiendo bajo sus pies—. ¡Daos prisa, no me funciona bien el fotómetro!

Aimée notó que las huellas se habían mezclado. Cualquier prueba que hubiera podido existir ahora se vería comprometida.

—Llévenla abajo —dijo el agente con un cierto tono molesto.

—Conozco mis derechos.

El agente hizo señas para que se marchara.

Desde el borde del tejado, Aimée vio los copos de nieve formando remolinos en las luces de los focos y tejados cubiertos de nieve que se extendían hacia la distante gare du Nord. Al otro lado del patio, se veían varias ventanas con luz en medio de una profunda oscuridad. En el edificio de al lado continuaba la fiesta.

Abajo en el apartamento, Laure estaba agachada mientras un grupo de hombres

con los hombros salpicados de nieve se apiñaban sobre ella. Su pálida cara mostraba una expresión angustiada mientras unos técnicos con guantes presionaban cinta adhesiva en sus dedos y en las palmas de sus manos. El viento que entraba por la ventana no le dejaba escuchar la conversación, pero pudo oír «custodia... en la comisaría...».

—*Bibiche!*

Aimée se puso rígida. Laure tenía el pelo enredado y mojado, un gran bulto brotaba de su sien y el blanco de uno de sus ojos estaba teñido de sangre.

—Pobrecito Jacques... ¿quién se lo va a decir a su exmujer? —preguntó, tratando de incorporarse, pero resbalándose en el suelo húmedo.

Un agente la sujetó.

—Lo siento, Laure. Sabes que tengo que hacer esto e informar de todo lo que digas —dijo.

—¿Informar de todo lo que diga? —repitió Aimée, elevando su voz para que pudieran oírla a pesar del viento—. Laure necesita atención médica.

El *flic* se volvió hacia Aimée, molesto.

—¿Quién le ha dado permiso para hablar, *mademoiselle*?

—Soy detective privado.

—Entonces ya tendría que saberlo —dijo, haciendo un gesto con la cabeza al hombre que estaba a su lado—. Comprueben la identificación de esta mujer. ¿Por qué nadie ha buscado muestras de pólvora en sus manos?

Edith Mésard, la Proc, la juez instructora del caso, entró llevando un vestido de cóctel negro bajo una estola de piel. Se sacudió la nieve de los tacones. Según lo que dictaba el protocolo de actuación, en situaciones dudosas ella tenía que llegar a la vez que la Brigada Criminal.

—*Désolé, madame* la Proc! —dijo el *flic*.

Aimée se adelantó.

Cuando la vio, Edith Mésard la reconoció.

—*Mademoiselle* Leduc —dijo, arrugando la nariz, y luego frunció el ceño—. Si acercáramos una cerilla a su aliento, incendiaríamos el edificio.

Antes de que Aimée pudiera responder, la Proc carraspeó.

—Deme los detalles, inspector. ¿Cómo se explica que un *flic* le pegue un tiro a otro en un resbaladizo tejado de zinc y en medio de una ventisca? Convénczame.

—Encontramos su arma en el tejado.

—¿Estaba al lado de ella?

—La agente en cuestión yacía abajo, en el andamio —dijo él, incómodo—. Su pistola estaba junto a Jacques... la víctima.

—*Merde!* —dijo la Proc por lo bajo, sacando unas zapatillas de tenis del bolso de Vuitton.

—¿Cómo? ¿Están acusando a Laure de haber matado a su compañero? —dijo Aimée—. Eso es absurdo.

—¿O quizá le disparó usted, *mademoiselle*? —dijo el inspector.

La invadió el pánico.

—¡Tómenle declaración en la comisaría! —dijo Edith Mésard, antes de salir por la ventana.

El *flic* empujó a Aimée escaleras abajo.

Los haces azules de las luces giratorias de la ambulancia del SAMU iluminaban a las pocas personas que estaban en la estrecha calle: una mujer mayor con el albornoz asomándole por debajo del abrigo; un hombre de mirada cansada con el uniforme azul verdoso de los conductores de autobús. Morbier estaba de pie al lado de un viejo Mercedes aparcado, con el techo aplastado bajo el peso de la nieve. La grúa se había llevado el coche de Jacques.

—No han entendido nada, Morbier —le gritó Aimée.

—Avance, *mademoiselle* —dijo el *flic*, empujándola hacia el furgón policial azul y blanco.

—Un momento, agente —dijo Morbier.

El policía enarcó las cejas, mirando primero a Morbier y luego los pantalones de cuero de Aimée, su plumífero y su pelo pincho.

Morbier le mostró su placa.

—Deme un momento.

—*Bien sur*, comisario —dijo el *flic*, sorprendido.

—¿En qué lío te has metido esta vez, Leduc? —preguntó Morbier mientras su respiración se convertía en vaho en el aire congelado.

—Has acertado, Morbier. Un lío tremendo —le hizo un breve resumen de lo ocurrido.

Mientras escuchaba, Morbier sacó un Montecristo, hizo una pantalla protectora con las manos y lo encendió con un fósforo de madera. Exhaló el humo, enviando acres bocanadas a la cara de Aimée, y tiró la cerilla a la nieve, donde cayó con un ruidito. Cuando ella terminó, Morbier negó con la cabeza y miró hacia otro lado, en silencio.

¿Por qué no decía nada?

—Morbier, ayúdame a convencerlos...

—Sería como pretender que los cerdos vuelen, Leduc. Existe un protocolo. Ya lo sabes. Ponlo en práctica. Eres una sospechosa, cierra la boca.

—¿Qué cierre la boca?

—Hasta que prestes declaración —dijo—: Tienes que ser lista.

Ella controló el horror. Por supuesto, él tenía razón. Ella lo explicaría todo, haría un croquis de sus movimientos, demostraría que Laure no podía haber matado a Jacques.

—¡Laure no dispararía contra su compañero después de que prácticamente todo el cuerpo de policía les había visto juntos en el café!

Morbier sacudió la ceniza, que se dispersó en el viento.

—Y vieron que discutían y que tú te metías —dijo.

Ella se había olvidado de la escena que habían montado en público.

—Tú puedes tocar teclas, Morbier —dijo ella—. Hazlo.

Por una vez, ella esperaba que la escuchara.

El *flic* la agarró del codo con mano de hierro.

—Lo siento, comisario; el furgón espera.

—¡Vaya noche para que ocurra esto! —Morbier exhaló el aire con un sonido que ella reconoció como lo que era: resignación disfrazada de autoridad. Algo que él hacía perfectamente. De arriba les llegaban voces. En el tejado del edificio resplandecían focos.

Aimée vio a un hombre vestido con un abrigo de cuero negro, con una mochila a la espalda, de pie en un portal. Los estaba observando fijamente, escuchando, como midiendo la situación. ¿Podría haber sido testigo del tiroteo?

Un Renault Twingo abollado derrapó hasta pararse al lado del furgón del depósito de cadáveres. De él salieron varios hombres, con las cámaras en la mano o colgadas de correas cruzadas sobre el pecho.

—¡Prensa! Perdona, comisario; *allez-y, mademoiselle*.

El *flic* despachó a Aimée antes de que ella pudiera señalar el posible testigo a Morbier. La empujó dentro del furgón policial y esposó sus muñecas a la barra trasera como si fuera una criminal. Ella se deslizó hasta el suelo, al que habían echado sal para disminuir la tracción del prisionero si este pretendía fugarse. Podía sentir cada adoquín mientras la espalda le rebotaba contra el duro asiento y el furgón, con su estridente sirena, se internaba en la noche.

Lunes, por la noche

Al oír el ruido sordo de un disparo sobre su cabeza, Lucien Sarti pegó un salto y se refugió en un portal de piedra ennegrecida. Un acto reflejo. Sintió un nudo en el estómago; hubiera querido fundirse con la piedra.

Le preocupaba el fuego cruzado. Un aguanieve incesante golpeaba con fuerza los edificios. Miró disimuladamente calle arriba y no vio a nadie más sobre la reluciente superficie helada. Luego, bloques de nieve cayeron del andamio sobre su cabeza y se redujeron a polvo sobre el empedrado. Vio movimiento, oyó fuertes golpes.

Lucien retrocedió hacia el interior del portal, se ajustó el abrigo de cuero negro, y esperó. Se retiró la nieve del pelo negro y rizado. Dados sus antecedentes, lo mejor sería marcharse. Correr, escaparse. Pero su gran oportunidad estaba a un tiro de piedra, justo a la vuelta de la esquina.

¡Vaya suerte la suya!

El laberinto de edificios del siglo XIX manchados de hollín y las retorcidas calles cuesta arriba le recordaban a la rue du Castagno en el puerto de Bastía. Pero en lugar de piedra recocida por el sol, del siroco azotando desde África y ancianas tejiendo en los porches, los empinados escalones que tenía delante albergaban nieve recién caída, ráfagas de viento y prostitutas que se escondían en la oscuridad.

Esperó hasta que vio destellos de luz y escuchó un grito como el de un gato en celo y luego sirenas. En el momento en el que iba a cruzar la calle corriendo, un anciano que llevaba un westie de una correa abrió la puerta que tenía tras él.

Piensa rápido, se dijo.

—Perdón, olvidé el código de la puerta —dijo al anciano—. Mis amigos viven en el segundo.

El anciano asintió, con la garganta cubierta hasta arriba por una bufanda, y Lucien entró lentamente. Esperó en la escalera de piedra gastada, húmeda y fría, hasta que los latidos de su corazón se hicieron menos evidentes, hasta que oyó coches detenerse y voces afuera. Pensó que ahora sería más fácil mezclarse con la multitud y cruzar el patio.

Desde su nacimiento le habían enseñado a mantener la boca cerrada: *aqua in boca*. Su *grand-mère* indicaba la necesidad de estar callado deslizado un dedo sobre los labios. No se le ocurriría verse involucrado. Se abrió paso al lado del furgón de la policía hasta la verja y se detuvo, escuchando. El viento cargado de aguanieve le traía retazos de conversación. Todo lo que pudo entender fue «tiroteo en el tejado». De ninguna manera podrían involucrarlo.

Esta ciudad estaba llena de contradicciones, al revés que su Córcega natal, donde las cosas eran muy simples: todos los forasteros eran considerados una amenaza.

Satisfecho de que nadie se fijara en él en el frenesí de tanta actividad, Lucien anduvo entre los montones de nieve del patio hasta un precioso edificio.

Abrió la puerta principal y subió las escaleras, pasando por diferentes descansillos hasta que una puerta abierta dejó ver un grupo de personas elegantemente vestidas en el recibidor. ¿Una fiesta? Tenía que haberse puesto la camisa nueva. Conari solo le había dicho que se pasara para una breve reunión.

Cuando una mujer se inclinó hacia una pareja que llegaba para saludarlos, despidió un aroma a rosas. Le resultó familiar. Los copos de nieve danzaban fuera de la ventana del vestíbulo, captando la luz y enmarcando su espalda suave y bronceada. Solo una mujer de las que conocía se hubiera puesto algo como eso con este tiempo. Pero no podía ser. Y luego la perdió de vista entre el numeroso grupo de recién llegados.

—Lucien, me alegro de que esté aquí. —Una voz, fuerte y acogedora, llegó desde su anfitrión, Felix Conari, cuyas anchas espaldas llenaban el umbral de la puerta. Su pelo largo y gris se le rizaba por detrás de las orejas. Su piel lucía un bronceado de la Costa Azul, el tipo de bronceado de los ricos que duraba todo el año—. Pero entre, es maravilloso que haya podido venir.

—*Bonsoir, monsieur* Conari, encantado. —Lucien rascaba el bolsillo del abrigo con los dedos, un hábito nervioso.

—Bienvenido a nuestra fiesta anual para los clientes. —Felix guiñó un ojo—. Impresiónelos con el éxito, ya sabe.

Lucien no lo sabía, pero asintió.

Felix le pasó el brazo por los hombros y lo acompañó al interior del área de recibir del amplio piso, con altos techos adornados con molduras talladas, suelos de parqué y chimeneas de mármol. Lucien acertó a sonreír y esperaba que sus ojos no revelaran su sorpresa. Una mezcla de modelos en minifalda con los pómulos hundidos y sin pecho que promocionaban mediatecas vestidas de negro de los pies a la cabeza y matronas burguesas vestidas de Chanel, revoloteaban alrededor de la mesa surtida de entremeses. El rumor de las conversaciones y el tintineo de las copas llenaban el aire.

Justo detrás de él entró un hombre que entregó su abrigo a un camarero.

—La policía está poniendo controles en todas las calles; han matado a alguien en un tejado —anunció irritado—. ¡Vaya lío! ¡No hay ni un sitio para aparcar!

¿Que han matado a alguien? Lucien ocultó el temblor de las manos escondiéndolas en los bolsillos. Con su historial, tenía que mantenerse alejado de esto.

—*Nom de Dieu!* —dijo Felix, a la vez que un silencio repentino inundaba el salón—. Por lo menos parece que está bajo control.

Felix guió a Lucien hacia la larga mesa cubierta por un mantel de lino blanco.

—Pruebe el fuagrás y continuaremos hablando en el despacho.

—*Merci* —dijo Lucien, consciente de la delicadeza estudiada de Felix según era

conducido al despacho con una bandeja de Limoges bien surtida.

El fuego crepitaba, iluminando un mobiliario minimalista que no concordaba con los techos decorados, las paredes forradas de madera y las ventanas de líneas curvas. Lo clásico se unía a la vanguardia.

Un hombre salió por la puerta del cuarto de baño adyacente secándose el pelo mojado con una toalla.

—He tenido que remojar me para despertarme —dijo sonriendo.

—¿Todavía trabajando? —Felix atrajo a Lucien hacia el hombre, que parecía tener treinta y tantos años. Llevaba un traje negro arrugado y rozadas deportivas Adidas. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta—. Te presento a Yann, un socio. Él es el que pone el cerebro, y yo la fuerza bruta —bromeó Conari.

Yann sonrió.

—No siempre —dijo al tiempo que daba la mano a Lucien—. Encantado.

Lucien sintió un apretón húmedo, pero fuerte. Luego Yann cerró el portátil que estaba sobre el escritorio.

—Prometí a Felix que me mezclaría con la gente y trataría de mejorar mis habilidades sociales. Lo siento.

Lucien puso en práctica su sonrisa de nuevo.

—Ha sido muy amable al invitarme, *monsieur* Conari.

—Llámeme Felix.

Lucien había enviado a Conari varias cintas con su música. Pero se había sorprendido con la invitación de Felix para que fuera a su casa a hablar sobre ellas. No tenía dinero ni para el alquiler. Su dormitorio era un saco de dormir en la despensa del bar restaurante de Anna donde acudían los comunistas corsos y donde trabajaba a cambio de comida. Rezaba para que esta reunión condujera a algún sitio.

La tía abuela de un primo de Lucien se había casado con un pariente lejano de Felix Conari. Felix ni siquiera era corso, pero en Córcega, la familia lo era todo. Los lazos entre los clanes y relaciones familiares que databan del siglo XIII aún gobernaban la isla. El código estaba muy arraigado. Esas bases todavía funcionaban en París.

—Tómese la copa mientras escucha mi propuesta —dijo Felix mientras hacía un gesto a Lucien para que se sentara en una escultural silla curvada de madera de ramín—. Me gustaría que me permitiera representarlo y presentar su trabajo al director de Soundwerx.

Soundwerx. ¡El gigante discográfico europeo! Lucien parpadeó sorprendido.

—Posee usted un sonido único, muy fresco —le dijo Felix—. Quiero ayudarle.

Era una oferta con la que Lucien nunca hubiera soñado. Hasta le daba miedo pensar que pudiera ser cierta.

—Tiene usted un don, difícil de definir. Como si recogiera las palabras del aire y las estrellas cantaran. No, no me estoy expresando bien. —Un breve aire de tristeza cruzó el rostro de este hombre con traje de diseño—. Mi hermana también lo tenía,

pero falleció. —Miró hacia abajo, reorganizando unos papeles sobre el escritorio—. No pude ayudarla, pero espero que usted me dé la oportunidad de poder dar un empujón a su carrera.

Lucien asintió, nervioso. Así que Felix entendía su música y la admiraba, aunque no fuera corso.

—Mi abuelo, mi padre y mi tío cantaban polifonía, bajo, segunda y tercera, poemas del siglo noveno *a cappella*. En casa, siempre decimos: «Tres cantores en armonía suenan como los ángeles» —se explicó. Su corazón se aceleró; siempre lo hacía cuando hablaba de su música—. La música llenaba nuestra casa. Yo construyo sobre cimientos tradicionales; los utilizo como base y continúo explorando. Quiero abrir nuestra cultura al mundo.

La puerta se abrió, dejando pasar el ritmo pegadizo de una *bossa nova* y los murmullos de la multitud. Lucien se giró. La mujer a la que había visto en el vestíbulo entró en la habitación. Echaba su cabeza hacia atrás, riéndose. Ese largo cuello, curvado, tan familiar. ¿Podría ser? Vestía un vestido suelto de color rojo cobre; su melena morena lisa llegaba hasta la mitad de su espalda desnuda. Ella se volvió, la cara iluminada por la lámpara, y él reconoció a Marie-Dominique, la primera mujer a la que había amado. Todavía despedía aroma a rosas.

Se quedó paralizado. Cuatro años...

—Ah, Lucien, le presento a mi esposa —dijo Felix—. Perdón por no haberlo hecho antes.

¿Marie-Dominique, la esposa de Felix?

No podía dejar de mirarla. La mirada de Marie-Dominique se encontró con la suya mientras ella inhalaba aire brevemente.

—Lucien —murmuró—, encantada de conocerle.

El mundo se detuvo. En la mente de Lucien, las cigarras zumbaban, su sonora cacofonía era una barrera de sonido en el calor seco. A su alrededor en la colina, la última vez que él la vio, se encontraban los pinos doblados por el viento y protegidos por formaciones de granito, las adelfas resacas y el marchito mirto.

—¿No le ha enseñado nada Felix? Parece usted perdido —dijo ella.

Perdido en el pasado, pensó él. Y anhelando un futuro que nunca tendrían.

—¿Cuánto tiempo hace que vive en París?

Lo que en realidad quería decir era cuánto tiempo hacía que ella se había convertido en esa sofisticada parisina, casada con un hombre rico.

Ella miró al suelo, moldeando un negro mechón de pelo con su dedo. Tal y como él la recordaba cuando estaba pensando.

—El suficiente —dijo.

—Marie-Dominique —dijo Felix rodeándola con el brazo—, encuentra un sitio para Lucien en una mesa al lado de la nuestra. Convéncelo para que toque algo después de la cena.

Lucien sabía que debería dar las gracias a Felix por su hospitalidad y marcharse

antes de cometer el mayor error de su vida. Pero el perfume de Marie-Dominique y sus recuerdos lo mantenían paralizado.

Los ojos de Felix brillaban de entusiasmo cuando dijo:

—Lucien, ¿me dejará que le ayude?

Lucien asintió, sin saber qué decir.

—Siempre y cuando no esté metido en causas políticas corsas, o tenga algo que ver con esos grupos separatistas... ¿no tendrá usted nada que ver, verdad?

¿Debería revelar su pasado? ¿Pero cómo podía decir la verdad? Él era un desconocido. Tocaba en restaurantes corsos para poder comer. Soundwerx lo consagraría.

—Felix, ¡solo soy un músico!

—Bien. *Monsieur* Kouros, de Soundwerx, quiere conocerle. Es un amigo personal mío, Lucien —dijo Felix—. Lo que cuenta en este mundo son los contactos. Perdona si me he excedido, pero ya le he dado mi palabra de que firmaría un contrato exclusivo.

Lucien sintió que se le secaba la boca. Se preguntaba si debería pedir que le dejaran leer el contrato. El hecho de ver a Marie-Dominique mientras escuchaba la propuesta de Felix hacía que la cabeza le diera vueltas.

Felix se frotó la barbilla con los dedos pulgar e índice.

—Parece usted dudar. Cuando conozca a Kouros, lo entenderá.

Afuera en el salón, Lucien sintió que tenía el cuello húmedo. Había sudado. A su alrededor, las parejas charlaban, y todos parecían conocerse. Se sintió aún más fuera de lugar cuando observó a los extraños bien vestidos que le rodeaban.

Un camarero de chaqueta blanca lo miraba fijamente. Tenía los ojos negros y un tono de tez cetrino que no casaba con su rizado pelo rubio decolorado. Corso, como él, se imaginó Lucien, mientras intentaba arreglárselas lo mejor posible.

Consiguió sonreír.

—¿De qué pueblo eres? —le preguntó, la pregunta que los corsos siempre hacen a un compatriota. Era una forma de localizar su lugar en el mapa social, de descubrir quiénes eran sus amigos, si tenían acceso al poder, o incluso si, por casualidad, no serían familia. O, en el peor de los casos, si estaban involucrados en una compleja *vendetta* contra su clan, una que podría haber surgido de la defensa del honor de un primo lejano asesinado en el siglo pasado. Había que investigar estos asuntos.

—*Monsieur*? —El camarero se dirigió a él como si Lucien no le hubiera hablado—. *Monsieur* Conari dijo que le anunciara que la cena está servida en el otro salón.

Luego se le acercó lentamente y respondió:

—Soy de Bastía.

Un «italiano», como dirían los de su pueblo colgado en las montañas. Para ellos, todos los que habitaban en la costa eran descendientes de pescadores italianos. Incluso aunque sus antepasados hubieran llegado a Córcega cuatro siglos antes.

—¿Y tú?

—De Vescovatis —dijo Lucien.

Una mirada de reconocimiento cruzó el rostro del camarero. Lucien era uno de los de arriba, oriundo de un montañoso valle del interior. Un corso mucho más puro.

Felix se acercó por detrás, dándole unas palmadas en la espalda y con una reluciente sonrisa.

—Mire, firmaremos el contrato después de la cena. Llegará lejos, joven, me ocuparé de ello.

Un ruido de pasos resonó en el suelo de parqué, y entonces se oyó el roce del vestido de Marie-Dominique al rozar su mano mientras se giraba, y él sintió en sus dedos un dolor punzante a pesar de ser el roce de algo tan ligero como una hoja.

—*Monsieur* Conari —dijo el camarero—, el comisario quiere hablar con usted.

—¿El comisario? ¿De qué? Estamos celebrando una fiesta.

Varios policías con uniforme azul entraron en la abarrotada sala.

¿Lo habían visto los *flics*, lo había identificado alguien? ¿El viejo del perro? *Nom de Dieu*, ¿y si lo relacionaban con el tiroteo? ¿O con los separatistas corsos?

—*Monsieur* Conari, ¿es usted el anfitrión? —dijo una voz aguda y nerviosa.

Sin esperar respuesta, continuó:

—Lamentamos las molestias, pero se ha cometido un homicidio al otro lado del patio. Necesitamos hablar con todos sus invitados para averiguar si han notado algo sospechoso. Tenemos que comprobar su documentación. Mero trámite, por supuesto.

Lunes, por la noche

Aimée retorcía el anillo de Guy en su dedo corazón. La acuosa piedra lunar sobre una montura antigua reflejaba el cielo cambiante. Perfecta para ella, había dicho él. Trató de pensar en algo diferente. El cubículo de la comisaría en el que la estaban interrogando le parecía gélido. Varios paneles de luces fluorescentes estaban fundidos, reflejando líneas de luz irregulares sobre el ajado linóleo.

Frente a ella, sentado en un escritorio de metal, un *flic* de veintitantos años de afilada mandíbula se esforzaba por teclear con dos dedos las teclas de una máquina de escribir. ¿No tendrían ordenador?

—*Voilà, mademoiselle* Leduc —dijo, retirando el papel del carro. Su cigarrillo se consumía en un cenicero lleno. Se recostó en la silla giratoria y miró su gran reloj deportivo—. Lea su declaración para ver si es correcta. Luego fírmela ahí abajo.

Leyó dos veces las cinco páginas de la declaración, luego asintió y firmó.

—Por favor, añadan también esto.

—¿Qué es? —preguntó él, reprimiendo un bostezo.

—Un croquis que ilustra mi declaración —dijo ella. Hasta ahora, no había visto un ordenador—. Supongo que podrá escanear mi declaración y este croquis con un ordenador.

—Es usted bastante peculiar, ¿verdad?

Ella podía oír el zumbido monótono de una impresora desde una oficina en la parte de atrás.

—¿Lo harán?

—Sabemos lo que tenemos que hacer, *mademoiselle* —dijo él—. Ahora venga conmigo, por favor.

Ella sintió un escalofrío. Menos mal que había hecho una copia del diagrama.

Él la acompañó a través del vestíbulo de la desierta comisaría hasta una celda al lado del despacho coordinador de emergencias. Era más bien una jaula, con barrotes de acero y amueblada solo con un tablón de madera que hacía de banco. El *flic* soltó las esposas e hizo un gesto para que entrara.

—Espere un momento, no estoy acusada de nada. ¿Hasta cuándo...?

—Siéntese y tranquilícese —la interrumpió y se marchó.

Las esquinas apestaban a calcetines sucios y a otras cosas en las que prefería no pensar. Enfrente de ella, en el mostrador al lado del cubículo de recepción protegido por una mampara de cristal se apilaban folletos anunciando un maratón local patrocinado por la policía y consejos sobre seguridad vial para los motoristas.

Se frotó las manos, ásperas del jabón de laboratorio que le habían dado después del test de los residuos de pólvora, y dio tres pasos de un lado a otro de la pequeña jaula, mientras esperaba que no tuviera que permanecer allí toda la noche. Todavía no

había visto a Laure.

Se imaginó el andamio recortándose contra el tejado de tejas azules. La capa de nieve, el ángulo del cuerpo de Jacques, sus bolsillos del revés, la evidente conmoción de Laure... pero su mente volvía a la herida de bala de Jacques. ¿Lo había estado esperando el asesino? En una noche como esta, ¿por qué había salido Jacques del acogedor café y había convencido a Laure para que lo acompañara? ¿Por qué había acabado muerto en un inclinado tejado de zinc en medio de una tormenta?

Por jugar a abogada del diablo, si de hecho Laure y Jacques habían continuado su discusión y Laure quería matar a Jacques, existían formas más sencillas y menos inculpativas. Un golpe que lo hubiera dejado inconsciente, y luego machacar el cráneo fuertemente contra un pivote de piedra era uno de los métodos. Había leído algo así la semana anterior en *Le Parisien*. O podía haber hecho que Jacques tropezara en las escaleras que llevaban al Sacré Coeur. Había muchas formas de simular un «accidente».

Sin embargo, ¡se había encontrado a Laure inconsciente de un golpe! Con toda seguridad, la falta de residuos de pólvora en las manos de Laure la exculparía... Esperaba que los *flics* hubieran interrogado al tipo que estaba en la verja del edificio. Puede que hubiera visto algo.

Una agente que vestía una sudadera azul abrió la puerta de la jaula, sacudiendo a Aimée de sus pensamientos.

—Puede marcharse —dijo, entregándole una bolsa de plástico con sus cosas.

¿Así de fácil? Se imaginó que Morbier había hablado a su favor. Esperaba que hubiera hecho lo mismo por Laure.

—¿Un café?

Agradecida, Aimée asintió, aceptando una taza de café negro.

—*Merci*. Lo que de verdad quisiera es encontrar a Laure Rousseau.

La *flic* sonrió.

—Y a mí me gustaría encontrar al hombre de mis sueños. La esperanza es lo último que se pierde, ¿verdad? Inténtelo en el Hôpital Bichat.

* * *

Las paredes rayadas y el linóleo desconchado del Hôpital Bichat necesitaban una reforma. Laure, con la cabeza vendada, estaba sentada en una camilla en la sala de espera de urgencias, acompañada por un *flic* de aspecto cansado. «... hablar con un abogado», estaba diciendo Laure. Su voz sonaba pastosa.

—Agente, ¿puedo hablar con *mademoiselle* Rousseau? —preguntó Aimée.

—¿Es usted de la familia?

—Es mi amiga, ¡por favor!

El *flic* se ajustó la corbata y tamborileó con los dedos en la camilla de metal.

—*Bon...* Comprobaré la acusación que existe sobre ella con la *préfecture de*

pólíce.

—¿Qué quiere decir? ¿Acusación? Compruébelo con la Proc. Tiene que haber un error.

Ella vio su expresión indiferente. Luego se sonrojó desde el cuello hasta las mejillas. Por lo menos tenía la decencia de sentirse avergonzado. Después de todo, Laure era una de los suyos.

—Déjeme averiguar qué está pasando —dijo.

—¿Dónde está el médico de guardia? ¡Mírela! ¡Necesita que la vean ya!

—No es el mejor momento. Ha habido una colisión de varios camiones en la *périphérique*. Ella va la siguiente.

Aimée vio la sangre seca en la sien de Laure, escuchó los esfuerzos que hacía para respirar, y notó sus pupilas dilatadas. Los síntomas clásicos de una conmoción. El agente se alejó por el pasillo, tratando de encontrar cobertura para su móvil.

—Esto es un mero trámite, Laure —le aseguró Aimée—. Hay una confusión.

—¿Confusión? —A Laure le temblaban los hombros. Las lágrimas asomaban a sus ojos—. Los especialistas encontraron residuos de pólvora en mis manos. No sé lo que está ocurriendo.

¿Residuos de pólvora? Aimée se sobresaltó.

—No lo entiendo —presuponía que también Laure saldría limpia del test—. Tiene que haber una explicación. ¿Cuándo disparaste tu pistola por última vez?

—Igual hace un mes, *bibiche*, en las prácticas de tiro, creo. No me acuerdo bien —dijo Laure con los ojos brillantes.

No tenía sentido. Entonces, ¿cómo podía tener ahora restos en sus manos?

—Cuéntame qué ocurrió después de que te fueras del bar —dijo Aimée posando una mano sobre el hombro de Laure—. Tómalo con calma.

Laure negó con la cabeza.

—Jacques se estaba comportando de una forma extraña... —Su voz se debilitaba.

Aimée podía oler el tipo de producto químico utilizado en los análisis de residuos de pólvora y vio las yemas de los dedos de Laure, negras del test de huellas dactilares. Ni siquiera se las habían limpiado.

—Así que lo acompañaste —siguió Aimée.

—Pero me preguntaba...

—¿Qué? —preguntó Aimée.

—Su confidente... ¿Por qué se encontraría allí con él?

¿Una cita en un tejado resbaladizo en una gélida noche de nieve? No tenía sentido, concluyó Aimée.

—Tiene que haber sido una trampa. —Laure se apoyó contra la pared y se frotó las sienes, dejando churretes negros—. Mi cabeza, me duele hasta pensar.

Aimée entrecerró los ojos.

—Una trampa. ¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Lo que sé es que no lo maté. —Sus hombros temblaban—. Jacques era el único

que me dio una oportunidad. Me tomó a su cargo. Nunca puedes volver al cuerpo si matan a tu compañero y tú... tú eres la sospechosa.

—Aclararemos esto, Laure, *reste tranquille* —dijo Aimée, aunque en realidad se estaba preguntando qué podía hacer.

En algún lugar una puerta se cerró de un portazo. Los fluorescentes parpadearon. Se oyeron voces de borrachos en el vestíbulo. Un celador corría por el pasillo de azulejos verdes, haciendo que sus pasos resonaran.

—Tienes que ayudarme —dijo Laure—. Todo es como una nebulosa, es muy difícil recordar.

Aimée temía que le encasquetaran a Laure un abogado determinado y que llevaran a cabo la mínima investigación posible. O, más probablemente, que remitieran la investigación a Asuntos Internos, donde los que presidían eran jueces elegidos por la policía.

—Disfrutan haciendo un ejemplo de *flics* como yo —dijo Laure.

Lo triste era que era cierto.

Pero tenía que hacer que Laure se sintiera más segura.

—No llegará tan lejos, Laure. Como te he dicho, ha habido algún error.

Laure miró fijamente a Aimée, le temblaba el labio.

—Acuérdate de que prometimos que siempre nos ayudaríamos, *bibiche*. —Laure se recostó en sus hombros, sollozando.

Aimée la sostuvo, recordando cómo era Laure la que siempre se la quedaba, cómo había sido el saco de todas las burlas antes de su operación de paladar, y sin embargo, cómo había soñado con una carrera como la de su heroico y condecorado padre. Al revés que Aimée, que se mantenía a distancia de los *flics*.

—Te juro por la tumba de papá que yo no maté a Jacques. —Laure la agarró con fuerza del brazo y luego cerró los ojos—. Me estoy mareando, todo me da vueltas.

—Laure Rousseau, ya estamos con usted —dijo una enfermera.

Aimée pensó que ya era hora.

—Parece un *shock*, una conmoción —dijo.

—Nosotros somos los que diagnosticamos, *mademoiselle*. —La enfermera empujó la camilla hacia un par de cortinas de plástico blancas.

—¿Cuánto tardarán?

—La exploración y la observación llevarán unas cuantas horas.

El mismo *flic* pasó a su lado. Aimée lo cogió del brazo.

—Volveré entonces para recogerla y llevarla a casa. —Reconoció una expresión de «no cuentas con ello» en sus ojos al tiempo que negaba con la cabeza—. ¿Por qué no?

—No tengo tiempo de explicárselo.

—Aquí tiene mi número. Llámeme. —Puso una tarjeta en su mano.

Él desapareció tras las cortinas.

* * *

Aimée se encontraba de pie delante del hospital en la acera grisácea cubierta de nieve sucia. Tenía que hacer algo. No podía soportar la idea de que Laure, todavía herida y en estado de *shock*, fuera acusada en la *préfecture*. Tenía que haber pruebas, en el andamio o en el tejado, que la exculparan. Tenía que haber alguna forma en la que Laure pudiera salir de esta pesadilla. Sacó su teléfono móvil con manos temblorosas y llamó a su primo Sebastian.

—*Allô* Sebastian —dijo, mirando la desierta parada de taxis—. ¿Puedes recogerme dentro de diez minutos?

—¿Por tu cara bonita? —dijo—. *Désolé*, pero Stephanie está haciendo una *cassoulet*.

Stephanie era su nueva novia y la había conocido en una macro fiesta.

—Me debes una, ¿recuerdas? —respondió Aimée.

Una pausa.

—Es hora de saldar la deuda, Sebastian.

—¿Otra vez? —Se oía música de fondo—. ¿Qué necesito?

—Guantes, botas de escalada, lo de siempre. Asegúrate de que tienes la caja de herramientas en la furgoneta.

—¿A forzar algo, como la última vez?

—Y te encanta. No te olvides de traer otro par de guantes.

Algunas veces simplemente tenías que ayudar a una amiga.

* * *

Sebastian, que llevaba puestos unos ajustados pantalones color naranja, un jersey bretón de talla extra grande y un gorro de punto negro calado hasta las orejas, pero que dejaba ver el brillo de su pendiente, aceleró la furgoneta rue Custine arriba. Su planta de más de 1,80 m. se acomodaba con dificultad en la machacada furgoneta que utilizaba para los repartos. A su lado, Aimée estaba sentada analizando rápidamente las queserías, floristerías y cafés cerrados y sin luz repartidos por la pronunciada pendiente. En algún momento esto había constituido un pueblo en un lugar elevado fuera de las murallas de París. Los parisinos habían ido en masa a la *butte*, el montículo, para bailar en los *bal musettes*, disfrutar de la *vie bohème* y beber vino libre de impuestos. Artistas como Modigliani y Seurat los habían seguido, montando sus estudios en lavaderos públicos antes de que sus cuadros alcanzaran elevados precios. Luego se habían sentido atraídos por Montparnasse.

—*Voilà* —dijo, señalando el edificio rodeado por una verja y cuyos árboles desnudos se recortaban contra las luces de Pigalle en la distancia.

Los de la policía científica y los furgones policiales ya se habían marchado. Tampoco estaba el coche de Jacques. Sebastian aparcó al lado de uno de los típicos hidrantes de París, lo cual quería decir que lo habían metido a presión en cualquier espacio que quedara en la acera.

—Trae el equipo, primito —dijo—. Vamos.

El 18 de la rue André Antoine, un edificio del siglo XIX de piedra blanca, estaba enfrente de otros como él en una calle serpenteante. Una red gris camuflaba el andamiaje del piso superior y del tejado, compartido por el resto de los edificios del patio. La parte trasera del patio estaba parcialmente ocupada por la pared de una iglesia de ladrillo rojizo que impedía la visión. Esperaba haber podido interrogar al hombre que estaba en los escalones, pero ya no andaba por allí. Solo quedaba una capa de nieve con huellas entrecruzadas.

El viento había remitido. De algún sitio llegó el chirrido amortiguado de un columpio. Los de la policía científica debían de haberse marchado justo después de que la hubieran obligado a irse, lo cual era evidente por la fina capa de nieve que cubría los coches aparcados donde antes habían estado los furgones policiales. Gracias a Dios el arquitecto Haussmann había podido impedir aquí la acción de la excavadora. Nadie podía echar abajo estos edificios, o el suelo a sus pies se desmoronaría. El terreno estaba plagado de huecos y túneles... como un queso de gruyer, como decía el refrán. Aimée nunca pudo entender eso; el queso de los agujeros era el emmental. Cuando comprabas una propiedad, recibías un certificado asegurando que el terreno era sólido. Pero, tal y como le había dicho una amiga, los últimos cálculos geológicos databan de alrededor de 1876.

Llamó al timbre del conserje, bajándose la cremallera del plumífero para que se viera la sudadera azul que le había traído Sebastian y se dio cuenta de que no había nombres en los buzones de metal del piso de arriba. Momentos después, contestó una mujer de mirada perspicaz. Vestía un abrigo grande de caballero color camel, con una cadena de Dior a modo de cinturón, botas de lluvia negras y sujetaba un cigarrillo entre el dedo pulgar y el índice.

—¡No me digan que se olvidaron del cuerpo! —dijo, exhalando humo acre en la dirección de Aimée.

Sobresaltada, Aimée echó mano de una bolsa de trabajo con el nombre «Serrurerie» impreso y se apartó del humo.

—He venido a cambiar las cerraduras —dijo.

—Pero ya han estado los cerrajeros.

Aimée sacudió el hielo de sus botas en el felpudo.

—¿Para asegurar las ventanas y el acceso a la claraboya?

—Que yo sepa...

—Pero nosotros vamos a trabajar en las ventanas «de atrás». No han acabado —señaló con la mano a Sebastian—. Teníamos las piezas en el taller.

—¿Qué quiere decir?

Aimée pensó rápido, deseando que la portera dejara de interrogarla.

—*Tiens...* ¿Así que no le dijeron... que las ventanas traseras necesitan cerraduras especiales?

La portera suspiró.

—El piso está vacío. Están rehabilitando los pisos de arriba.

—*Bon*, nos iremos a casa —dijo Aimée volviéndose hacia Sebastian—. Puede explicar al comisario por qué entró nieve por las ventanas hasta cubrirlo todo como una alfombra. A los okupas les va a encantar.

La mujer echó un vistazo a su pulgar y empujó la cutícula hacia atrás.

—Los pisos de arriba llevan vacíos un mes —dijo, encogiéndose de hombros. Otro signo del aburguesamiento que estaba invadiendo la zona—. Asegúrese de no molestar al viejo chocho del primero. Ya de por sí está furioso, así que imaginen con toda esta conmoción —dijo la portera. Torció el gesto y apagó el cigarrillo en un tiesto vacío. Luego lanzó un pequeño llavero a Aimée—. Es la llave de la puerta. No les esperaré levantada.

—Conocemos el camino de salida —dijo Aimée, asintiendo en la dirección de Sebastian, quien se echó al hombro la caja de herramientas.

La siguió hacia arriba por la escalera, con la gastada alfombra roja sujeta por varillas de bronce. El pasamanos de hierro forjado, con un intrincado diseño de bellotas y hojas, subía en espiral varios pisos. En algún momento había sido exquisito, la última moda.

—¡Y luego hablan de subir al monte! ¿Qué demonios esperas encontrar después de todo este tiempo, Aimée?

Las palabras de Sebastian reflejaban sus propias dudas. Sin embargo, era vital obtener nuevas pruebas. «Si se escucha, el escenario habla», recordó que decía su padre. Si había cualquier posibilidad de demostrar la inocencia de Laure, ella tenía que encontrarla.

—Ponte los guantes de cirujano —dijo, jadeando y deseando no haber ganado ese kilo en vacaciones. Dejó la llave en la puerta—. Primero el tejado.

La ventisca había remitido, derritiéndose la nieve en el suelo del andamio. Sebastian y ella se calaron los pasamontañas de lana. Sebastian hizo lo mismo que Aimée y se echó de rodillas. Con suerte, quizá encontrarán algo que se les había pasado por alto a la policía.

—¿Qué buscamos?

—Astillas, metal ennegrecido en el andamio, un mechero olvidado, una colilla, una teja raspada... cualquier cosa.

—¿Cómo en los programas de la tele?

Ella asintió. Tenía sus dudas, pero nunca se sabía. La portera había dicho que el piso llevaba un mes vacío. ¿Fue por eso por lo que Jacques había decidido encontrarse allí con su confidente?

Las torres y el tejado de la iglesia no dejaban ver nada excepto el tejado de al lado

y un oscuro edificio vecino al otro lado de la calle. Los testigos, en caso de que los hubiera, serían pocos.

Se pusieron en cuclillas, moviéndose en silencio para evitar que se les detectara desde los pisos unidos por el tejado. Una ventana alta y con luz brillaba al otro lado del patio. Abajo, en el solar en construcción, se veía un resplandor como la punta de un cigarrillo encendido. Luego desapareció. ¿En un agujero en la tierra? Los restos de antiguas canteras recorrían Montmartre bajo tierra. Apretando los dientes, volvió la vista al tejado.

Reptaron durante cuarenta minutos. Repasaron cada centímetro del andamio, inspeccionaron chimeneas, piedras, las ventanas y botaguas que se abrían en el tejado abuhardillado y la pequeña superficie plana del tejado de zinc arriba del todo. Aimée tenía las manos mojadas de nieve, irritadas por el roce de las piedrecillas y el áspero estuco. Descorazonada, se apoyó contra la chimenea.

—¿Has encontrado algo? —preguntó a Sebastian, que estaba inclinado sobre el borde e inspeccionando el canalón.

Sostenía un puñado de hojas marrones empapadas.

—¿Las tiro o...?

—Espera. —Se acercó hasta donde él estaba y abrió una funda de plástico—. Mételas aquí. ¿Qué es eso?

—Solo una ramita, como estas —dijo, señalando otras que atascaban el canalón.

Ella entresacó un tallo verde. Lo olió.

—Un tallo de geranio que se acaba de romper.

—¡Mi prima, la botánica!

Ella le dirigió una sonrisa irónica.

—Mi pituitaria me dice que hay un alféizar cerca de aquí con tiestos de geranios.

—Y eso demuestra...

Unas pocas estrellas relucían bajo las nubes que se disipaban, justo sobre el oscuro perfil de los tejados.

—Solo estoy especulando. ¿Y si alguien estaba apoyado mirando por la ventana y vio el tiroteo?

—Pero Aimée, con este tiempo, la gente mete los geranios dentro de casa.

Tenía sentido. ¿Una pista falsa?

Bueno, pero era todo lo que tenían.

—Ayúdame, quiero comprobarlo.

Sebastian alcanzó la pared y ató la cuerda alrededor de la base de la chimenea. Aimée ató un nudo corredizo en el otro extremo alrededor de su cintura.

—¿Preparada? —preguntó él, cruzando las manos y plantándose contra el cemento—. A la de tres.

—Una, dos, tres.

Aire gélido y una claraboya con suciedad incrustada recibieron a Aimée al llegar al tejado de al lado. Se agarró al alero del tejado, se dio impulso hacia arriba y se

encontró cara a cara con la ventana de una buhardilla. Dentro se veían varios tiestos con geranios.

Ahora ya sabía por dónde empezar a preguntar por la mañana. Pero no había encontrado ninguna prueba que demostrara que otra persona que no fuera Laure había disparado a Jacques. Sin embargo... tenía que haber algo.

—Voy a bajar —dijo, agarrándose al alféizar salpicado de desperdicios de paloma con una mano mientras con la otra hacia fuerza contra la lisa pared—. Sebastian, ¿me alumbras aquí con la linterna?

—¿Regalos de los dioses paloma?

Mientras el fino haz iluminaba la chimenea, se encendió una luz en una ventana del patio de enfrente, y oyeron que alguien intentaba abrirla.

—Rápido, Sebastian. Hora de largarse.

Sintió que él tiraba de la cuerda y sus pies resbalaron en el hielo.

—Tenemos compañía —dijo él, señalando hacia abajo—. Los *flics*.

Dos coches se habían detenido en la calle, con sus luces azules proyectándose sobre el patio cubierto de nieve. ¿Les habría oído alguien y habían llamado a los *flics*? Miró con dificultad alrededor de la chimenea, vio más tejados y el reflejo pálido de la luna que brillaba en más claraboyas, a pocos metros de distancia.

—Coge la bolsa y ven conmigo —dijo Aimée.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Date prisa. Podemos forzar una claraboya.

Sintió que la cuerda se tensaba.

—¿Cuántas claraboyas ves? —preguntó él.

—Tres. Dos juntas y otra algo más lejos.

—*Bon*. Una de ellas tiene que estar sobre un vestíbulo. Te sigo.

Metió la funda de plástico en el bolsillo de la sudadera, trepó, se agarró al borde de la chimenea y se dejó caer hacia el otro lado.

Le trastabillaron los pies y aterrizó a cuatro patas. Y luego se encontró deslizándose por la resbaladiza superficie del tejado. La invadió el pánico. Entre ella y una altura de varios pisos solo estaba el canalón. Se agarró fuertemente al metal con la mano y se impulsó hacia una zona llana en forma de rectángulo.

Sebastian aterrizó detrás de ella. Para cuando llegaron a la claraboya más lejana, ella jadeaba. El aire helado le estaba haciendo daño en los pulmones.

—Aquí tienes —le dijo él, entregándole los alicates—. Fuerza la cerradura de la claraboya.

Le sorprendió descubrir que ya estaba rota. Trozos de cristal, afilados como una sierra, sobresalían del marco. Hábilmente, deslizó la mano y alcanzó la cerradura desde dentro. En unos segundos, con la ayuda de Sebastian, había levantado la claraboya. Se apoyó en el borde de metal y se dejó caer, esperando encontrar con los pies la escalera que normalmente había en la pared de los vestíbulos comunitarios, y no aterrizar en la habitación de alguien.

Con los dedos de los pies sintió peldaños de escalera y descendió hasta una superficie nivelada, una alfombra mohosa con huellas húmedas. Qué extraño.

—Rápido, coge la bolsa —dijo Sebastian, entregándosela. Aterrizó de puntillas, perfectamente, y se encontraron en lo que parecía ser la entrada de una *chambre de bonne* en el sexto piso, la habitación de una doncella convertida en apartamento.

—Mira las huellas.

—Mis pies no son tan grandes —dijo él, a punto de frotarlas con sus botas.

—Déjalo, vámonos —dijo ella.

Bajaron sigilosamente por las crujientes escaleras de madera, atravesaron una puerta de entrada de cristal y llegaron a un patio cubierto. Había varias puertas en el frente del hueco de piedra con forma curva. Grandes contenedores de basura verdes estaban al lado de la garita de la portera. Sebastian pulsó un botón en la pared lateral y dentro de la enorme puerta blindada se abrió otra más pequeña.

Se encontraron enfrente de la calle donde habían aparcado. ¡Qué suerte!

Ya de vuelta en la furgoneta, Sebastian arrancó el coche y encendió la calefacción.

—¡Todo por esa ramita de geranio! ¿Contenta?

—Y mucho —dijo ella—. Piensa en el cristal roto, en la claraboya abierta.

Él asintió mientras tomaba una curva, acelerando el motor mientras subían por la empinada calle.

—Quizá hayamos descubierto por dónde ha huido.

—¿Por dónde ha huido?

—Sí, el asesino.

Lunes, por la noche, más tarde

Lucien cerró los ojos. Su mente rebotaba de recuerdos de la niñez: el canto agudo de su *grand-mère* mientras el cadáver de su tío yacía rígido y color de cera en la mesa del comedor. Las mujeres, todas de negro como una bandada de cuervos, gimiendo y los hombres golpeando el suelo con las culatas de sus rifles. El eco del terrible ritmo traspasaba las paredes de piedra. La tristeza, mecida por el viento seco, perfumada por la lavanda y el mirto, le había helado hasta lo más profundo.

Desde cuando podía recordar, los funerales habían constituido acontecimientos sociales en el pueblo. Más allá, la carretera llena de surcos bordeaba un mar turquesa cuyas olas rompían contra el granito de abandonadas canteras romanas. Las piedras se encontraban cinceladas como si los romanos se hubieran marchado ayer, no hace siglos.

Ese día, Marie-Dominique y él se habían dirigido al sendero de la montaña, sin ser vistos, para escapar de la sensación de malestar que empapaba el pueblo, hogar de los viejos y enfermos, como tantos pueblos diezmados por la *vendetta*. Encontraron la cueva al lado de una cabaña de pastor medio derruida protegida por el corte de una pared de granito en la cual los cristales de mica y grafito capturaban el sol cobrizo. Cada momento permanecía grabado en su mente. Las largas piernas bronceadas de Marie-Dominique terminando en alpargatas azules descoloridas. La pelea con su primo Giano después en el bar porque le acusaba...

—Si no le importa, diga a sus invitados que formen una fila, *monsieur* Conari — estaba diciendo el comisario—. Todos deben mostrar su carné de identidad y responder a unas pocas preguntas. Mero trámite, por supuesto.

Sobresaltado, Lucien abrió los ojos. Estaba en el salón de Felix y Marie-Dominique estaba en algún lugar entre la multitud, no acurrucada junto a él en la cueva. Buscó su cartera, miró dentro y se asustó. Solo contenía su pase de transporte y un caramelo sucio para la tos. Había olvidado su carné. Por ley, cualquiera sin carné podía ser detenido. Esa ley rara vez se ponía en práctica. Pero con los corsos como él, los *flics* ejercían venganza por las amenazas separatistas y aplicaban las leyes de forma estricta. En su pueblo, los hombres desaparecían en las montañas cuando veían aparecer un coche de la policía. Eso es lo que desearía poder hacer ahora.

¿Y el contrato del que había hablado Conari? Más tarde. Ahora tenía que refugiarse en algún lugar de este piso y pensar en lo que hacer. Lucien tiró de la manga del camarero según pasaba a su lado. Le resultaba familiar...

—Compadre, ¿dónde está el cuarto de baño? —preguntó Lucien.

El camarero hizo un gesto que abarcaba la habitación en la misma dirección en la que estaban los *flics*.

—¿Alguno más cerca?

El camarero pareció comprender.

—Sígame.

Condujo a Lucien a un aseo al lado de la cocina.

Para cuando salió del servicio, Lucien ya había decidido que le pediría a Felix que confirmara su identidad. Ya llegaba tarde para su bolo de *discjockey*.

Pero en el vestíbulo, Marie-Dominique le cerró el paso.

—¿Algo va mal, Lucien?

¿Mal? ¿Que ella estaba casada, que no podía tener sus cálidos hombros bronceados entre sus brazos? Pero no dijo eso. Buscó algo que decir.

—Marie-Dominique, verte de nuevo después de todo este tiempo... hay tanto que decir... —Durante cuatro años había soñado con ella, pero sus palabras sonaron sin vida e inapropiadas.

—Lucien, todavía compones música, y eso me hace sentirme feliz. —Sus palabras quedaron flotando en el aire, llenas de emoción contenida.

Una gardenia flotaba en una fuente con agua sobre una mesa, una fina pulsera de diamantes alrededor de su muñeca captaban la luz. Las velas parpadeaban, enviando sombras sobre la tela de seda moaré de las paredes, sobre sus cabezas. Añoraba tener tiempo para contemplarla, para aspirar el aroma a rosas que la rodeaba. Le pasó por la mente la vieja canción de Tino Rossi de los años treinta *O Corse, Île d'Amour*; era la melodía que habían puesto en la radio esa tarde.

—Tenía que ser así —dijo ella, como si pudiera leer sus pensamientos.

Sorprendido, apretó los puños.

—¿Cómo puedes decir eso? Sabes lo que compartíamos, lo que yo sentía.

—Mi familia no estaba de acuerdo. —Ella desvió la mirada, su voz baja casi un susurro—. Mi padre sabe lo que de verdad es la Armata Corsa: terrorismo.

—Cuando nos unimos todos éramos unos ignorantes. Pero nunca participé en ninguna acción.

¡Idiota! Había sido un idiota al unirse con sus amigos borrachos para liberar a Córcega del dominio francés. ¿Liberar? No con bombas en medio de la noche y secuestros a cambio de rescates que la Armata Corsa utilizaba para comprar armas. Negó con la cabeza, frustrado. Tenía que hacer que lo entendiera.

—Es verdad. Nunca me di cuenta.

Los ojos de Marie-Dominique echaban chispas.

—¿No te diste cuenta de que la Armata Corsa estaba perseguida? Después de que dejaras la isla, la Armata Corsa empapeló las paredes con carteles protestando por las atrocidades y con fotografías «tuyas».

—Pero yo no tuve nada que ver. Solo fui a una reunión.

—Tu foto estaba en los carteles.

Así que esa había sido la razón por la que su madre había puesto en sus manos un billete para el *ferry* nocturno a Marsella e insistió en que se marchara esa misma noche. «No voy a perder a otro hijo», había dicho. Y quería decir que no lo haría ni

por culpa de la *vendetta*, ni de los gendarmes y del mal de ojo de la *mazzera*, la vieja hechicera que vivía arriba en las montañas. Nadie le discutía nada a la *mazzera*, y mucho menos su madre viuda que había sufrido tanto y que estaba convencida de que estaba señalado por un mal de ojo. Nacida en Cerdeña, su *grand-mère* todavía se refería a su madre como «la extranjera» después de treinta y cinco años en la isla. Ella había hecho caso omiso de su resistencia, le había echado por tierra los argumentos de que huir sería como admitir su culpa.

Había trabajado de camarero en el puerto viejo de Marsella, pinchado discos utilizando el equipo barato de un amigo, se las había arreglado y había sobrevivido. Un año más tarde, se había mudado a París. Había comprado un plato para pinchar discos, llevaba una vida sencilla.

—Te escribí explicándote que tenía que marcharme —le contó a Marie-Dominique—. Pero me devolvieron todas las cartas, sin abrir.

Ella miró hacia otro lado.

Un *flic* con uniforme azul le pasó rozando, se paró y se fijó en los vaqueros negros y botas usadas de Lucien.

—Sígame, estamos interrogando al personal en la cocina —dijo.

—Pero, agente, es nuestro invitado —le dijo Marie-Dominique.

El *flic* arqueó las cejas y le lanzó una mirada significativa.

—Por supuesto, señora. Por favor, vayan con los demás al salón. —Él continuó hacia la cocina.

Lucien se preparó para lo peor. Los corsos disfrutaban de «tratamiento especial» durante los interrogatorios en la comisaría. Como su amigo Bruno, que había vuelto con un brazo roto. Los recientes ataques separatistas habían puesto particularmente nerviosos a los *flics*. Si descubrían que no tenía carné de identidad y vivía del dinero negro que cobraba de sus bolos de *discjockey*, le detendrían.

—Pero si se marchaba sin firmar el contrato que le había ofrecido Conari...

—Se me ha olvidado el carné de identidad, Marie-Dominique. —Echó un vistazo en dirección al salón. Felix estaba con un grupo de hombres, hablando con el comisario. Los invitados habían formado una cola irregular al lado de la mesa de las bebidas.

Se acercó a ella lentamente, susurrando.

—Marie-Dominique, no puedo hablar con ellos ahora.

Ella abrió mucho los ojos.

—O sea que, ¿todavía estás en la lista de los más buscados?

—Dime una forma de salir de aquí, por favor —repuso él—. Habla con Felix, dile que firmaré el contrato mañana.

—Pero y si...

—No tengo tiempo para explicaciones. Ayúdame.

—Por lo menos eres coherente. Te estás escapando. Otra vez.

—No es eso. Por favor, ayúdame.

Marie-Dominique negó con la cabeza.

Un miembro de la empresa de *catering* abrió una puerta oculta entre los paneles de la pared. Sudaba y cargaba con una sartén de cobre enorme.

Tenía que conducir a las escaleras traseras.

—No metas a Felix en un lío.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Todavía tienes algo que ver con los separatistas, ¿verdad? Todavía suspirando por «liberar» Córcega.

Por lo que a él respectaba, si no había ocurrido en los últimos dos mil años, ¿por qué iba a ocurrir ahora? Ella no entendía nada. Hacía doscientos años, Pascal Paoli había llegado al poder y en lugar de proclamarse rey como habían hecho otros, abolió la esclavitud, convocó elecciones y concedió el sufragio a las mujeres. Ideas novedosas para su tiempo, para cualquier tiempo. Córcega fue una democracia durante unos años hasta que Paoli fue derrocado y su ejército destruido. En 1768, Córcega fue vendida a los franceses por un millón de francos.

Era cierto, hubo una época en la que él había creído en una Córcega libre y se había unido a la Armata Corsa. Pero cuando vio el comportamiento mafioso del grupo dividido por las facciones, no había querido tener nada que ver con ellos.

—Lo que quieres decir es que yo no pertenezco a esto —dijo Lucien—. No soy parte de tu vida, no de este ambiente chic —añadió, su dolor explotando en ira. Golpeó la puerta con el puño—. Pero tampoco tú, Marie-Dominique. Has cambiado, pero por dentro todavía eres la misma. Me marchó. Dile a Felix que me pondré en contacto con él más tarde.

Abrió la puerta camuflada y la cerró de un portazo.

Martes, por la mañana

Aimée se apoyó en la pared enchapada del metro con el móvil en la oreja y colgó. El Hôpital Bichat se negaba a darle cualquier información sobre Laure. Encima, el *flic* que la custodiaba aún no la había llamado. El aire estaba impregnado del olor a goma quemada de los chirriantes frenos de los trenes. Marcó otro número.

—Brigada Criminal —dijo una voz después de diez tonos.

—Ayer por la noche, la agente Laure Rousseau resultó herida y fue trasladada al Hôpital Bichat. Me gustaría saber cómo está.

—Déjeme que mire —contestó una voz brusca, de las que no admiten tonterías. Oía pasos de fondo sobre el terrazo.

—*Allô?* ¿Quién llama? —preguntó la voz.

—Soy Aimée Leduc, detective privado.

—Tendrá que solicitar información a través de los canales adecuados.

—Ah, ¿no lo estoy haciendo? Estoy preocupada. Como le he dicho, está herida.

—Está en prisión preventiva —dijo la voz.

¿Ya? No eran ni las ocho de la mañana.

—Compruébelo con su abogado —replicó la voz.

—¿Quién es?

—Un tal *Maître*^[1] Delambre lleva el caso. Es toda la información que tengo.

Sonaba como si Laure estuviera representada por alguien de fuera. Inusual en estas circunstancias. ¿*Bueno o malo? Seguro que era una buena señal*, pensó Aimée intentando ganar en esperanza. Pero ¿cuánto tiempo mantendrían a Laure en preventiva? Consultó la guía de teléfonos en la cabina del metro, encontró el número del abogado y lo llamó.

—*Maître* Delambre se encuentra en los tribunales hasta el mediodía —dijo el contestador automático.

—Por favor, dígame que me llame, es urgente, tiene que ver con Laure Rousseau —dijo Aimée y dejó su número.

Qué mal que había dejado que su socio en el despacho, René Friant, se tomara la mañana libre. Necesitaba su ayuda.

Empujó las puertas batientes de la estación del metro de Blanche. Durante todo el tiempo que estuvo subiendo las escaleras llenas de viajeros bien abrigados, se imaginaba a Laure, desorientada, con el ojo inyectado en sangre, acurrucada en una celda.

En el amplio *boulevard* de Clichy cerca del Moulin Rouge, la calle llena de tiendas, las chillonas luces de neón ahora apagadas, el humo de los tubos de escape de los autobuses subía en espiral. Una desordenada manifestación bloqueaba la calle

mientras los altavoces gritaban: «¡Córcega para los corsos!».

Los viajeros esperaban en las aceras con esa particular paciencia de los parisinos, ese encogimiento de hombros colectivo reservado para los retrasos y para las huelgas. En los titulares de los periódicos desplegados en el quiosco podía leerse: «Golpe al debate sobre el convenio corso». Otro decía: «El asalto a un furgón blindado se relaciona con los separatistas de la Armata Corsa».

Vio un cartel llamando a la acción que se estaba despegando de una pared de piedra con el símbolo de la Armata Corsa, la *tête de Maure*, una cara negra con un pañuelo blanco, en una esquina.

Los estridentes movimientos separatistas corsos centraban la atención pública estos días, desplazando así a los bretones que reclamaban enseñanza en gaélico y los atentados con coche bomba de ETA, el grupo terrorista vasco.

Ahora Aimée necesitaba hablar con la persona del piso de los geranios en la ventana para descubrir si había visto algo.

Por encima de ella, en la rue André Antoine, el cielo cubierto de Montmartre se reflejaba en los tejados azul grisáceo. Como su corazón, sin Guy y con Laure objeto de una investigación policial.

Los plátanos sin hojas se mecían en el viento. Calles empinadas subían retorcidas por la *butte* de Montmartre. Pisó charcos de nieve derretida. Por la noche se helarían y se volverían resbaladizos. Mañana habría artículos en los periódicos sobre ancianos que se habían caído y roto la cadera.

La verja del elegante edificio a cuyo tejado habían trepado Sebastian y ella permanecía abierta para que entraran los basureros. Analizó de un rápido vistazo desde el patio empedrado hasta el tejado y la claraboya de la casa adyacente. El enclave se hallaba rodeado de varias alturas de ventanas con contraventanas de hierro.

Se imaginó que la mayoría de los residentes de este edificio marchaban hacia el sur en invierno, a Niza o Mónaco. Podían permitirselo. Localizó el lugar del piso de arriba en el que se encontraba la jardinera con los geranios, una ventana ovalada sin contraventanas.

Interrogaría a todos los habitantes del edificio, empezando por abajo. En la entrada pulsó el primer timbre. No hubo zumbido de respuesta. Se quedó mirando los números en la placa del código de acceso.

Sacó un bloque de plastilina del bolso, lo extendió sobre los botones y volvió a despegarlo. Huellas grasientas mostraban cuáles eran los cinco números y letras más utilizados. En menos de cinco minutos, después de probar veinte posibles combinaciones, la puerta se abrió.

Una vez dentro del edificio subió los amplios escalones de mármol, deslizando los dedos por la barandilla de hierro forjado. En el primer piso, abrió la puerta una mujer joven con un niño pequeño en la cadera y otro al que se le oía llorar. Aimée vio maletas y una silla de coche apilados en el interior.

—*Oui?* —preguntó la mujer.

—Perdone que la moleste, pero soy detective —dijo Aimée—. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre un homicidio que ocurrió ayer por la noche al otro lado del patio en el tejado del edificio en obras.

—¿Qué? No sé nada de eso. —El niño tiró del collar de perlas en el cuello de la madre y ella dio un respingo—. *Non, chéri.*

—¿Vio usted o escuchó algo raro ayer sobre las once de la noche?

—Está usted de broma. Al bebé le están saliendo los dientes. No puedo mantener los ojos abiertos hasta tan tarde —dijo ella, con una expresión molesta.

El pequeño se colgó del cuello de la madre, mordiendo las perlas; el otro niño golpeaba un camión de metal en el suelo.

—Estábamos durmiendo. Meto a los niños a la cama a las ocho; la mitad de los días me quedo dormida con ellos.

—Había una fiesta en el edificio, quizá su marido oyó algo.

—Él cae antes que yo —dijo—. Lo siento, pero tengo que preparar a los niños.

—*Merci* —dijo Aimée—, aquí tiene mi tarjeta, por si acaso.

—Mi marido vendrá a recogerlos dentro de cinco minutos. Estaremos fuera un mes.

La mujer metió la tarjeta de Aimée de cualquier manera en el bolsillo de su chaqueta de punto y cerró la puerta. Aimée esperaba que el niño no se la comiera.

Llamó a la puerta de las otras dos viviendas del piso, pero no obtuvo respuesta. Tampoco hubo respuesta de las otras tres viviendas en el siguiente piso. En el tercero, un ama de llaves con delantal abrió la puerta del piso en el que Aimée se imaginaba que había tenido lugar la fiesta.

—*Bonjour*, me gustaría hablar con el dueño —dijo.

—No hay nadie, lo siento. *Monsieur* Conari está en la oficina.

Incluso tan temprano, los ricos iban a trabajar.

Aimée mostró su identificación.

—¿Quizá sirvió usted en la fiesta de ayer noche? Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Yo no, yo trabajo por las mañanas —dijo la mujer—. Usan una empresa de *catering* para las fiestas.

—¿Ha hablado usted con *monsieur* Conari esta mañana? ¿Por casualidad no mencionaría el homicidio al otro lado del patio?

La empleada dejó caer el trapo de polvo.

—Nunca están aquí cuando llego a trabajar, lo siento. —Recogió el trapo e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Es importante —dijo Aimée—. ¿Puede darme un número de teléfono en el que pueda localizar a *monsieur* Conari?

El ama de llaves dudó, frotándose las manos en el delantal.

—Nunca lo molesto en el trabajo, eh, pero esto...

—*Oui*, es muy importante.

La mujer cogió el papel y el bolígrafo que le ofrecía Aimée y anotó un número de teléfono.

—*Merci*, gracias por su ayuda.

Aimée continuó subiendo las amplias escaleras. La vivienda del piso de arriba que buscaba lo ocupaba entero. Aquí debería encontrar respuestas.

Escuchó hablar en voz baja. ¿Música? ¿Una radio? Llamó a la puerta varias veces. No obtuvo respuesta. Entonces llamó una vez más hasta que escuchó pasos.

—*J'arrive* —dijo una voz.

La puerta se abrió, chirriando. La mujer de mediana edad que abrió la puerta verde oscura llevaba puesto un camisón de franela y zapatillas nórdicas de lana, y sorbía algo humeante con olor a canela.

—Perdóneme —dijo Aimée—. No era mi intención molestarla...

—No se permite la entrada de vendedores en el edificio. Lo siento —interrumpió la mujer, con voz congestionada—. No tenían que haberla dejado entrar.

Aimée le mostró su identificación.

—Soy detective. Estoy investigando un homicidio que tuvo lugar en el edificio enfrente del suyo.

—¿Un homicidio? —La mujer se sujetó las gafas en la frente y se frotó los ojos, que eran de un sorprendente color turquesa—. No sé de lo que me está hablando. Tendrá que perdonarme, estoy enferma.

Esta mujer seguro que estuvo en casa la noche anterior. Aimée no podía dejar que le cerrara la puerta en las narices.

—Perdone que insista, pero será solo un momento. Probablemente ya haya contestado a estas preguntas —dijo. Quería ver la vista desde el piso de la mujer. Y tenía que haber geranios cerca de una ventana que daba al patio.

—¿Qué quiere decir? Nadie ha hablado conmigo —le dijo la mujer—. ¿Qué homicidio?

—¿No la ha interrogado la policía?

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

Aimée se preguntó por qué no lo habían hecho.

—Déjeme ver su identificación de nuevo, señorita.

Aimée le mostró su licencia de investigador privado con su foto, en la que no salía muy favorecida: los ojos bizcos y un mohín en los labios.

—Los de la farmacia se retrasan. —La mujer echó un vistazo a un viejo reloj en la pared y le devolvió la licencia—. Se suponía que ya me tenían que haber traído las medicinas.

—Ayer por la noche fue asesinado un hombre —dijo Aimée mientras se limpiaba las botas mojadas en el felpudo—. Necesito hacerle unas preguntas. ¿Puedo pasar?

—No tengo nada que ver con eso —dijo la mujer, a punto de cerrar la puerta.

—Hablemos dentro —dijo Aimée.

—*Non* —dijo la mujer, asustada—. Estoy enferma.

—Pero si hablamos ahora, *madame*...

—Yo no salgo. —La mujer ahogó una tos—. No iré a la comisaría.

¿Tendría agorafobia? Aimée podía notar algo en su voz; ¿serían los restos de un acento?

—*Madame*, no hace falta que vaya usted a la comisaría —dijo Aimée—. Soy detective privado, hablaremos aquí mismo. Y tengo que ver la vista desde su ventana.

La mujer sacó un fajo de pañuelos de papel del bolsillo, se quedó pensando y se sonó la nariz.

—De acuerdo, pero cinco minutos.

Aimée se adentró en el recibidor pintado de amarillo claro, al parecer del siglo XVIII. Un carrito de la compra de plástico verde se encontraba aparcado en el suelo de azulejos blancos y negros en forma de rombo al lado de unas gastadas botas de nieve. Ella esperaba encontrarse con un lugar rebosante de arañas de cristal antiguas, pero, en su lugar, las paredes contenían apliques modernistas y colages surrealistas. Varias fotografías de Man Ray colgaban sobre un reluciente secreter Ruhlmann. Una de ellas parecía ser un original del *Violon d'Ingres*, la famosa imagen surrealista de Kiki, la amante de Man Ray, con turbante y notas musicales dibujadas sobre su espalda desnuda.

—¡Qué piso tan bonito! —dijo Aimée, intentando hacer hablar a la mujer—. ¿Hace mucho que vive aquí, *madame*...?

—Zoe Tardou —admitió la mujer, mientras acompañaba a Aimée a una habitación amueblada con esbeltas piezas *art déco* de madera de ramín y alfombras modernas al estilo de los años treinta. Cortinones negros colgaban de los ventanales. Aimée sintió que se le hundía el corazón. ¿Cómo podía Zoe Tardou haber notado movimiento en el tejado con esos cortinones que cubrían las ventanas?

—¿Tardou, como el surrealista? —preguntó Aimée por hablar de algo.

—Mi padrastro —dijo Zoe Tardou, apretando los labios.

Con razón podía permitirse este lujoso piso que ocupaba toda la planta. Pero por la forma en la que Zoe había apretado los labios, Aimée se imaginó que no se había llevado bien con su padrastro.

Zoe Tardou encendió la luz, iluminando así fotografías en blanco y negro con marcos de plata. Encima del piano de cola había fotos de familia en la playa en los años sesenta y de personajes famosos. Un televisor último modelo ocupaba el lugar frente al sofá tapizado en damasco. Pero la gran habitación estaba impregnada de una sensación de vacío, de no ser un lugar en el que se hacía vida.

—¿También es usted artista?

—Mi madre era poeta dadaísta y servía de modelo —dijo Zoe.

¿Una de las musas de los surrealistas?

Zoe Tardou bebió un trago de su humeante bebida. Hizo un gesto a Aimée para que se acercara a un pequeño recodo tras el sofá.

—Mi campo son los Estudios Medievales.

Un escritorio de madera clara con cuadernos y libros apilados sobre él sobresalía de la pared. Bien aprovechado. Encima del escritorio, sobre la pared, colgaba un antiguo crucifijo y páginas enmarcadas de manuscritos con elaboradas letras doradas y escritura antigua en negro. Definitivamente discordante con la decoración *art déco*.

Aimée comenzaba a sentirse helada en el aire frío del piso a oscuras. ¿Nunca encendía esa mujer la calefacción?

—¿Tenía usted las ventanas abiertas ayer por la noche?

—Siempre —dijo—. El cuerpo humano necesita aire fresco por la noche.

Para ser una mujer que estaba interesada en la salud, parecía encontrarse en un estado lamentable.

—Así que oiría usted la fiesta de abajo a pesar de la tormenta.

—No conozco a los vecinos. Hago mi vida.

—¿Le importa si echo un vistazo?

Aimée anduvo hasta la ventana y rápidamente retiró el cortinón. La mujer pestañeó al sentir la luz de repente.

Justo al otro lado del patio se encontraba el andamio bajo el tejado del apartamento de la cornisa donde había descubierto el cuerpo de Jacques. La claraboya de enfrente brillaba con los débiles rayos de sol que se abrían paso entre las nubes. Vio la ruta que había seguido con Sebastian, aterrorizada al comprobar la inclinación del tejado que habían trepado.

—¿Corre estos cortinones por la noche?

Aimée no recordaba haberlos visto.

—*Non* —*madame* Tardou se sonó la nariz—. Mire, si eso es todo lo que necesita saber, le agradecería que se marchara.

Pero podría ser que la mujer hubiera notado algo, aunque no se diera cuenta.

—Si me lo permite, me gustaría aclarar algunas cosas. Piense en las once de la noche de ayer. ¿Oyó usted algo extraño en el tejado o vio luces en aquella dirección?

—Aimée señaló las ventanas del piso de enfrente.

—Sí que oí fragmentos de conversación —contestó *madame* Tardou—. Al principio pensé que estaban hablando italiano.

¿*Italiano*? Excitada, Aimée se acercó más. La mujer apestaba a aceite de eucalipto.

—¿Sabe usted italiano?

—*Non*. Y tiene que haber sido algún programa de la tele. Estaba todo el rato medio dormida a cuenta de este catarro.

—¿Qué le hizo pensar que era italiano?

—Solíamos ir allí de vacaciones —contestó.

—¿Qué decían?

—Igual no era italiano.

—Por favor, es importante. ¿Puede identificar la lengua?

Zoe Tardou negó con la cabeza.

—Sé que hablaban de las estrellas y de los planetas.

¿Había estado soñando, después de todo?

—¿Cómo lo sabe?

—Sirio, Orión y Neptuno. Esos eran los nombres que puede entender.

—¿Eran voces de hombre o de mujer?

—De hombre. Por lo menos dos. Recuerdo que en el pueblo la gente hablaba de las constelaciones —dijo Zoe Tardou, con la mirada perdida, como si hablara consigo misma—. No me pareció tan raro. —Se encogió de hombros—. Casi hasta me resultó familiar, por lo menos en mi tierra.

Intrigada, Aimée se preguntó cómo encajaba todo esto. Si no seguía lo que esta extraña mujer le estaba contando, temía que lo lamentaría más tarde.

—¿De dónde?

—Cerca de Lamorlaye.

¿Lamorlaye? ¿Por qué se le hacía tan conocido? Su mente retrocedió hasta la rayada caja amarilla de chocolates Menier que siempre había en la encimera de su abuela, con las palabras *fondé en 1816* sobre las trenzas de la joven Menier con la cesta llena de tabletas de chocolate. Y recordó cómo, todas las tardes de verano, su abuela le preparaba una *tartine au chocolat*, una gruesa tableta de chocolate Menier extendido entre dos mitades de baguete con mantequilla.

—Lamorlaye, eso es cerca del Château Menier, la familia que es famosa por el chocolate.

Zoe Tardou sorbió con la nariz y se sonó. Se sentó y se frotó los ojos rojos.

—¿Así que usted contemplaba las estrellas por la noche?

—¿Eh? —Zoe Tardou se puso a la defensiva—. El orfanato estaba pegando al observatorio...

Dejó de hablar, y se cubrió la boca con un pañuelo de papel. Como una niña pequeña a la que hubieran cogido mintiendo en la escuela.

—¿Qué quiere decir?

—El campo está lleno de gente que esnifa pegamento —dijo elevando la voz, enfadada—. Volví el año pasado. Esos «jóvenes escoria» andan por ahí, tirados en las estaciones de tren esnifando pegamento.

¿Esnifando pegamento? ¿Y eso a qué venía?

—Perdone, pero... ¿regó usted los geranios ayer por la noche? —preguntó Aimée.

Madame Tardou se sobresaltó y tiró el pañuelo al suelo.

—¿Y qué si lo hice?

—Pensamos que algunos hombres escaparon por los tejados y descendieron por la claraboya de su edificio. ¿Los vio usted mientras regaba sus plantas?

—Ya no está una segura en ningún sitio.

Aimée se detuvo un momento.

—*Madame*, ¿oyó usted disparos o vio a alguien? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—El mundo está lleno de oportunistas.

—Es cierto —dijo Aimée, intentando así contentar a la mujer antes de volver a sus preguntas—. Pero cuando usted regaba los geranios, ¿vio algún hombre en el andamio o en el tejado?

—Voy a llamar al cerrajero para que me instale más cerrojos y cadenas.

¿Tenía Zoe Tardou miedo de proporcionar información a Aimée por si las represalias? Parecía tener miedo de algo.

—Por favor, *madame* Tardou —dijo Aimée—. Asesinaron a un hombre. Necesitamos su ayuda en esta investigación. Cualquier cosa que me diga será confidencial.

Entonces se oyó el zumbido del timbre de la puerta.

—Deje que abra yo —dijo Aimée.

Antes de que la mujer pudiera protestar, abrió la puerta, aceptó el paquete que le ofrecían y regresó para encontrarse a Zoe acurrucada en una silla.

—Aquí está su medicación.

—Ya le he dicho todo lo que sé; regué mis geranios, pero no vi nada. No me encuentro bien.

—*Madame* Tardou, la información que usted proporcione puede ser importante —dijo Aimée—. Si no quiere cooperar conmigo, estoy segura de que los investigadores insistirán en tomarle declaración en la comisaría.

Era una amenaza; esperaba que funcionase.

Zoe Tardou se aferró a su camisón de franela, apretándolo fuertemente a su alrededor.

—¿Por qué me pregunta a mí y no a esa *pute* de la calle?

Aimée no recordaba haber visto a una prostituta en la calle.

—¿Qué *pute*?

—Esa que anda por la esquina. La vieja, siempre está en el portal. Pregúntele a ella.

—¿Cómo es?

—Ya sabe, mucha bisutería. Ahora, si me perdona, tiene que marcharse.

Por lo menos tenía alguien a quién buscar.

* * *

Con pasos inciertos, Aimée volvió a recorrer el camino que había hecho con Sebastian. Sacó su barata Polaroid compacta e hizo fotografías de la alfombra del vestíbulo, la claraboya y la cerradura rota.

Afuera, en la estrecha rue André Antoine, los peatones se escabullían a toda prisa, con el tiempo justo para el trabajo o la escuela. Anduvo hasta la puerta del edificio de

enfrente. Ni rastro de la prostituta. Descorazonada, intentó llamar a Conari.

—*Monsieur* Conari está fuera de la oficina —dijo su secretaria.

Le pasaron por la mente todas las razones por las que odiaba la investigación criminal. La mitad de las veces, los posibles testigos se encontraban fuera de la ciudad, en el médico o en la peluquería y seguirles el rastro llevaba días enteros. Las pistas se desvanecían, las pruebas se deterioraban.

Pero Laure necesitaba ayuda. Ahora.

—¿Cuándo cree que estará de vuelta?

Aimée podía oír el ruido de teléfonos de fondo.

—Inténtelo de nuevo más tarde.

* * *

Aimée abrió la puerta de cristal mate de «Leduc Detective», echó a correr y cogió el teléfono al segundo timbrado. Una luz grisácea intentaba abrirse paso a través de las contraventanas abiertas, formando un diseño en zigzag sobre el suelo de madera. Saludó a su socio con la cabeza. René tenía los cortos brazos llenos de papel que cargaba en la impresora.

—*Allô?* —contestó el teléfono a la vez que echaba mano del café.

—¿*Mademoiselle* Leduc? Soy *Maître* Delambre, el abogado de Laure Rousseau —dijo una voz aguda de hombre.

Gracias a Dios. Pero parecía joven, como si todavía no le hubiera cambiado la voz.

—Estoy en medio de una sesión en el tribunal, así que iré al grano. Tenemos nuestras reservas por lo que respecta a su implicación en el caso de Laure Rousseau.

—¿A quién se refiere con el «tenemos»? —dijo Aimée tomando aire—. Laure me pidió ayuda.

—La investigación de la policía ha sido exhaustiva —dijo él.

No solo parecía joven, sino que tenía que demostrar quién estaba al mando. Pulsó el botón de la cafetera, que emitió un gruñido al ponerse en funcionamiento.

—¿Tan exhaustiva, *Maître* Delambre, que todavía no han interrogado a los vecinos del edificio de enfrente o han investigado una claraboya rota?

—Eso es responsabilidad de la unidad de investigación —dijo él—. Y usted, ¿cómo sabe todo eso?

—Como ya le he dicho, Laure me pidió ayuda —dijo ella. Era mejor explicarlo todo y tratar de trabajar con él, no aislarlo—. Somos amigas de la infancia; nuestros padres trabajaban juntos en la policía.

—Sus intenciones son admirables, seguro, pero su implicación no ayudará en nada y no se verá como otra cosa sino como una interferencia.

En otras palabras, retírese.

—Soy detective privado —dijo ella, imaginando que sería mejor no mencionarle

que su campo era la seguridad informática—. Ese es mi trabajo. Ni siquiera parece interesarle que haya podido haber algún testigo ocular.

—Por supuesto, la policía interrogó a todos los que estaban en la zona —dijo él—. Estoy seguro de que son conscientes de la existencia de cualquier dato pertinente y lo mencionarán en su informe.

—Me gustaría ver ese informe y discutirlo con usted.

—Como ya le he dicho...

—Laure me contrató y es por su bien por lo que debemos trabajar juntos —dijo ella, adornando la verdad—. Pero, por supuesto, es su turno.

Humeante y espeso café amargo goteaba en la pequeña tacita a su lado.

—Y ¿qué quiere decir con eso, *mademoiselle* Leduc?

—¿Preferiría que le contara lo que he averiguado a usted o directamente a la Proc?

Silencio.

—Lo discutiré con mi cliente —dijo él.

—Mire, yo me la encontré herida y conmocionada. Eso debería aparecer en el informe. Los bolsillos de Jacques estaban dados la vuelta, los habían registrado. Ya que los *flics* no revelan información a personas ajenas a la investigación, ¿podría enterarse de lo que dice el informe policial?

La única respuesta que obtuvo fue el ruido de papeles al moverse.

—Me gustaría ver a Laure.

Él tomó aire.

—No está claro que la permitan verla.

—Necesitaría obtener un pase y una carta suya, ¿verdad?

—Déjeme comprobarlo.

Sin comprometerse, evitando un simple no. Pero ella no lo dejaría estar.

—Le agradecería eso y poder ver el informe de los de la científica —dijo ella— incluyendo los hallazgos del laboratorio. Estoy preocupada por los restos de pólvora que dice Laure que encontraron en sus manos. Por supuesto, es un error.

—El horario de funcionamiento del laboratorio es de seis de la mañana a seis de la tarde —interrumpió él.

—Así que podría tenerlo para esta tarde —dijo ella—. Volveré a llamar más tarde.

Colgó y dejó caer dos terrones de azúcar moreno en el café negro. Una gota caliente le cayó en el dedo y la chupó. Tal y como había temido, a Laure le habían asignado un abogado como último recurso.

René trepó a la silla ortopédica hecha a medida para su altura de poco más de 1,20 m. Ella se fijó en su traje cruzado y su manicura recién hecha mientras mordía la parte superior azucarada del *religieuse*, un pastelillo parecido a una bomba de crema. Su forma tenía un origen antiguo, y se suponía que se parecía a una famosa diaconisa de un convento del siglo xv.

—¿Quieres uno? —René empujó la caja de pastas hasta el otro extremo de la

mesa.

¿Por qué no? ¿Qué importaba ya si cabía o no dentro de ese vestidito negro, un *vintage* de Schiaparelli que había descubierto en un rastrillo parroquial?

—*Merci* —dijo, mientras se acercaba a su lugar de trabajo e intercambiaba el expreso por un pastelillo relleno de café—. ¿Te acuerdas de mi amiga Laure?

René asintió; se habían conocido el año anterior.

—Tiene problemas.

—Eso he oído —dijo—. Lo nuestro es la seguridad informática, ¿recuerdas?

Señaló su escritorio, una pila de solicitudes de presupuestos al lado de su portátil.

—Ahí tienes algo con lo que mantenerte ocupada.

—Se lo debo, René —dijo ella—. Ha sido una trampa.

—¿Estás segura de eso? —René revolvió el café negro, posando sus ojos verdes en la espuma color crema que rodeaba la tacita—. Supondría un estímulo que nos pagaran. Para variar, Aimée.

—No admito discusiones en esto —dijo ella.

¡Ojalá sus clientes pagaran a tiempo por la seguridad para sus ordenadores! Se apoyó en el borde de su escritorio. Se manchó las palmas de las manos con aceite de nuez para muebles, denso y pesado. ¡Otra vez había estado limpiando!

—No tiene ningún sentido que disparara a su compañero en un tejado, René.

—¿Qué es lo que sabes? —René entrecerró los ojos.

Ella bebió a sorbitos su café y explicó lo que había pasado.

—Parece un accidente —dijo René—. Quizá Laure se tropezó en la nieve y se le disparó el arma.

—Las Manhurin están diseñadas para evitar eso —interrumpió ella—. Un dispositivo de seguridad evita que el percutor descienda accidentalmente. Imposible.

René se acariciaba la perilla.

—Asuntos Internos sacará la conclusión de que fue un accidente, ¿no crees?

—René, la encontré inconsciente, y a Jacques con un tiro... Su corazón siguió funcionando brevemente, pero era demasiado tarde.

Se detuvo, hizo un movimiento negativo con la cabeza, mientras veía la imagen de los copos en las pestañas de Jacques, y su sangre fluyendo poco a poco en la nieve. Luchaba contra el sentimiento de que él había intentado decirle algo.

René la miraba fijamente.

—Lo siento, Aimée.

La caldera de vapor chisporroteaba, expulsando oleadas de calor que se evaporaban en algún lugar a la altura del elevado techo. Se obligó a continuar.

—Luego, en el tejado de al lado, Sebastian y yo descubrimos una claraboya rota y huellas húmedas de pisadas en la alfombra debajo. Eso me explicó la huida.

—¿La huida?

—Sí, del asesino. Luego aparecieron los *flics* y nos batimos en retirada por el tejado.

René dejó escapar un suspiro.

—Me prometiste que acabarías con todo esto, ¿verdad? Deja que se encarguen los *flics*.

Sonaba igual que Guy. Pero Guy ya no estaba por allí para hablarle así de nuevo. Se pasó las uñas con el esmalte cobrizo descascarillado por su pelo pincho.

—Laure puede enfrentarse a la cárcel.

No quería pensar en La Santé, la superpoblada prisión del siglo XVIII, las celdas sin calefacción y la reacción de las internas cuando descubrieran que Laure era una *flic*.

—Me siento responsable.

—¿Responsable? Lo siento, pero parece que Jacques se lo buscó él mismo.

—Laure siempre tiene que estar probándose a sí misma para seguir los pasos de su padre. Por supuesto, haría cualquier cosa que Jacques le pidiera, no como yo.

—Nadie es como tú, Aimée —dijo René poniendo los ojos en blanco—. Gracias a Dios.

—René, Laure es lo más parecido a una hermana pequeña que tendré nunca. Está acomplejada y es muy sensible con respecto a su paladar hendido. La conozco, se desmoronará si la encierran.

Completamente.

Aimée arrugó la nariz, consciente del olor a flores que llegaba de algún lugar de la oficina.

—De todos modos, me he puesto al día. Preparé tres cuartas partes de los presupuestos ayer por la noche. —*Y por eso me perdí la recepción de Guy.*

—Morbier ha dejado un mensaje para ti —dijo René—, algo sobre mantener tus manazas a salvo. Igual le debes disculpas.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Me estás pidiendo consejo? —René fingió terror—. Te va a costar. Di que lo sientes con flores. Es un romántico.

—¿Estamos hablando de la misma persona?

Ella echó un vistazo a la oficina. Encima del soporte de la impresora se encontraba un tarro de mermelada con ramos de narcisos de un blanco puro, llenando el aire con su fragancia. Un presagio de la primavera.

—¿Ya estamos celebrando la primavera? ¿O es un día especial? —preguntó, tratando de adivinar de dónde habían salido sin preguntar directamente—. ¿Qué pasa? ¿Buenas noticias? —Dejó la frase flotando, esperando que dijera que las había enviado Guy.

—Saca los datos de Salys. —Fue la única respuesta, al tiempo que los dedos de René se movían a toda velocidad sobre el teclado—. Necesitamos el borrador de una propuesta. Para el mediodía.

Su corazón le dio un vuelco. Guy no las había enviado.

La forma en la que René evitaba contestar, su apariencia... esa sensación de tener

el estómago encogido... ¿serían celos? ¿Habría conocido a alguien? ¿Cómo podía estar celosa? Bueno, ¡era maravilloso que a René le hubiera picado el gusanillo! Lo contempló. Se veía en su cara. Tendría que estar contenta por él, entusiasmada. ¿Por qué no lo estaba? Solo porque Guy la había dejado, no quería decir que René no podía encontrar el amor.

—¿Quién es ella, socio?

—¿He dicho algo?

Ella sonrió.

—No hace falta.

—Tenemos trabajo. Mucho.

—Más vale que me lo digas —dijo ella mientras añadía más agua a los narcisos—. O te agobiaré hasta que lo hagas. —Echó hacia atrás la silla y repasó la correspondencia.

—Fui a tomar una copa con alguien después de una fiesta bajo la luna llena —dijo él.

—¿Quieres decir que fuiste a una macrofiesta?

—Eso lo dejamos para hoy —dijo—. Eh, *voilà*.

René estaba lleno de sorpresas.

—¿Cómo se llama?

Balbuocéó algo.

—No lo he cogido.

—Magali. Ahora saca la cuenta de Salys.

—Lo acabé ayer.

Él se la quedó mirando fijamente.

—Mientras tú salías a bailar. Para variar, ¿eh?

Sumiso, René suspiró.

—Simplemente nos conocimos. Ahora no empieces con que Guy y tú queréis...

—¿Conocerla? No te preocupes.

Se había guardado lo de Guy. No había motivos para preocupar a René cuando él era tan feliz. Afuera, el hielo que se derretía rociaba con gotas de plata la ventana sobre la rue du Louvre.

—René, necesito ayuda con un seguimiento. Interrogué a una mujer que vive en un piso alto desde donde se ve el lugar en el que dispararon a Jacques. Pero no pude encontrar a una prostituta que hay en la calle de enfrente.

Él arqueó las cejas.

—Por si no te has dado cuenta, tengo una reunión acerca de la cuenta de Salys dentro de media hora. Por lo menos son puntuales a la hora de pagar.

Y era una buena cuenta, además.

—Después de eso, vete por favor a hacer este encargo del caso de Laure.

—¿Yo? —resopló René—. ¡Cómo si pasara desapercibido entre la multitud!

—Encuentra a la *pute*. Eso es como un pueblo. Los de Montmartre no se

consideran parte de París. Además, tú eres perfecto.

—¿Qué tal Toulouse-Lautrec reencarnado y moviéndome por ahí con una paleta para los turistas?

Ella sonrió.

—Es una idea.

—En este campo, cada uno usa lo que tiene, ¿no? —dijo él medio en broma y se detuvo, con sus dedos sobre el teclado.

Ella se inclinó hacia adelante.

—Están restaurando el edificio. Alguien sabía que uno de los pisos de arriba estaba vacío. Digamos que el asesino atrajo a Jacques desde este piso vacío y luego se aprovechó de la aparición de Laure para encasquetárselo. Él conocía el edificio y escapó por el tejado de al lado. Es una teoría.

—Ya lo he dicho antes: tienes una imaginación hiperactiva. Haz que trabaje en nuestra nueva cuenta con Salys.

Tenía razón, por supuesto.

—Ya lo he hecho.

Pulsó el teclado y el fichero de Salys apareció en su portátil.

—Envié la propuesta ayer por la noche; estarán preparados.

Extendió sobre la mesa el diagrama de los edificios y el patio que había hecho en la comisaría.

—Vi luces y escuché música de una fiesta ahí —dijo mientras señalaba una vivienda—. Estoy intentando echar mano al dueño, un tal *monsieur* Conari.

—Ya le interrogarán los *flics*.

—Puedes buscar a la prostituta después de tu reunión con Salys. Interrógala, y también a cualquiera que veas entrar en cualquiera de los edificios contiguos al de enfrente de donde dispararon a Jacques. El tiempo pasa. Yo me concentraré en el que se celebró la fiesta.

—¿De verdad quieres que vaya de forma encubierta?

¿Había en su voz un cierto brillo de interés?

—¿No es eso lo que siempre has querido, socio?

* * *

Aimée trabajó en unos programas antivirus. Dos horas más tarde, la impaciencia pudo con ella y llamó de nuevo a *Maître* Delambre.

—Estará aquí en cualquier momento —le dijo su secretaria.

Tenía que pillarlo antes de que marchara a otra vista. Echó mano de su abrigo de cuero. Sin el informe policial, era como dar palos de ciego.

—Por favor, dígame que Aimée Leduc está de camino para hablar con él.

* * *

Las oficinas de *Maître* Delambre impresionaban más que la apariencia del abogado. Pálido, con gafas de metal y pelo parduzco, con su larga túnica negra de cuello blanco no parecía tener más de 25 años.

El techo abovedado de madera y las estanterías cubiertas de expedientes legales y gruesos volúmenes del código penal no contribuían a acallar sus miedos. En el membrete del bufete impreso en gruesas hojas de vitela se podía leer: «Delambre e Hijos». Un asunto de familia. Quizá Laure debería pedir la ayuda del padre.

—*Maître* Delambre, estoy preocupada por Laure Rousseau —dijo Aimée.

—Todavía no he conseguido hablar con mi cliente —le dijo mientras ella se sentaba en una butaca—. ¿Cómo puedo saber que es verdad que ella la contrató?

La semántica, pensó Aimée. Ignoró el tono dubitativo de sus palabras.

—¿Ha recibido el informe de la policía científica?

—Acabo de llegar al despacho —dijo él, molesto—. Tengo que encargarme de un montón de mensajes. Ella es solo una de tantos clientes.

—¿Y a cuántos de ellos les espera la cárcel por haber disparado a su compañero? —preguntó Aimée—. Por favor, es importante. Le agradecería que lo comprobase.

—Un momento. —Ordenó un montón de papeles y carraspeó—. Veamos aquí. — Una pausa, más movimiento de papeles.

Afuera, en el muelle, el aguanieve batía contra el techo de un autobús parado en medio del tráfico. Ella oyó que cogía aire y se volvió hacia él.

—La han trasladado. Al *Hôtel Dieu*, pabellón Cusco.

Ella se aferró a los brazos de la silla. ¡Era el pabellón de cuidados intensivos para delincuentes del hospital público de la *Île de la Cité*!

—¿Se han presentado cargos?

—Todavía no. Sin embargo, en estos casos, ese es el siguiente paso.

—¿Se ha deteriorado su estado?

—Imagínesele, *mademoiselle* Leduc —dijo—. Usted es la detective.

Aimée ahogó un gruñido.

—¿De qué información dispone?

—Sufrió una conmoción cerebral importante —dijo, tras consultar un cuadernillo—. Por lo que dice aquí, está estable pero monitorizada. Es todo lo que sé.

¿*Laure en cuidados intensivos*? Las complicaciones surgían amenazadoras y la posibilidad de daño irreversible pasó por la mente de Aimée. Y la representaba un joven abogado que parecía que acababa de sacar el título.

—Por favor, enséñeme el dossier —dijo ella.

Con desgana, lo deslizó sobre la mesa de caoba. *Por lo menos está tratando de ser complaciente*, pensó.

En el interior vio el *pròces-verbal*, constituido por la declaración de Laure, breves

informes que describían el escenario del crimen, las condiciones atmosféricas y una descripción del cuerpo y un diagrama superficial del tejado hecho a lápiz. Incluso su propia declaración estaba incluida.

—¿No había un informe del laboratorio?

Maître Delambre negó con la cabeza.

—Qué extraño. Laure me dijo que la prueba de laboratorio había encontrado residuos de pólvora en sus manos, aunque ella no había disparado su arma desde hacía un mes.

Lo miró con más atención. La persona que había dibujado el diagrama de la escena del crimen no había tenido en cuenta el ángulo del tejado en el andamio, algo que ella solo había podido contemplar desde lo alto de la chimenea. No se mencionaba la claraboya rota en el edificio adyacente. Las fotografías de la policía, adjuntadas al final del informe, mostraban únicamente la zona de alrededor del cadáver de Jacques.

—Tiene que exigir que se realice una investigación más detallada del tejado.

—¿Me está diciendo cómo tengo que hacer mi trabajo?

Ella tomó aire. ¿Cómo podía hacer que él hiciera algo sin revelar sus andanzas de la pasada noche por el tejado?

—Para nada, *Maître Delambre*, pero cuando tuvo lugar el crimen, estaba teniendo lugar una tormenta de nivel 3, unas condiciones atmosféricas muy difíciles. No hay duda de que se les escapó algo.

—Compruébelo usted misma —dijo.

Ella echó un rápido vistazo a la lista de personas que habían acudido a la fiesta y que habían sido interrogadas en el edificio del otro lado del patio. Nadie había visto, oído o notado nada. ¿Habrían interrogado al hombre que ella vio en la verja?

¿Sería debido al poco tiempo disponible por lo que el informe de la científica para la Proc era tan superficial? Laure era la única sospechosa; no habían seguido ninguna otra línea de investigación.

—Hablé con una mujer que vive en el piso de arriba del edificio junto al que se produjo el crimen —dijo ella—. Ayer por la noche, escuchó voces de hombre en el tejado, pero nadie le ha preguntado nada. Y la claraboya del vestíbulo de su edificio estaba rota.

Le mostró las polaroid que había sacado.

—Aquí se ven los cristales rotos en el portal. Quédeselas.

—*Merci*. Si es algo relevante, seguro que la policía lo descubrirá —dijo él, dudando por primera vez—. Escuche, hay otro problema.

Ella levantó la vista del informe.

—¿Qué quiere decir?

—Una tal Nathalie Gagnard ha denunciado a Laure —dijo.

Aimée recordaba el apellido de Jacques.

—¿Su esposa?

—Exesposa. Acusa a Laure de asesinato.

Estupendo.

—También hablará en una entrevista en la edición de mañana de *Le Parisiën*.

—¿No puede evitar que se publique la entrevista?

Ella oyó las campanadas de un reloj, lentas y medidas.

—Demasiado tarde.

* * *

Aimée mostró su pase y su autorización a los dos jóvenes policías del Hôtel Dieu. En lugar de plantear problemas, le mostraron el camino a la sala de delincuentes internos del hospital. Las enfermeras andaban deprisa, sus pasos golpeaban las descascarilladas baldosas *art nouveau* surcadas por estrechos haces de luz que entraba a través de las persianas de las ventanas. Normalmente evitaba los hospitales, pero aquí estaba, en el segundo en dos días.

Y entonces se quedó helada, enfrentada a una pálida Laure que yacía enganchada a máquinas que goteaban fluidos a través de tubos transparentes. Los monitores emitían pitidos. El olor a alcohol y a desinfectante de pino impregnaba todos los rincones.

La mente de Aimée regresó a una tarde en los Jardines de Luxemburgo bajo los árboles moteados por el sol y las sombras que danzaban sobre la gravilla. Su padre y Georges, el padre de Laure, estaban leyendo el periódico sentados en bancos verdes de listones de madera, compañeros que dependían el uno del otro cuando arriesgaban sus vidas y estaban gastándose bromas. El ruido del fluir del agua de la fuente y su humedad se agradecían en el calor pegajoso. Habían pasado dos veranos desde que su madre americana se había marchado. La pequeña Laure, con diez años, le había confiado en el parque infantil que tenía intención de seguir los pasos de su papá en la policía.

Los pitidos y chasquidos de las máquinas junto a la cama la devolvieron a la realidad. Obligó a sus piernas a moverse. ¿Podría hablar Laure? ¿Estaría lo suficientemente bien?

—*Ça val* ¿Qué tal te encuentras? —le preguntó mientras le acariciaba los dedos helados, con cuidado para evitar las vías intravenosas pegadas con esparadrapo a su muñeca y al dorso de la mano.

Los ojos de Laure luchaban por abrirse. Tenía las pupilas dilatadas. Lentamente, su rostro se iluminó al reconocerla.

—El informe... has leído el informe... ¿por eso estás aquí, *bibiche*?

—Laure, ¿qué informe?

—Hace mucho frío. ¿Dónde estoy? —preguntó Laure, confusa.

—En el hospital.

Aimée tiró de la manta hacia arriba hasta la barbilla de Laure.

La mirada de Laure vagaba sin rumbo.

—¿Por qué?

¿Habría hecho la conmoción que perdiera la memoria?

—Tranquila, Laure —dijo—. No te preocupes. ¿Recuerdas lo que ocurrió?

Laure intentó poner un dedo sobre los labios, pero no pudo.

—Es... es un secreto.

Aimée sintió que la espalda se le tensaba.

—¿Un secreto?

—*Non*. Se supone que no... —Laure intentó incorporarse sobre el codo, pero resbaló. Con un suspiro exhausto, se rindió y se echó hacia atrás, con el enredado pelo castaño extendido sobre la almohada—. No... el informe... no es correcto.

—¿El informe de Jacques?

Laure parpadeó, movió la cabeza y luego hizo una mueca de dolor.

—Me pediste que te ayudara, ¿recuerdas? —dijo Aimée—. Si me ocultas cosas, no puedo ayudarte. Incluso aunque le prometieras guardar silencio, ahora puedes hablar. No vas a ayudarlo por guardártelo.

Nada podía ahora ayudar a Jacques. Aimée odiaba presionar a Laure mientras estaba desorientada, pero, con suerte, quizá mencionara un sonido, un detalle que pudiera identificar al atacante.

Aimée colocó un pequeño tiesto con violetas de invernadero junto a la jarra de agua que había sobre la mesilla. Dígaselo con flores: ¿no era eso lo que René había recomendado para Morbier?: «Mala suerte que no huelan».

—Violetas en invierno. *Merci*.

Cuando estaba de camino, Aimée había gastado una fortuna por comprar fuera de temporada en el Mercado de las Flores, detrás del Hôtel Dieu. Había preguntado a la florista de coloradas mejillas, una mujerona que llevaba puestos varios jerséis debajo de la bata, cómo sobrevivían las flores con tanto frío.

—¡Pero esto les gusta a las flores, *mademoiselle*! —le había contestado.

Laure sonrió débilmente.

—Qué detalle. Siempre cuidándome.

—Laure, ¿qué es lo que recuerdas?

Una mueca de dolor cruzó el rostro de Laure. La fina cicatriz blanca que arrugaba su labio superior captaba la luz.

—Me estalla la cabeza. Es como si estuviera llena de algodón.

—Inténtalo, Laure, por favor. Intenta acordarte de cuando subías por el andamio y dime lo que oíste.

Laure apretó los puños, pero sus ojos se abrieron como si recordara algo.

—Tranquila, Laure —dijo Aimée mientras desplegaba sus dedos rígidos.

—Es tan duro... sí, Jacques me llamó. Gritando. Los hombres...

¿No había dicho Zoe Tardou que había oído voces de hombres?

—Dijiste que tenía una cita con un confidente.

Un nuevo brillo iluminó los ojos de Laure.

—Necesitaba que lo cubriera. Ahora me acuerdo, pero... me estalla la cabeza.

—¿Viste a esos hombres?

Aimée se inclinó hacia adelante y se agarró a la barra de metal de la cama.

—¡Te tendieron una trampa! ¿Cómo eran?

—Oí voces de hombres, no recuerdo más.

—¿Sonaban enfadados?

Laure se frotó la cabeza.

—¿No pueden darme nada para el dolor?

—¿Como si estuvieran discutiendo? ¿Eran voces suaves o graves?

—No hablaban francés —dijo—. No los entendía.

Zoe Tardou había dicho lo mismo.

—¿A qué te sonaba?

Laure cerró los ojos.

—Trata de pensar, Laure —dijo—. ¿En qué idioma hablaban?

—Solo me acuerdo del olor a sudor rancio, algo fugaz que llegaba del tejado — dijo con voz cada vez más inaudible—. Yo pensaba que era Jacques, y que seguro que tendría mucho miedo. Puede que... no sé... la forma en la que me llamó.

¿Un hombre aterrorizado porque un trato no había salido bien? ¿O había algo más?

—¿Tenías miedo por Jacques? ¿Pensabas que podía necesitar ayuda? ¿Por qué entraste en el piso, Laure?

Las lágrimas surcaban sus pálidas mejillas.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Ni siquiera pude aprobar el examen... Jacques lo arregló todo para mí...

¿El examen de la policía, ese para el que Laure se había pasado noches estudiando?

—No te preocupes por eso —dijo Aimée secándole las lágrimas con un pañuelo y acariciándole el brazo.

Si Laure había sorprendido a los hombres con los que se iba a encontrar Jacques, quizá la atacaron, cogieron su pistola y la utilizaron para disparar a Jacques. Pero Aimée no sabía cómo explicar los restos de pólvora en las manos de Laure.

—Papá me hizo prometer... no contarte... —La voz de Laure se desvaneció en el aire.

—¿No contarme? ¿Qué?

Georges había fallecido varios años antes. ¿Habría la conmoción hecho que volviera al pasado y reviviera recuerdos? Aimée se encontró invadida por un presentimiento.

—¿Qué quieres decir, Laure?

Intentó evitar el tono exasperado que utilizaba con la joven Laure cuando se pegaba a Aimée como una lapa y la imitaba en todo.

Laure parpadeó.

—Ese montón de Carambar, ¿te acuerdas? No te lo dije. Los cogí de la portera. Carambar, los caramelos que siempre habían encantado a Aimée.

—No quiso hacerlo, Aimée. Ninguno de los dos quisieron hacerlo —consiguió articular Laure, casi sin aliento.

Aimée sintió que toda ella se tensaba. La forma en la que hablaba Laure indicaba que en su mente había algo más que caramelos robados.

—¿Quiénes no quisieron?

—Cuando llegamos de la escuela... el día que robé los Carambar... el sobre... encima de la mesa de la portera. ¿Te acuerdas de que yo solía imitarla?

Aimée se sintió alarmada por los pitidos agudos de uno de los monitores.

—Laure, no entiendo.

—Tu papá, el informe decía que tu papá... *non*, estoy tan confusa. Eso ocurrió mucho más tarde. Algún encubrimiento —dijo recostándose—, con Ludovic... demasiado cansada.

Aimée sintió que se le revolvía el estómago. Las palabras de Laure indicaban que su padre había estado implicado en algo turbio. ¿Un encubrimiento? ¿Con Ludovic?

—*Mademoiselle*, apártese, por favor.

Aimée sintió que unos brazos la quitaban de en medio y por el rabillo del ojo vio personal con bata blanca que pasaban corriendo por su lado.

—¡Oxígeno! Controlen su tensión arterial —dijo un médico—. Tiene las pupilas muy dilatadas.

—Sesenta sobre cuarenta —dijo la enfermera.

—Parece que la presión intracraneal está aumentando...

Aimée anduvo tambaleándose hasta el lugar donde estaban las enfermeras. Se oyó el ruido de los ganchos que tintinearón cuando corrieron una cortina blanca alrededor de la cama de Aimée.

—Por favor, díganme que está ocurriendo.

—Complicaciones —dijo una seca enfermera al tiempo que cogía un gráfico. Complicaciones. ¿Quería eso decir daños irreversibles?

—¿Por qué ha empeorado su estado?

—Ahora solo se permite aquí personal médico. Tiene que salir.

—Pero mi amiga...

—Nos ocuparemos de ella, llame más tarde —dijo la enfermera de forma brusca e imperiosa mientras conducía a Aimée hacia el exterior.

Martes

Aimée se quedó mirando fijamente los montones de nieve llenos de suciedad que se estaban derritiendo en las riberas del Sena, torturada por la preocupación y la culpa. Había forzado a Laure, la había sometido a una situación crítica de estrés. Nunca se lo perdonaría si la presión generada por sus preguntas le causaba daños irreversibles.

En su mente daban vueltas las palabras inconexas de Laure. Una vieja historia, viejas noticias sobre la corrupción de su padre. Quería gritar. ¿No había demostrado que estaba limpio? Sin embargo, permanecía la sombra de una duda. ¿Sabía Laure algo sobre un encubrimiento, algo en lo que su padre hubiera estado metido? Ludovic... ¿sería Ludovic Jubert? ¿Ese que había mencionado el agente de la Interpol en Clichy en relación con la muerte de su padre en la place Vendôme? El grisáceo Sena, fluyendo en remolinos, no le proporcionó ninguna respuesta.

Tenía que olvidarse de eso por el momento, preocuparse por ello más tarde, tenía que concentrarse en la difícil situación de Laure. Tenía que ver por sí misma el informe del laboratorio; necesitaba más datos para continuar. Extrajo la lista que había copiado con los nombres de las personas que habían acudido a la fiesta y que la policía había interrogado. Esperaba que el hombre de la mochila que ella había visto se encontrara en ella.

* * *

De los veinte nombres, consiguió ponerse en contacto por teléfono con dieciocho. El primero, que se identificó como «trabajando en publicidad», contestó que le habían gustado los entremeses y la rubia que había conocido. Era todo lo que recordaba. Y fue de mal en peor. Una pareja comentó que con el ruido de la música no habían podido hablar demasiado con nadie más. Dos de las modelos indicaron que habían estado pegadas a sus móviles la mayoría del tiempo, confirmando sus compromisos del día siguiente.

El dueño de la empresa de *catering*, un tal *monsieur* Píivot, habló en favor de sus empleados. Sus trabajadores se habían matado a trabajar en el calor de la cocina y no habían tenido ni un descanso hasta que llegó la policía. Píivot estaba seguro de que, de otra manera, «habrían tenido problemas». El guitarrista del cuarteto de *bossa nova* confirmó que habían tocado hasta las 23.30, justo antes de que llegara la policía. Dejó mensajes para los otros dos con los que no había podido contactar y esperó que la llamaran.

Justo antes del mediodía, harta del teléfono, se cambió de ropa y se puso un traje pantalón de raya diplomática, el más cálido de su armario, se perfiló los ojos y se

puso el abrigo por encima. Se había acordado de dónde había visto antes el nombre de Conari: en camiones por todo París.

Media hora más tarde estaba de pie en la Avenida Junot, en la dirección de la empresa de Conari en la zona lujosa de Montmartre en la cima de la cara noroeste de la colina. Entró en lo que era el estudio remodelado de un artista que albergaba varias empresas de arquitectura y construcción. Las oficinas de Conari ocupaban un piso completo; la empresa era próspera, a juzgar por el edificio y la zona en la que se encontraba.

—¿No tiene usted cita? —dijo la recepcionista, con una sonrisa mecánica.

Tenía el pelo castaño corto y rizado y una buena dentadura. Tan buena que Aimée pensó que se había gastado en ella la última nómina.

—Lo siento, pero *monsieur* Conari anda muy justo de tiempo. Imposible.

Aimée se removió en sus botas de tacón, deseando haberse puesto las planas.

—Hubo un homicidio en el piso de enfrente de donde él daba una fiesta ayer por la noche. Tengo unas pocas preguntas que hacerle, puro trámite, por supuesto, no más de cinco minutos. Se lo garantizo. Es necesario para la investigación.

—Pero él está demasiado ocupado...

—Pregúntele, por favor. Ha cooperado tanto que odio interrumpirlo, pero le prometo que solo utilizaré cinco minutos de su tiempo.

La recepcionista dudó y descolgó el auricular.

—*Monsieur* Conari, hay una tal... —echó un vistazo a la tarjeta de Aimée y mostró su dentadura de nuevo— una tal *mademoiselle* Leduc de Leduc Detective que insiste en que necesita hablar con usted.

La recepcionista parpadeó.

—Por supuesto, *mademoiselle*, puede pasar. La segunda puerta a la izquierda.

Los tacones de Aimée se hundían en la alfombra del vestíbulo, cuyas paredes mostraban cuadros abstractos en blanco y negro. Llamó a la puerta.

—*Entrez.*

La recibieron ventanales hasta el techo, una pared de cristal que le ofrecía una vista panorámica de los tejados a sus pies. Lo que parecían haber sido diferentes huecos de una buhardilla se habían convertido en una amplia estancia con un techo de cristal como el de una catedral que se remontaba hacia las alturas.

Se fijó en un hombre de edad intermedia, con el pelo gris oscuro y las mangas enrolladas que estaba inclinado sobre una mesa de dibujo.

—¿*Monsieur* Felix Conari? Soy Aimée Leduc —dijo—. Perdona que lo moleste.

—Por supuesto, no hay problema —dijo con voz preocupada—. Siéntese, por favor.

Indicó una silla baja de cuero rojo de la que parecía difícil levantarse.

—*Non, merci*, usted tiene trabajo e iré directamente al grano —dijo ella, mientras sacaba de su bolso la lista de invitados a la fiesta—. ¿Puede describir qué ocurrió en su fiesta ayer por la noche?

Felix Conari se frotó la barbilla.

—*Tiens*, déjeme pensar. El cuarteto estaba tocando, los invitados parecían estar entretenidos, los de la empresa de *catering* rellenaban el bar y las bandejas de entremeses, yo mismo me aseguré de que fuera así —dijo, en un tono práctico—. Verá, los invitados eran clientes importantes para mi empresa. Sí, eso es, y entonces vino el comisario.

—¿Eso es todo lo que recuerda, *monsieur* Conari?

Él exhaló aire por la boca y se encogió de hombros.

—*Oui*, pero deje que llame a Yann. Estaba allí ayer.

Conari pulsó el botón de un intercomunicador que había sobre su escritorio. Ella se dio cuenta de que en su lista había un Yann Marant, uno de esos con los que no había podido hablar.

Un momento más tarde entró un hombre de treinta y tantos años que llevaba puesto un traje negro arrugado y zapatillas de deporte Adidas. Tenía pelo largo que se le rizaba detrás de las orejas.

—Mi amigo Yann Marant, ingeniero de *software* que trabaja para nosotros —lo presentó Conari—. *Mademoiselle* Leduc es detective y está investigando el incidente de ayer noche.

Aimée notó los callos delatores en el borde de la palma de Yann Marant. Analista de sistemas o programador, se imaginó.

Yann sonrió. Una sonrisa agradable.

—Siento molestarlo, *monsieur* Marant, pero tengo entendido que asistió usted a la fiesta de *monsieur* Conari —dijo Aimée.

Yann asintió.

—¿Tenemos que identificar a un sospechoso en una ronda de identificación? ¿Por eso está usted aquí?

Veía demasiada televisión.

—No, todavía no —dijo Aimée.

—Quiero ayudar, pero... —Marant hizo un gesto negativo con la cabeza— pero ayer por la noche estaba preocupado.

—Ya conoce a estos ingenieros de *software*. —Felix sonrió mientras le daba una palmada en la espalda—. Códigos, números que dan vueltas en la mente todo el rato. Para mí es como un jeroglífico, pero yo hago que baje a tierra de vez en cuando.

Aimée se preguntó si Marant sería bueno. René y ella utilizaban los servicios de un analista de sistemas de vez en cuando. Necesitarían uno si los proyectos que tenían en perspectiva funcionaban, pero ya que Marant había sido contratado por un figurín de éxito como Conari, dudaba mucho que entrara en su presupuesto.

—El comisario no nos contó gran cosa —dijo Yann—. No tenemos ni idea de lo que pasó.

Se podía ver que estos hombres desprendían inteligencia. No eran de los que podría engañar con información para tontos.

—Esta es la forma normal de funcionar, *monsieur*. En este tipo de investigación, los agentes tienen que reunir toda la información posible sobre los hechos antes de plantear una hipótesis. Por eso estoy aquí, molestándolos —dijo y luego sonrió—. *Monsieur Marant*, trate de volver a ayer por la noche, justo antes de las 23.00. ¿Escuchó usted algún ruido fuerte o notó que ocurría algo afuera de la ventana?

Él se encogió de hombros.

—Estaba trabajando en el despacho de Felix. No tiene ventanas. Felix, entonces llegó tu invitado, el músico, ¿no? He perdido la noción del tiempo...

—Entiendo que la policía lo interrogaría —dijo Aimée—. ¿Su nombre?

Felix Conari se agarró fuertemente al borde oblicuo de la mesa.

—Es tímido el tal Lucien. Un músico excepcional.

Aimée echó un vistazo a los nombres.

—No hay ningún Lucien en esta lista. ¿Su apellido?

—Sarti. Un músico y *discjockey* corso. Mezcla polifonía tradicional y *hip-hop*.

No había ningún Lucien Sarti. Aimée pensó en el tiempo concreto y en el hombre que miraba desde la verja.

—¿Tiene pelo moreno y llevaba una chaqueta de cuero negro y una mochila?

Felix sonrió.

—Eso describe a muchos de mis invitados. Pero sí, es alto, delgado como una espátula y tiene pelo negro y rizado.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

—Mire, *mademoiselle*, no quiero que se vea mezclado en esto.

—Claro que no, pero necesito ayuda, toda la que pueda conseguir. Tengo que hablar con todas las personas. ¿Puede darme su número de teléfono?

—Lucien es músico, un espíritu libre —dijo Conari—. No tiene teléfono. Yo me pongo en contacto con él a través de Strago, un bar restaurante, y ahí le dejo los mensajes.

Ella tomó nota.

—Ha mencionado que los invitados eran clientes suyos —dijo ella—. Tengo curiosidad por saber de qué conoce a ese músico, a Lucien Sarti.

—Llámelo el sueño de un hombre maduro, pero tengo intenciones de promocionarlo —dijo él, con una débil sonrisa—. Tengo algunos contactos en la industria discográfica. Llevo la música en el corazón, pero él desapareció antes de que firmáramos el contrato. Ya sabe, ¡artistas!

Se preguntó por qué el tal Lucien Sarti había desaparecido antes de hablar con la policía.

—¿Debería estar Felix preocupado, *mademoiselle* Leduc? —preguntó Yann. Su coleta sobresalía por encima del cuello de la chaqueta—. Quiero decir, ¿ha cambiado tanto el *quartier*? ¿Puedo preguntar qué ocurrió?

Marant hacía muchas preguntas. Pero ella también.

Felix asintió.

—Nunca había visto tanta presencia policial. Esto es París, no Nueva York. Allí los tiroteos son habituales.

Ella quiso decirle que leyera los periódicos, pero quizá serían de más ayuda si les contaba algo. Las noticias volaban en el *quartier*, así que hasta estos ocupados profesionales urbanos se enterarían, más tarde o más temprano.

—Estamos investigando el asesinato de un policía en el tejado del edificio adyacente al suyo. La tormenta no ha sido de gran ayuda —dijo.

Dos pares de ojos la miraban atentamente.

—Así que cualquier cosa de la que se puedan acordar, por pequeña que sea, cualquier detalle...

—Dice usted que es detective privado. ¿No lleva este caso la policía?

Muy agudo. No se le escapaba ni una.

—Estoy investigando en nombre de un cliente —dijo ella—. No puedo decirles nada más.

—Mire, quiero seguir ayudándola —dijo Yann—. ¿Cómo puedo contactar con usted si me acuerdo de algo?

Aimée ocultó su desilusión ante la falta de información.

—Gracias por su tiempo, *merci* —dijo, al tiempo que entregaba una tarjeta a cada uno.

* * *

Strago, en la ladera menos de moda y más de clase obrera de Montmartre, era un restaurante que daba a la calle y que tenía la hoz y el martillo sobre el menú de esquinas curvadas expuesto detrás de un sucio cristal. Un letrero escrito a mano con tinta color violeta decía «Fermé». Pensó que esta parte de Montmartre no había cambiado demasiado desde las fotografías en blanco y negro hechas en los años cincuenta por Doisneau. Estrechas calles empinadas serpenteaban en dirección a la *butte*. Los cafés de las esquinas y los edificios bajos de la rue Labat le recordaron a Aimée la triste canción de Edith Piaf sobre la prostituta callejera de la rue Labat que había perdido a su hombre. Pero ¿acaso no eran todas tristes?

Se entrometieron pensamientos sobre Guy. Su aroma, la forma en la que se pasaba los dedos por el pelo. Apartó la tristeza; tenía que encontrar a ese músico.

Al lado, en la frutería de toldo verde, Aimée preguntó al dueño por las horas de apertura de Strago.

—Abren cuando les apetece —le dijo—. Si huele a ajo, es que Anna está cocinando.

Puso un franco sobre el mostrador y metió la mano en un bote de cristal que había encima para coger varios Carambars. Abrió el papel encerado amarillo, echó un vistazo al chiste del interior y se metió el caramelo en la boca.

—¿Ha visto alguna vez a un tal Lucien Sarti, moreno, con chaqueta de cuero

negra y que recibe recados ahí? —continuó ella.

Él se encogió de hombros.

—Cuando hace este tiempo, me quedo dentro de la tienda.

Ella le entregó su tarjeta.

—Si lo viera, llámeme. Me gustaría hablar con él, *monsieur*.

Escribió el número de teléfono del Strago y se ató el cinturón del abrigo de cuero para protegerse del frío. Los trozos de nieve sobre las ramas de los plátanos se derretían y goteaban por los troncos desnudos. Las pocas veces que nevaba en París la nieve no duraba mucho. El calor que se elevaba desde los edificios se ocupaba de ello. Lo mismo que se había ocupado de cualquier prueba que pudiera haber contenido la nieve del tejado.

Rebuscó en su billetero de Vuitton. La encontró. La tarjeta con el nombre de Jubert que Pleyet, de la Interpol, le había dado cuando trató con él en el distrito de Clichy. Sus pensamientos saltaron a las palabras sin sentido de Laure. Había buscado a Jubert durante dos meses. Él era la única conexión que podía encontrar con la muerte de su padre en el atentado de la place Vendôme, pero en aquel momento no estaba ni en la dirección mencionada ni en el ministerio. Era como si el hombre nunca hubiera existido.

¿Era Jubert el Ludovic que Laure había mencionado? ¿Había otro Ludovic en el pasado de su padre, un pasado de susurros, secretos y sombras del que ella solo había captado una mínima parte? Morbier lo sabría. Sacó su teléfono móvil.

—*Oui* —contestó Morbier.

—¿Puedo invitarte a comer aunque sea tarde?

—¿Quieres darme las gracias?

Ella estuvo a punto de preguntar por qué, pero recordó a tiempo que él había hecho que la dejaran libre en la comisaría. Se detuvo y se quedó mirando los grasientos remolinos en un charco plomizo que, como un arco iris, reflejaban el cielo. El cielo de enero.

—O igual quieres compensar tu penosa educación, ya que arruinaste la fiesta de Ouvrier y me metiste en un buen lío con la Proc —estaba diciendo él.

—De todos modos, esa te la tiene jurada —dijo Aimée—. Pero ¿cómo...?

El ruido sordo de un autobús ahogó la respuesta de Morbier. Aimée tanteó en su bolsillo buscando los guantes.

—¿Qué tal Le Rendez-vous des Chauffeurs dentro de media hora? —preguntó Morbier.

Un lugar predilecto de los taxistas, con buena comida. Eso debería endulzar las preguntas que tenía que hacerle.

* * *

Los espejos se alineaban en las paredes, las doce mesas del bar restaurante

estaban cubiertas por manteles a cuadros amarillos y blancos y una cortadora de embutido descansaba sobre el mostrador. Los últimos comensales acababan su comida con un plato de queso. Morbier estaba sentado en la banqueta de piel color camel, rota y pegada con celo en algunas zonas, gastada por el reposo de generaciones de taxistas. Estaba leyendo el periódico.

—Buena elección, Morbier —dijo ella mientras se sentaba y colgaba el bolso del respaldo de la silla de madera.

El aire cálido y cerrado se agradecía tras la temperatura heladora de afuera. Encima de los espejos colgaban carteles enmarcados de los viñedos de Montmartre. En la radio sonaba música de *jazz* al tiempo que el dueño pasaba un paño por la envejecida fórmica roja a través de la cual se veían retazos del zinc original.

—Combina todas las facetas del espíritu de Montmartre: rústico, bohemio, y *bon vivant* —dijo él mientras dejaba el periódico—. Pero me ibas a invitar a comer. ¿Cuál es el motivo real?

—René dijo que eras un romántico —dijo ella, sirviéndose del *pichet* de rosado que estaba sobre la mesa—. Y para darte las gracias.

—Si no te conociera —dijo él frunciendo el ceño—, te creería, Leduc.

—Pues cree que Laure está en el Hôtel Dieu en cuidados intensivos —dijo ella, mientras extendía la servilleta sobre el regazo.

Morbier hizo un gesto negativo con la cabeza.

¿Debería contarle el resto?

—Laure escuchó voces de hombre en el tejado —dijo—. Hablaban otro idioma.

—¿La has interrogado, Leduc?

—Hay tan poco en lo que basarse que tenía que hacerle algunas preguntas —dijo ella—. Pero lo empeoré.

—Que te echas la culpa no va a hacer que ella se encuentre mejor. Es lo que hacemos todo el rato.

—Después de ver el *dossier* de la policía en el despacho de su abogado, nada parece ir demasiado bien tampoco.

Se sirvió otro vaso de rosado.

Morbier rozó el borde de su vaso con el de ella.

—*À ta santé*. Demostrar que es inocente es tarea de su abogado, Leduc, no tuya.

Llamó al dueño y señaló la pizarra con el menú del día escrito con tiza.

—Dos de esos, *s'il vous plaît*.

—Por supuesto, comisario —dijo el hombre mientras se dirigía a la cocina detrás de la pequeña puerta de doble hoja cuya mitad superior estaba abierta. Aimée podía oír el ruido de estar troceando algo y el siseo del aceite al freírse.

—Ya veo que eres cliente habitual.

Él sonrió levemente y las mejillas hundidas, y las bolsas bajo los ojos, hicieron que pareciera más cansado que nunca.

—No hay nada más que puedas hacer, Leduc —dijo a la vez que cogía la

servilleta de papel enrollada y se sujetaba la esquina en el cuello de la camisa.

Aimée se inclinó hacia adelante.

—Morbier, ella no mató a su compañero. Los técnicos cometieron un error con respecto a los residuos de pólvora. ¡Ni siquiera está listo el informe del laboratorio!

—Eso le corresponde investigarlo a la policía.

—Mira qué puedes averiguar —dijo ella—. Avísame cuando presenten el informe.

—Ya sabes que no tengo acceso a esas investigaciones.

¿Seguro que no?

Ella bajó la vista e hizo acopio de todo el coraje posible.

—En el hospital, Laure dijo algunas frases inconexas, estaba obsesionada con el pasado. Mencionó un informe sobre papá, algo que sugería un encubrimiento.

Morbier se atragantó con el vino. Se limpió la boca con la servilleta.

—¿Sabes algo de eso, Morbier?

—Vive el presente, Leduc.

Pero en el breve momento de descuido que vio en el rostro de Morbier ella presintió que sabía algo.

—¿Tiene algo que ver con la época en la que papá y Georges eran compañeros?

—¿El padre de Laure?

Ella asintió, tomó un trozo de pan de la cesta, retiró la corteza y lo masticó.

—Tú fuiste el primer compañero de papá, ¿verdad? ¿Qué puedes decirme de Georges?

—No lo sé.

—¿Te falla la memoria, Morbier?

Ella se inclinó hacia adelante y retiró las migas.

—La memoria y todo lo demás. Mi jubilación está a la vuelta de la esquina.

Para ser un hombre que se estaba acercando a la jubilación, tenía mucho trabajo, en la comisaría y también en la Brigada Criminal a tiempo parcial. Nunca le había confiado nada sobre sus tareas.

—Ya sabes cómo Laure ponía a su padre en un pedestal. Ayúdame a entender lo que quiso decir cuando hablaba de un informe, algún encubrimiento que implicaba a mi padre. Hay algún secreto que la preocupa.

El dueño posó sobre la mesa dos platos de ensalada del pescador: patatas con pescado blanco y unas rodajas de *saucisson sec* que ella le había visto descolgar del gancho sobre el mostrador.

—Eso fue en el pasado. Déjalo estar.

Había algo.

Él cortó el salchichón en trozos pequeños con un cuchillo.

—*Mmmm...* La madre del dueño los cura ella misma —dijo.

—Cuéntamelo, Morbier.

Él suspiró.

—No hay ningún secreto. Todos nos graduamos a la vez de la Academia. Eso ya lo sabes.

Pegó un mordisco y lo regó con rosado.

—Luego, lo mismo que ahora, trabajamos en grupos de cuatro, dos parejas. Pateábamos juntos las calles...

—Tú, Georges, papá y ¿quién más? —interrumpió ella.

Morbier dejó su cuchillo sobre la mesa, se frotó el pulgar con un dedo y miró a Aimée con una expresión indescifrable en su rostro.

Ella jugó su carta.

—¿Era ese hombre, Ludovic Jubert? Hace unos pocos meses, un agente de la Interpol me dijo que Jubert conocía la vigilancia que llevamos a cabo en la place Vendôme. Si es así, quiero hablar con él.

Él rascó una cerilla de madera contra la pata de la mesa y encendió un Montecristo. Aspiró varias caladas profundas y se echó hacia atrás en la silla, en silencio.

—¿Dónde está Jubert? —preguntó ella.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pero puedes averiguarlo.

El dueño estaba de pie al lado de la mesa y preguntó:

—¿No está bueno el salchichón?

—Ya no tengo hambre, Philippe —dijo Morbier—. Tráenos un café solo y la cuenta, por favor.

No dejaría que Morbier se marchara tan fácilmente. Velos de humo acre se elevaban de su cigarro. Ella trató de no inhalarlos. Ayer había tirado el paquete de Gauloises que había estado escondiendo para que no lo viera Guy.

—¿Lo encontrarás para mí?

Ella bebió otro sorbo de vino, pensando.

—Cuando papá y tú trabajasteis juntos en el Marais, ¿dónde estaba Georges?

—Lo ascendieron.

—¿Y Jubert?

Silencio.

—Lo más probable es que ahora esté jubilado.

—¿Jubilado? Entonces... ¿qué quiso decir Laure?

Tomó aire.

—Ella está herida, ¿no es así? Dice tonterías. Escucha, te lo diré otra vez: yo vivo aquí y ahora. Lo mismo tendrías que hacer tú.

Apagó su cigarro.

—Y un consejo más.

Morbier era bueno en eso.

—Deja que el abogado de Laure se encargue del asunto. No pisotees la investigación. No les gusta.

—¿Cómo puedo encontrar a Ludovic Jubert? —repitió Aimée.

Morbier se levantó y cogió su bufanda y su abrigo del perchero. Tomó la taza de café, bebió de ella y tiró unos francos sobre el mantel.

—¿Has probado en la guía telefónica?

Dio un paso hacia la puerta.

Ella alcanzó su mano y asió sus gruesos dedos de rugosas uñas sucias de nicotina. Él trató de soltarse, pero ella le sujetaba fuertemente.

—Morbier, hay un dicho que dice que para continuar un viaje tienes que dejar descansar a los fantasmas.

Los ojos de Morbier mostraron una mirada lejana.

—Eso es un trago difícil de pasar, Leduc —dijo él, en voz tan baja que ella casi no lo entendió—. Se puede pasar toda una vida intentándolo.

Se enrolló la bufanda alrededor del cuello y se marchó. Al cerrarse la puerta de un portazo, la golpeó una bocanada de aire frío. El periódico que tenía Morbier se había caído al suelo. Ella lo recogió y le echó un vistazo mientras sacaba su billetero. Le llamó la atención la peculiar caligrafía oblicua de Morbier. Leyó: «El informe sobre la investigación de las armas corsas que hace seis años encontró nexos de unión con la *préfecture* de París ha vuelto a salir a la luz. El portavoz del ministerio ha declinado hacer declaraciones». Él había escrito las letras «JC» al lado del artículo, en el margen, y lo había subrayado con fuerza.

—Estos días está así —dijo el dueño mientras le entregaba el cambio y se ataba el delantal alrededor de la cintura. Dedicó a Aimée una mirada llena de intención—. Debería intentar hacerlo feliz, *mademoiselle*.

* * *

JC... Jean-Claude... ¿Jean-Claude Leduc, su padre? ¿O estaba ella yendo demasiado lejos a partir de los garabatos de Morbier? Hace seis años, su padre gestionaba Leduc Detective mientras ella estudiaba primero de Medicina y lo ayudaba ocasionalmente. Entonces, un fin de semana, durante una vigilancia en la place Vendôme, hubo una explosión y su padre había muerto. Todavía no sabía quién fue el culpable, pero tenía que seguir intentando averiguar quién fue responsable, incluso aunque, como decía Morbier, dejar descansar a los fantasmas fuera algo difícil de hacer. Dobló el periódico y lo metió en su bolso.

Cogió el autobús en el *boulevard* Magenta e intentó llamar dos veces al Hôtel Dieu desde su móvil para preguntar por el estado de Laure. Las dos veces respondió un contestador automático. Frustrada, solo pudo dejar su nombre.

Desde la ventanilla del autobús vio las furgonetas de San Vicente de Paúl aparcadas donde estaban preparando el comedor de beneficencia cerca de la gare de l'Est. Ya se estaba formando una cola de hombres para la ración de la tarde.

Ella había tenido suerte porque en su mesa nunca había faltado la comida. Se

imaginaba que para su padre no había sido fácil. Recordó su excitación y el asombro en los ojos de Laure mientras sus padres hacían crepes para ellas en *La Chandeleur*, la fiesta de la Candelaria del día dos de febrero. El próximo fin de semana. Había seguido la tradición de dar la vuelta a los crepes con una moneda a mano para que los deseos se convirtieran en realidad. Había deseado que su madre volviera. Georges había sido el único que había dado la vuelta a la crepe sin romperla.

En el autobús viajaba un señor mayor con su perro en una cesta, un adolescente con auriculares que movía la cabeza al ritmo de la música, una mujer con un echarpe de seda que leía a Balzac y estaba sentada hombro con hombro con una madre con el pelo peinado en trencitas al estilo africano cuyo abrigo cubría un brillante y florido *boubou* y que tenía un cochecito de niño a su lado. Los rostros de Montmartre del otro lado de la colina, lejos de los turistas y del Sacré Coeur, donde los apartamentos de un precio asequible colindaban con el *quartier* africano Goutte d'Or.

Sus pensamientos se volvieron hacia la exmujer de Jacques, Nathalie. Le aterrorizaba una entrevista con la mujer que ya había denunciado a Laure, pero era todo lo que tenía para poder continuar.

* * *

Aimée estaba de pie frente a la dirección del trabajo de Nathalie Gagnard, rue de Douai 22, una mansión del Segundo Imperio. El edificio se alzaba en la esquina de la rue Duperré, una calle de edificios de piedra blanca con contraventanas y balcones rodeados por verjas de hierro negro. Una calle de dirección única, a lo largo de la cual había aparcadas motos escúter y un coche con el letrero de *auto-école* en la parte superior. Al otro lado de la calle, en el escaparate de una cafetería cercana, una torpe figura sobrante de San Nicolás todavía acarreaba regalos. Una tienda de telefonía móvil y varias inmobiliarias indicaban que esta era una zona acomodada del barrio a los pies de Pigalle.

Aimée rodeó un agujero abierto en la acera, protegido por una red de plástico naranja y que revelaba el sedimento rocoso. Le trajo a la mente las rapsodias de su profesor de geología cuando describía los matices del aroma a esquisto, yeso y piedra que formaban diferentes capas bajo las calles. Para Aimée, fuera caliza o esquisto, todo olía igual. Les había contado que este *quartier* fue construido sobre los restos de un antiguo cementerio de leprosos. Ponía en duda si a los residentes les gustaría saber lo que se pudría bajo sus pies.

Pancartas de tela que se agitaban con el viento a lo largo de la fachada del edificio anunciaban *espaces*, locales disponibles para la celebración de eventos. Entró en el vestíbulo, al que se llegaba por una escalinata de mármol bajo una celosía de madera que ocultaba focos empotrados. Tenía que encontrar la manera de hacer hablar a Nathalie.

Las sillas doradas estaban dadas la vuelta sobre las mesas en el salón de techos

altos. Aimée casi se tropezó con un camarero que estaba sentado en el suelo de parqué, con los ojos cerrados y frotándose los pies con los calcetines puestos. Cuando se acercaba al mostrador de recepción, vio a una mujer de rostro demacrado, de treinta y tantos años, con pelo moreno ralo y aretes de oro. Vestía una blusa blanca, falda negra y cómodos tacones bajos y estaba apilando folletos sobre la barra de zinc.

—*Bonjour*, organizamos recepciones privadas, bodas... —La mujer sonrió, tosió y se tapó la boca. Tenía la voz grave y rasgada, la voz de una fumadora—. Aquí tiene un folleto. ¿Está interesada en organizar un evento?

Aimée devolvió la sonrisa y sacó una tarjeta.

—Quisiera hablar con Nathalie Gagnard —dijo antes de que la mujer pudiera lanzarse a su discurso promocional.

La mujer entrecerró los ojos, a la vez que asimilaba el traje de raya diplomática, las botas de punta y la mochila de piel.

—¿Sobre qué?

Su encanto se evaporó.

—Un asunto policial. ¿Trabaja...?

—¿Está usted investigando el asesinato de mi exmarido? —La mujer apretó la tarjeta de Aimée con más fuerza.

Aimée tomó aire, determinada a intentar llegar a ella con tacto, una habilidad que René siempre decía que necesitaba practicar.

—Así que ¿es usted *madame* Gagnard? —dijo Aimée—. Por favor, concédame unos minutos para aclarar algunos puntos de la investigación.

—Ya era hora.

Nathalie Gagnard miró su reloj. Puso derechos los folletos.

—He acabado. Siéntese ahí —dijo con voz cortante, mientras señalaba una sala más pequeña con las paredes cubiertas por una *boiserie* de madera tallada.

Aimée oyó que Nathalie daba instrucciones al camarero sobre las copas de vino. Los querubines esculpidos y el friso bajo el mural del techo la envolvieron en una mezcla ecléctica. Cariátides esculpidas en piedra sostenían el techo; paneles dorados y vidrieras enmarcaban el salón exterior. Era un popurrí del siglo XIX.

El grueso y caro folleto proclamaba que Bizet había compuesto aquí su ópera *Carmen* y que su mujer celebraba recepciones frecuentadas por Proust y Henri de Toulouse-Lautrec, que vivía al otro lado de la calle. Posteriormente, la mansión se había convertido en una cantina *bouillon* para la clase trabajadora; más tarde aún en un burdel, hasta que los ilegalizaron y, más recientemente, en una oficina de correos.

—Ya ha acorralado a esa zorra, ¿no? —dijo Nathalie mientras se sentaba, sacaba un cigarrillo de filtro dorado y encendía la llama de un mechero de plástico.

Más que hostil, parecía que buscara venganza.

Nathalie pegó una profunda calada, luego exhaló una nube de humo y se inclinó hacia delante en la silla.

—Se lo juro, fue detrás de Jacques como una gata en celo en cuanto él se mostró

amable con ella. ¿Se lo imagina? Jacques daría hasta su propia camiseta con tal de ayudar a alguien.

Aimée se preguntó si también lo haría si la camiseta no era la suya. Por lo que había podido entender, Jacques sería capaz de hacer una tortilla sin huevos, un auténtico *débrouillard*: lo que algunos llamaban un marrullero.

—Creo que no la entiendo.

—Esa del labio leporino, la llorica —dijo Nathalie al tiempo que golpeaba la ceniza en un cenicero de porcelana blanca.

Y cruel, también. Pero por mucho que le gustaría abofetear a la mujer, no serviría de nada.

—¿Se refiere usted a Laure Rousseau? —dijo, dispuesta a mantener sus sentimientos bajo control e investigar en detalle la vida de Jacques.

—La asesina. Tan celosa...

Hacer rodar una roca cuesta arriba sería más sencillo que hablar con Nathalie.

—Ayúdeme a entender esto —dijo Aimée. Tenía curiosidad por las alucinaciones de Gagnard—. De acuerdo con lo que dicen los archivos, su relación profesional funcionaba bien. ¿Por qué sospecha de ella?

—¿Quién si no? A pesar de ella, Jacques y yo volvíamos a estar juntos. —Los hombros de Nathalie se estremecieron y se cubrió los ojos, sollozando. El humo formaba espirales en la cara de Aimée.

Sorprendida, Aimée apagó el cigarrillo, sacó un pañuelo de papel y se lo pasó a Nathalie.

—Pagaré por ello, esa zorra —interrumpió Nathalie al tiempo que se secaba las lágrimas de las mejillas.

—Por lo que entiendo —repuso Aimée haciendo un esfuerzo por refrenarse—, ustedes obtuvieron la sentencia de divorcio hace unos pocos meses.

—¿Dónde está la justicia? Eso es lo que yo quiero saber.

—Justicia. Eso es lo que todos queremos —Aimée se mostró de acuerdo—. Pero tenemos que escarbar, buscar las pruebas, juntar todas las piezas y atrapar al culpable. El procedimiento exige que se cuestionen y se investiguen todos los aspectos hasta conseguir una imagen completa. Acudir a la prensa no va a favorecer su causa, Nathalie, ¿no cree?

—Por lo menos atrae la atención. —Nathalie se secó los ojos con cuidado para que no se le corriera la máscara—. Usted, ¿para quién trabaja? —preguntó desconfiada.

—Nathalie, ¿qué ocurriría si hubiera un cómplice? Podría haber más personas implicadas.

Nathalie metió el pañuelo en el bolso de cualquier manera.

—Le he preguntado que para quién trabaja.

—Investigo en nombre de *Maître Delambre* —replicó Aimée.

Se imaginó que Nathalie no sabría a qué parte representaba. Por lo menos, no

todavía. Extrajo su cuaderno de criptografía. Hizo como que lo consultaba, pasó unas cuantas hojas y se quedó mirando la cara de Nathalie. Se decepcionó al ver el gesto resuelto de su boca.

—El informe indica que su exmarido se veía con otras mujeres —dijo Aimée pensando en el comentario de Laure sobre una novia. Una nueva táctica podría soltarle la lengua—. Pensamos que esa noche iba a encontrarse con un confidente. Una mujer.

—Usted no lo entiende. Jacques respetaba a las mujeres —dijo Nathalie como si simplemente declarara lo evidente—. Las trataba bien. Pero ella lo entendió de otra manera.

—Tengo curiosidad, si consideramos la lógica de esa noche... —repuso Aimée esperando que su voz sonara razonable—. Desde el punto de vista de la sospechosa, ¿no tendría mucho sentido asesinar a Jacques ya que todos los vieron salir juntos del café!

Los ojos de Nathalie se endurecieron en una mirada cortante.

—Haga su trabajo. Atrápela.

—¿Se sentía Jacques presionado? ¿Facturas? ¿El trabajo? ¿Mencionó que debiera dinero a alguien?

Nathalie se levantó.

—Tengo una cita.

—Nathalie, la Proc exige pruebas. Hechos. ¿Cuándo vio a Jacques por última vez?

—Puse un plato en la mesa para él en la cena de la víspera de Navidad, pero en el último momento tuvo que trabajar. —Fruunció el ceño mientras rebuscaba en la memoria.

—Eso fue hace unas semanas. ¿Algo más reciente?

Nathalie negó con la cabeza, el dolor inundaba sus ojos.

Durante un momento, Aimée se compadeció de ella. Guy había comprado un árbol de Navidad y juntos lo habían cubierto de luces y también a *Miles Davis*, y finalmente se habían dormido abrazados al amanecer.

Se dijo que se tenía que olvidar de eso. *Vuelve al grano. Piensa. ¿Tenía Jacques alguna amante a la que mantenía? ¿Estaba tratando de mantener un ritmo de vida superior a sus posibilidades?* Había visto cómo les había ocurrido eso a colegas de su padre.

—Según el informe, Jacques estaba pagando las letras del coche —dijo Aimée. Recordó que había visto la grúa llevarse el Citroën—. ¿Qué ha ocurrido con su coche?

—No puedo pagarlo —dijo Nathalie—. Lo he devuelto.

—¿Se divorció de él porque gastaba demasiado?

Nathalie se inclinó hacia delante.

—Entre usted y yo, andábamos justos. Nos divorciamos y nos declaramos en

bancarrota para salvar lo que teníamos, pero seguíamos juntos. ¿Cómo tengo que decírselo? La mujer lo mató por celos. Pero no se irá de rositas, no lo permitiré.

Aimée sintió pena de Nathalie, desesperada por vengar de alguna manera su infelicidad. Pero sus acusaciones dañaban a Laure, que, sin duda, era inocente.

—La Brigada Criminal investigará y encontrará al criminal.

—¡Despierte! —dijo Nathalie levantándose y echando la silla hacia atrás de forma que raspó el suelo de madera—. Esa red de vejestorios no querían que el nombre de su padre se viera arrastrado por el barro. Pero nadie la encubrirá.

—Sin embargo, Jacques la aceptó como compañera...

—Como ya le he dicho —interrumpió Nathalie—, a Jacques le gustaba ayudar a la gente.

A Aimée se le ocurrió que algo sonaba mal.

—Llego tarde.

Nathalie anudó un pañuelo color naranja alrededor de su cuello, alcanzó su abrigo y salió del edificio.

Aimée la siguió hasta el Renault Mégane con el cartel de *auto-école* que estaba aparcado afuera. El viento azotaba la calle, arrastrando un olor a hojas mojadas.

—¿Tiene usted una autoescuela?

—Solo conservamos este —dijo Nathalie abriendo la puerta. Su suspiro indicaba que había conocido una vida mejor—. Antes del divorcio teníamos una flota de seis coches, no crea. Yo no soy de las que se quedan sentadas en casa, así que me sumé al negocio.

Así que el divorcio había salvado lo que quedaba de su negocio. De nuevo se preguntó si Jacques se había acostumbrado demasiado a lo bueno. Los *flics* a menudo estaban pluriempleados, y se dedicaban a la seguridad privada para completar el sueldo.

—¿Trabajaba Jacques en seguridad?

Nathalie hizo un mohín de aversión.

—Asesor —dijo—, hacía labores de asesoría.

La acera barrida por la lluvia reflejaba las desapacibles nubes grises. El autobús 74 dejó escapar gases por el tubo de escape al acelerar a su lado.

—Con sus habilidades, por supuesto —dijo Aimée.

Así que ambos habían mantenido dos empleos y habían trabajado duro. Pero Nathalie se había puesto rígida cuando le había preguntado por el pasado de Jacques.

Nathalie abrió la puerta del coche.

—Necesito verificar esto —dijo Aimée—. ¿Recuerda la empresa o el lugar para el que actuaba de asesor?

—Conocía Montmartre, tenía contactos allí. Algunas veces aceptaba trabajos particulares, ya sabe, para *vips*.

—¿Con quién podría hablar que pudiera saber algo sobre esta actividad?

—Yo no tenía nada que ver.

¿Por qué no quería hablar esta mujer?

—Intente acordarse, Nathalie. ¿Algún nombre?

—Mire, ella fue la que asesinó a Jacques. ¿Qué tiene que ver todo esto?

—Todo es importante —dijo Aimée intentando apelar a su orgullo—. Déjeme recalcar que si ahora no salen a la luz todos los hechos, podrían ser utilizados más tarde para evitar la condena, para dejar suelto al asesino. Como mujer de un *flic* eso ya lo sabe.

Nathalie pestañeó y dejó caer su bolso en el sitio del pasajero.

—Algunas veces hablaba de Zette, un antiguo boxeador que tiene un bar. En la rue Houdon.

* * *

El Club Chevalier, el bar de la rue Houdon, había conocido mejores tiempos. Y Aimée se imaginó que esos mejores tiempos habían pasado hacía ya varias décadas. Las paredes del oscuro bar estaban rodeadas por taburetes cubiertos de plástico y columnas decorativas con bases de escayola desgastadas. Una mujer grande, de pelo rubio y un delantal rosa alrededor de su oronda tripa estaba pasando la aspiradora a la alfombra a conjunto que en algún momento también fue rosa. Aimée se preguntó quiénes serían los *vips* a los que servían aquí.

—Perdone, señora, ¿puedo hablar con Zette?

—Eh, no está abierto.

—¿Está Zette?

La mujer suspiró y apagó la aspiradora. En una esquina borboteaba una fuente de piedra artificial y hongos de color verde crecían en el borde del recipiente en forma de concha. En otra esquina parpadeaban las luces rojas y azules de varias máquinas tragaperras, de esas que ahora funcionaban por ordenador. Los resultados de las carreras de caballos atronaban desde una radio que se oía en la parte de atrás.

—¿Quién lo busca? —preguntó la mujer, con la mano en la cadera.

Aimée sonrió.

—Me envía un amigo de Jacques.

—¿Otra vez ese asunto?

Aimée se preguntó si la policía también había estado aquí.

—Necesito hablar con él.

—¿Zette! —gritó la mujer.

No hubo respuesta. Solo la voz exaltada que anunciaba los ganadores de las carreras:

«¡*Fleur-de-Lys* por una cabeza, *Tricolor* segundo por muy poco y *Sarabande* llega el tercero!».

Aimée pudo oír el tintineo de un vaso y a alguien que dejaba papeles sobre una mesa.

—¡Zette!

—¡Déjame en paz, mujer!

—Alguien quiere verte —dijo la mujer.

Aimée pudo escuchar un «*Merde!*» en voz baja.

Un hombre de pelo gris que se estaba quedando calvo curioseó desde la puerta en la parte de atrás de la pequeña barra. Tenía varios dientes de oro, la nariz ganchuda y una cicatriz blanca que le partía la ceja derecha y le daba una apariencia inquisitorial permanente.

—¿Va a hacerme feliz hablar con usted, *mademoiselle*?

—Qué tal algo de beber y lo averiguaremos.

—Aaah, ¡cuántas posibilidades! —Se rascó el cuello, le echó una mirada y elevó la otra ceja—. Pero puedo oler a un *flic* de lejos —dijo con una amplia sonrisa—. Diga a su jefe que me llame. Trataré con el comisario. Muéstreme un poco de respeto, *mademoiselle*.

¿Respeto? ¿Quién se ganaba el respeto así? La mujer, con una expresión de aburrimiento en la cara, arrastró la aspiradora a la parte de atrás.

—No soy una *flic*, pero mi padre sí.

—¿De veras? ¿Dónde?

—En la comisaría del cuarto *arrondissement*^[2] antes de unirse a mi abuelo en la agencia de detectives que ahora llevo yo.

—¡Ah! ¿Así que conoce a Ouvrier?

La estaba probando.

—Fui a su despedida ayer por la noche, a la vuelta de la esquina.

—Yo también —dijo—. No la vi allí.

—De un extremo a otro —dijo Aimée, acercándose a la barra—. Nunca lo había visto sin uniforme, pero estaba elegante con el traje de raya diplomática, ¿eh?

—Y que lo diga —repuso él—. Me marché temprano, tenía que encargarme del bar. Conociendo a Ouvrier, la próxima vez que lo lleve será en su funeral.

Una pausa. Por su silencio, se figuró que Zette no sabía lo que le había ocurrido a Jacques.

—*Mademoiselle*, creo que no he oído su nombre, o el de su padre —dijo Zette.

No solo era cuidadoso y astuto, sino que también la había hecho saber que tenía buenos contactos en la comisaría. Era lo normal en un dueño de club listo, pero a ella le preocupaba.

—Jean Claude Leduc —dijo—. Aimée Leduc. Aquí tiene mi tarjeta.

La posó sobre el mostrador húmedo con las marcas de los vasos.

Él dio la vuelta a la tarjeta en sus manos.

—¿Una mujer detective privado?

Ella asintió.

—Seguridad informática.

¿Habría conocido a su padre?

—¿Le suena el nombre de Leduc?

—Conozco a mucha gente, así que dígame de qué quiere que hablemos.

Aimée se dio cuenta de que había pasado la prueba, puso veinte francos en el mostrador que no estaba demasiado limpio y sonrió.

—Apuesto a que tiene usted sed.

El vino haría el baile con Zette más fácil de digerir. O, por lo menos, eso esperaba.

—Tengo un vino tinto corso que resucita a un muerto. —Alcanzó una botella sin etiquetar y dos copas de vino y los puso delante de ella—. Nunca es demasiado pronto para mí.

Ella percibió su pedazo de cuerpo, tirando a gordo, pero los bíceps se le marcaban bajo la ajustada camiseta de fútbol. Seguro que se entrenaba. Un viejo boxeador profesional con las cicatrices que lo demostraban.

—Ya no me visitan mucho las jóvenes —dijo mientras servía el líquido granate.

¿Eran esos los intentos de Zette por mostrar su encanto? Bebió un sorbo. Denso, afrutado y suave al tragarlo. No era malo.

De la pared del bar colgaba enmarcada la sección de deportes de un periódico con el titular: «¡K. O. de Zette a Terrance, el marroquí loco!».

—Así que ¿es usted ese Zette? Mi padre iba a sus combates en el Hipódromo.

Ella estaba enmascarando la verdad. Una vez él había ganado invitaciones para un campeonato en la comisaría. Un viejo boxeador venido a menos quizás apreciara la adulación.

Zette se encogió de hombros, como si estuviera acostumbrado a esos comentarios.

—El boxeo le ha permitido vivir bien, ¿verdad?

—Todo esto. —Bebió un trago largo y abarcó el bar con un gesto.

—Y un servicio de seguridad *vip* con Jacques Gagnard, ¿no?

—No se trata de eso —dijo Zette sin mover un músculo y apuró su vaso, se sirvió otro y rellenó el de ella. Ella pegó otro trago.

—¿Cómo es eso, Zette? —dijo—. Usted trabajaba con Jacques, ¿no es así?

—Así que eso es de lo que quiere hablar —replicó él, mirándola fijamente—. Le ha ocurrido algo, ¿verdad?

Ella dudó antes de darle la mala noticia.

—Lo siento.

—¿Que lo siente? ¿Qué quiere decir?

Ella hizo una pausa y rodeó el borde de la copa con su dedo índice.

—Le dispararon y lo mataron en un tejado. En la calle de al lado.

Zette cerró los puños con fuerza. Movié la cabeza.

—¡Pero yo lo vi ayer por la noche! *Nom de Dieu*, estaba en el bar, le invité a tomar algo, estuvimos hablando...

—Todos lo hicimos. Todos estamos impresionados. Además, estaba fuera de servicio cuando ocurrió.

El rostro de Zette se nubló con una expresión de tristeza y se sirvió más vino. ¿Había algo más detrás de esa expresión?

—Por Jacques, un buen tipo.

Levantaron sus copas.

—¿Quién lo encontró?

—Ese es el asunto, Zette: yo.

Zette se santiguó con sus manos de fuertes nudillos.

—Todavía no me lo puedo creer.

—¿Se acuerda de qué habló Jacques? —preguntó Aimée—. ¿Estaba nervioso, actuó de alguna forma diferente a la habitual?

Zette se frotó la mandíbula.

—¿Cómo ha sabido mi nombre?

Ella controló su frustración.

—Nathalie, su ex mujer, dijo que trabajaba para usted.

—¿Trabajar? Más bien me hacía un favor de vez en cuando. A mis *vips* les gusta estar protegidos.

¿Quiénes eran los famosos que consideraban el Club Chevalier su guarida?

—Y por *vips* se refiere a...

—Tino Rossi se sentó en ese taburete en el que está usted —dijo con una expresión orgullosa en la jeta.

¿Tino Rossi? ¿El cantante corso famoso entre los que tenían más de sesenta años? Ella intentó parecer impresionada.

—Eso sería antes de Jacques, ¿verdad?

—A mis clientes les gusta pasar desapercibidos, quieren discreción —dijo—. Les gusta saborear Montmartre sin sus matones y ser escoltado por alguien de la zona.

¿Un servicio de escolta? Miró a su alrededor y vio las ajadas postales de Ajaccio sobre el sucio espejo. ¡Claro! Era un bar corso. ¿Cómo no se había dado cuenta? En lugar de proteger a los hombres de negocios de provincias cuando iban a las casas de putas, ¿no podía Jacques haber protegido a líderes de bandas corsas que buscaban protección sin sus «matones»?

—Ya entiendo. ¿Es usted corso, Zette?

Él mostró sus dientes de oro.

—Hubo un tiempo en el que dominábamos el *quartier*. La época dorada. A Pepé le Grand lo liquidaron justo enfrente de mi local, y Ange Testo tenía la gran *brasserie* de la place Pigalle. Durante la guerra fue una *wehrmachet speiselokal*, una cantina para los soldados alemanes. Los baños estaban hechos una porquería, llenos de grafitis con esvásticas, algo que es mejor no saber. Al final Ange lo empapeló por encima. —Se encogió de hombros—. Nosotros los corsos teníamos un código de honor, todavía lo tenemos. Pero ahora solo quedo yo.

Ella asintió y bebió el vino. ¿Un código de honor? Más bien un código de silencio. Si hablabas una vez no volvías a hacerlo.

Ella podía hacerse una idea de los días de la posguerra, con los *zazous* que llevaban grandes trajes *zoot*^[3] y exhibían su dinero, los clubes de *jazz* y bares de estriptis, cuando el Moulin Rouge era un local con clase.

—Zette, cuénteme algo sobre el último trabajo que hizo Jacques para usted.

—Como ya le he dicho, me hacía favores de vez en cuando.

—*Bon*. ¿Qué favor le hizo?

—Ya se lo he dicho, labores de escolta.

Era difícil hacer que un corso hablara.

Entró un joven de espaldas anchas que llevaba puesta una chaqueta de piel, gorro de lana calado sobre la frente y que hacía sonar lo que parecían monedas en el bolsillo. Zette levantó la mirada. En lugar de decirle que el bar estaba cerrado, tal y como suponía Aimée, hizo un gesto con la cabeza al joven, que se había acercado hasta una de las máquinas tragaperras. Si no se hubiera estado fijando en Zette en el espejo de detrás, se habría perdido lo que ocurrió después. El chasquido de su muñeca bajo el mostrador, el ruidito como de un suave aleteo y el brillo de la luz roja de la máquina tragaperras se reflejaron en el espejo.

¡Y entonces lo supo! ¡Era una máquina trucada, regulada por un interruptor bajo el mostrador! Hubo un tiempo en el que los bares de Pigalle y Montmartre fueron notorios por eso. Situada entre las tragaperras legales, una, parecida a las demás, estaba amañada. Dentro de ella había un dispositivo, una especialidad siciliana. El dueño llevaba la cuenta de las ganancias y las pérdidas, y o pagaba o se embolsaba dinero. Si el jugador no pagaba las cuentas pendientes, nunca volvía a jugar en las máquinas de Montmartre o de ningún otro lugar.

—Mire, *mademoiselle*, tengo trabajo. Es la hora de abrir. Hace meses que Jacques, que en paz descansa, no me había hecho ningún favor.

Quería que se marchara para poder continuar con su máquina trucada sin ser visto.

Ella lo miró, con una mirada en la que decía que lo entendía todo.

—Pero quiero encontrar al asesino de Jacques. Si es usted su amigo, querrá ayudarme.

—*Mademoiselle*, límitese a sus propios asuntos.

Ella se sintió molesta por el desprecio.

—No me interesa su negocio, las máquinas amañadas.

Echó una mirada intencionada a las manos que descansaban sobre el mostrador sucio con marcas de los vasos. Una mirada que decía que ahora ella podía tener alguna influencia sobre él. ¿O lo protegía la policía tal y como había parecido querer decir? ¿Lo dejaban funcionar a cambio de información? ¿Era un informante? Vaya un lío. Pero a ella no le importaba. Tenía que haber algo bajo lo que parecía. Y quizá había hecho que mataran a Jacques y que eso salpicara a Laure.

Tuvo una intuición.

—Jacques debía dinero, ¿verdad? A usted, y tenía que trabajar para pagárselo.

Con favores a sus clientes.

—No sé de qué me está hablando —dijo Zette. Tomó la botella de vino, la colocó de nuevo sobre la balda, puso las copas en el fregadero y cogió un trapo.

—Creo que sí —repuso ella. Hizo una pausa. El tintineo de la tragaperras llenaba el bar vacío. Filas de cerezas y plátanos giraban a toda velocidad detrás del hombro del joven—. Y también quién podía querer verlo muerto.

—Eso es un salto de gigante —dijo Zette sin alterarse. Como si no fuera con él—. Y yo que pensaba que quería ser agradable, invitándome a una copa.

Él tenía que estar protegido. Bien protegido. Puede que saldara cuentas con la comisaría por sus máquinas trucadas. Se le ocurrió algo nuevo: ¿habría estado sobornando a Jacques?

—Ayúdeme, Zette —dijo ella, conciliadora—. ¿Por qué cree que han matado a Jacques?

—No tengo ni idea.

Pasó el trapo por el mostrador, frotando las marcas de agua y convirtiéndolas en manchas borrosas sobre la superficie de zinc. Ella se quedó con las ganas de decirle que utilizara algún producto limpiador.

En lugar de ello, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la barra.

—Montmartre es su territorio. No me diga que no se le cruza por la mente el por qué alguien haya querido liquidar a Jacques. ¿No era este también su terreno?

Entraron varios hombres. Algunos llevaban cortavientos o ropa de deporte. Oscuros, con los ojos hundidos, el tipo de hombres que pululaban por la estación de metro de Pigalle haciendo chapuzas, ayudando en las mudanzas o descargando camiones. Nada legal, pero mejor que mendigar. Algunos también lo hacían. Le sobrevino una sensación de pesimismo cuando se dio cuenta de que todo lo que ganaban acababa en las máquinas de Zette.

Vio fastidio en los ojos de Zette. Bien. Si lo importunaba lo suficiente, le daría algo con lo que pudiera marcharse.

Puso su bolso sobre el mostrador con cuidado para evitar lo que estaba mojado y para mostrar a Zette que no se iba a mover hasta que hablara.

—¿Quién puede haberlo matado, Zette?

Ella notaba que a él no le gustaba eso. En silencio, echó un vistazo al reloj y luego miró a través de la ventana empañada.

—Tengo tiempo para tener una larga conversación —dijo ella—. Puedo esperar. Zette se inclinó hacia delante.

—¿Ha oído hablar de la *vendetta*? —dijo bajando la voz.

Aimée asintió, sorprendida.

—¿La *vendetta*? —repitió en voz alta.

Zette se sintió molesto y ella sintió los ojos de los hombres sobre ella.

—Jacques no era corso...

—Su madre, sí. Por eso lo ayudé. Ahora, si no le importa, *mademoiselle*, la

acompañó a la puerta.

* * *

En la ventosa place Pigalle, miró la fuente seca. Todas las fuentes, salvo la de Saint Suplice y la de Luxembourg, se dejaban sin agua en invierno para impedir que se congelaran. ¿El juego, una venganza? Sabía que gran parte de las fuerzas policiales eran de Córcega. Aún entre tinieblas, pero con nuevas preguntas, llegó al metro.

Martes, por la tarde

Lucien se detuvo al lado de la cocina industrial. Salía vapor de las cacerolas de cobre y la llama azul rozaba los bordes ennegrecidos. Pasó por encima de los sacos de patatas rojas y cajas de cartón medio llenas de zanahorias a los lados de la cocina en forma de claqueta de Strago. En la pared colgaba una fotografía de Lenin con gesto severo y carteles de los años treinta del Teatro Estatal de Moscú con sus audaces diseños geométricos constructivistas.

Anna llevaba años al frente de este restaurante comunista corso y le dejaba dormir en la trastienda en las épocas difíciles, como últimamente. Le leía manifiestos mientras freía cebollas o curaba jamón *prisuttu*.

—Lucien, unos tipos han estado metiendo las narices por aquí. —Anna, fuerte y de pelo cano, revolvía la cazuela de *ziminu*, el bien condimentado guiso de pescado, mientras hablaba—. Menos mal que había mandado a Bruno al mercado de al lado a por berenjenas.

Lucien apretó el puño dentro del bolsillo. Posó los ojos en la cerera, el instrumento de dieciséis cuerdas parecido a un laúd que estaba dentro de su funda abierta al lado de la mezcladora de sonido que había preparado para su trabajo de *discjockey* de más tarde. ¿Tendría que cogerla y echar a correr, y dejar la ropa que tenía guardada en la despensa?

—¿Buscaban a alguien en particular? —preguntó.

—Tú dirás —dijo Anna mientras probaba algo con una cuchara de madera. Cogió un puñado de ajo picado y lo echó a la cazuela.

Tranquilo, tenía que tranquilizarse, no reaccionar de forma desproporcionada.

—Una detective preguntó por ti al de la frutería —dijo Anna—. ¡Esos lacayos capitalistas siempre acosando a los que protestan!

Los *flics*, ¡y ahora una detective!

—¿Qué quieres decir? ¿Quién me está buscando?

—Quédate en otro sitio durante unos días —repuso Anna, haciendo una mueca de desaprobación con la boca torcida—. No quiero saber dónde, no quiero saber nada de eso. A mi edad, ya tengo toda la emoción que necesito.

Hacía una tarde gélida y Lucien contaba con haber servido las mesas y ganar algunas propinas y un plato de guiso caliente.

—¿Unos tipos? ¿Quiénes?

Ana sirvió con el cazo un abundante plato de guiso de pescado y se lo acercó.

—Parecían matones a sueldo. *Zut alors*, no quiero saber en qué estás metido.

—*Merci*, música, eso es lo que hago —dijo él, pasando la mano sobre la gastada funda de la *cetera*.

—Por lo que a mí respecta, te importa tanto la política como a una hormiga —

dijo—. Pero no pierdo la esperanza de que un día Córcega sea libre y gobernada por verdaderos socialistas. Una sociedad igualitaria. No más feudos medievales, sino un sistema agrario que funcione.

A su pueblo, un pueblo orgulloso, le impulsaba un amor incondicional a su tierra y un deseo obstinado de vivir como lo habían hecho desde tiempos inmemoriales. Los genoveses y los franceses habían erigido columnas y torres y pensaban que gobernaban la isla. Pero la verdadera Córcega, antes igual que ahora, estaba gobernada por clanes familiares, unidos por lazos tribales y por favores debidos y pagados. Eso no había cambiado.

Anna llevaba demasiado tiempo fuera de Córcega. Le gustaba olvidarse del *clannisme* inamovible que no concordaba con su socialismo. Sin embargo, y aún cuando apreciaba su ayuda, él no podía mencionarle esto. Las palabras no eran su punto fuerte. Cuando tocaba música, sus dedos encontraban la forma de expresar sus pensamientos, adornando los sonidos con *jazz* y fundiéndolos en armónica polifonía. Pulsando las cuerdas de su *cetera* podía dar a las antiguas canciones de la cosecha un ritmo electrónico. Que Felix le llame música universal o lo que quiera. Él ponía voz al aire impregnado de aroma a romero que se cernía sobre la piedra caliza caliente por el sol, a la campana de una capilla que resonaba con el eco de las montañas de granito. Ponía música a la poesía de lo cotidiano: a una mujer barriendo, la alegría de los días de fiesta, la dura labor en la tierra reseca, un código de honor a pesar de los años de opresión y ahora esta nueva invasión de los promotores inmobiliarios que destripaban el terreno.

Eso lo decía su música; él no podía. Lucien comió la última cucharada de guiso y se abrochó el abrigo de cuero.

—Si llama Felix Conari...

—No te he visto —contestó Anna.

—*Non*, Anna, me ha ofrecido un contrato —le contó Lucien—. Ahora conseguiré que mi música se oiga.

—Un cerdo empresario burgués que se aprovechará de ti, más bien —replicó ella—. Mantente fiel a la voz que hay dentro de ti, Lucien.

Ella se equivocaba. Felix apreciaba su música. La otra única muestra de interés había llegado del festival de música étnica de Châtelet.

—Te delatan tus ojos, Lucien —dijo Anna moviendo la cabeza—. No te lances ante la primera oferta que recibas.

Él cogió un trozo de baguete de la bolsa de pan del día anterior, lo metió en el bolsillo y se despidió de Anna. Afuera, en la calle, desmigó el pan duro y se lo esparció a las palomas de plumas grisáceas que estaban sobre la acera agrietada. Parecían sentir tanto frío y tanta hambre como él había sentido.

Cogió el autobús a la place Pigalle, pasó al lado del Bistró du Curé junto al Sexodrome. El bistró lo gestionaba un cura, para los indigentes que necesitaban una comida caliente. Luego se internó en Montmartre por la empinada calle. Tenía que

prepararse para su bolo de *discjockey* y después firmar el contrato con Felix.

El club, una antigua casa de baños, estaba cerrado. El cartel de los años treinta, ahora de oxidado neón, rezaba «*Pigalle Bains Douches*» y sobresalía de la pared de azulejos blancos. Dio unos pasos delante de la puerta, haciendo crujir la fina corteza de nieve bajo sus usadas botas mientras se preguntaba por qué lo buscaba un detective y a la vez deseaba que quedaran más de cinco baños públicos en París. Le gustaría calentarse, quitarse el frío que le helaba los huesos.

—Llegas tarde —dijo Pascal, el dueño del club, al encontrarse con él en la puerta. Lucien quiso decir que él también.

Pascal, completamente vestido de negro, sacó un llavero de su chaqueta de ante y abrió la puerta de madera. Encendió las luces e iluminó las paredes enchapadas, la zona de la barra forrada de terciopelo rojo y plata, los asientos de falsa piel de cebrá y los espejos de marco dorado. La decoración irradiaba un cierto aire a burdel.

—Voy a prepararlo todo —dijo Lucien mientras sacaba su compacto.

—Pincha *lounge*, seguido de *acid jazz*, y luego lo que te plazca —dijo Pascal, un hombre brusco, oriundo de la región de Auvernia, que no admitía tonterías. Controlaba cada céntimo y llevaba el negocio con mano de hierro, como la mayoría de los *bougnats*, campesinos que habían emigrado desde zonas rurales de su región a principios de siglo. Todavía regentaban un buen número de cafés. Pascal estaba consultando un libro de cuentas en el mostrador.

—Un tipo te buscaba.

¿*También aquí?* Lucien intentó que no le temblara la mano.

—Ese tipo... ¿tiene nombre?

Pascal pasó el dedo por el libro.

—Uno de fuera, puede que corso, con el pelo rubio decolorado.

¿El camarero de Bastía que había servido en casa de Felix? ¡Buenas noticias! Así que Felix todavía estaba ansioso por firmar el contrato.

Lucien conectó rápidamente el tocadiscos y el resto del equipo.

—¿Puedo usar el teléfono?

—Sí, pero rápido —dijo Pascal—. No quiero problemas, ¿eh?

Qué poco sabía Pascal que en cuanto firmara el contrato, estaría inmediatamente fuera de ahí.

—¿Es que no puedo tener amigos, Pascal?

—¿Amigos como ese?

Luden lo dejó estar e ignoró la mordaz pregunta.

—*Allô*, Felix —dijo por teléfono.

—Chico, ayer desapareciste —dijo Felix.

¿*No se lo había explicado Marie-Dominique?* Pero, ¿por qué iba a mencionar a un indeseable antiguo amante que apareció para desaparecer luego?

—Se pusieron mal las cosas, Felix. No tenía carné de identidad...

—Bueno, pues vamos a compensarlo. Pásate por mi casa y firma el contrato antes

de ir al teatro. Kouros, de Soundwerx, irá esta noche a ver tu actuación.

* * *

Lucien descendía la escalinata cubierta de hielo de la place des Abesses con pasos ansiosos, de camino a firmar el contrato de Felix. Se subió el cuello para protegerse del viento y entonces vio al *flic* en la esquina de la rue Veron. El resplandor de una cerilla iluminó la cara del hombre que había estado interrogando a los asistentes a la fiesta la noche anterior. El *flic* se encontraba a solo unos pocos metros de distancia. Lucien se refugió en un portal. Sobre su cabeza, una placa rezaba «1872, lugar del primer teatro libre» y se dio cuenta de que se encontraba debajo de una mujer desnuda leyendo un libro reclinada, esculpida en el portal de piedra.

—Ni rastro de él. Todavía no —estaba diciendo el *flic* por teléfono—. Mantenme informado sobre la amenaza de bomba.

¿Lo estaban buscando a él? ¿Unos tipos, una detective y ahora los *flics*? Cuando pasó una pareja del brazo por debajo de la farola, volvió a subir rápidamente tras ellos las escaleras. En la place des Abesses, fuera de una librería, vio los titulares en *France Soir*: «Amenazas de bomba corsas: redada contra la Armata Corsa».

¿Otra vez?

Compró un periódico y echó un vistazo rápido al artículo: «Anuncios de amenazas de bomba en Ajaccio y en territorio francés han desencadenado un incremento en las medidas de seguridad por parte de la Dirección General de la Policía. La Armata Corsa ha mencionado varios objetivos en París...».

Se estremeció. Tiempo de «encontrar y rodear a los corsos». Si firmaba el contrato, ¿le daría eso credibilidad? Pero no podía hablar a Felix de sus problemas, por lo menos hasta que él también hubiera firmado. Evitaría a Marie-Dominique, seguro de que ella haría lo propio, incapaz de afrontar su desdén o sus sentimientos hacia ella. En una cabina de teléfonos insertó una tarjeta a la que le quedaban diez francos. Respondió el contestador automático de Felix.

—Felix, ha ocurrido algo. Lo siento, pero, por favor, nos vemos en el teatro con el contrato —grabó Lucien en el contestador.

Lucien se internó rápidamente en la oscuridad del crepúsculo, evitando el aerosol verde que echaban los barrenderos sobre los adoquines.

Martes, por la tarde

René se balanceaba con los dos pies sobre los adoquines mojados. Gracias a Dios se había puesto ropa interior térmica y varias capas de ropa bajo el batín de pintor. Hasta ahora no había visto a ninguna prostituta ni a nadie más en el edificio o alrededor de él.

No tenía que haber llevado a cabo su brillante idea. ¡Menuda broma! Lo único que había hecho era perder una tarde.

¿De verdad se había creído que podía lograrlo? Como le daba vergüenza, le había ocultado a Aimée lo de sus clases de investigador privado por Internet. Si continuaba, dentro de aproximadamente un año tendría el número de créditos suficientes para ganarse la licencia. La dificultad estaba en el trabajo de incógnito que se requería para los créditos correspondientes al trabajo de campo. Esta le había parecido una oportunidad de oro.

Pero pasar una tarde heladora para no obtener ningún resultado... Se tenía en demasiado, eso es lo que le ocurría. Nadie de su tamaño podría hacer ningún tipo de vigilancia encubierta. Después de todo este esfuerzo, se sentía dolido. Había llegado a un acuerdo con un grupo de actores, había alquilado el disfraz, en conjunto un plan costoso todo para poder estar a la intemperie en medio del frío. Se sentía un idiota, pero sin el disfraz para hacer de Henri de Toulouse-Lautrec, el artista lisiado famoso por esbozar la vida nocturna de Montmartre, nunca se habría integrado en el barrio.

Uno de los actores hacía sonar un acordeón, y sus dedos volaban sobre las teclas. Una mujer alta y delgada, con el pelo rojo peinado en lo alto de su cabeza al estilo de 1890, y vistiendo una falda negra y pololos con volantes al estilo de Jane Avril en un cartel del Moulin Rouge, bailaba el cancan sobre la resbaladiza superficie. Un grupo de pequeños escolares dividían su atención entre ella y René. *Le vieux Paris!* Algo de lo que habían oído hablar entre los combates de videojuegos. La mayoría miraba de reojo el carrusel que estaban montando cerca de la salida del metro.

Un niño pálido de más o menos la altura de René le dio un pequeño codazo.

—¿Puedo verlo?

René le mostró un pastel ya preparado, una copia de uno de los que había hecho Toulouse-Lautrec cuando pintaba en un estudio cercano. Ahora el estudio era mitad almacén de material para baños y mitad estudio de danza.

Había oído cómo la maestra identificaba al grupo. Eran de la *école primaire* que estaba a la vuelta de la esquina y se imaginó que el chico viviría cerca. Esta era la primera oportunidad que tenía de interrogar a alguien y resultaba ser un pequeño *poulbot*, un niño de Montmartre diminuto y con una chaqueta de mangas demasiado cortas que dejaba ver una camisa sucia por debajo.

—¿Vives en la plaza? —preguntó René.

El niño negó con la cabeza.

—Por ahí —dijo señalando un edificio al pie de las escaleras de la place des Abesses—. Pero hemos vivido en muchos sitios.

El interés de René aumentó. *Caer bien, compenetrarse, ¿no era eso lo que decían los manuales de detectives?*

—¿Te refieres al edificio del andamio?

El edificio en el que habían disparado a Jacques.

—Al otro lado de la calle, en el piso de arriba —dijo el chico—. Subo la bolsa con los libros con una cuerda.

René controló su nerviosismo.

—Yo también me muevo mucho —dijo. Toulouse-Lautrec había vivido por todo Montmartre y sus caseros lo despedían cuando estaba demasiado borracho para pagar la renta.

De una bolsa de papel encerado que tenía en el bolsillo, René extrajo una *villageoise*, el bollo típico de Montmartre. El pequeño olisqueó y miró con envidia lo que René tenía en sus manos.

—¿Quieres uno?

—Se supone que no tenemos que aceptar comida de extraños —dijo.

—Claro, pero yo soy Toulouse-Lautrec —dijo René guiñando un ojo—. Me conoces, ¿no?

El chico asintió. René puso en sus manos heladas la bolsa templada con los bollos.

—*Voilà*. Compártelos con los amigos.

El chico movió la cabeza.

—No llevamos mucho tiempo aquí. Pero conozco al portero. Lo ayudo algunas veces.

¿Un solitario? René se dio cuenta de que el chico se mantenía separado del resto, arremolinados alrededor de la maestra.

—¿Lo ayudas? ¿A qué?

—Le llevé el martillo cuando arregló el canalón.

¿El que rodeaba el tejado? René recordó el plano que había dibujado Aimée. ¿Habría visto algo el chico?

—Así que... ¿tu piso da al tejado del andamio?

El chico asintió.

—Peligroso, ¿no? ¡Tregar hasta esa altura para un chico pequeño!

—Es fácil —dijo él—. Mamá dice que trepo como un mono.

—¿Incluso para alguien con piernas cortas como las mías?

Los ojos del chico brillaron por primera vez.

—Desde ahí arriba se ve todo. Los tejados, la Torre Eiffel, ¡hasta gente cocinando y desnudándose!

¿Un chico solitario y malicioso que veía la vida desde el tejado? René pensó

rápido.

—Pero es imposible que vieras a los hombres en el tejado del andamio ayer por la noche. Estarías en la cama.

—¡Me voy a la cama cuando quiero! —El chico señaló la pintura que sostenía René—. Parece triste —dijo con la boca llena—. Igual que mi mamá —siguió, retirándose el pelo de los ojos. No tenía guantes.

René buscó a la maestra. Estaba rodeada por un grupo de niños bien abrigados, y estaba explicando cómo salía la música del acordeón de las teclas de marfil y de una caja de resonancia.

—¿Qué les ha ocurrido a tus piernas? ¿Por qué no han crecido?

El chico chupaba las migas de sus labios cortados.

René había preguntado lo mismo cuando se dio cuenta de que nunca crecería como los otros niños y que tendría que estirarse para alcanzar las manillas de las puertas, ponerse de puntillas para echar mano de una tetera que hervía, trepar para subir a una silla de la que sus pies siempre colgaban.

—Cuando era joven, algo ocurrió y mis piernas nunca pudieron alcanzar a mi cuerpo —dijo René.

—Dice mamá que hay cosas que nunca deben alcanzarse, porque estaríamos en la calle.

René quería desviar la conversación de nuevo hacia el tejado. Pero no se sentía detective, interrogando a un pequeño que llevaba la misma ropa con la que parecía haber dormido. Sin embargo, tenía que intentarlo.

—Así que no viste lo que ocurrió ayer por la noche, estabas dormido.

—*Mais non*, escuché un disparo y vi un fogonazo como en la tele. Luego otro fogonazo. Mamá se puso como loca, y dijo que no tenía que hablar de ello.

Entonces el chico se tapó la boca con la mano.

Dos fogonazos. ¿Quería eso decir que hubo dos disparos?

—¿Estás seguro?

Asintió.

¿Había sido el chico testigo del asesinato?

—Volvemos a la escuela, niños —dijo al maestra reuniendo al grupo—. Paul, *allez-y!* Da las gracias a *monsieur* Toulouse-Lautrec por su ayuda. Seguro que has conseguido un montón de información para tu trabajo.

El chico se puso rígido. René vio el miedo en su mirada. ¿Qué podía hacer? Deslizó una guía sobre Toulouse-Lautrec en la mano de Paul y sonrió a la profesora.

Una expresión de alivio inundó el pálido rostro de Paul. René se despidió de él con la mano, sacó su teléfono y llamó a Aimée.

—He encontrado un testigo —dijo.

—¡Buen trabajo! —exclamó ella—. Así que has estado husmeando por ahí.

René pudo percibir el orgullo en su voz. Nunca le diría nada sobre el ridículo disfraz.

—¿Puedes hacer que esa persona venga y testifique? —preguntó Aimée.

René dudó.

—El tema tiene su miga. Paul tendrá unos nueve años. Vive enfrente del lugar del crimen. Dice que vio dos fogonazos en el tejado.

—¿Dos? ¿Estás seguro?

—Eso es lo que él dice. Estaba con un grupo de escolares. Está haciendo un trabajo sobre Toulouse-Lautrec.

Silencio.

—O sea que tú...

¿Cómo se le había ocurrido admitirlo?

—Pero le vendría bien una ayudita con los deberes —dijo ella.

—Pero, Aimée...

—Estoy segura de que te puedes encargar de esto, René. Habla con su madre. Tengo algo más importante que hacer en la *préfecture*.

* * *

René se pasó la siguiente hora de frío helador balanceándose sobre los pies en el suelo empedrado, vigilando el edificio y evitando a los turistas. Las únicas personas a las que vio entrar en el edificio eran de EDF, Electricité de France; dos hombres que estuvieron diez minutos dentro y se marcharon.

Con el crepúsculo envolviendo los edificios en las sombras, René recorrió penosamente la larga escalinata de la casa de Paul armado con más bollitos calientes. Después de seis tramos de gastados escalones de madera, el olor a cebolla y ajo frito impregnaba el hueco de la escalera. Era un edificio viejo, con un servicio compartido cada dos pisos en descansillos alternos.

Le dolía la cadera y deseó que hubiera ascensor, aunque fuera uno de esos achacosos de metal como el de su oficina. Primero hablaría con la madre de Paul; tenía que superar su miedo para poder sonsacar a Paul y que le contara lo que había visto.

René llamó a la primera puerta. No obtuvo respuesta. En la segunda abrió un viejo desdentado cubierto de jerséis.

—Pruebe en la puerta de al lado —dijo el viejo, moviendo las encías.

En la tercera puerta, se oía música *reggae*. Llamó. El volumen de la música bajó y la puerta se abrió con un chirrido. Vio una habitación oscura de techo bajo con cortinas de cuentas que separaban la cocina.

—*Oui?* —dijo Paul medio oculto detrás de la puerta.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo René sonriendo.

Paul parpadeó con sus grandes ojos castaños.

—Mamá está durmiendo.

Vaya fastidio, le habría gustado hablar con ella.

René entregó a Paul la bolsa con los bollos.

—No puedo quedarme mucho tiempo, pero se me olvidó contarte lo del accidente y por qué pintaba caballos. ¿Lo ves? —René sacó el libro que había comprado en una tienda de la place des Abesses. Pasó las hojas hasta llegar a la página en la que se encontraban los primeros bocetos de Toulouse-Lautrec.

—¡Qué bonitos...! Parece que están respirando.

René se mostró de acuerdo. Los costados redondeados y los orificios nasales dilatados hacían que los caballos parecieran estar vivos.

—Vamos a mirarlo al tejado.

Paul negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—¿No dijiste que era fácil subir?

La reticencia dio paso a una expresión traviesa en sus ojos. Abrió más la puerta.

—¡Chsss!

Se oyó el tintineo de botellas tras él y el ruido de una de ellas al caer al suelo.

—Vamos —dijo René.

René siguió a Paul hasta la claraboya al final del vestíbulo, lo ayudó a bajar la escalera y entre los dos la sujetaron.

—Tú primero —dijo René gruñendo para sí.

Paul trepó por la escalera y abrió la claraboya con un ruido sordo.

—La cerradura es muy simple, puedo abrirla yo solo. El portero me enseñó cómo hacerlo.

¿Un chico solitario que tenía el tejado como lugar de juegos? La vista de París oscureciendo, la extensión de tejados irregulares que delimitaban el horizonte hacían que la dolorosa ascensión mereciera la pena. Él se las tenía que ver con las alturas todos los días, sabía cómo equilibrar la falta de habilidad de su cuerpo mal proporcionado y, al trepar, sabía concentrarse en su objetivo. Siguió a un ágil Paul que trepaba por los oxidados peldaños de hierro que sobresalían de la pared de cemento.

René observó el andamio con sus prismáticos, que llevaba colgando de una correa alrededor del cuello. Sacó una revista *Paris Match* del bolsillo, la colocó sobre la húmeda cornisa y se sentó.

—La maestra dice que eres actor —dijo Paul—. Haces de *monsieur* Toulouse-Lautrec para que podamos entender su trabajo.

—Tiene razón —asintió René—. Iba a decírtelo.

—Cuéntame lo de los caballos —dijo Paul.

Y René le contó cómo Toulouse-Lautrec se había caído de un caballo. Debido a una debilidad genética consecuencia de matrimonios endogámicos, sus huesos habían resultado ser demasiado débiles para soldarse.

—Su padre, el *comte*, tenía cuadras de caballos de carreras, Clydesdales de fuertes pezuñas para trabajar e incluso ponis para los niños que los visitaban. Durante

todo aquel verano después del accidente, Toulouse-Lautrec permaneció sentado en una silla de ruedas especial hecha de mimbre, dibujándolos. Eran sus amigos, sus únicos amigos.

René abrió el libro y los dos juntos, utilizando su pequeña linterna en forma de bolígrafo, pasaron las páginas poco a poco.

—¿Por qué no lo intentas, Paul?

René le pasó una lata con tizas pastel y un bloc de dibujo.

—¿Caballos?

—Dibuja la silueta de los tejados, eso es lo que te resulta familiar, ¿no? Puedes empezar con el gris... inténtalo con el azul para dar sombra al edificio, difumínalo... ¿ves?

René repasó la superficie con su pulgar.

—Dale profundidad, sugiere...

—¿Puedo utilizarlo en el trabajo para la maestra?

—¿Por qué no? Y también el dibujo. Le gustará. Demuestra que tienes recursos.

Paul asintió, con las manos ocupadas. Después de diez fríos minutos, levantó la vista.

—¿Como esto?

René lo miró. Las audaces líneas grises que reproducían el edificio demostraban bastante habilidad.

—Eres un artista, Paul. ¡Buen trabajo!

Paul mostró una amplia sonrisa. René se dio cuenta de que era la primera vez que veía los dientes del niño. ¿Nunca lo alabaría su madre?

—Yo veo esto todos los días, lo mismo que Toulouse-Lautrec veía su caballos.

René sonrió abiertamente.

—Claro, dibuja lo que conozcas. Pero tienes que practicar. Él lo hacía. Todos los días.

Paul asintió.

Y entonces René se dio cuenta de que había una bolsa de plástico a medio abrir en la que apenas se veían unos aviones de aeromodelismo. De los caros.

—Son míos —dijo Paul siguiendo la dirección de su mirada.

—¡Eh! ¿Por qué los guardas aquí arriba?

—¡Me los dio un amigo! —A Paul le temblaba el labio al responder.

René lo dudaba.

—Mira, no es asunto mío... Una vez robé revistas de coches. El dueño de la tienda me cogió. Me dijo que si lo hacía otra vez, me llevaría a la comisaría. —René se revolvió sobre las tejas del tejado—. Sé que no los robaste, pero las cosas pueden devolverse de forma discreta sin que nadie se entere. Es decir, suponiendo que tu amigo los haya cogido, claro.

—Es un buen amigo.

—Los buenos amigos necesitan ayuda. —René guiñó el ojo y pensó que era

mejor plantar la semilla y cambiar de tema—. Pero todavía no entiendo cómo pudiste ver los fogonazos de los disparos desde aquí —dijo René—. No tenías prismáticos, ¿verdad?

—¡Claro que los pude ver! Estaban justo ahí.

—Tienes que tener buena vista. ¿Cuántos?

—Dos.

René hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Imposible.

—Había dos hombres discutiendo —dijo Paul con voz seria—. Luego llegó otro hombre, eran majos, y luego...

—¿Qué?

Paul desvió la mirada.

—Mi *maman* me dijo que no hablara de eso con nadie. Dijo que nos podíamos meter en líos. Y que ya tenemos todos los problemas que necesitamos. Odia a los *flics*.

Así que eso era.

—No es la única, Paul. Pero conozco a alguien que es detective privado. Puede hacer cosas sin meter a la gente en líos.

—¿Como qué?

René se inclinó hacia delante.

—Tendrías que contarle lo que viste. Exactamente. Pero ella puede hacer llamadas anónimas e investigar sin que lo sepa nadie. Eso es lo que mejor hace; es detective informático. Nadie lo sabrá.

Paul lo miró con la boca abierta.

—¿Detective informático?

René asintió, metiendo las enguantadas manos en los bolsillos. Las luces parpadeaban tras las oscuras siluetas de los tejados que se extendían ante ellos.

—¿Nadie lo sabrá?

—Te lo prometo.

Martes, más tarde

El contacto de Aimée en la *pólice judiciaire*^[4], Leo Frot, se había trasladado al Ministerio de Economía. Y no le devolvía las llamadas. Así que tenía que arriesgarse e intentar acceder al STIC, *Système de Traitement de l'Information Fichier Central*^[5], la Intranet de la policía; tenía que moverse rápido y encontrar la ficha de Laure.

Desde su posición privilegiada, una mesa en la parte de atrás de un bistró lleno de comensales, observaba a la multitud. Este era un local muy frecuentado por hombres y algunas mujeres que llevaban la placa de la DTI, *Direction de Transmissions Informatiques*^[6] la división informática situada al otro lado de la calle en la rue Nélaton número siete que albergaba la DST, la *Direction de la Surveillance du Territoire*^[7]. Iban vestidos de paisano, no de uniforme. Cada chaqueta llevaba sujeta con un clip una funda de plástico que contenía una tarjeta de identificación con el escudo del ministerio y el nombre del empleado. Sería fácil duplicar ese tipo de carné y le permitiría pasar el control de entrada. Una vez dentro, tendría que hacer un poco de «ingeniería social», como decía René. Fingir un poco lo expresaba mejor. El turno de noche, cuando la plantilla se reducía al mínimo, sería el mejor momento para intentarlo.

Acabó con los posos de su café solo, pagó y cogió su abrigo del perchero. Estaba colgado debajo del resto, tal y como lo había planeado, ya que había llegado pronto. Para cuando lo encontró, ya había memorizado la placa de una tal Simone Teil, #3867 Dep. AL4A, que estaba sujeta a una gabardina negra cuya dueña se sentaba en una mesa cercana. Dibujó un boceto del escudo y el diseño del carné en el mantel de papel blanco. Guardó ese trozo de papel en el bolsillo y salió.

Martes, por la noche, tarde

Justo antes de medianoche, Aimée mostró su identificación plastificada a los guardias tras el mostrador de recepción de la DTI color marrón y turquesa. El edificio de los años setenta tenía un cierto aspecto decadente. Hasta el plano de las salidas de emergencia con las esquinas retorcidas había conocido tiempos mejores.

Varios hombres pasaron por el torno de salida. El guardia apenas miró su carné.

—¿De vuelta de nuevo, *mademoiselle* Teil?

Su compañero estaba sentado con los ojos pegados a los monitores.

Aimée asintió, manteniendo la cabeza baja, con el ala del sombrero negro y el cuello del abrigo levantado cubriéndole prácticamente todo el rostro según escaneaba su carné en el control de accesos. La característica firma angulosa de Simone Teil era fácil de copiar. Fichó.

—Tengo que entregar el informe por la mañana —suspiró—. ¡Ya sabéis cómo es eso!

—No hay descanso para los pobres desgraciados, ¿eh? —dijo el guardia mientras le echaba una mirada rápida.

Cuan poco lo sabía.

—*Merci*. —Se echó el bolso al hombro, avanzó hacia el torno de entrada e insertó su carné. La máquina emitió un pitido y las barras de metal se cerraron, impidiéndole la entrada. Le temblaban las manos.

Tomó el carné y se aseguró de que la vieran frotarlo.

—La banda magnética está gastada. ¿Podéis dejarme pasar?

—¿Gastada? ¡Pero si todos esos carnés son nuevos, se emitieron la semana pasada! —dijo el guarda.

Estupendo. Y vaya suerte la suya de encontrarse con un guardia al que le apetecía hablar.

—Imagínate —dijo ella—. Debe de haberse rayado en mi bolso.

—Qué raro. Los han diseñado para evitar eso.

—¿Por qué no me dejas pasar?

—Su carné debería funcionar.

—¡Claro! Me ocuparé de eso mañana. Pero... ¿solo por esta vez?

Él dudó y miró su reloj.

—Me marcho dentro de unos minutos.

Ella se frotó la cabeza.

—Me llamó el jefe en persona y me insistió en que volviera.

—Es hora de cuadrar el informe del turno, Fabius —dijo el guardia que estaba con los monitores.

Él se encogió de hombros y sacó un carné del bolsillo. Ella se abrió paso a través del torno.

—¿Está segura de que no funciona? —preguntó Fabius—. Acabo de comprobar la concesión de las tarjetas.

—¿Eh?

—Pásela una vez más.

Piensa rápido.

—La lima de las uñas —dijo ella mientras simulaba frotar la tarjeta—. ¡Eso es lo que la ha rallado!

El torno se abrió con un «clic». Gracias a Dios que él acababa el turno. Ya se le ocurriría una forma de salir. Pero la pobre Simone Teil se enfrentaría a un interrogatorio la próxima vez.

Ahora lo más difícil. Acceder al sistema con la contraseña de otra persona.

En el quinto piso, según pasaba al lado de una fotografía de gran tamaño del presidente Mitterrand que adornaba el anodino pasillo, sintió que se le revolvía el estómago. Sintió una arcada, entró corriendo al servicio y vomitó. Sobre todo el café, lo cual le dejó un sabor acre y amargo.

Eran los nervios. Infiltrarse en el centro neurálgico de la policía era lo más audaz que había hecho nunca. Nunca había intentado algo así por sí sola. Acceder al STIC, los archivos internos de la policía, ¡menuda sangre fría!

Podía coquetear, marcarse un farol, manipular... también podría hacer esto. Tenía que hacerlo. Lo malo era que René no estaba. Que no había ningún sistema impenetrable, eso era lo que él decía siempre. El crimen perfecto era el que no se detectaba.

Se quitó el sombrero, se echó agua a la cara, se lavó la boca y se metió un chicle con sabor a cereza. Piensa. Prepárate.

Abrió su bolsa de tamaño extra grande, sacó su arsenal femenino, espesó la máscara de pestañas, se extendió colorete en las mejillas para dar color a su piel más pálida de lo normal y se perfiló los finos labios de color rojo. Rojo carmín. Se dio gel en el pelo corto formando mechones puntiagudos. Mientras se miraba en el espejo salpicado de jabón, se lo pensó mejor. Non, *demasiado reconocible*. Sacó de la bolsa una peluca rubia con el pelo enmarañado, la peinó con los dedos y se puso unas gafas de cristales azules al estilo de las de John Lennon. Luego rezó una pequeña oración mientras entraba a grandes zancadas en la gran sala con luces fluorescentes que albergaba unas quince mesas de metal con terminales de ordenador.

—Bon. Más vale que sea este el terminal —murmuró, mientras colocaba su bolsa en la primera de ellas aporreando la mesa al hacerlo.

Unas pocas cabezas levantaron la vista. Ella arrancó el ordenador.

—Merde! He tenido este problema durante todo el día. ¿Alguien más se ha quedado bloqueado al conectarse? —preguntó.

Algunos de los hombres negaron con la cabeza, inclinados sobre sus terminales.

Uno de ellos, cuya cara gordita se reflejaba en la pantalla, sonrió abiertamente.

—¿Eres nueva? —preguntó.

—¿Puedes creer que me han destinado a un departamento nuevo esta tarde y luego me han trasladado aquí esta noche para un expediente que la Proc está convencida de que quiere entregar mañana en el juzgado?

—Esas cosas pasan —dijo él, bebiendo de una sucia taza de café color marrón.

Aimée sintió que se le revolvía el estómago mientras trataba de ignorar el olor del café. Los papeles sobre su escritorio estaban dirigidos al «Supervisor de noche». Si había alguien que podía ayudarla, era él.

—Es para los *antecedents judiciares*... pero ocurre todo el rato... ¡este estúpido sistema no me deja conectarme! —sacó un paquete de galletas de mantequilla Marie Lu, la comida que tranquiliza a los niños. Él parecía ser de ese tipo—. ¿Quieres una?

—*Merci* —dijo—. ¿Lo has intentado con el *Système D*?

¿Quería decir lo que ella estaba pensando? *Système D*, el término que usaban todos para arreglárselas a través de la burocracia: sortear los impresos de la notaría, evitar los requerimientos de la inmobiliaria o las regulaciones para la matriculación escolar.

Se apoyó en el escritorio de metal, sacudió unas migas de su minifalda de piel y cruzó las piernas con medias de encaje negro.

—¿Por qué no me enseñas?

—¿Cuánto dura tu turno?

Ella quería rascarse el cuero cabelludo debajo de la peluca que le daba calor y le picaba.

—Depende de lo que tarde —suspiró y se acercó a él.

—¿Te gusta ver el amanecer sobre el Sena?

Pegó un respingo y miró hacia otro lado. Ese era el pasatiempo favorito de Guy, uno que compartían. Pasaron por su mente sus ojos grises y sus largos y bien perfilados dedos. Lo expulsó de su mente.

—No puedo hacer planes tan a largo plazo, tengo mucho que hacer, Gérard —dijo fijándose en su nombre—. Soy Simone.

—Voy a ver si puedo ayudarte —repuso él sonriendo, una sonrisa agradable a pesar de su cara redonda llena de marcas—. ¿Cuál es el primer problema que tienes para entrar?

—El sistema se niega a aceptar mi contraseña.

Gérard guardó y cerró el archivo en el que estaba trabajando. Hizo girar su silla hasta el siguiente terminal.

—Prueba así. —En un minuto había conseguido que ella entrara y navegara por la sección de fichas policiales—. Entramos así. Esto confunde a muchos de los novatos.

Ella asintió, absorbiendo sus instrucciones y se puso las gafas sobre la frente. Él había conseguido saltarse dos de los pasos más dificultosos y se movía rápido.

—Casos pendientes. Casos en tribunales —dijo él—. Mira, casos a punto de ser

llevados a tribunales. Introduce aquí el número del informe.

—¿Así?

Ella se acercó a él, le rozó con la pierna y tecleó el número del dossier de Laure que había memorizado del archivo de *Maître* Delambre.

—*Voilà! Merci*, genial.

—Gérard —dijo un hombre joven dos filas por delante—. Gánate el sueldo. ¡Dame un código de autorización para este lío!

Ahora tenía acceso a la ficha de Laure, pero eso no era lo único a lo que había venido. Tenía que pensar rápido antes de que él se marchara.

—¿Todavía se guardan en papel los archivos de los años sesenta y setenta?

Él se encogió de hombros.

—Claro.

—*Non*, lo siento Gérard —dijo ella sonriendo, ansiosa por ocultar su paso en falso—. Quiero decir las fichas del personal, las misiones de los *flics*. Quieren que investigue en detalle la ficha de alguien.

Él movió el cursor hacia el icono de Archivos.

—El sistema te pedirá autorización especial —repuso él mirando su identificación—. Pero con tu autorización puedes hacerlo si entras por la puerta de atrás.

¡Una estupenda característica añadida!

—¿La puerta de atrás?

Él le recordaba a un oso: pelusa castaña en el cuero cabelludo, rostro redondo y pecho en forma de barril.

—Utiliza mi alias. —Él tecleó «oso». Así que ella no era la primera a la que se le había ocurrido.

Era un fastidio que no pudiera enviar por correo electrónico el dossier de Laure, recientemente ampliado, a Leduc Detective. Tendría que copiar lo que había descubierto en el disco que había traído consigo.

Aimée echó un rápido vistazo a los interrogatorios policiales y a las averiguaciones en la escena del crimen que aparecían en el informe de Laure. Solo uno de ellos había sido incluido en el informe que le había mostrado el abogado. ¿Chapuzas o encubrimiento?

Insertó el disco vacío. Recordó que la Manhurin calibre 32 PP, la pistola de la policía con licencia Walther fabricada en Francia tenía el característico cañón de seis estrías y una precisión de hasta cincuenta metros. Por lo menos eso era lo que su padre afirmaba: precisa y pesada. Ya estudiaría las conclusiones de balística y el resto de los informes más tarde. Ahora todo lo que tenía que hacer era copiarlos en el disco.

Después de dos intentos, accedió a las fichas de personal más antiguas. Las más recientes de Ludovic Jubert databan de 1969. ¿Y el resto de su carrera? ¿Dónde estaba ahora? Tenía que trabajar más rápido. Gérard, con todo lo dispuesto que parecía, podía hacerle algunas preguntas difíciles, como por qué «Simone» estaba

trabajando en estos informes.

Todos los datos posteriores habían sido retirados. Los pocos documentos en la ficha de Jubert eran informes estándar que cubrían su graduación en la academia de policía, las primeras misiones y otra escasa información que finalizaba en 1969. ¿Habían dejado esto por error? Los documentos mencionaban a Jubert, Morbier, Georges Rousseau y su padre como un equipo que trabajaba en Montmartre.

¿Así que había trabajado con su padre?

Y luego algo le llamó la atención. Jubert se había encargado de un asunto en particular, el asunto de las máquinas tragaperras de Montmartre. El dueño de un café compraba una máquina por diez mil francos y conseguía cincuenta mil por cada una de ellas en un mes. Como las que había visto en el bar de Zette. Esta unidad especial de investigación inspeccionaba lo relativo al juego y a los 147 casinos legales existentes en Francia. En el borde superior de cada una de las páginas relativas a la investigación había un sello que decía MI, Ministerio del Interior.

La luz fluorescente le hacía daño en los ojos, la superficie de metal del escritorio estaba sucia con marcas marrones de café y el olor a mantequilla de las galletas Marie Lu hacía que tuviera arcadas de nuevo.

—Parece que ya te manejas —dijo Gérard por encima de su hombro.

Ella apretó los dientes y asintió.

—¡Qué extraño! No he encontrado el resto del dossier de este hombre.

Gérard frotó la gastada codera del jersey azul del uniforme de policía. La mayoría de los informáticos, aunque fueran policías, vestían de paisano. ¿Era él un hombre de acción en potencia?

—¡Ah, uno de esos!

—¿Qué quieres decir, Gérard?

Él puso los ojos en blanco.

—Los intocables.

Jubert estaba protegido. ¿Quién lo hacía? ¿Por qué?

Solo quedaban unos pocos hombres trabajando en sus ordenadores; el resto había ido saliendo poco a poco a la máquina de café. Se veía humo que se elevaba en círculos en el vestíbulo.

—El descanso —dijo él.

Ella no se quería marchar.

—*Bon* —dijo estirándose y haciendo unos cuantos giros con el cuello—. Tengo que acabar esto —bostezó—. Por cierto, ¿quién es?

La cara regordeta de Gérard mostró su sorpresa.

—¿El jefe?

Qué estúpida. ¿Cómo no se le había ocurrido? Sabía que Jubert estaba por ahí arriba. Intentó recuperarse.

—Oh, ese —dijo, inyectando un tono aburrido a su voz.

Gérard sonrió abiertamente.

—Eres de las *techies*^[8], ¿eh?

—Los nombres no me dicen gran cosa. Esos tipos del ministerio, bueno, no forman parte de mi mundo. Mi *quartier* es Montmartre, la parte menos chic. Parece que él empezó ahí —dijo, como si fuera algo que se le hubiera ocurrido más tarde.

—Puede, pero ha prosperado en la vida. Más bien rue des Saussaies ahora.

Ahí era donde se encontraban las oficinas centrales del Ministerio del Interior. Cualquier investigación de la *préfecture de police* era accesible desde el ministerio. Eso ya lo sabía. Ambas ramas tenían acceso a los archivos del STIC.

—Estás con la IGS, *n'est-ce pas*? —susurró Gérard y se le acercó aún más.

Inspection Générale des Services: Asuntos Internos.

—¿Eso he dicho?

—No hace falta —sonrió—. Solo acuérdate de cuánto te estoy ayudando, ¿eh?

—Claro, Gérard —le devolvió la sonrisa. ¿Durante cuánto tiempo podría mantener esta charada? Debería marcharse, pero antes quería averiguar lo más posible.

—¿Y estos hombres? ¿Están los dos muertos, Leduc y Rousseau? —Ni siquiera movió un músculo mientras lo decía.

Gérard pulsó Control y Fl.

La ficha de Rousseau ocupaba toda la pantalla.

—*Voilà*. Ven a tomar un café cuando acabes.

¿Dónde estaba el secreto al que había aludido Laure y del que se sentía culpable? No le resultaba evidente. ¿Y el garabato de Morbier en el periódico sobre un informe de hacía seis años que tenía que ver con una investigación sobre las armas de los corsos? Todo lo que pudo encontrar documentaba el rápido ascenso de Rousseau en la comisaría después de una exitosa investigación sobre el juego en la rue Houdon, en un tal Club Chevalier.

¡El club de Zette!

Otra vez Montmartre. Lo copió en el disco, controló el temblor de los dedos y tecleó el nombre de su padre, Jean-Claude Leduc.

Y entonces vio la fotografía granulada, una del joven Morbier, Rousseau, otro hombre y su padre, todos de uniforme, sonriendo en las escaleras al lado del Marché Saint Pierre, el mercado textil, con el Sacré Coeur al fondo. El cuarto hombre —que ella se imaginaba era Jubert— tenía la altura de su padre, ojos pequeños y una nariz prominente. Llevaba las manos en los bolsillos. Todos jóvenes, sonrisas expectantes en sus rostros, toda la vida por delante. ¿Qué había ocurrido? Ahogó un sollozo.

—Simone, Simone...

Se dio cuenta de que Gérard la llamaba desde el vestíbulo.

Se secó los ojos. Sus palabras la devolvieron al presente.

—Oui, j'arrive.

Grabó el archivo en el disco y metió descuidadamente el abrigo en el bolso.

Pulsó «Salir» y agarró el disco según era expulsado con un pequeño zumbido, lo

metió dentro de su blusa y se unió a Gérard.

—*La débâcle!* —estaba diciendo uno de los *techies*—. Así, como os lo cuento, la red se quedó totalmente colgada.

—¿Te acuerdas, Simone? La semana pasada...

Gérard se estaba volviendo demasiado amigable o quizá preguntaba demasiado. ¿La estaba poniendo a prueba? Hora de salir de allí.

—No me lo recuerdes —gruñó, interrumpiéndolo mientras él le ofrecía una taza de plástico de humeante café. De la máquina. ¡Horroroso! Compadecía a estos tipos.

—*Un moment.* Tengo que ir a hacer pis —dijo sonriendo—. Enseguida vuelvo.

Dio la vuelta a la esquina, con la bolsa sobre el hombro, se metió furtivamente en los servicios de mujeres y echó una rápida ojeada al pasillo. Desierto. Salió sin hacer ruido y corrió por el vestíbulo hasta la puerta con el cartel de «Escaleras». Cerró la puerta de forma que no hiciera ruido y bajó corriendo los cinco tramos. Todavía en la escalera, se quitó la peluca y las gafas, se puso el abrigo y el sombrero, ajustando el ala de forma que le ocultara la cara, y salió al vestíbulo principal. Se encontró con el torno frente a ella y casi dejó escapar un suspiro de alivio.

—*Monsieur*, no me funciona la tarjeta. Déjeme pasar, ¿vale? —dijo al guardia nuevo mientras se retorció las manos en el torno.

Sonó el teléfono. Se encendió la luz roja. ¿La línea interna? ¿Gérard?

El guardia echó un vistazo a la centralita. Solo había uno de servicio. Dudó.

—Por favor, *monsieur*, ¿me está esperando el taxi!

Ella oyó un zumbido, los brazos del torno se desplazaron hacia delante y se abrió paso.

—*Merci*, tengo prisa; espero que no se haya largado el taxi.

—*Mademoiselle*, espere...

Él alcanzó el teléfono mientras ella salía corriendo pasando el libro en el que se firmaba al salir y cruzaba las puertas de cristal. No dejó de correr hasta que consiguió llegar a los servicios tenuemente iluminados del bistró del otro lado de la calle. Sentía una fuerte opresión en los pulmones y no podía dejar de temblar. Diez minutos después, se había quitado el lápiz de labios rojo, se había aplicado uno de color melocotón, había dado la vuelta al abrigo negro reversible de forma que quedara a la vista el lado color canela, se había puesto medias tupidas negras por encima de las que llevaba y se había cambiado las botas por unas bailarinas de Christian Louboutin de suela roja, un hallazgo de mercadillo.

Gracias a Dios, el bistró estaba lleno de gente. Llegó sigilosamente hasta el mostrador, más aliviada que lo que se había sentido desde hacía horas, y pidió un *perroquet*, *pastis* con sirope de menta, llamado así por los colores del papagayo, y vigiló la fachada del edificio de la DTI.

Se detuvo un coche, al parecer un coche de policía camuflado. *Mon Dieu!* Varios hombres se unieron a los dos que se encontraban sobre la acera mojada. Apareció el guardia. Probablemente les estaba contando lo de su supuesto taxi. Con dedos

temblorosos, marcó el número de René en su teléfono móvil.

—*Allô*, René —dijo—. Necesito que me lleves.

—¿No hay taxis? —preguntó.

Uno de los agentes miraba a su alrededor y señaló el bistró al otro lado de la calle con el pulgar. Sintió que sus hombros se tensaban. Interrogarían al hombre de la barra.

—Más o menos —susurró en el teléfono—. Te estaré esperando en el Vel d’Hiv.

Puso diez francos sobre la barra y salió del bistró antes de que los *flics* cruzaran la calle. Con paso rápido y con la cabeza gacha, bajó la rue Nélaton y giró a la derecha en la siguiente calle empedrada. Comenzó a correr y alcanzó el muelle de Grenelle. Jadeando, se encontró frente a la isla en forma de aguja y rodeada de árboles, la *allée* des Signes, en uno de cuyos extremos estaba la Estatua de la Libertad original, aunque más pequeña. En el otro extremo estaba el metro, retumbando sobre la estructura de metal del puente Bir-Hakeim. Aquí el Sena estaba rodeado por franjas dobles de arbustos plantados.

No paró hasta alcanzar una pequeña arboleda bañada por el reflejo de la luz amarilla de una farola. Las sirenas ululaban en la noche. Vio el resplandor azul de la luz de un coche de la policía reflejarse contra los edificios de piedra. ¿Por qué no se daba prisa René?

Húmedos pétalos de rosa roja y el olor a tierra se pegaron en su mano. Piedras planas incrustadas en la tierra, como si fueran lápidas, sostenían macizos de flores aquí y allá. Sintió un escalofrío. En el pasado este fue un velódromo para carreras ciclistas donde se retuvo a los judíos que cayeron en las redadas de julio de 1942. Ahora el Vel d’Hiver era un jardín conmemorativo adjunto a la DST.

Habían dejado mensajes bajo las piedras: «Para *maman*, nunca tuve la oportunidad de despedirme y decirte cuánto te quiero. Rezo para que estés entre las estrellas que brillan en el cielo».

Su propia madre, una activista radical americana, los había abandonado cuando ella tenía ocho años, sin decir adiós. El dolor nunca desapareció, pero ella trató de seguir hacia delante. La tristeza competía con la aprensión de que René llegaría demasiado tarde.

Su teléfono móvil vibró.

—¿René?

—¿Qué has hecho ahora? Hay *flics* por todas partes, patrullas a pie, coches. Están parando a los taxis.

—Bueno...

—*Non*. No me cuentes nada. ¿Dónde estás?

Ella miró a través de los arbustos.

—Estoy viendo tu coche. Aparca en el muelle Branly de cara al monumento. Abre el maletero como si estuvieras buscando algo. Asegúrate de que tus luces de freno están al pie del castaño, del grande. ¿Lo ves?

El Citroën de René avanzó a lo largo de la calle y aparcó al lado del árbol. Salió, vistiendo una bata de pintor, y abrió el maletero. Bajo la luz de las farolas, su parecido con Toulouse-Lautrec era asombroso. Sacó una caja de herramientas y la puso sobre la acera húmeda y reluciente. Se detuvo un coche de policía azul y blanco que estaba merodeando por el muelle. Ella se agachó agarrándose a las ramas y con el corazón latiéndole con fuerza. Luego el coche siguió andando.

Sus tacones se hundieron en el barro mientras se abría camino desde el jardín hasta el muelle. René sacó una manta, la sacudió y la dobló laboriosamente para proteger a Aimée de la vista de otro coche de policías que pasaba. Ella contuvo la respiración hasta que pasó y luego echó a correr, agachada, y se lanzó dentro del maletero.

—Espero que hayas limpiado bien el rastro —musitó René mientras ponía en su sitio la caja de herramientas y cerraba el maletero. Había extendido mantas sobre el gato, pero se le clavaba en la columna. Aún así, con mucho, era mejor que ir esposada en el coche de un *flic*.

Durante todo el tiempo, apretujada en el maletero de René, la mente le daba vueltas. ¿Había sido capaz de recordar todo? ¿Había mantenido la cabeza cubierta y gacha cuando estaba en el radio de alcance de la cámara de seguridad? ¿Había borrado sus huellas del teclado, del grifo del lavabo y de las manillas de las puertas? ¿Se había puesto los guantes en el ascensor y no había tocado la barandilla de la escalera? Sí... el corazón le dio un salto. El aluminio del paquete de galletas Marie Lu. Gérard se las había acabado, había hecho una bola con el envoltorio y lo había tirado en la papelera que estaba al lado de su terminal.

Con ayuda de Gérard no tardarían en descubrir los ficheros que había copiado, pero no había robado nada, no había destruido nada. Como un educado *hacker*, había entrado en el sistema sin hacer estragos. Lo único que había hecho era nivelar el campo de juego en la investigación del caso de Laure. Por lo menos de momento. Si daba los ficheros que había copiado a *Maître* Delambre, ¿de qué podrían quejarse los *flics*? La información ya estaba en sus ficheros. Se les cogería ocultando pruebas a la defensa.

Quizá podría sacar a Jubert de su guarida. Ahora por lo menos sabía cual era su aspecto, al menos de joven, y había averiguado que en algún momento trabajó en el Ministerio del Interior. Si Gérard la había puesto en el buen camino, incluso en rue des Saussaies. Un lugar cuyo sistema de seguridad no podría hacer saltar con dinamita.

* * *

De nuevo en su apartamento, atizó el fuego del salón mientras René colgaba su bata de pintor. Las llamas chisporroteaban y formaban sombras en el alto techo. *Miles Davis* yacía hecho un ovillo en la alfombra. Por lo menos el constructor le había

concedido una chimenea. La cocina y los cuartos de baño, en los que las paredes con agujeros abiertos mostraban una instalación eléctrica anticuada, eran otra historia.

—Usted primero, *monsieur* Toulouse-Lautrec —dijo—. ¿Qué has averiguado?

Introdujo sus cortos brazos en una chaqueta de lana, se abrochó los botones y se unió a ella sentándose con las piernas cruzadas en una alfombra de piel de carnero sobre el suelo de parqué. Ella le pasó un ron caliente con mantequilla y él cerró los ojos e inspiró. La calidez del fuego calentaba un área pequeña, pero nunca llegaba a todos los fríos rincones.

—Mucho más agradable que el tejado. Ahí estaba cuando llamaste. Bastante rápido, ¿eh?

¡Desde el distrito 18! René era un diablo sobre ruedas al volante.

—¿Tú? ¿En un tejado?

—No vas a ser tú la única, ¿sabes? —dijo—. Una vista fantástica a pesar del hielo. Justo enfrente del edificio donde la palmó Jacques.

Se le fue la bebida por mal sitio y se atragantó. Él la sorprendía continuamente.

—Vaya, *monsieur* Toulouse-Lautrec, y ¿qué vio su testigo?

—Paul tiene nueve años, roba en las tiendas y prometió a su madre que no diría nada de los dos fogonazos que vio en el tejado.

—¿Dos disparos? Espera, entonces el informe de balística tendría que mencionar dos balas. *Un moment*. —Sacó el disco de su camisa, cogió el portátil de su escritorio y lo encendió—. Veamos. El informe de balística tendría que clarificarlo.

René se quedó boquiabierto.

—Esta información... ¿la has...?

—Pensaba que no querías saber nada —dijo ella, insertando el disco—. Ese sistema Intranet me ha dado mucho dolor de cabeza. Pero como tú dices siempre, ningún sistema es impenetrable. Y tuve algo de ayuda. Hasta que el tipo se comió mis galletas y se despertó.

—La has cagado, Aimée —dijo René—. No van a parar hasta que te encuentren. Has entrado en...

«*No saben quién soy*», no dejaba de repetirse, rezando para que no encontraran sus huellas. Y por que nunca se encontrara con Gérard por la calle. Pero incluso si lo hacía, ¿cómo podría reconocerla?

—Mira esto. —Ella abrió el dossier de Laure. La pantalla se llenó con los archivos, organizados por unidades—. Me parece extraño que solo facilitaran uno de estos archivos al abogado.

—Comprueba la fecha y la hora de entrada —dijo René frotándose los brazos—. Quizá se hayan añadido más después de que el abogado recibiera la información.

Ella lo comprobó.

—Estos los añadieron varias horas antes de que yo me juntara con *Maître* Delambre. ¿Qué está ocurriendo?

—¿Un encubrimiento policial? —dijo René.

Abrió el archivo de balística y lo leyó.

—Se recuperó una bala del cadáver. De la Manhurin de Laure —resumió.

Estupendo.

Pero si Paul había visto otro fogonazo...

—¿Estás seguro de que de verdad vio algo, René?

—Paul es muy detallista —repuso René—. No creo que se lo haya inventado. No tiene motivos.

Era su única esperanza.

—Digamos que hubo dos pistolas. Si Paul vio dos fogonazos...

—Y solo oyó un disparo —interrumpió René.

Ella se lo quedó mirando.

—Yo diría que la otra pistola tenía silenciador.

René se frotó la ancha frente.

—¿Significa eso lo que creo?

—Tiene sentido.

—¿Cómo podían saber los chicos malos que Laure estaba debajo?

—Buena pregunta —ella contemplaba el fuego, intentando buscar sentido a lo que Paul había visto.

—Si planeaban disparar a Jacques y alardeó de tener cobertura... —se aventuró.

—¿Haría eso? —interrumpió René—. ¿Mostrar sus cartas de esa forma?

—Cierto —dijo ella mientras pensaba—. Piensa en ello desde su punto de vista. Qué tal si, desde el tejado, vieron a Laure acompañar a Jacques cuando cruzaba el patio. Supongamos que se aprovecharon de la oportunidad para implicar a Laure, utilizando su pistola y dejando residuos de pólvora en sus manos.

—Puede —repuso René—. Es factible. Pero antes de nada, ¿por qué matar a Jacques?

—Estoy trabajando sobre eso. ¿Chantaje? ¿Soborno? —Negó con la cabeza y se quedó mirando al fuego fijamente. ¿Qué tenían que ver en todo esto las tragaperras de Zette?

—¿Hay otros testigos? —preguntó René.

—Los que estuvieron en la fiesta no dicen nada. El anfitrión, Felix Conari, y su analista de sistemas, Yann Marant, mencionaron a un músico, Lucien Sarti. De momento no lo he encontrado. Zoe Tardou, esa vieja del piso de arriba del edificio de enfrente, actuó como si ocultara algo, pero es una tipa rara. —Qué mujer tan rara. Apartó el pensamiento de tener que interrogarla de nuevo—. ¿Vio Paul algo más? —preguntó.

René hizo un gesto negativo.

No tenían demasiado.

—Tenemos que conseguir que Paul declare frente al abogado de Laure.

—Su madre bebe y él roba en las tiendas —le dijo René.

Ella se encogió de hombros.

—Lo primero que haré mañana va a ser entregar los archivos al abogado y le explicaré lo que vio Paul —dijo—. Este abogado necesita toda la ayuda que pueda conseguir.

—¿Le explicarás que entraste en la DTI y te las arreglaste para entrar en su Intranet? —dijo René moviendo la cabeza.

—No exactamente —repuso ella—, pero si el abogado tiene esta información, ¿qué pueden hacer? ¿Acusarlo de obtener ilegalmente unos documentos que legalmente estaban obligados a suministrarle?

El teléfono de René emitió un pitido en su bolsillo.

—*Oui?* —dijo sonriente. Contestó la llamada en la cocina. *Miles Davis* gruñó.

—No podemos tener celos, *Miles* —dijo Aimée alborotándole el pelo del cuello. René estaba demostrando los síntomas clásicos de un *coup de foudre*, un amor a primera vista.

—¿Ya te vas de juerga? —le preguntó cuando volvió.

—Lo de la juerga ha sido mucho ruido y pocas nueces —se puso el abrigo y deslizó los dedos en los guantes forrados de borreguillo.

No quiso preguntarle por qué se marchaba en lugar de quedarse con ella a reflexionar sobre los ficheros.

—Voy a tomar algo con ella. Guy volverá enseguida, ¿verdad?

Aimée sabía que si le decía la verdad y le pedía que se quedara, lo haría. Pero eso sería egoísta por su parte. René se merecía amar a alguien.

Asintió.

—Mándame por correo electrónico el informe de balística. Quiero comprobar una cosa.

—¿Qué? —se levantó, alterada.

—Es solo una idea. Si hubo un segundo disparo, en algún sitio tiene que estar la bala.

—Eres un genio ambulante, René.

* * *

Se agarró a las cortinas de terciopelo de la ventana y vio cómo René surgía de las sombras para, al llegar al muelle, entrar en su Citroën. A sus pies, el Sena fluía negro como la tinta. Una barcaza salpicada de hielo se deslizaba por él, las luces azules de la cabina del capitán y las luces de funcionamiento rojas reflejadas en el agua.

Echó otro tronco al fuego y pensó en el padre de Laure vigilando el bar de Zette y las tragaperras ilegales. ¿Por qué tenía que importar ahora una vieja investigación de juego? ¿Lo hacía? Así que Jacques había trabajado con él. Zette tenía vínculos con la comisaría. ¿Tenía razón al pensar que era un confidente? Mañana lo investigaría en profundidad.

La fina luz de la luna formaba haces oblicuos sobre el suelo de parqué. Su mente

voló a cuando tenía nueve años, la edad de Paul, y al baile de la policía al que había asistido con su padre. Él la había acompañado al salón que habían alquilado en la fábrica de tejas del canal Saint Martin. Las parejas se deslizaban sobre el pulido suelo de madera, rodeadas por mesas cubiertas por manteles blancos, paneras de alpaca y relucientes velas.

—Papá, quiero bailar.

—*Ma princesse*, esta no es la clase de *ballet* —le había dicho él cariñosamente—. Están bailando un vals.

—Ya lo sé. —Se había alisado el vestido de fiesta de terciopelo, varios centímetros más corto que cuando se lo había puesto el año anterior—. ¿No bailas conmigo, papá?

¿Fue Morbier o algún otro de los que estaban en la mesa redonda el que le empujó con el codo?

—Vamos, Jean-Claude. Es de mala educación no bailar con tu pequeña *princesse*.

—*Mais*, hace años que...

—¡Papá, por favor!

Por un momento, una extraña expresión cruzó su cara. La cogió del brazo y la condujo hasta el borde de la pista de baile, con un gesto serio en la boca.

—Haremos un pequeño cuadro, ¿de acuerdo? Así: al costado, hacia atrás, al costado, hacia delante. Sígueme.

Al instante, sus piernas se enredaron con las de su padre. Él la sujetó de la espalda.

—Lo intentamos otra vez.

Mayor frustración aún cuando él la pisó.

—*Aimée*, vamos a dejarlo.

Sintió que la vergüenza la invadía por dentro y se sonrojó.

—Papá, dijiste que puedo hacer cualquier cosa si lo intento lo suficiente. ¿Por qué no puedo bailar como una chica mayor?

—¿Sabes?, no he bailado con nadie desde lo de tu madre.

—*Maman?*

Ella no pudo ver su expresión. Él nunca hablaba de su madre. Se negaba.

—*Et alors...* ponte encima de mis pies. Acuérdate: formamos como una cajita. Un... dos... tres..., un... dos... tres.

Ella recordó los relucientes zapatos negros de su padre, duros bajo sus pequeños pies, cómo él la sujetaba y la hacía girar por la pista de baile. Y esa sensación que nunca había olvidado de moverse al ritmo de la música, segura entre sus brazos.

Nunca dejaría de amarlo, pero tenía que saberlo. Lo más duro iba a ser leer su dossier. ¿Encontraría evidencia de un encubrimiento, de extorsión o soborno? Podría borrar el dossier antes de leerlo y nunca se enteraría.

Se unió a *Miles Davis* en la alfombra al lado del fuego que crepitaba y respiró profundamente. Luego movió el ratón hasta encontrar la ficha de Jean-Claude Leduc

y pulsó. Cerró los ojos, respiró de nuevo y la abrió.
Vacío. Habían borrado el archivo.

Martes, por la noche

Lucien saludó ante los aplausos del pequeño grupo de gente. Había visto a Felix conversando con un hombre de pelo blanco. Ni rastro de Marie-Dominique. Ya sabía que no vendría, pero sus pensamientos estaban invadidos por la curva de su espalda tostada por el sol y los reflejos verdes de sus ojos.

«Zapatero a tus zapatos», solía decir su *grand-mère* cuando quería que se ocupase de sus propios asuntos. Marie-Dominique ya le había dicho alto y claro que era una molestia en su vida.

Se abanicó con un programa en el aire cargado y recogió su *cetera* y la funda. La siguiente actuación era un mago que sonreía mientras sacaba al escenario una caja de terciopelo negro.

—¡Maravilloso! —dijo Felix mientras se le acercaba y palmeaba la espalda—. Captas el espíritu mediterráneo con este ritmo «euro-hop»; no podía dejar de mover los pies al ritmo de la música. Lo mismo le ha ocurrido a *monsieur* Kouros.

Kouros era el hombre bajito de pelo blanco que llevaba gafas de gruesa montura negra. Se parecía al millonario griego Ari Onassis. Kouros, el jefe de Soundwerx. Un gigante de la industria discográfica a pesar de su apariencia modesta. Se rumoreaba que tenía que tomar parte en todo personalmente.

—*Bonsoir, monsieur* Kouros. Un placer conocerlo.

—Queremos un joven en exclusiva —dijo Kouros—. Su música desafía las etiquetas. Les encantará a todos, incluso a los aficionados al *jazz*. Montreux, San Marino... Le inscribiré en todos los festivales, le situaré en el circuito.

Soundwerx nunca seguía las tendencias, las creaba. Kouros descubría el talento y creaba una carrera.

—Muy generoso. Gracias, *monsieur*.

—Esto es lo que quiere la gente. Sin edad pero nuevo, *hip*, pero, sin embargo, clásico. Su música está construida sobre las tradiciones, pero traspasa fronteras.

Todo lo que él sabía es que cuando cogía la *cetera* armonizada con sus pistas grabadas y encontraba el ritmo de *hip-hop* adecuado, no podía parar. Sus dedos encontraban la verdad en las cuerdas.

—¿Le conseguirás el estudio para mañana, Felix? Trabaja con las pistas que ya tiene, que añada alguna otra.

Felix estaba radiante.

—En cuanto nos ocupemos del contrato, ¿de acuerdo, Lucien? Solo tu firma y luego un CD tan pronto como podamos, ¿*oui, monsieur* Kouros?

Felix rodeó a Lucien con el brazo y lo abrazó como si ya fuera trato hecho. Lucien deseó no haber pasado toda la noche anterior pensando en la mujer de este hombre.

—Hoy en día todo el mundo anda metido en política —dijo Kouros. Su sonrisa no iba acorde con el brillo metálico de sus ojos—. Le da un cierto tono a las letras, pero tengo que estar seguro de que no hay ninguna relación con esos grupos extremistas separatistas, ¿de acuerdo? Esas bombas. Terrible.

Los nudillos de Lucien se pusieron blancos al agarrar fuertemente la *cetera*.

—Mi vida es la música, *monsieur* Kouros.

—Solo tenía que dejar las cosas claras, joven. —Tomó la otra mano de Lucien, se la estrechó con un fuerte apretón y la sostuvo entre sus propias manos—. Esta es la forma en la que yo sello un contrato. —Apretó aún más la mano de Lucien—. Al viejo estilo. A mí me vale.

—Firmaremos los contratos en mi oficina —dijo Felix.

—Por mí ya está hecho. Mándaselo a mi administrador —le dijo Kouros antes de abrirse paso con sorprendente agilidad entre la gente que se encontraba tras los asientos rojos de felpa del teatro. Lo siguieron mientras salía apresuradamente y se volvía hacia ellos—. Lo siento, tengo otros compromisos.

De pie en la calle mojada y sintiéndose como si se lo hubiera llevado por delante un remolino, Lucien abrazó a Felix. Quería saltar y besar a la primera mujer que viera. Miró a su alrededor buscando una posible candidata.

—Felix, no sé cómo agradeceréelo.

—Lucien —el tono de Felix había cambiado—, hemos investigado sobre tu pasado, ya sabes; es lo que se hace hoy en día.

Lucien se quedó paralizado.

—Con todo el mundo. —Felix extendió sus brazos en un gesto de «¡qué se le va a hacer!»—. Lo hacemos hasta con el personal de limpieza, ¡figúrate!

¿Había averiguado algo sobre su relación con Marie-Dominique?

—Lo de la Armata Corsa.

—No soy un separatista, Felix —le interrumpió Lucien. En caso de ser algo, era un amante, no un guerrero—. No me interesa la política.

¿Le había dicho algo Marie-Dominique, después de todo? ¿O estaba en alguna ficha policial? Tenía que despejar las sospechas de Felix.

—¿La verdad? Hace años, me afilié con mis amigos en borracha camaradería. Fuimos a una reunión. Y punto.

Felix se movió. La forma alargada de su sombra a la luz de la alta *lampadaire* de metal verde se extendía al otro lado de la calle.

—Marie-Dominique dijo que no tenías papeles —dijo—. ¿Por qué no me lo dijiste? Y luego desapareciste de la casa cuando llegó la policía.

—Tengo *carte d'identité*, pero se me olvidó. Quería explicárselo, pero... ya sabe cómo tratan los *flics* a los corsos, Felix —tomó aire—. Cada vez que los separatistas aparecen en los titulares, los *flics* extreman la seguridad y detienen en la calle a tipos como yo para parecer eficaces. —Hizo una pausa. Felix vivía en otro planeta. ¿Tendría idea de lo que ocurría?—. Esto no tiene nada que ver conmigo. Las bombas,

la *vendetta*, toda esa violencia, por eso dejé Córcega.

Ese fue parte del motivo. El otro fue su fotografía, entre otras, pegada en cada poste de teléfonos y pared de estuco desconchado de todos los cafés de la isla.

Felix frunció el ceño.

—Una detective ha preguntado por ti.

Lucien controló un escalofrío. Los *flics* en la verja de la casa de Felix y ahora una detective. ¿Sería la misma que estuvo indagando en la frutería de al lado de Strago?

—No tiene sentido.

—Los que son inocentes no se escapan.

—Usted lleva una vida muy protegida, Felix —repuso Lucien.

Felix negó con la cabeza, le rodeó los hombros con su brazo y bajaron por la angosta calle.

—No siempre, Lucien. Nací fruto del pecado, sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

Ilegítimo.

—Vivíamos en una habitación. Todo lo que tengo ahora me lo he ganado con mi trabajo.

—Todo lo que tengo son mis canciones —repuso Lucien—. Le doy mi palabra, confíe en mí.

En el despacho de Felix firmó el contrato, cedió los derechos sobre sus canciones y rezó por que hubiera hecho lo correcto. El dicho corso «Las desgracias nunca vienen solas» resonaba en su mente. Lo pagaría a lo largo de la vida. Siempre había un coste.

Miró con cuidado a través de la verja. Ni un *flic*. Por lo menos ya tenía el contrato. A medio camino subiendo las oscuras escaleras a la place des Abesses, escuchó el fragmento de una canción en voz baja que resonaba a través de las paredes de piedra. Se detuvo a escuchar. De algún lugar le llegaba una voz de mujer que cantaba una canción sobre el fragante aroma a hierbas silvestres que se desprendía de la cuna de un bebé.

Miércoles, por la mañana

—¿Busca a Zette? —preguntó a Aimée la mujer rubia del bar de la rue Houdon. Sacudió su cabello rubio cardado lleno de laca—. No está. Es su día libre.

Qué pena. Aimée contaba con haber indagado más y haber conseguido alguna respuesta. Lo siguiente era dejar los archivos que había copiado en el bufete de *Maître* Delambre y luego visitar a Laure.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Durmiéndola —dijo la rubia, atándose un delantal alrededor de la cintura y a punto de volverse hacia el aspirador.

—Y eso ¿dónde sería?

La mujer se la quedó mirando fijamente.

—Usted estuvo aquí el otro día.

Aimée asintió; tenía que hacer desaparecer las sospechas de la mujer.

—Zette es un antiguo colega de mi padrino —dijo esperando que sonara creíble—. Quería enseñarle una foto.

La mujer la miró con los ojos entornados. Encendió la aspiradora, que resollaba al tiempo que absorbía la porquería del suelo.

—Vuelva mañana.

Aimée echó un vistazo al mostrador, que tenía marcas de vasos y un cenicero lleno. Bajo la barra había un montón de facturas grapadas dirigidas a Z. Cavalotti. No podía leer el resto.

—¿Trabaja en casa?

La rubia tensó los labios en una fina sonrisa.

—Por así decirlo... Creo que lleva las cuentas en su casa —dijo volviendo al aspirador—. Si eso es todo...

—Ya volveré, *merci*.

Aimée salió, se ajustó el abrigo y echo a andar intentando evitar la nieve sucia. Cinco minutos más tarde había encontrado un Z. Cavalotti en la guía de teléfonos, en la rue Ronsard. Era hora de hacerle una visita.

Subió la calle, torció a la derecha hacia la parte baja de la colina, luego de nuevo a la derecha y a la izquierda hasta salir a la place Charles Dullin. La plaza llena de árboles desnudos estaba rodeada de *camionnettes*, pequeños camiones de reparto. Había carteles anunciando una adaptación de *Fedra* en el teatro del siglo XIX que se encontraba en la parte trasera de la plaza. *Fedra* se representaba en París todo el tiempo, ya fuera la versión clásica o una vanguardista como esta, basada en un motivo tribal africano. La intemporal tragedia griega de la mujer enamorada de su hijastro seguía llenado las localidades.

Más allá del Marché Saint Pierre con su tejado de hierro y cristal, un muro de piedra y ladrillo rodeaba un montículo del neolítico y se perdía serpenteante hacia arriba. Subió las empinadas escaleras con barandilla doble en el centro, tan típicas de Montmartre, y encontró la dirección de Zette, un edificio de piedra blanca que se inclinaba hacia el interior de la colina al igual que tantos otros. En el suyo, al contrario que en los otros, crecían malas hierbas en las grietas de la fachada, las paredes lucían gastado estuco y las contraventanas eran de una desconchada pintura azul cielo.

La puerta de madera del portal estaba abierta y daba a un patio de paredes cubiertas de hiedra. Echó un vistazo rápido a los buzones, encontró el nombre Zette Cavalotti y subió penosamente la escalera de caracol hasta el primer piso. Se detuvo en un descansillo de madera deformada que crujía bajo sus pasos; delante de la puerta había un felpudo y un cartel que decía: «*Cat lunatique*». Así que Zette tenía un gato loco. Llamó a la puerta con los nudillos, y la puerta se abrió sola. Su mano se detuvo en el aire.

—¿*Monsieur Zette*?

No obtuvo respuesta. Temiéndose lo peor, se adentró en el austero y helado apartamento. Estaba limpio y ordenado. Sintió un escalofrío al sentir la gélida ráfaga que entró por la ventana abierta. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de fotos y artículos de periódico que mostraban a Zette, «el magnífico corso», derrotando a Terrance, «el loco marroquí de los ojos azules» en su lucha por el campeonato. Había hecho una carrera considerable. De clavos en la pared de la, por otro lado, ordenada habitación, colgaban sudaderas y chándales. ¿No había oído hablar Zette de las perchas o las *armoires*? Había un plato caliente sobre un mostrador de madera junto a unas botellas de agua mineral.

—*Allô?*

De nuevo sin respuesta. ¿Dónde estaba él?

Sobre el sofá colgaba un póster de «Córcega, la isla de la belleza». Al ver las mantas apiladas, se imaginó que Zette utilizaba ese sofá como cama.

Se puso a curiosear. Simplemente los restos de una gloriosa carrera de boxeador que había terminado hacía ya tiempo. Se oía el zumbido de una lavadora Moulinex último modelo. Tenía una cerilla haciendo cuña en el panel de control de lavado. ¿Funcionaría solo así? A juzgar por el calor que emanaba de la lavadora, llevaba horas funcionando. Sobre una mesa se encontraba una cesta de plástico con ropa sucia y una caja vacía de detergente Ariel con aroma a limón, junto a frascos y polvos vitamínicos y proteicos. ¿Habría salido corriendo a comprar detergente y se había dejado abierta la puerta?

Se recostó sobre la máquina para esperarlo. Tamborileó con las botas de tacón sobre el suelo de madera. Escuchó un débil maullido y se dio cuenta de que había una puerta cerrada.

—¿*Monsieur Zette*?

Los maullidos se hicieron más audibles. Llamó a la puerta. Esperó y la abrió. Una habitación pequeña con pesas y mancuernas en una esquina. Parecía que todavía se entrenaba.

Sintió que la piel de un animal le rozaba las piernas cuando un gato negro con los ojos amarillos pasó a su lado. Quizá Zette se había parado en un café a tomar un *verre*. Miró el reloj. Mejor lo esperaba abajo, en la calle.

El gato negro andaba sigilosamente a su lado por la escalera y luego continuó hacia el patio. ¿Se habría parado Zette a hablar con un vecino? Siguió al gato, que se paró al lado de una puerta de madera con salpicaduras de agua, un viejo servicio en la parte trasera del patio.

—*Allô?*

De la ventana de Zette le llegaba el olor empalagoso y dulzón a detergente barato. El gato maulló más fuerte mientras arañaba la madera con las uñas.

Curiosa, tiró de la manilla y sintió su pesadez según se abría con un chirrido. El moho y la humedad se mezclaban con el aroma a detergente. Rozó algo con su brazo y se volvió. Los brazos y los pies de Zette estaban colgando y su cuello pendía de un gancho en la puerta. Abrió la boca en un ahogado grito de asombro y dio un paso atrás pisando la cola del gato. El gato chilló de dolor y echó a correr. Zette tenía un tajo en la garganta, de oreja a oreja, formando una mancha roja, y le habían sacado la larga lengua negruzca por el agujero. Un cuello de corbata siciliana. Grotesco.

Cubriéndose la boca y la nariz con la manga, se forzó a mirar el cuerpo de Zette suspendido del gancho de la puerta; se le veían los globos de los ojos a la luz oblicua. El asesino se había asegurado de que Zette no hablara más. Al estilo de la *vendetta*. Era un indeseable, pero no se merecía acabar así, sea lo que fuera lo que había hecho. Nadie se lo merecía.

Por su pecho surcaba densa sangre color rojo negruzco. Una fina capa de hielo brillaba sobre sus hombros caídos. Tenía la chaqueta de deporte roja rajada por donde lo habían colgado del gancho. Cualquiera que lo hubiera hecho, no tenía intención de que lo encontraran pronto. A no ser que fuera por la ropa sucia de la cesta. Nunca.

Se echó hacia atrás, temblando. Sonaban las notas de una armónica en un programa de televisión para niños que atronaba desde alguna de las ventanas de arriba. Abandonó el edificio corriendo, tratando de quitar el olor de la nariz.

Al dar la vuelta a la esquina, encontró una cabina de teléfonos. No quería utilizar el móvil porque podían seguirle el rastro. Marcó el 18 de la policía.

—Rue Ronsard 68 —dijo cogiendo aire—. El servicio del patio, algo huele mal. Un hombre mayor bajó allí y estamos preocupados.

—Su nombre, por favor. Necesitamos verificar su identidad y el lugar en el que se encuentra.

Colgó el teléfono y respiró profundamente. Trató de detener el temblor de sus manos.

Jacques asesinado y ahora también Zette, un corso ligado al juego ilegal, con

conexiones en la policía. ¿Qué significaría?

Se colgó el bolso del hombro y se volvió, a punto de volver a empujar la puerta de la cabina telefónica para abrirla, y se encontró con que estaba de frente a los escalones laterales que subían al Sacré Coeur.

Entonces se acordó de algo.

Rebuscó en el bolso, encontró la foto que había impreso de la ficha de Jubert, aquella sobre la que planeaba haber preguntado a Zette. Se quedó observándola detenidamente.

Era la misma escalinata de la foto. Ahora con hiedra, pero era el mismo lugar. Estos eran los escalones en los que su padre, Morbier, Rousseau y Ludovic Jubert habían posado años antes. Estaban frente al edificio de Zette. Si Zette había conocido a su padre, ¿por qué no se lo había dicho?

Dos hombres de anchas espaldas vestidos con plumíferos y téjanos azules se plantaron delante de la cabina. No le gustó la forma en la que bloqueaban la puerta. Tenía que pensar rápido. Abrió la puerta de un empujón.

—¿Qué prisa tiene? —dijo el tipo más alto, que llevaba gafas oscuras y gorro de lana negro.

—¿Le conozco?

Él sonrió mostrando sus dientes amarillos.

—Todavía no. ¿Qué estaba haciendo ahí arriba?

Señaló el edificio de Zette con el pulgar.

—Me ha confundido con otra persona —dijo, abriéndose paso con dificultad.

Él echó a andar a su lado. El otro tipo le cerraba el paso por el otro costado.

—Esta no es su guerra, *mademoiselle*.

—No le entiendo. —Aterrorizada, hizo gestos a un hombre que se inclinaba ante el viento que le azotaba en la calle, por otro lado, desierta—. ¡Pierre... espera! —gritó. Pero el hombre siguió su camino.

Con paso rápido, se las arregló para adelantarlos y se dirigió hacia la parte baja de la colina. Sentía los ojos de los hombres en su espalda según se apresuraba sobre la acera mojada y oía sus pasos tras ella. Esos pasos se hicieron más rápidos. ¿Por qué no había más gente por la calle? ¿Quiénes eran estos tipos?

Aligeró el paso. Quienes quiera que fueran, podían asaltarla, empujarla dentro de un portal y... Al imaginar las posibilidades, echó a correr.

La calle se bifurcaba en el Marché Saint Pierre. Los puntales de metal *art nouveau* del mercado de ladrillo rojo estaban cubiertos de hielo. Se veía que el plomizo cielo plateado amenazaba lluvia, y entonces comenzó a llover. Entró corriendo a un callejón lleno de tiendas de tejidos. Llovía a cántaros sobre los toldos de lona. Bajo ellos, piezas de hilo, brillantes diseños provenzales y diáfana gasa le recordaron a un bazar. Estaban expuestas todas las tonalidades, texturas y anchuras imaginables. Miró de reojo y vio a los tipos. Por delante de ella, el callejón no tenía salida.

Frenética, miró alrededor en busca de compradores entre los que esconderse. Normalmente esta zona hervía de actividad. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Les había mantenido el frío a cubierto?

¡Arrinconada en el mercado de tejidos! Tenía que haber una forma de escapar.

Dobló la esquina. Al mismo nivel de la acera había una rampa utilizada para enviar piezas de tela al sótano. Se hizo un ovillo en la gélida rampa de hierro y se agarró a las esquinas.

—*Mademoiselle*, eso es para los envíos. ¡No se puede bajar! —gritó un repartidor desde el resguardo de su furgoneta.

¡Y una porra que no!

Se deslizó por la rampa antes de que la vieran los tipos y aterrizó sobre rollos de tela en un almacén abovedado con las paredes encaladas. El fuerte olor a almizcle de la fibra de seda hacía que le picase la nariz y le daba ganas de estornudar.

—¡Alphonse! ¿Eres tú? —dijo una voz de hombre detrás de montones de bobinas de hilo del tamaño de diccionarios—. Ya has preparado el último pedido. ¿Qué ocurre?

Rápido. Tenía que escapar antes de que este hombre se pusiera a investigar. Recorrer este subterráneo surcado de túneles y plagado de cavernas. Se abrió paso furtivamente hacia las sombras andando rápido y siguiendo la pista a través de los rollos apilados de brillante seda.

—¿Alphonse?

Siguió andando, pestañeando en la oscuridad y preguntándose dónde aparecería. Al dar una curva, vio unos escalones y subió por una escalera de caracol de metal. Al abrir la puerta se encontró detrás de un mostrador de cristal lleno de piezas de tela. Y ahora, ¿qué? Se agachó al ver aparecer a un hombre con una cinta métrica colgada del hombro. Se le cayó el teléfono móvil y oyó el crujido de la antena. Atrapó el teléfono y, temblando, anduvo a gatas a través de varios pasillos hasta que vio un par de mocasines marrones frente a ella. Una nube de gasa color magenta flotaba sobre su cabeza y estornudó de nuevo.

—¿*Mademoiselle*?

Se levantó, la nube magenta formando una especie de tienda de campaña sobre su cabeza.

—El teléfono... se me ha caído —dijo ante el rostro sorprendido de un empleado de pelo gris—. Lo siento.

Había salido a la tienda que estaba junto a la de la rampa y se dio cuenta de que estos comercios estaban conectados por el sótano. A través de la ventana vio a los dos tipos esperando frente a la otra tienda. Controló su temblor. De alguna forma tenía que encontrar la manera de salir de ahí evitándolos. Avanzó a lo largo de la tienda medio vacía simulando estudiar las mesas rebosantes de tejidos con un ojo en los tipos de afuera. Una silla de niño bloqueaba el camino en el estrecho pasillo. Una cliente solitaria, una madre, acarreaba una gran bolsa de la compra y metía prisa al

pequeño para que se subiera a la silla. Aimée tuvo una idea.

—¿Quiere que la ayude? Yo también me marchó —dijo sonriendo.

—Bueno, *merci* —repuso la mujer.

Aimée se inclinó hacia el niño junto a la silla.

—¿Qué tal un paseíto montado aquí, eh? —Levantó al niño para meterlo en la silla—. *Voilà*. Deje que empuje la sillita; le resultará más fácil.

—Muy agradecida —dijo la mujer—, la bolsa pesa mucho.

Aimée salió a la calle empujando la sillita andando con la cabeza gacha cercana a la madre del niño hasta que ella se detuvo en un escaparate. Entonces Aimée pulsó el freno de la sillita con el pie y echó a correr.

Miércoles, por la tarde

René se inclinó hacia delante en la silla ortopédica, mirando fijamente las pantallas de los ordenadores. En la primera había actualizado y revisado las configuraciones de la base de datos y de la cuenta de usuario, algo que podría hacer medio dormido. En el otro ordenador estudiaba una muestra ampliada del ánima rayada con seis estrías dextrógiras de una Manhurin calibre 32 PP. Leyó rápidamente el texto con las especificaciones, deseando poder entenderlo: longitud del cañón 3,35 centímetros, pistola semiautomática de acción doble o simple, tiene un sistema de cierre inercial que puede alojar un cargador de ocho balas, con guión y alza insertada en cola de milano. Es decir, René se preguntaba qué quería decir esto en cristiano. Sonó su teléfono y dio un respingo, tirando al suelo un lote de papeles recién salidos de la impresora.

—*Allô?*

—¿Has encontrado algo interesante en balística, René? —preguntó Aimée.

Pudo notar algo en la voz de Aimée, como si las palabras se atascaran en su garganta.

—¡Ni que fuera un experto! —dijo—. Espera un momento. —Se puso los auriculares, activó la palanca niveladora de la silla y se agachó para recoger los papeles. El dolor de la cadera se reavivó e hizo un gesto de dolor.

—¿No me dijiste que querías examinar el informe de balística y comprobar algo? —A través de la línea se oía el pitido de un camión al dar marcha atrás—. Te envié el archivo por correo electrónico —dijo ella.

—Lo recibí. Pero el informe de la autopsia no está en el dossier de Laure —repuso René, volviendo a colocar los papeles sobre la mesa—. Así que no se puede comparar.

—¿Comparar qué? Te diste cuenta de algo, ¿verdad, René?

¿Darse cuenta? Era más bien una pregunta latente. Podría no ir en la dirección correcta, pero...

—Solo era un asunto que me preocupaba.

Reajustó la altura de su silla y se sentó.

—¡Vamos, René!

—¿No te has preguntado por qué esos hombres utilizaron la pistola de Laure, si lo hicieron? —Se acarició la perilla mientras estudiaba la pantalla del portátil.

—Durante toda la noche —contestó ella.

—Bien, yo también lo he estado pensando después de lo que dijiste anoche. Si vieron que Jacques había traído refuerzos, y lo atrajeron hasta el tejado...

—*Alors*, René —dijo ella en un tono impaciente.

—Si, tal y como afirma el pequeño Paul, vio dos fogonazos en el tejado, ¿dónde

está la otra bala? —Se dio cuenta de que era una pregunta obvia—. En tu diagrama del tejado la zona parecía estar parcialmente rodeada por algo. Podría estar en la chimenea o en los muros.

—Buena idea.

—Mientras tanto, estoy poniendo al día nuestras nuevas cuentas —dijo mientras se ponía una botella de agua caliente sobre la cadera. El calor aliviaba el dolor de su displasia de cadera, el cual aumentaba con el frío húmedo—. Alguien tiene que trabajar aquí.

Una pausa.

—René: Zette, el dueño del bar.

—¿Ese para el que Jacques hacía horas extras? —interrumpió él.

—Acabo de encontrarlo, René, ajusticiado. Al modo de la *vendetta*, le habían hecho una corbata siciliana.

Él cogió aire. No le extrañó que pareciera nerviosa. Las cosas iban de mal en peor.

—Luego unos tipos me han perseguido por el Marché Saint Pierre.

—¿Qué? —René apretó la botella de agua y escuchó lo que le contaba—. Y ¿qué me dices si Zette fue víctima de una *vendetta*, Aimée? Deja que se ocupen los *flics*.

—O alguien hizo que lo pareciera —respondió ella—. Zette sabía algo.

Por el tono que utilizaba, él supo que no se rendiría. Todavía no. Sintió un escalofrío.

—Si estaban al acecho, les has dado motivos más que suficientes.

—Voy a entregar el dossier de Laure a *Maître Delambre* —dijo ella.

—Aimée, ten cuidado. Cuídate.

—Descuida. Y tú tienes que hacer que Paul se vea con él.

Miércoles, por la tarde

Aimée andaba de un lado a otro mientras esperaba en la recepción forrada de roble de *Maître* Delambre. Le hacía compañía el olor a moho del papel. La joven recepcionista, que llevaba un collar de perlas y un conjunto de punto azul, trabajaba en el ordenador y la ignoraba.

Había cogido dos taxis y el metro para llegar hasta el bufete para asegurarse de que nadie la seguía. El asesinato de Zette la había convencido de que todo esto era parte de algo mucho mayor.

¿Habría descubierto René algo? René veía las cosas desde ángulos diferentes, siempre intentaba lo que no se le ocurría a nadie. Como buen pirata informático.

Maître Delambre entró corriendo, arrastrando la toga negra de cuello blanco.

—¿Dijo usted que tenía algunos informes? Déjelos ahí. Los miraré en casa esta noche.

—Tenemos que hablar sobre ello —comenzó Aimée.

—Mire, llego tarde y no puedo hablar. —Se desabrochó la toga y la colgó en un perchero de madera—. Catherine —dijo volviéndose a la recepcionista—, cancele mis dos próximas citas.

—*Maître* Delambre —dijo Aimée intentando controlar su voz para no demostrar su enfado cada vez mayor—, esto es vital. No puede esperar.

—Pues tendrá que hacerlo —dijo. Su cara estaba más pálida de lo habitual y la mandíbula mostraba un extraño color rosado—. El dentista tiene que acabar con la extracción y sacar las astillas que se supone que no vio la semana pasada. Si no, se creará un absceso y tendrá que sajar la mandíbula.

Aimée cogió su abrigo.

—Voy con usted.

* * *

En el calor del taxi, marcó el número del Hôtel Dieu.

—Por favor, ¿le importaría identificarse y preguntar sobre el estado de Laure?

Maître Delambre hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Se niegan a hablar conmigo —dijo ella—. Algo va mal con Laure. Por favor, pregunte. Eso es todo, luego puede sentarse y...

—Está en coma.

—¿Qué? —sintió que un escalofrío de miedo le recorría la columna. ¡Laure en coma!

—Me ha llegado la noticia cuando estaba en el juzgado esta mañana —dijo él—.

Está estable, pero no responde a estímulos.

El taxi aceleró a lo largo del muelle. Aimée miró el caudal creciente del Sena color verde grisáceo, las olitas blancas que batían contra la piedra erosionada. Las cosas se habían tornado turbias, como el agua a sus pies.

—Zette, ese dueño de bar para el que trabajaba Jacques, ha sido asesinado en Montmartre —le dijo al joven abogado.

—¿Asesinado?

Le explicó cómo había encontrado a Zette y sus sospechas.

—*Mademoiselle* Leduc, está usted convencida de algo que yo ni siquiera sé que tenga alguna relación.

—¿Convencida? Justo el día después de que yo hablase con él y le hiciese algunas preguntas, matan a Zette. Yo a eso lo llamo una relación. Una muy grande.

Maître Delambre se agarró la mandíbula que le dolía.

—¿No tiene usted todavía el informe de la autopsia? —le preguntó.

—En algún sitio... aquí, en mi maletín —repuso él.

Quisiera pegar un tirón al maletín, cogerlo de su regazo y abrirlo. Pero se dio cuenta de que su cabeza estaría más despejada ahora que después de ser tratado por el dentista, y tenía que enseñarle los archivos que había imprimido del disco de la DTI.

—No incluyeron estos informes en la ficha de Laure. Tendría usted que saber...

—¿Qué informes? —Él hizo una mueca de dolor y se agarró la mandíbula de nuevo.

—El informe detallado de la unidad científica, el...

—¿Cómo los ha conseguido?

Le pasó un analgésico y rescató una botella de agua de Vichy de su bolso. Él dudó un momento, luego lo tragó y destapó la botella de agua.

—Por ley tendrían que estar en el informe que recibió usted —dijo ella—. No pueden negarse a admitirlos, ¿verdad?

Él negó con la cabeza mientras un espasmo de dolor le cruzaba el rostro.

—Ahora puede usted tratar en igualdad de condiciones, por lo menos de momento.

—No puedo aceptarlos —repuso él—. No sería ético, no me lo puedo permitir.

—Lo que no puede es no permitírselo. Después de todo, era su obligación proporcionarle estos informes.

Él se recostó en el asiento del taxi y cerró los ojos.

—¿Está usted insinuando que los dejaron fuera a propósito?

—Usted es el abogado —dijo ella—. ¿No se le exige a la policía que le proporcione todos los documentos pertinentes relativos a su cliente?

El taxi se detuvo en Nouvelle Athenes delante de un *hôtel particulier* sucio de hollín ocupado ahora por oficinas y enfrente del edificio donde habían vivido Georges Sand y su amante, Chopin, en la ladera debajo de Montmartre. Ahora las mansiones del siglo XVIII albergaban ministerios, empresas o viviendas de actores lo

suficientemente ricos como para reconstruirlas. Si no, se desmoronaban poco a poco en su esplendor decadente, esperando a los promotores.

—Me ha puesto en una situación difícil.

Por supuesto que lo había hecho. Sin embargo la ética dictaba que él actuara según los intereses de su cliente. ¿Cómo podía ignorar los informes ahora que ella se los había lanzado a la cara?

—Pero no puedo aceptarlos si los obtuvo de forma fraudulenta. Un simple caso no puede convertirme en enemigo de la *préfecture*.

Ella se mostró de acuerdo.

—*D'accord*. ¿Quién dice que se los he dado yo? Simplemente pueden haber aparecido a la puerta de su despacho. A todos los efectos, eso es lo que ha ocurrido. Usted presenta estos documentos. No pueden ni con mucho negarlos. Los documentos contienen los nombres de los agentes, la fecha de archivo y el número de caso —continuó—. Además, ya saben que alguien ha copiado la información. —Se mordió la lengua para decir que sería idiota si no la utilizaba.

—¿Alguien... como usted?

Ella negó con la cabeza.

—Ya me doy cuenta de que estos archivos provienen de la Intranet de la policía —dijo él entrecerrando los ojos.

—De la STIC, para ser más exactos.

Él dio veinte francos al taxista y abrió la puerta para salir al aire frío.

—Tengo que pensarlo.

La lluvia caía con fuerza sobre ellos según ella corría tras él.

* * *

El zumbido del torno dental ahogaba la mayoría de los gemidos de Delambre en la sala de al lado. Aimée sonrió débilmente a la auxiliar completamente vestida de blanco que sostenía una bandeja con instrumentos quirúrgicos.

—¡Valerie! Necesito las pinzas —dijo una voz grave desde la puerta abierta.

Valerie desapareció en la oficina acompañada por un aroma a fluoruro de menta y cerró la puerta. Aimée odiaba esperar. La gabardina mojada de *Maître* Delambre colgaba de un ropero al lado del mostrador de la recepcionista; su maletín estaba en el suelo bajo la gabardina.

La recepcionista estaba sentada mirando hacia otro lado y hablando por teléfono. Con su novio, a juzgar por el tono y las risitas.

Aimée cogió una revista, la abrió y deslizó su pierna hacia el maletín, lo enganchó con el pie y lo atrajo hacia ella.

Abrió el maletín, encontró la ficha de Laure y lo metió entre las páginas de la revista para estudiarlo.

Como decía su amigo Serge, el patólogo, las autopsias eran el mapa de carreteras

de la muerte. Arteriosclerosis, la tensión por las nubes o un corazón cansado que bombea sangre en las arterias constreñidas por el colesterol. Y también eran la ruta de una bala que desgarrar tejidos y secciona músculos y órganos. Un buen patólogo, como Serge, era como un detective que escuchaba lo que el cuerpo tenía que decirle mientras hacía pruebas, pesaba y medía y examinaba órganos que revelaban sus secretos.

La autopsia del cuerpo de Jacques Gagnard con fecha del miércoles por la mañana establecía que Jacques murió «desangrado, debido a herida de bala en pulmón izquierdo y corazón. Entrada de bala en el lado izquierdo del pecho. Se recuperó la bala en cavidad pleural derecha».

Le pasó por la cabeza la imagen de Jacques en el tejado cubierto de nieve. No le gustaba el hombre ni la forma en la que manipulaba a Laure, pero había intentado salvarlo. ¿Habría...? No, no con el impacto en parte de su pulmón y su corazón. Sus ojos. Durante un breve instante, se habían abierto y sus labios se habían movido como si hubiera querido decirle algo. Terminó de leer el informe, desilusionada por lo escaso de la información.

No se mencionaba una segunda bala. Se recostó a pensar en el banco de la sala de espera. ¿Podría ser que Jacques estaba trabajando infiltrado? ¿Estaba la policía protegiendo a uno de los suyos? ¿Comprometerían sus propios esfuerzos alguna investigación en curso? Se estaba agarrando a un clavo ardiendo, y se estaba empezando a quemar.

Miércoles, por la noche

—Pon un buen mohín esta vez, Marie-Dominique —dijo el fotógrafo de pelo largo mientras pulsaba la Hasselblad—. ¡Muéstrame unos labios gruesos!

Le dolía la boca después de haberse pasado dos horas poniendo morritos a lo Bardot como picados por una abeja. El cigarrillo de él se consumía en el cenicero a rebosar. Un olor ácido a Gauloise flotaba en el ambiente denso. El roce de las perchas sobre la barra de metal le ponía carne de gallina en los brazos.

—Eso es... ¡más! Deja que vea esos pómulos.

El ritmo *tecno* resonaba en el antiséptico estudio de dos pisos con las paredes encaladas, una antigua lechería reencarnada en l'Industrielle, donde las antiguas cuadras de las vacas eran baterías de equipamiento digital de acero cromado.

—Inclínate más... ¡bien!

Marie-Dominique puso su pose de modelo, con múltiples capas negras elevándose sobre sus inexistentes caderas, rozando el aro de diamante de su ombligo. Trató de parecer aburrida. No era difícil, tambaleándose sobre deportivas de tacón de aguja, con los cordones atados sobre las medias de red. Se estaba cociendo bajo los focos Klieg vestida con un jersey negro de cuello alto con la cintura al aire y una chaqueta vaquera bajo una chamarra de piel motera.

—*Nom de Dieu*... está brillando... ¡polvos!

El maquillador, con el pelo peinado en cortas trenzas rubias, se apresuró a dar pequeños toques de polvo traslúcido sobre la frente de Marie-Dominique.

—Su novia lo ha echado —dijo a Marie-Dominique en voz baja—. Ha acampado aquí. Lo que es yo, nunca viviría en la planta baja. Demasiado oscuro, demasiado ruido, demasiados robos —volvió a perfilar los labios de Marie-Dominique con un lápiz color chocolate.

—Ya no hay luz. ¡Imposible! —el fotógrafo apagó su cigarrillo con el tacón y encendió otro—. Hemos acabado por hoy.

—¿Qué pasa con la toma de la «Venus de Vinilo»? —preguntó alguien.

Como respuesta, el fotógrafo subió el volumen del *tecno*.

Aliviada por haber acabado antes de lo previsto, Marie-Dominique colgó el atuendo y se dejó el maquillaje puesto. A Felix le gustaría, le pondría contento. Algunas veces pensaba que lo único en lo que se fijaba era en si se había hecho la pedicura.

De vuelta en su piso, junto con un vago olor a gardenias en el oscuro pasillo de entrada, se encontraba una nota de Felix: «Otra crisis. Me voy a Ajaccio. Vuelvo mañana».

Pasaba más tiempo con obreros, delegados sindicales y funcionarios del ministerio que en casa, aparte de organizar fiestas para agasajar a sus clientes y a sus

contactos. Nada de cenas íntimas con amigos. Su círculo social consistía en sus socios en los negocios y en sus clientes.

Otra larga noche de invierno sola. Una y otra vez, le asaltaban pensamientos de Lucien, su música, la forma en la que se le rizaba el pelo detrás de las orejas. La veta tozuda de su carácter.

Suspiró y se quitó las botas y las medias, deleitándose en la suave textura de la alfombra Aubusson y haciéndola crujir entre sus dedos. Hasta que tuvo seis años, no había tenido un par de zapatos. No los había necesitado.

Felix no entendía el odio que sentía por la pasarela, ese escenario adormecedor donde las carreras de las modelos se construían en función de dónde y con quién eran vistas. Sus compañeras subsistían a base de inyecciones de todo tipo; ella prefería morder un trozo de pan de corteza tostada y unas aceitunas curadas. Aceitunas de la prensa de su familia. Su mente regresó al amargo aroma de la esencia de aceituna molida por la piedra de granito, el aceite ámbar goteando en la tranquilidad de las sombras, y el lento roce de la piedra contra la piedra. El camino que la rodeaba había sido trillado por generaciones de mulas. El frescor, a pesar del calor sin piedad del exterior. El zumbido de las abejas suspendidas sobre el romero que trepaba por las paredes del molino de piedra. El lugar en el que Lucien había ayudado a su padre cada día hasta... el día aquel.

Marie-Dominique se deshizo de los recuerdos. Por lo menos aquí no era objeto de constante escrutinio en una aldea aislada con su arcaico código de honor y presidida por un patriarca cuyo otro trabajo era regentar una tienda de ultramarinos. Puede que París fuera gris, que la gente viviera los unos encima de los otros, pero aquí el dueño del café estanco de la esquina conocía su nombre, pero no su historia. Hasta que Lucien volvió a aparecer en su vida.

En la enorme cocina gurmé en la que nunca cocinaba, cortó un trozo de baguete y extendió con descuido *brebi*, un tipo de queso de cabra corso, mientras se imaginaba la expresión de horror que pondría el alterado fotógrafo si lo supiera. Ella había oído cómo le decía a una jovencita alta y espigada: «¡Sal! Te hincharás. Los diuréticos tardan demasiado en hacer efecto, haz algo inmediatamente».

Y ella, obediente, había ido a vomitar al cuarto de baño.

Le llegó el sonido de una voz desde el estudio de Felix. ¡Felix! ¿Habría cambiado los planes? Ansiosa, abrió la puerta para sorprenderlo y se quedó mirando.

Petru, el administrador de Felix, repanchigado en un sillón de cara a la ventana y murmurando en el teléfono particular de Felix. Le irritaba la forma en la que Petru asumía sus funciones en ausencia de Felix. Cuando Felix lo contrató ese año, ella lo había apodado «el guardaespaldas». Hoy tenía el pelo negro. Ayer era rubio platino; se lo teñía más a menudo que los estilistas con los que ella trabajaba.

—... Por supuesto, Lucien está implicado —estaba diciendo Petru, riéndose en voz baja.

¿Implicado? Ella contuvo la respiración, tiró hacia atrás de la suave manilla de

bronce y puso la cabeza en el hueco entre la pared y la puerta. Lo que oyó la dejó atónita.

—Los *flics* lo arrestan en el estudio —dijo.

¿Lo arrestarán o había sido arrestado? ¿De quién hablaban? ¿De Lucien? Él había negado que tuviera algo que ver con la política, pero ¿decía la verdad?

—Panfletos de la Armata Corsa, lo típico.

Justo lo que ella había pensado. Lucien estaba con la Armata Corsa. ¡Qué mentiroso!

—Ya está todo organizado. Los pondré allí yo mismo.

El corazón le dio un vuelco. Con razón la conversación le había sonado ambigua. Petru estaba saboteando a Lucien.

—Dentro de menos de una hora —dijo, y se volvió hacia la librería.

Ella no escuchó el resto. Estuvo a punto de entrar hecha una furia y enfrentarse a Petru, pero se dio cuenta de que explotar no beneficiaría a Lucien si ya existían pruebas contra él. Tenía que advertirlo, abortar los planes de Petru, pero ¿cómo?

Los corsos se traicionaban los unos a los otros, pero nunca traicionaban a alguien de fuera. A no ser que... Miró su reloj Patek Philippe que Felix le había regalado en su boda. Corrió al pasillo de entrada, cogió rápidamente sus zapatos y el abrigo y ya en la calle llamó a Felix. Comunicaba.

Le dejó un mensaje. Le temblaban las manos mientras pulsaba los números. Todo ocurría de nuevo.

Miércoles, por la noche

—El estado de *mademoiselle* Rousseau no ha cambiado —dijo el doctor Huissard del Hôtel Dieu con voz preocupada.

Aimée había tardado veinte minutos en que un contacto en la *préfecture* le diera autorización y había pasado otros veinte de departamento en departamento en el hospital hasta que pudo hablar con el doctor que estaba tratando a Laure.

—Es joven, eso que tiene a su favor —dijo el doctor Huissard—. Estamos haciéndole pruebas. Esta misma noche le haremos un escáner CT. Por ahora eso es todo lo que podemos hacer.

—Por favor, no piense que estoy diciéndole cómo tienen que hacer su trabajo, doctor, pero su servicio proporciona atención básica —dijo intentando tener tacto—. ¿No pueden transferirla a un área del hospital más especializada?

¿Debería decir a Guy que la recomendará? A pesar de la escisión quirúrgica de su relación podía llamarlo. Quizá él podía ayudar de alguna manera. Por Laure era capaz de suplicar.

—Doctor, yo conozco a un oftalmólogo.

—No se permiten especialistas externos. Ya la están tratando los especialistas de aquí.

—Según creo, su estado se está deteriorando, o podría hacerlo. ¿Por qué no...?

—No debería decirle esto. —Oyó que el médico suspiraba—. Ya he solicitado que se ocupen los de neurología. Ahora mismo están saturados. Tan pronto como haya una cama libre, está la primera en la lista para una consulta de neurología. Puede que la trasladen en el plazo de una hora o más tarde esta noche.

—¿Puedo verla?

—No se admiten visitas. Está en un estado crítico. En la sala de detenidos no estamos equipados, ya lo sabe.

—¿Cuánto falta para que...?

—*Mademoiselle*, le prometo que es la siguiente en la lista —dijo el doctor Huissard en un tono no especialmente desagradable—. Tengo que seguir haciendo la ronda.

—*Merci*, le agradezco su esfuerzo, doctor —dijo Aimée.

Abrió la nevera del tamaño de una caja de zapatos que había bajo la encimera de la cocina. En la misma balda que la botella de champán y el yogur caducado había un paquete de restos de carne envueltos en papel parafinado blanco.

—*Miles, à table* —dijo mientras ponía los trozos de carne en su descascarillado cuenco de Limoges.

Miles apareció con lo que parecía ser un trapo en el morro.

—¿Qué has encontrado esta vez?

Lo dejó caer al suelo, le lamió la pierna y se inclinó sobre su recipiente.

Ella lo recogió. Era la toalla de Guy. Percibió el aroma de su jabón de vetiver.

—Yo también lo echo de menos. —Y el labio le temblaba al hablar.

Miles Davis miró hacia arriba desde el borde de su cuenco con la cabeza inclinada hacia un costado. A veces juraría que podía entender.

Encendió la radio, un rectángulo de los sesenta con una pegatina de «¡Johnny Halliday en directo en el Olympia!» que se había encontrado en la calle. Sintió una emisora en la que emitieran uno de esos programas en los que la gente llamaba para participar. Pero los oyentes que lo hacían para quejarse del gato de su vecina o de la subida de impuestos en los cigarrillos no ahogaban sus pensamientos sobre Guy.

En la siguiente emisora había una entrevista con la voz profunda, vagamente sexi, de *madame* Claude, famosa por su exclusiva *maison close* que había recibido una clientela ministerial de élite en los años setenta. Ahora *madame* Claude traficaba con sus memorias en lugar de con las chicas de alto *standing*.

Cambió la emisora al programa de Macha Meryl en la RTL, un momento *intime* para los que se encontraban perdidos, para los que habían sido despechados. Macha, una terapeuta sin miramientos, llevaba años repartiendo consejos en los programas de madrugada de la radio, del tipo de amores difíciles, a menudo a aquellos oyentes que habían sido rechazados y se encontraban sin amor. A los patéticos como ella.

—Querida oyente, *c'est simple* —decía Macha—. Un hombre abandona por dos razones: por otra mujer o porque la mujer que él pensaba que amaba no es la mujer que él pensaba que era. *Et voilà*, no hace falta ser ingeniero aeronáutico para esto. ¿Cuál es mi consejo para cuando un hombre nos abandona? Cierra la puerta tras él.

La voz profunda de fumadora había acertado en eso. ¡Seguir con la propia vida!

Aimée puso la toalla de Guy y el anillo de piedra lunar dentro de un sobre y escribió la dirección del hospital. Deseaba que no ansiara tanto escuchar su voz una vez más. Por última vez. ¿Podría inventarse una excusa y pedirle una recomendación para Laure?

Non, tonta. No llores, pensó.

Un momento más tarde, respiró hondo y pulsó el número del hospital.

—¿El doctor Lambert? —dijo la recepcionista—. Estamos remitiendo sus pacientes al director en funciones.

Qué raro.

—¿Por alguna razón en particular?

—El doctor Lambert ha aceptado un puesto con Médicos sin Fronteras en Sudán.

¿*En Sudán*? Se agarró al marco de la puerta.

—¿Así, sin más?

—Surgió un puesto de forma repentina. Pocos cirujanos oculares son tan cualificados como el doctor Lambert. Hay una necesidad imperiosa y lo decidió de un día para otro.

—*Merci* —dijo Aimée.

Colgó el teléfono y dejó caer el sobre encima de la mesa. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se había ido.

«Huye, huye...». ¿No había escrito eso Mallarmé? Así que Guy se había marchado corriendo a África para salvar a los ciegos y para escaparse.

Laure permanecía en coma y ahora lo único que podía hacer era compadecerse a sí misma. Era más que patética.

La emisión fue interrumpida por un avance informativo:

«La policía ha encontrado relación entre las amenazas de bomba a edificios gubernamentales y los separatistas corsos. Fuentes del Ministerio del Interior han declinado especificar cuáles eran los objetivos. Más información en el boletín horario».

Los corsos. En lugar de esta fiesta de la compasión, lo que necesitaba era hacer algo, dejar de mirar a las musarañas mientras esperaba que saliera a la luz el informe del laboratorio. Investigar más, encontrar pruebas, un testigo. Reivindicar a Laure. ¿Por dónde podía empezar?

Recordó la prostituta que mencionó Zoe Tardou. Si trabajaba hoy, estaría en la calle.

Aimée se alisó la falda blanca y ajustó el nudo de la corbata negra debajo de la chaqueta de esmoquin *vintage* de Saint Laurent que había encontrado en el mercadillo de porte de Vanves. Sobre ella se echó el abrigo de cuero negro, se cubrió el cuello con la bufanda para protegerse del gélido frío y se dirigió hacia el metro.

Media hora después, salía por la puerta *art nouveau* de la estación de metro en forma de arco color gris verdoso. En la distancia, las escalinatas subían por la *butte* que albergaba cafés típicos y diminutos teatros de quince asientos. El viento silbaba en el callejón a través de una teja rota. Le llegó una bocanada de olor a madera quemada desde una chimenea en funcionamiento.

En la escarpada calle, un hombre de pelo blanco candaba su bicicleta a la farola.

—*Ba waoui* —dijo con un deje parisino a la vieja usanza a un hombre que se frotaba los brazos en medio del frío—, tengo que bajar a París mañana.

Ese viejo espíritu de los de Montmartre que a desgana condescendían a ese París «de ahí abajo».

Ella le sonrió según pasó a su lado y él la saludó tocándose la gorra.

—*Bonsoir, mademoiselle.*

—*À vous aussi, monsieur!*

Continuó por la calle empedrada a lo largo de varios pequeños hoteles y un local de alterne en el que una mujer vestida con una minifalda estaba sentada en la ventana acariciando a su perro. Un cartel escrito a mano decía: «Recherchées hotesses» —se necesitan azafatas— y el bar estaba vacío.

Siguió por la estrecha calle hasta la esquina. Por delante de ella, la calle se curvaba y llevaba a un tramo de escaleras que conducía a la place des Abesses. Los escalones relucían a la luz de la única farola. Frente al edificio en el que habían

disparado a Jacques, vio a una prostituta muy maquillada justo donde había dicho Zoe Tardou.

—*Bonsoir* —dijo Aimée. Al hablar, su aliento formaba nubes de vaho.

—No trabajo con mujeres, *chérie* —dijo la mujer, moviendo su peso al otro pie—. Inténtelo en la rue Joubert; trabajan sin chulos y hacen lo que quieren.

La rue Joubert, cerca de los grandes almacenes Printemps, era una de las calles de *les traditionnelles*, prostitutas que cobraban tarifas estándar y utilizaban condones. Sus categorías variaban: estaba la *marcheuse*, que hacía la calle; la *entraineuse*, que trabajaba en un bar; la *caravelle*, en el aeropuerto; la *michtonneuse* en la terraza de un café y, finalmente, en el extremo superior, la *call-girl*.

—Gracias por la información —dijo Aimée. ¿Cómo podía hacer que esta mujer que tenía como poco cuarenta años hablara?—. Mataron a un *flic* aquí la otra noche. ¿Sabe usted algo?

Los ojos de la mujer escrutaban el laberinto de calles y se posaron enfrente de un taller de fontanería con la persiana bajada. La oscuridad del cielo daba un tinte grisáceo a las figuras angulares y silenciosas inclinadas en el viento, rodeadas por edificios de piedra de cinco pisos. La escena bien podía haber sido una pintura impresionista.

—Ya sé que está trabajando, pero ¿vio usted algo esa noche? ¿Oyó usted algo?

—No tengo nada que ver con los *flics*.

—Ni yo, pero han acusado a mi amiga, una mujer *flic*, de haber matado a su compañero.

—Y ¿no lo hizo? —Durante un momento, miró a Aimée fijamente. Claro, seguro que la prostituta había oído todo lo relativo al caso en esta parte de Montmartre.

—Le tendieron una emboscada y yo le debo un favor —dijo Aimée—. ¿Estaba usted aquí el lunes por la noche?

—Todas las noches —la mujer se encogió de hombros.

—Así que ¿oyó usted el disparo sobre las once de la noche, justo antes de la ventisca?

—¿Qué le va a usted en esto?

Aimée sacó un billete de cien francos de su bolsillo.

Justo entonces un hombre de mediana edad que llevaba un abrigo de lana pasó a su lado, se detuvo y se quedó mirando a Aimée.

—Hace frío esta noche. ¿No quieres darme calor?

Aimée negó con la cabeza, controlando el escalofrío.

—*Alors*, esta esquina es mía —dijo la mujer con la ira reflejada en la mirada.

—Es agradable ver sangre nueva por aquí, Cloclo. ¿Qué tal un trío con tu amiga? —dijo él sonriendo.

Cloclo, cuyo nombre de batalla era una palabra de jerga que significaba bisutería, salió de las sombras y le cogió del brazo.

—Tú eres mi amigo, *chéri* —le guió a través del empedrado—. Un precio

especial, ¿eh? Eres el último de esta noche.

—¡Cloclo! —llamó Aimée.

Cloclo miró hacia atrás, riéndose.

Aimée le mostró varios billetes de cien francos y señaló el cartel iluminado de un café bar junto a un pequeño hotel en la rue Veron. Cloclo asintió y desapareció, doblando la esquina.

Podría calentarse y dar cuenta de un *verre de rouge* hasta que apareciera Cloclo, suponiendo que lo hiciera. Dadas las patas de gallo alrededor de los ojos de la prostituta que el espeso maquillaje no cubría, se imaginó que la atraerían los francos que le había mostrado.

En el interior de Chez Ammad, el café bar, el joven de detrás de la barra le dedicó una sonrisa. Tenía el pelo muy corto y los dientes rotos e irregulares. O se metía en peleas callejeras o había comido demasiados dulces. Ella se inclinó por lo segundo.

Era un café al que acudía la gente del barrio, no los que gustaban de las últimas tendencias o eran asiduos a las *médiathèques*. Podría ser una buena oportunidad, mientras esperaba a la prostituta, para preguntar si alguien había notado algo extraño el lunes a la noche. Pero no podía apresurarse o no dirían absolutamente nada.

El hombre metió una cinta en el radiocasete. La voz de Dalida se elevó sobre las conversaciones del café. La sala alargada forrada de madera castaña se asemejaba a un autobús, uno en el que ella deseaba no haberse montado. Espeso humo de cigarro puro flotaba como una nube sobre la mesa de un grupo de jugadores de *backgammon* de mediana edad. Burgueses o burócratas, a juzgar por sus caros zapatos de piel.

Le apetecía echar un cigarro. Mañana a las 9.37 de la mañana haría exactamente cuatro días que lo había dejado. Desearía no estar contando los minutos. Miró alrededor para ver a quién podría sonsacar información y señaló lo que estaba bebiendo el hombre sentado junto a ella.

—Lo mismo —dijo.

Como la había escuchado, el hombre dijo:

—Parece usted ser de las del tipo activo.

Con sus ojos de párpados caídos y sus anchas manos de obrero, podría ser perfectamente el hermano del barman.

—Llámame Theo.

—Todavía puedo hacer el pino y la carretilla sin rajarme los pantalones —respondió.

Sus ojos caídos se abrieron más y sonrió.

—¿Has oído eso, Marcus? —dijo al barman—. ¡Tenemos aquí una acróbata!

—Dejé el circo —dijo ella poniendo tres francos sobre la barra—. Unos beneficios terribles.

Ojalá la prostituta entrara por la puerta, ojalá no tuviera que esperar demasiado. El olor a lana mojada y la fragancia del tabaco la estaban mareando.

—¿Has oído eso, Marcus? Los de nuestro sindicato de albañiles no son los

únicos. También los del andamio.

¿Tendría esto que ver con el andamio del edificio en el que mataron a Jacques? Qué interesante.

—Así que, Theo, ¿trabajas ahí en la construcción? —preguntó, señalando la ventana con la mano.

—Theo es el que es culpable del ruido. Ya llevan seis meses. El permiso de obras era solo para dos —dijo uno de los que estaban fumando un puro levantando la vista.

—Y, a vosotros, ¿quién os ha dado permiso para entrar en la conversación? —repuso Theo frunciendo el ceño.

El aire estaba impregnado del olor que despedía la calefacción de queroseno. A Aimée le picaba la nariz y estornudó. Vio que Theo estaba mirándole las piernas.

El borgoña, suave y con cuerpo, dejaba un regusto amargo.

—Así que ¿tendríamos que trabajar más rápido y acabar en las canteras? —preguntó Theo extendiendo los brazos.

—Típico de los sindicatos —dijo el fumador de puros—. Siempre lloriqueando.

—Los cimientos están rodeados por un enjambre de cavidades de piedra caliza. En esta parte de la colina es como si tuvieras que andar con pies de plomo antes de mover unos pocos centímetros de tierra.

—Tiene razón —dijo Marcus a la vez que limpiaba el mostrador—. ¡Nosotros necesitamos un permiso especial solo para cambiar una tubería!

Siguió una apasionada discusión que le recordó al pueblo de su abuela en la región de Auvernia, en el que el café era realmente la sede social en las noches de invierno. Le resultaba familiar, como una manta usada. Pero en lugar de campesinos, los habituales del café reflejaban el rostro de la *butte*: albañiles, intelectuales, un periodista de *Le Canard Enchaîné*, el periódico satírico, y burócratas jubilados.

Marcus, el barman, rellenó su copa y le guiñó un ojo:

—Por Theo.

—*Santé* —dijo ella levantando la copa. Pensó que el barullo de la conversación constituía un buen momento para hacer preguntas—. Theo, ¿no ha habido un tiroteo donde trabajas?

—Otro retraso —dijo él.

—¿Y eso?

—Un *flic* se cargó a otro *flic*.

—Eso no es lo que yo he oído —dijo ella. La conversación se detuvo—. Mi vecina vio hombres, no policías, disparar en el tejado.

—¿Qué pudo ver tu vecina en medio de una tormenta espectacular? Le debe de gustar que se le quede congelado hasta lo blanco del ojo. Fue una especie de récord, la nieve que cayó esa noche.

—He oído que la tormenta empezó justo después del tiroteo —dijo Aimée.

—Si pudo ver algo con ese tiempo, tiene que tener rayos X en los ojos.

Antes de que pudiera seguir presionando, entró Cloclo, saludó con la cabeza a los

habituales y observó a Aimée. Señaló una mesa en la parte trasera debajo de una cubierta abuhardillada de cristal sucia de hollín. Recordó que su abuelo decía que «Las prostitutas son mil veces más honorables que las actrices. Las primeras venden su cuerpo, las segundas su alma y más».

—Un *pastis*, si invita usted —dijo Cloclo según pasó a su lado en la barra.

Para cuando Aimée le llevó la bebida, Cloclo ya se había quitado el abrigo negro largo. Brillante bisutería tintineaba en su profundo escote y sus muñecas lucían pulseras Diamonique de color rosa pastel.

—No me extraña que su mote sea Cloclo.

—Estoy todo el día en danza —repuso ella—. Me gusta algo que me alegre.

Al ver los enganchones y la carrera que tenía en la media negra, Aimée pensó que estaba en danza, pero también de rodillas. Pasó los francos prometidos por debajo de la mesa y los depositó sobre la mano expectante de Cloclo. Su aroma a perfume floral barato se mezclaba con el olor a anís del *pastis*.

—Podemos hablar, pero no tengo mucho que contar —dijo.

Perfecto. Acaba de darle el último dinero que tenía. Se quedaría sin vuelta a casa en taxi en medio de una noche que prometía congelar el agua de las cañerías.

—Mire, Cloclo, piense que me está ayudando como si ayudara a mi amiga. Está en coma a consecuencia del golpe que recibió ahí arriba. Es difícil que las cosas vayan peor después de eso.

—Esa amiga... su amiga... es la *flic*, ¿verdad?

Aimée asintió.

—Somos amigas desde que teníamos diez años. Nuestros padres se pateaban la calle aquí arriba. Laure siempre tuvo complejo de inferioridad. Su labio leporino...

—La conozco. Una chica joven —interrumpió Cloclo.

—¿La trata bien?

—Me dejaba en paz. —Cloclo añadió agua al *pastis* y lo revolvió hasta formar una mezcla turbia. Sus ojos no se apartaban de la cara de Aimée mientras bebía un largo sorbo. Aimée trató de ignorar el olor acre del anís.

Para Cloclo, dado su trabajo, eso sería tratar bien a alguien.

—Laure no mataría a su compañero. De ninguna manera.

—El que no me gustaba era él.

Aimée aguzó el oído.

—¿Quién? ¿Su compañero Jacques?

Cloclo hizo un gesto negativo con la cabeza y pasó el dedo sobre su ceja perfilada de negro.

—¿Sabe qué estaba haciendo Jacques en el tejado?

—No me refería a Jacques —dijo echando un vistazo a su reloj Diamonique.

Aimée se inclinó hacia delante, sorprendida.

—¿A quién entonces?

Tras los ojos de Cloclo algo se nubló.

—Se está haciendo tarde —dijo.

¿Tendría miedo?

—Lo siento, siga. Creía que hablaba de Jacques, su compañero.

Aimée sentía las vibraciones del tamborileo sobre el suelo de madera del zapato salón negro con tacón de aguja de Cloclo.

—Ese *mec*. Cree que la calle es suya, ¿sabe lo que quiero decir?

Aimée pensó en el músico que había visto en la entrada, el que Conari había identificado como Lucien Sarti.

—¿Uno con piel, ojos y pelo oscuro? ¿Un músico? ¿Está pensando en ese?

—No, no es tan guapo.

—Entonces no sé a quién se refiere.

—Ese tipo que me las hace pasar mal, un tipo desagradable —dijo Cloclo—. No el que lleva la funda de un instrumento musical.

Una silla se arrastró en el suelo cerca de ellas y una voz exclamó:

—*Adieu, mes amies*.

Cloclo dijo adiós con la mano a un viejo que salía arrastrando los pies.

Aimée tenía que conseguir que Cloclo le hablara de este otro *mec*.

—¿Conocía a Laure y a su compañero?

—Cuánto conocía a su compañero, eso no lo sé —contestó Cloclo en un tono neutro—. Pero alardeaba de sus contactos, ya sabe. Quería privilegios.

Aimée notó que algo en su mente pugnaba por salir. Si conseguía unir todos los detalles, alguna pieza encajaría.

—¿Vio a ese *mec* y al compañero de mi amiga juntos?

—Los vi hablar en ese bar de la rue Houdon. —Cloclo paseaba la mirada por el local.

Por fin alguna relación.

—¿En donde Zette? ¿Y ese tipo tiene nombre?

Se encogió de hombros.

—Esos cursos son muy reservados, no crea.

—¿Está segura de que es corso?

Cloclo asintió, y la bisutería hizo un ruido metálico sobre su amplio pecho.

Aimée trató de juntar todos los retazos. Jacques conocía a Zette y lo habían visto con este otro tipo. ¿Habría matados a los dos? ¿Por qué?

—¿Dónde puedo encontrar a este corso desagradable?

—Es imposible saberlo. Pero entra y sale de ese sitio pijo de un poco más abajo de mi estación.

La estación... su lugar en la calle.

—¿Se refiere a enfrente de esa casa elegante frente al patio del número 18?

—*Oui*.

—¿Alguna idea sobre el apartamento al que entra?

Volvió a encogerse de hombros y acabó su *pastis*.

—¿Cómo es?

—Como cualquier gamberro con dinero. Oro alrededor del cuello. Pelo y ropa a la moda.

Y ahora lo importante.

—¿Oyó un disparo, Cloclo?

Ella negó con la cabeza.

—Estaba trabajando, *chérie*.

—¿Y vio algo?

—Ya se lo he dicho. —Puso en blanco los ojos con abundante máscara—. Trabajando. Pero ese chico guapo subió desde Pigalle y se plantó en la entrada, sabe, donde se divide la calle. —Apuró las últimas gotas de la copa.

Aimée se imaginó la vista desde la posición de Cloclo y el lugar en el que había estado Sarti. Si venía de Pigalle, ¿podría haber tenido tiempo de matar a Jacques y atacar a Laure? ¿Y el otro *mec*?

—Aquí tiene mi número —dijo Aimée entregándole una tarjeta—. Llámeme la próxima vez que vea al corso. De día o de noche. Hay más francos para usted.

Miércoles, por la noche

Lucien subió los gastados escalones que conducían a la avenida Junot con los pulmones contraídos por el intenso frío. Era una escalinata empinada salteada por aisladas farolas anticuadas de metal verde, como las de su pueblo. Excepto por el hielo y el viento que cortaba, podría haber estado en su tierra. A pesar de la desilusión, le latía el pulso a toda velocidad. El técnico de grabación le había saludado con cara larga en la puerta del estudio y le había informado de que lo sentía mucho, pero la sesión se había cancelado y tenía que ir a la rue Lepic, 63 y subir las escaleras.

Lucien se imaginó que Felix estaba de camino a alguna reunión y se encontraría con él allí para darle la mala noticia de que los de Soundwerx se habían echado atrás.

¡Estupendo! Ni siquiera tenía un abrigo de invierno decente. Y los *flics* lo tenían en el punto de mira. Además, todavía no tenía dinero para pagar un alquiler.

De las viejas paredes crecían hierbas aromáticas silvestres y su aroma se mezclaba con el que filtraba la tierra mojada. En la cima de la escalinata había un espacio llano con gastadas piedras protegidas por ramas de olmo, fresno y sicómoro. Una roca de yeso más alta que él bloqueaba el camino. Del muro de piedra semiderruido brotaban ramas de ailanto parecidas a los helechos y sus hojas relucientes con la lluvia captaban la luz de la luna. Se tropezó con un adoquín suelto. Se escuchó un crujido entre los arbustos y mirlos moteados y urracas despegaron el vuelo en estampida dejando una estela de hojas secas.

Un lugar salvaje en el corazón de París. No sabía que existiera ninguno.

Por delante de él vio una figura bajo una farola vestida con un abrigo oscuro. Los ojos le brillaban bajo el gorro de punto color malva. De aspecto ágil y figura estilizada, la reconocería en cualquier lugar.

—¡Marie-Dominique!

¿La habría convencido Felix para que esperara su llegada para endulzar el mal trago?

—Lucien, por aquí. —Se movió hasta el lugar en el que se entrelazaban las ramas de higueras silvestres y cedros.

—Vaya sitio para quedar, Marie-Dominique —dijo él. El aire lo llenaban nubecillas de vaho helado entre los dos.

—Es como el monte bajo de Montmartre. Me recuerda a casa. —Con su dedo enguantado en piel negra señaló más allá de los tallos de una planta similar a los ajos—. Yo lo descubrí. Es maravilloso, ¿verdad? Una anciana me contó que aquí estuvo la granja de su abuela. Por allí estaban los abrevaderos para los animales.

Lo único que veía Lucien eran piedras oscuras y maleza.

—Estas viejas paredes eran parte del molino de trigo para hacer harina.

Lucien dio unos pasos sobre la maleza y vio los sombríos brazos de un molino de viento que se vislumbraban tras el muro de piedra. Escondidos.

—Hubo un tiempo en el que aquí existieron docenas de molinos —dijo ella—. Ahora solo quedan dos.

A sus pies, las centelleantes luces brillaban como luciérnagas atrapadas en una red de helechos. En la oscura tranquilidad, sintió el aroma a rosas que se desprendía de ella. Quería tenerla entre sus brazos.

—Estás en peligro, Lucien —su voz había cambiado.

—Ya lo sé. Parece que soy objeto de investigación policial. —El deseo se apoderó de él a pesar de su anterior desilusión. El simple hecho de verla a solas hacía que se le erizara el vello.

—¿También ellos? Averigüé que Petru ha puesto propaganda de la Armata Corsa en el estudio —repuso ella— y ¡lo ha organizado todo para que la policía te detenga!

—¿Petru?

—Trabaja para nosotros, pero está implicado en algo más. He dejado un mensaje a Felix para advertirle de que Petru está intentando sabotearte.

—No lo entiendo.

Marie-Dominique dio un paso atrás, con la duda en su rostro.

—¿No tengo razón? Ese grupo al que os unisteis tus amigos y tú...

Felix. Ahora Marie-Dominique. Ya estaba cansado de eso.

—Me alisté y fui a una sola reunión con mi hermano y unos amigos. Ya te lo dije. ¿Cómo puedes creer que yo pertenecería a algo que ni siquiera es ya un movimiento político? ¡Son delincuentes! Extorsionan dinero a cambio de protección y hacen pintadas con la *tête de Maure* por todas partes para dar un sentido político a los atentados. —Dio una patada a un adoquín suelto y agrietado que hizo ruido al romperse entre los arbustos—. Los verdaderos separatistas quieren liberar a Córcega, pero no así.

Ella desvió la mirada y él la sujetó por el brazo.

—Yo tengo motivos para saberlo. Mi hermano pequeño, Luca, trabajaba en la construcción de la base militar hasta que el sindicato fue a la huelga y cerraron las obras.

—Deja de hablar así, Lucien. ¡Siempre la misma historia!

—¿La misma historia? —Tenía que hacer que lo entendiera—. A Luca se le olvidó su caja de herramientas y volvió para recogerla. Los gánsteres, el llamado «sindicato», pensaron que había pasado por encima de los piquetes. Al día siguiente llevaron su cuerpo a mi madre. Lo que quedaba de él.

Estaba temblando, intentando olvidar la imagen sangrienta de un Luca mutilado con la *tête de Maure* pintada en el pecho.

—Lo siento, no lo sabía.

—Yo me había alistado borracho, en un momento de idealismo. ¡Qué equivocado estaba! —Golpeó con el pie un terrón de tierra—. Nada va a detenerlos, ni a ellos ni a

esos promotores que están destripando la costa y arruinando la tierra...

—¿Así que ahora le echas la culpa a Felix? —Sus ojos echaban chispas.

—He hablado de los promotores que están arruinando la tierra. —Sus pies aplastaron el hielo entre el empedrado—. ¿Qué tiene él que ver con eso?

—Como si no lo supieras. Sus contratos militares, la promoción en la que está implicado... por qué está allí ahora mismo. Ha habido otra crisis en el contrato con el ministerio. Está haciendo las cosas lo mejor que puede con respecto a la isla.

¿Lo mejor que puede?

—No lo sabía. Has cambiado, Marie-Dominique. En algún momento pensé... —Se detuvo y cascó una ramita de olmo con los dedos. No podía contenerse más—. Nunca lo entendí. Ahora ya puedo imaginarme lo que ocurrió. Tu impetuoso primo Giano nos vio en la cueva y causó problemas. Así que tu familia te envió a París para arreglar un matrimonio con Felix.

—Evité la *vendetta*.

—¿La *vendetta*? —Ella sonaba igual que su propia madre—. Las cosas han cambiado. A los jóvenes no les importa, odian las rivalidades y las muertes. Tendría que haberme plantado y haber hablado con tu padre. O puede que la *vendetta* solo sea una excusa. Te mostraste de acuerdo en casarte con un hombre rico. Puede que lo que de verdad querías era la buena vida. Pero ¿Felix? ¿Un viejo interesado? —Quería morderse la lengua. No era eso lo que quería haber dicho.

—¿Cómo puedes criticar a Felix? —dijo ella mostrando el dolor en sus ojos—. A alguien que está intentando ayudarte... ayudar a tu carrera. Pero, como siempre, atacas sin importarte los sentimientos de los demás.

Lucien se sintió invadido por la vergüenza y la ira. ¿Lo habría entendido todo mal? Sin saber qué hacer, bajó la mirada. Era como si las piernas no le respondieran. Se encontraba desgarrado, paralizado. Sabía que tenía que marcharse.

—Esto es lo que echo en falta, el aroma a hierbas silvestres —le dijo.

—Este lugar no tiene ojos, pero lo ve todo —le recordó Marie-Dominique.

¿Podría ver también su interior? ¿Y ella?

—Llego tarde a mi siguiente trabajo —dijo Lucien haciendo que sus piernas se movieran por fin.

El rostro de ella estaba cubierto por las sombras.

—Sigues siendo un terrible mentiroso, Lucien.

Ella pasó a su lado lentamente y se detuvo. Se paró de pie en las escaleras, y las gotas de lluvia brillaban a la luz de la luna en su abrigo de lana. De espaldas a él, le temblaban las manos enguantadas.

—No lo entiendes.

Y entonces él se dio cuenta. Para ella, él solo había sido un capricho. Un amorío del que se recuperó fácilmente.

—No tienes oídos para escuchar lo que te estoy diciendo —dijo Marie-Dominique.

Había cambiado. Se había endurecido. ¿Dónde estaba su Marie-Dominique con los pies cubiertos de arena y las manos sucias de aceite de oliva?

Se oía el ruido de sus tacones al bajar las escaleras de piedra y cuando él miró, ya había doblado la esquina.

* * *

Lucien se subió el cuello del abrigo y se quedó mirando la bruma que flotaba sobre los edificios a sus pies. Tenía frío y estaba solo, con el murmullo de París ahí abajo. Ahora mismo tendría que estar grabando, pero Felix estaba en Córcega, los *flics* y ese Petru estaban conchabados contra él y Marie-Dominique había vuelto a abandonarlo. Tal y como decía, la vida puede cambiar en un instante. Y la suya lo había hecho.

Lo perseguía la mala suerte. Su *grand-mère* lo llamaría «el mal de ojo». Supersticiones, todo supersticiones. Él creía en la ciencia, en el empirismo. Sin embargo, le vino a la mente la imagen de la vieja *mazzera*, «la bruja» la llamaban en el pueblo. Se suponía que sabía cómo levantar maldiciones.

Vio sus penetrantes ojos topacio en su cara arrugada, su toquilla negra que olía a las hierbas que utilizaba, la cruz de plata deslustrada y los amuletos que llevaba alrededor del cuello. Todavía llevaba pantalones cortos y dormía en el ático bajo la claraboya cuando la visitó. Las palmas de sus manos estaban cubiertas por un sarpullido y había intentado esconderlas bajo el pupitre de la escuela. El chico mayor al que le había pedido que le hiciera un tirachinas las vio y le puso en ridículo llamándole leproso.

Desesperado por librarse del sarpullido, cruzó la puerta abierta de la *mazzera*. La casa de piedra de una única habitación olía a humo y grasa de cerdo. De las vigas de madera colgaban filas de chorizos ahumados y jamones curados. Acurrucada junto a la chapa de madera con su cafetera de esmalte descascarillado la vieja bruja elevó la vista.

—*Petit*, ¿has venido a comprar mi *sanglier*? —preguntó con una curiosa voz aguda.

Ella curaba y ahumaba las mejores salchichas de jabalí del pueblo.

—N-no exactamente —tartamudeó.

Sus ojos, como los de una joven, penetraban el humo en el ambiente.

—*Non*, claro que no. Necesitas mi ayuda —dijo—. Ven aquí. Enséñame tus manos.

Sorprendido, dio un paso adelante junto al perro que dormía hecho un ovillo a los pies de ella.

Levantó las palmas, con la mirada baja, y se las mostró.

—Mamá ha probado ungüentos y jabón de aceite de oliva, pero nada sirve.

—Quieres que desaparezca y que tus amigos dejen de reírse de ti.

¿Cómo lo sabía? Él asintió mientras balanceaba los pies con sandalias sobre los irregulares listones de madera del suelo.

—Es una señal, *petit*. Pregúntate por qué.

Confundido, retrocedió unos pasos.

—Se supone que usted...

—Yo veo cosas. —Se le quebró la voz y el perro golpeó el suelo con la cola—. Has olvidado una promesa, ¿verdad?

¿Una promesa? ¿Quizá no había dado de comer a las gallinas esta mañana?

—Quiero decir que has olvidado lo que llevas dentro, muy dentro. Así que los espíritus te han enviado algo que te lo recuerde.

Hizo el signo de la cruz sobre su frente y pecho tres veces mientras murmuraba palabras en una lengua que no entendía. Sonaba como latín.

—Todas las noches, durante tres noches, mira al cielo y pide la ayuda de tus antepasados.

Vertió unas hierbas y grasa de jabalí en un pequeño mortero y las machacó con una maza hasta formar una pasta de olor fétido.

—Después extiende esto sobre tus palmas —dijo—. Tres noches, no te olvides.

Rebuscó en el bolsillo y sacó un ramito de salvia que él mismo había recogido y se lo entregó.

—*Merci*, eres un buen chico —dijo ella—. Haces honor a la tradición.

Durante tres noches, mientras contemplaba las relucientes estrellas, se santiguó e hizo esfuerzos por pensar. Le vino a la mente la promesa que había hecho a su abuelo de continuar con la tradición musical familiar. Según se aplicaba la horrible pomada flotaba sobre él el rostro de su abuelo fallecido.

Al cuarto día se sentó en el pupitre de la escuela y vio que el sarpullido había desaparecido. Y también el chico mayor.

—Se ha ido a vivir a Bonifacio —dijo la maestra.

Con tirachinas y todo.

Nunca supo si lo que funcionó fue esa repugnante pomada o sus exhortaciones, o las dos cosas.

Pero ahora no había ninguna *mazzera* que pudiera levantar la maldición. Esparció un puñado de migas de pan para los mirlos apostados en la rama de un desnudo sicómoro y comenzó a bajar las escaleras.

Miércoles, por la noche, más tarde

—*Bonsoir* —dijo Aimée—, ¿está Lucien Sarti, *s'il vous plaît*?

—¿De parte de quién? —preguntó una voz de mujer.

—Soy Aimée Leduc.

—No está. Se marchó hace unos días.

¿Qué podía decir? Tenía que pensar rápido.

—¿No trabaja en un club? Trabajo con Felix Conari. Hay una pega en su contrato —dijo—. Tengo que ponerme en contacto con él.

Se produjo una pausa. A través del teléfono podía oírse un siseo. Quizá la mujer estaba cocinando.

—Deme su número. Si llama...

—06 57 89 42. Por favor, lo antes posible.

Colgó. Esperaba que un músico hambriento mordiera el anzuelo.

Un momento después, el teléfono vibraba en su bolsillo. Vaya si tenía hambre.

—*Allô?*

—Siento llamar tan tarde. Soy Yann Marant —dijo una voz con el ruido de conversaciones de fondo—. Acabo de terminar de trabajar y he encontrado algo, bueno, igual no es nada, que tiene que ver con su investigación.

¿*Por fin un golpe de suerte?*

—¿Podemos vernos? Me está dando guerra el teléfono —respondió.

—En el Café Noctambule —dijo él—. Hay mucho ruido, pero no me conoce nadie.

—De acuerdo.

Yann estaba de pie en el Café Noctambule, un antro con las paredes cubiertas de espejos ahumados al estilo de los años setenta. Sobre el pequeño escenario, un hombre con el pelo cardado cantaba *chansons*. El lugar estaba abarrotado y las parejas giraban con la música del acordeón y el ritmo del tambor.

Yann saludó con la mano.

—Por aquí.

A su lado discutían dos mujeres, gruñendo como gatas en un callejón. Un hombre pequeño que parecía tener modales refinados sonreía ante el espectáculo.

Yann se tapó los oídos.

—Lo siento, este no parece un sitio para hablar. ¿Tiene hambre?

Aimée asintió. No se acordaba de cuándo había comido algo por última vez.

A unos pocos locales de distancia, encontraron un bistró del tamaño de una cajetilla de cigarros, cinco mesas apretadas en una sala oscura con una estufa de carbón. Hacía tanto calor que te cocías, pero estaba lleno. Reacia a marcharse, Aimée sugirió que se quedaran de pie en la barra de zinc y pidieran un *jambon-beurre*.

—Gracias por llamar, Yann. Cualquier cosa puede ayudar.

—Ahora me siento un tonto. Leo demasiadas novelas de misterio —dijo él retorciéndose las manos—. Probablemente no sé nada, pero usted dijo...

—Adelante. —Esperaba que no hubiera ido para nada. Paciencia, necesitaba tener más paciencia.

A pesar de los pantalones negros arrugados de Yann y de su coleta suelta, exudaba más atractivo que la mayoría de los locos de la informática que había conocido. Y era más guapo. ¿De verdad se habría acordado de algún detalle importante o solo había usado el asunto como una excusa para verse? De todos modos, el calor del bistró le atraía más que su frío y vacío apartamento.

—Esta noche, después de salir de casa de Felix, he tirado una botella de agua al contenedor de la obra, el que está aparcado frente al edificio que están rehabilitando —dijo Yann—. Se ha caído todo, un desastre. Ya sé que está prohibido, pero, bueno, lo he recogido, he trepado para volver a tirarlo... —Se detuvo—. Siento estar aburriéndola, va a pensar que me lanzo dentro de los contenedores por la noche, pero no es eso.

—*Bon appétit* —dijo el dueño del bistró con delantal blanco mientras ponía un plato con unos bocadillos de baguete con mantequilla y jamón frente a ellos.

—Siga, por favor —dijo ella mordiendo un trozo al tiempo que recogía en la palma de la mano las migas de pan que caían.

—He encontrado esto intentando hacer sitio. —Rebuscó en el bolsillo y puso sobre la mesa varias hojas arrugadas y borrosas fotocopiadas en blanco y negro. Olían a escayola y las alisó con la mano. Mostraban planos dibujados a mano con gruesas flechas y «X» marcadas en tinta—. Me he imaginado que eran de la obra y estaba a punto de volver a tirarlas cuando me he fijado en esto.

Curiosa, se inclinó hacia delante siguiendo el movimiento de su dedo. Uno de los diagramas tenía una anotación: «rue du Mont-Cenis» y «rue Ordener».

—Así que hay un edificio donde se juntan estas dos calles —dijo—. Pero esto no es la copia de un plano de construcción. ¿Qué es?

—Eso es lo que me preguntaba. Con todos esos atentados separatistas... bueno, igual estoy intentando ver demasiado en todo esto —suspiró—. Lo siento, por lo menos me encuentro mejor. Pero soy idiota. ¿Me perdona? Igual ha sido como una excusa para volver a verla. —La comisura de sus labios mostraba una pequeña sonrisa—. No conozco a mucha gente por aquí.

Aimée le devolvió la sonrisa con la mente puesta en el diagrama.

Él dobló los papeles.

—Ahora pensará que soy un idiota, pegado a mi ordenador como un siamés. Y tiene razón.

—Espere, Yann —dijo ella sacando su plano de bolsillo y abriéndolo por el distrito 18—, la *Mairie* está en esa esquina. —El Ayuntamiento era el único edificio en ese lugar—. ¿Puedo ver el diagrama otra vez? —El corazón le latía más rápido.

A un lado, en letra más pequeña, estaba escrito: «(2) 18.00 cambio (1) 23.00 cambio». Unas flechas señalaban los símbolos que mostraban las entradas. Pensó de nuevo en el periódico, en el artículo que describía las amenazas de bomba a un edificio del Gobierno sin determinar.

Lo observó con más atención.

—Podría querer decir que dos guardias se ocupan de la entrada principal hasta el cambio de turno de las seis de la tarde, y luego son sustituidos por un solo guarda.

Yann pestañeó varias veces.

—¿Quién dejaría unos papeles tan incriminatorios en el contenedor de unas obras?

—*Exactement* —dijo ella—, pero podrían ser planes antiguos, que ya no tienen sentido y cuyas implicaciones se han olvidado.

Pegó un mordisco a la baguete mientras pensaba.

—Creo que no tiene nada que ver con el asesinato de ese *flic* —dijo Yann, sonrojándose—. La vida real no es una novela de suspense en la que todo tiene relación.

¿Tendría razón?

Ella estudió el diagrama con más detalle. Vio Atlas, el nombre de una compañía de alarmas y una «X» en lo que parecía ser una entrada de servicio. Más letras equis en la rue du Mont-Cenis. ¿Podría ser el emplazamiento de un coche o una camioneta bomba?

Tendría que convencer a Yann para que entregara los diagramas a las autoridades y mantenerse alejada. No mancharse las manos con el ala militar del ministerio. Echarían las zarpas sobre esto muy rápidamente. Solo pensar en tener que vérselas con seguridad hacía que le sudaran las manos. Debería..., pero ¿alguna vez hacía lo que tenía que hacer?

Su estilo no era entregar información. Sin embargo, la información podría devolverle algún favor a cambio. Así funcionaban.

—Si este diagrama va en serio, sería un delito no informar de ello —decidió apostar—. ¿Le importa si se lo enseño a un contacto en la DST?

—¿La Brigada Antiterrorista? Claro que no —repuso él—, no piense...

—Yann, ¿le llamó la atención algo de Lucien Sarti?

Yann sonrió.

—¿Mi primera impresión? Pensará que... Bueno, parece ser una especie de trovador ambulante, vive con lo justo, pero la música le da fuerza.

—¿Qué quiere decir?

—Ligado a Córcega, a la tierra y la gente, un idealista que cuenta historias a través de la música —dijo Yann—. De alguna manera conoció a Felix y le envió una grabación de esa fascinante fusión de polifonía tradicional y música *tecno*.

—¿Diría usted que su música tiene contenido político?

Yann frunció el ceño.

—Diría que habla de liberar a Córcega, pero de volver a la naturaleza. A Felix le sobran palabras de alabanza para describir su música, pero...

Ella asintió y esperó. A su lado pasaba una pareja y con ellos les llegó una ráfaga de aire frío.

—Un entusiasta, eso es lo que es Felix. Tiene un gran corazón —dijo Yann—. Luego descubrió que Lucien perteneció a la Armata Corsa y eso hizo que le resultara difícil dar prioridad a la firma de su contrato.

Ese diagrama y la relación de Lucien Sarti con el movimiento separatista corso. ¿Proporcionaría algún dato nuevo sobre el asesinato de Jacques? ¿Habría malinterpretado a Jacques? ¿Se habría juntado con Lucien Sarti para echar por tierra una conspiración o para prevenir un atentado terrorista? ¿Sería el músico su confidente?

Tenía que encontrar a Lucien Sarti. Una larga noche se extendía por delante de ella.

En el cuarto de baño respiró hondo y llamó desde el teléfono público a Borderau, un contacto que tenía en la DST. Con la DST siempre había que utilizar el teléfono público. Podían localizar las llamadas en un plazo de tres minutos.

Borderau contestó al primer timbre de llamada.

—Unidad 813.

—Soy Aimée Leduc. Tengo algo que quizá te gustaría ver.

—Siempre me interesan tus regalitos —dijo Borderau—. Dentro de veinte minutos en mi sitio favorito.

Echó un vistazo rápido a su reloj de Tintín: tendría que darse prisa.

—Que sean veinticinco —y colgó.

* * *

Veinticinco minutos más tarde saludó con la cabeza a Borderau, que la estaba esperando detrás de la verja de las oficinas de la Archidiócesis de Paría, un edificio del siglo XVII situado a un bloque de distancia del Ministerio del Interior donde trabajaba. Algún día, si llegaba a conocerlo mejor, le preguntaría por qué no trabajaba en la DST de la rue Nélaton. No parecía tener más de treinta años, aunque había pasado de los cuarenta. El pelo corto a cepillo de Borderau brillaba con las gotas de lluvia. Lo había conocido haciendo largos en la piscina de Reully cuando su busca sumergible se quedó atascado en el filtro y ella lo había recuperado. El número mostraba un acceso ministerial. Ella supo de inmediato que trabajaba en los servicios de inteligencia y en un puesto elevado si tenía que llevar el busca a la piscina. Resultaba útil conocer a este hombre. Y no estaba nada mal en su Speedo.

Un haz de luz cruzó la entrada de piedra cuando el portero, un hombre encorvado con pelo grisáceo, abrió la alta puerta de madera.

—*Entrez, monsieur* —dijo.

Borderau asintió. Juntos pasaron al vestíbulo rodeado de bajorrelieves y que estaba impregnado de un olor que ella recordaba, el olor típico de una escuela católica, por lo menos durante los dos años que había asistido a una de ellas. Un ambiente que asociaba con tapices que colgaban en salas de altos techos, la estampida de los alumnos en las escaleras de madera similar a la del ganado y las monjas que vestían el hábito completo y cuyas tocas les impedían toda visión periférica.

El portero desapareció. Ella sacó el diagrama de su bolso, se arrodilló, lo desdobló y lo extendió sobre el suelo de parqué encerado.

—Encontraron esto en el contenedor de una obra —dijo—. No puedo avalar su autenticidad ni nada por el estilo. Asesinaron a un *flic* el lunes por la noche en un tejado cercano.

—Está seco —dijo Borderau al tiempo que sus ojos echaban un rápido vistazo al diagrama—. ¿Estaba en el fondo?

—Esa es la información que tengo —repuso ella—. Según mi plano, corresponde a la *Mairié* en el distrito 18.

Él no llegó a silbar, pero ella pensó que le quedaron ganas.

—Creo que tiene relación con el asesinato del *flic* y con el ajusticiamiento de Zette, el dueño corso de un bar, en la rue Ronsard. Hicieron que pareciera un asesinato de la *vendetta*, pero yo creo que tienen relación.

Borderau no hizo ningún tipo de gesto. A ella le sorprendió su economía de movimientos.

—Y ¿en que se basa tu razonamiento?

—El policía muerto metía horas para Zette de vez en cuando —dijo ella—. Demasiada coincidencia, creo. Ahora tengo algunas preguntas para ti, ¿de acuerdo?

Él asintió, con los ojos todavía puestos en el diagrama.

—¿Tuvo lugar el ataque?

—Casi. El domingo por la noche. Fue abortado y se desactivaron las bombas.

La noche antes del asesinato de Jacques, una amenaza de bomba fallida.

—¿Se relacionó con la Armata Corsa?

—Eso se dice —dijo él levantándose, doblando el plano y deslizándolo en el bolsillo de su abrigo—, pero no teníamos pruebas. ¿Cuál es tu fuente?

—Yann Marant, un programador, tiró basura en un contenedor demasiado lleno cerca del número 18 de la rue André Antoine. Cuando se salió la basura intentó empujarla hacia adentro y encontró esto.

—*Merci*.

Incluso si ya no tiene validez inmediata, tenía que servir para algo.

—¿Hay algo interesante sobre Córcega que debiera saber?

Él levantó sus cejas rubias.

—¿Aparte de mafiosos disfrazados de Armata Corsa que usan armas de Europa del Este para robar furgonetas blindadas con documentos delicados? ¿Y de una

filtración de datos codificados de Orejas Grandes? —sonrió—. No, no creo.

Ella devolvió la sonrisa.

—Una filtración de datos codificados... ¿A qué te refieres?

—Tú espera a ver. Y olvida lo que te he contado —se levantó—. No te he visto en la piscina esta semana.

—Tengo mucho trabajo.

En el metro intentó buscar un sentido a todo ello: documentos delicados, una filtración de datos codificados, una amenaza de bomba fallida que se rumoreaba estaba relacionada con los cursos... Las implicaciones la corroían por dentro. Un asesinato en lo alto de un tejado en medio de una ventisca, Laure acusada y en coma. Los acontecimientos se sucedían en una espiral fuera de control.

Jueves, por la mañana

Trazos de la primera luz de la mañana se filtraban a través de la bruma que envolvía el pont Marie. Aimée deslizó el jersey de invierno de tela de cuadros de *Miles Davis* a través de las patas traseras, lo aposentó en la cesta de metal de su bicicleta y pedaleó a través de la niebla hasta Leduc Detective. Como se sentía culpable por haber estado ausente de nuevo, lo había arreglado para que Marcel, el veterano de la guerra de Argelia que solo tenía un brazo y que regentaba el quiosco de la rue du Louvre, se ocupara de él durante unos días.

En la oficina encendió la máquina de café y se preparó un fuerte café negro doble. Esperaba tener respuesta de alguno de los tres clubes en los que había dejado mensajes para Lucien Sarti. Con un poco de suerte, lo encontraría y descubriría su relación con la Armata Corsa y por qué se había marchado de la fiesta de Conari antes de ser interrogado por la policía. Tenía la impresión de que había visto el asesinato de Jacques y tenía alguna relación con él o con el diagrama que había encontrado Yann. O con algo peor.

Mientras tanto, abrió completamente las contraventanas para dejar entrar el húmedo aire gris de la rue du Louvre junto al olor a mantequilla que emanaba de la cercana *boulangerie*. Puso una cinta de música *trance-tecno* que le había comprado a un *discjockey* la noche anterior. Emotiva y con un ritmo constante. Encendió el ordenador y buscó en Internet información sobre la filtración de datos codificados que había mencionado Borderau y sobre todo lo que pudiera averiguar sobre Orejas Grandes.

Lo que encontró fue Gran Hermano, el alias del Echelon de los EE. UU. y de Gran Bretaña, las grandes orejas de las escuchas.

Pensó que sonaba anticuado, de la época de la Guerra Fría, algo así como historia antigua.

Pero según indagó más, descubrió todo lo contrario. De acuerdo con la NSA, la Agencia para la Seguridad Nacional con sede en los Estados Unidos, Echelon era responsable de la interceptación de señales internacionales; todo tipo de tráfico, desde las líneas telefónicas, hasta los correos electrónicos y faxes enviados por líneas terrestres o por teléfonos móviles.

Algo más que impresionante.

La red Echelon operaba con un sistema de filtros que utilizaba bancos de poderosos ordenadores programados para reconocer palabras clave en varias lenguas e interceptar mensajes que contienen esas palabras para su grabación y posterior análisis. Todo ello desde un satélite Helios-1A que emitía a antenas terrestres, de cable y parabólicas.

Sabía que el Helios-1A sacaba fotos de alta definición para la vigilancia: asuntos de espionaje. ¿Cómo funcionaba? Buscando más, encontró una página militar francesa. Lo que vio la hizo incorporarse en la silla. Francia tenía su propia versión del Echelon: «Orejas Grandes», llamado también «Franchelon». Buscó durante veinte minutos hasta que descubrió un corto artículo en *Le Nouvel Observateur*, de tendencia izquierdista, y que indicaba que Franchelon tenía capacidad para procesar dos millones de llamadas de teléfono, faxes y correos electrónicos al mes. O más. Se rumoreaba que era incluso capaz de seguir el rastro a cuentas bancarias privadas.

Sonó el teléfono.

—Leduc Detective —dijo.

—*Bonjour*, llamo de Varnet y estamos interesados en su propuesta. ¿Podría responderme a unas preguntas?

Cambió de chip mientras rebuscaba en la pila de papeles sobre su escritorio.

—Por supuesto. Aquí mismo tengo su propuesta y estoy encantada de poder ayudarle.

Pasó la siguiente media hora guiando al director de Varnet por la propuesta de Leduc, aclarando información sobre el servicio de seguridad informática que ofrecían. Y las dos horas siguientes ejecutando los programas pendientes en su portátil. Para cuando apareció René llevaba tres horas trabajando y había actualizado todas las cuentas de la base de datos.

—Estamos al día, René —dijo—. ¡Hemos pagado la renta y tenemos veintitrés francos en el banco! ¿Qué tal eso con respecto a tener saldo?

—Por lo menos Saj trabajará a cambio de comida —dijo René mientras colgaba el abrigo de pelo de camello en el perchero.

Saj, de la Academia Hacktaviste donde daba clases René, hacía labores de pirata informático para ellos a tiempo parcial.

—Esto servirá de ayuda —dijo poniendo sobre la mesa un cheque de Cereus.

Estupendo. Gracias a Dios, servía para pagar la nómina de René. Si sus clientes pagaran a tiempo, tendrían seis cifras para unirse a los 23 francos, pero eso sería un milagro.

—Varnet está interesado; creo que tenemos un nuevo cliente.

En lugar de parecer aliviado, René parecía preocupado.

—¿Qué ocurre, René?

—Ni rastro de Paul o de su madre en su apartamento. Lo comprobé ayer dos veces y también por la noche.

La invadió un presentimiento.

—¿Se han largado?

—Es difícil saberlo.

—Necesitamos su declaración. La autopsia encontró una bala, pero tu amiguito Paul vio otro disparo. Pero para que él falte a la escuela...

—¡Paul tiene nueve años, se encuentra solo y su madre es alcohólica! —dijo—

¿Dónde irían?

—Los buscaremos hasta que demos con ellos —dijo ella—. Rescata tu traje de Toulouse-Lautrec.

—Él sabe que no soy Toulouse-Lautrec, Aimée.

—Pero nuestra prioridad es revisar los hallazgos del laboratorio sobre los residuos de pólvora encontrados en las manos de Laure. Ahora mismo tengo que acorralar a *Maître Delambre*. Tengo que averiguar lo que contiene el informe.

René puso los ojos en blanco.

—Tengo que hacer esto por Laure. ¿Estás conmigo en esto, socio?

—Si lo hacemos juntos... —repuso él.

Ella posó la vista sobre el plano del metro de París pegado a la pared de la oficina. Los colores naranja y rosa demarcaban las viejas formaciones de piedra caliza en los distritos 18 y 14. Sacó su teléfono móvil y trató de arreglar la antena rota.

René torció la boca.

—Ese es el tercer teléfono en...

—Es que tiene espejo.

—¡Ya estamos! ¡Vaya con la pija!

—Mira, ayer por la noche hablé con la prostituta en ese barrio. Según ella, hay un corso que entra regularmente en ese edificio. —Señaló el diagrama que había hecho—. Es un grosero, y a ella no le gusta. Vio a ese corso hablar con Jacques en el bar de Zette. Tiene que haber alguna relación.

—¿Alguna relación? Probablemente te estaba contando lo que creía que querías oír.

Ella se encogió de hombros.

—Y creo que Sarti, el músico, el que fue a la fiesta de Conari y se marchó antes de ser interrogado, sabe algo.

—Sospechas, ideas. Eso es todo lo que tienes —dijo René.

Aimée se quedó mirando el mapa de la pared, las formaciones de caliza de Montmartre de color naranja y con forma de riñón que se extendían por la zona.

—Sarti estaba justo aquí, yo lo vi. —Señaló el lugar perdida en sus pensamientos, tratando de encontrar un sentido—. Sin embargo, el diagrama que encontró Marant...

—¿Marant? ¿El analista de sistemas de la fiesta de Conari? —interrumpió René. Aimée asintió.

—Buena memoria, René. Es el consultor de la empresa de Conari. Encontró un diagrama, como un plano, en un contenedor cercano.

—¿Desde cuando los analistas de sistemas trabajan con contratistas? —René cogió un pañuelo de hilo con sus iniciales, RF, bordadas en el borde, y se sonó la nariz—. ¡La forma más segura de coger un catarro: salir del metro y meterte en una oficina caliente! —Se sonó la nariz de nuevo—. La empresa de Conari tendrá contratos con el Gobierno.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tener un analista de sistemas es uno de los requisitos para trabajar con el Gobierno. Míralo en las especificaciones. Nosotros también necesitaríamos uno si trabajáramos con ellos.

—¡René! ¿No estarás sugiriendo que tiremos por esa línea?

Antes de que pudiera contestar, ella señaló las pilas de papel sobre su mesa.

—Mira, sí que tenemos trabajo, y tendremos más de los estudios que hemos preparado. Ya sabes que nuestro problema son los clientes descuidados que tardan siglos en pagar. —Era notorio que las empresas retrasaban el pago a los trabajadores independientes.

—Pues o cobramos o tenemos que solicitar una *créance* —dijo René—, lo cual conlleva otro tipo de problema.

Sabía demasiado bien que una *créance*, un préstamo hecho por el banco contra el aval de los pagos a recibir por el solicitante más un diez por ciento de comisión, predeciría problemas. Cuando el banco cobraba, las empresas se darían cuenta y eso reflejaría las dificultades financieras de Leduc Detective.

—Es verdad, René, pero todavía no hemos llegado a ese extremo.

No exactamente. Tomó aire y contó hasta cinco. Tenían que volver al asunto. Dibujó rápidamente un esquema que reproducía el que había entregado a Borderau.

—Mira lo que mostraba el diagrama de Yann. Supuestamente, los separatistas corsos colocaron las bombas aquí, en la *Mairie*, donde está marcado con las «X».

René se quedó con la boca abierta.

—¿Las bombas?

—Las desactivaron antes de que pudieran explotar. Mi contacto en la DST me lo ha confirmado. ¿Qué pasa si Jacques tenía un confidente que sabía lo del plan o...?

—¿Cuándo las desactivaron?

—El domingo por la noche.

—Mataron a Jacques el lunes por la noche —dijo René—. Buen intento.

Desanimada, Aimée se quedó mirando el mapa mientras hacía un esfuerzo por pensar.

—Correcto. —No se rendiría tan fácilmente—. Supongamos que Jacques sabía de la existencia de un plan terrorista de reserva y se encontró con el confidente para tratar de averiguar el siguiente objetivo. Mi contacto en la DST también mencionó una filtración de datos codificados —dijo—. Supón que existe una relación.

—Los *flics* no se tragan las suposiciones —repuso René.

Aimée asintió.

—He estado investigando sobre Orejas Grandes y fugas de datos codificados y me he encontrado con Franchelon. ¿Me ayudas?

—Dile a Saj —dijo René—. El año pasado diseñó esos «asquerosos pequeños códigos», como los llamó el ministro, para reinstalar la seguridad en la estafa del Bankverein Swiss. ¿Te acuerdas?

El Bankverein Swiss había perdido millones de francos debido a los piratas informáticos, pero lo había mantenido en silencio para evitar el pánico entre sus clientes y lo había cubierto con sus reservas. Una simple dentellada en los considerables activos del banco, tal y como concluyeron los analistas financieros.

Llamaría a Saj más tarde.

René cogió la carpeta con la información sobre Varnet.

—¿Te parece que les haga una visita?

—¿Antes de que cambien de opinión? Buena idea. Llévate este formulario de contrato y consigue que firmen. —Se detuvo un momento—. ¿Qué ha ocurrido con la cita que tenías?

Él miró hacia otro lado.

—Eso me corresponde a mí saberlo y a ti averiguarlo. Mientras tanto, aquí está la notificación de la devolución de Hacienda. ¡Por fin!

—¡Bravo, René!

Él conseguía sorprenderla continuamente. Les había costado un año y la tenaz determinación de René de ocuparse del papeleo emitido por una serie de oficinas para obtener su devolución.

—No lo celebres todavía. Ahora tengo que ponerme en contacto con el funcionario que reparte las devoluciones. Ha estado fuera con problemas de vesícula, pero ahora podremos pagar los portátiles nuevos que necesitamos.

Ella se levantó y lo abrazó, notando el orgullo en su mirada y el rosa de sus mejillas antes de que se diera la vuelta. ¿Se estaba sonrojando René?

—Consigue esa devolución, socio, y ya los tienes. Y más. Puedes impresionar a tu chica.

—Entonces mejor que me vaya ya —dijo René alcanzando su abrigo.

—Yo también.

Afuera en el pasillo se dio cuenta de que se había olvidado de pasar por la asesoría contable de al lado para recoger un sobre que, según el albarán, habían dejado allí.

—Vete yendo, René.

—¿Qué tal, Diza? —dijo Aimée a la recepcionista—. ¿Algo para mí?

Diza llevaba una falda estrecha verde de lana, camisa de seda floreada y chaqueta de imitación de agnés b y hacía esfuerzos por mantener en equilibrio una bandeja con cafés de la cafetería de abajo. Aunque tenía cuarenta y tantos años, vestía de forma juvenil y lo llevaba bien. Por lo menos la mayoría de las veces.

—Encima de mi mesa, *mademoiselle* Aimée —dijo sonriendo—. Es la hora del café de los chicos.

Ninguno de los «chicos» de los que hablaba tenía menos de sesenta años.

Aimée abrió un sobre de papel manila con su nombre impreso en letras mayúsculas. Se desprendieron varias fotografías granuladas en blanco y negro, del tipo de las que se hacen por la noche con un teleobjetivo a larga distancia. Mostraban

a dos mujeres de pie en la calle. Miró con más atención y reconoció que eran Cloclo y ella misma conversando. Sintió que se le revolvía el estómago. Otras dos fotos mostraban a René con una mujer con pelo pincho. ¿Sería ella o...?

—¡Qué foto más bonita con *monsieur* René! —observó Diza mirando por encima de su hombro—. Se estaban ustedes divirtiendo. Eso está bien. Es agradable ver a *monsieur* René sonreír.

—*Alors*, Diza, no soy yo.

—Es exactamente igual que usted, *mademoiselle* Aimée —dijo Diza.

—Y que lo digas, Diza —repuso Aimée pasmada. Con el pelo pincho, tacones y todo: Magali, la nueva chica de René, ¡se parecía a ella!

—Diza, ¿cómo ha llegado este sobre?

—Por mensajero. Ya sabe, esos que van como locos en las motos. Uno casi me atropella ayer.

—¿Podrías describirlo?

Diza sonrió.

—Veamos: gorra negra, plumífero, ya sabe de esos que se abultan, y vaqueros. Como todos.

—¿Tenía los dientes amarillos?

—Pensándolo bien —dijo ella echando un azucarillo en uno de los cafés—, sí.

¡El tipo de la cabina que la había perseguido por el *Marché Saint Pierre*! Las fotos querían decir: «Sabemos quién eres y te estamos vigilando».

Aimée bajó corriendo por las escaleras a la *rue du Louvre* resbaladiza por la lluvia. Alcanzó a René antes de que se metiera en un taxi que esperaba en el bordillo.

—René, mira estas fotos. Nos están vigilando.

René puso su maletín en el asiento del taxi y las pasó con el dedo, con una tensa sonrisa en el rostro.

—No sabía que los acosadores también fueran detrás de los hombres.

* * *

Aimée daba unos pasos atrás y adelante en el cavernoso juzgado de suelos de mármol. Estaba lleno de abogados que pasaban a toda prisa arrastrando las togas negras y de acusados que mantenían una conversación; el olor a piedra fría y lana mojada permanecía en los rincones. Echó un vistazo a través de la ventana ovalada de la puerta de roble de la sala de juicio. En el estrado —más roble— se sentaban cuatro jueces con toga. Una de ellos estaba recostada con los ojos cerrados.

Un minuto más tarde apareció por la puerta *Maître* Delambre. Tenía la mejilla hinchada y los brazos llenos de informes. Por lo que parecía, había sobrevivido a la silla del dentista.

Hizo una mueca cuando la vio.

—Esos *mecs* todavía me siguen —dijo ella haciendo un esfuerzo por mantener la

calma.

—Ocúpese mejor de sus asuntos, *mademoiselle* Leduc. Algo difícil para usted, seguro —dijo cambiando de brazo el montón de informes—. El caso de Laure parece estar abierto y cerrado. Culpable.

—¿Qué quiere decir? ¡Ni siquiera tiene el informe del laboratorio!

—Ha llegado esta mañana —la interrumpió y sacó una hoja de papel—. El informe confirma el hallazgo preliminar de residuo de pólvora en sus manos. Sin embargo, ni rastro en las suyas.

No tenía sentido. ¿Cómo podía Laure haberlo hecho? ¿Por qué?

—¿A qué se ha debido el retraso? —Estaba pensando rápido—. ¿No indicaría eso algún error o algún problema con el procedimiento? ¿Puedo ver el informe?

Él se lo entregó.

—Según el laboratorio, han tenido una incidencia de casos inusualmente alta. Un montón de trabajo atrasado. Pero los resultados de la prueba son claros e incriminatorios.

Ella miró el informe rápidamente, negando con la cabeza.

—¿Esto es todo?

—Está todo escrito, ¿qué más quiere?

Ella lo miró con más atención.

—Aquí dice que enviarán el análisis detallado del laboratorio. ¿Dónde está?

Maître Delambre dejó escapar un suspiro de desagrado y se puso a registrar su maletín.

—*Ummm*, porcentajes y la composición de metal y elementos. *Voilà*.

Aimée estudió el papel y comprobó las cifras. Su mente daba vueltas a toda velocidad.

—El residuo de pólvora se compone de plomo, bario y antimonio.

—Así que usted también es una experta en esto —dijo *Maître* Delambre—. *Mademoiselle* Leduc la de los muchos talentos.

—Tengo una pistola, con licencia, por supuesto —repuso ella—. Todas las balas contienen plomo, bario y antimonio —dijo señalando una de las columnas de cifras— pero pocas balas contienen esto.

—¿La experta ha encontrado un problema? —dijo él inclinándose por encima de su hombro.

Ella ignoró el sarcasmo.

—Una proporción muy alta de estaño. Noventa y ocho por ciento. Esto no es normal —dijo ella—. ¿Tiene copia de este informe?

Le entregó una y ella la estudió.

—Exija una nueva prueba. ¡Estos hallazgos del laboratorio son cruciales!

Maître Delambre se pasó los dedos por su ralo cabello.

—Mire, lo siento. El laboratorio ha realizado su labor, que es mostrar la presencia o la ausencia de residuos de pólvora. De aquí se ha demostrado sin ninguna duda la

presencia de residuos. Por lo que respecta a los *flics*, y debo mostrarme de acuerdo, esto indica que ella disparó la pistola que mató a su compañero. Asuntos Internos tiene un caso abierto y cerrado. No puedo ayudarla.

Algo iba mal.

—Eso no es del todo correcto. Nada tiene sentido a no ser que sufriera una encerrona —dijo Aimée—. Los restos de pólvora tienen que ser de otra pistola, una con un alto contenido de estaño en su munición.

—Un asunto interesante, pero discutible.

—Pregúntese esto: podría haberse ocupado de su compañero mucho más fácilmente y haberlo hecho parecer un accidente, así que ¿quién le tendió la trampa y por qué?

—Tal y como yo lo veo, el asunto ha concluido —le dijo él—. Discutió con su compañero en presencia de un bar lleno de testigos. Asuntos Internos le dio la posibilidad de trabajar conmigo, un abogado externo, una cortesía inédita, pero a la luz de la evidencia, se van a ocupar ellos. Lo que tenían que haber hecho desde el principio. Alguien tocó las teclas necesarias para conseguir que la defendiera alguien de fuera, pero ahora esto es un asunto interno de la policía, no mío.

Así que Morbier había tratado de ayudar a Laure.

—Por favor, exija que se realice otra prueba de laboratorio en su presencia. Pregunte sobre el alto contenido de estaño del residuo. Dudo que alguien haya sido condenado basándose solo en la evidencia de los restos de pólvora. Averiguelo. No querrá perder uno de sus primeros casos, ¿verdad?

Él se balanceaba sobre los tacones de sus relucientes zapatos negros.

—La munición del arma de un *flic* se compone de tres elementos. No hay estaño. Cualquier *flic* puede decirle eso. Tiene que pedir otra prueba y comparar los resultados con los de una bala disparada por una Manhurin.

—Ya sé que es su amiga, pero me temo que...

—Delambre, ¡vaya un golpe para usted! —dijo ella—. Lo que parecía ser un caso cerrado se vuelve del revés gracias a un abogado que insiste en un exhaustivo análisis de balística. Se ganaría usted su reputación.

Él pestañeó y ella dedujo que no había pensado en ello.

—Les enseñaría un par de cosas a esos tipos de la vieja escuela —continuó—. La Proc siempre anda buscando nuevas personas ambiciosas para su equipo, créame.

Ella no lo sabía con toda seguridad, pero se figuró que sonaba bien.

Él vaciló.

—El laboratorio lo lleva Boris Viard. Es bueno, hable con él. —Casi había convencido a Delambre, podía olerlo—. ¿Qué tiene que perder más que un caso que, de todos modos, nadie piensa que va a ganar? Intente hablar con Viard.

—Deje que lo piense —respondió él.

—¿Ha utilizado los informes policiales que encontré?

—Según el Código Civil, pertenecen al informe de mi cliente —dijo—, artículo...

Bueno, eso son legalismos. Tiene razón, pero su aparición causó sorpresa en algunos sectores.

Ella apretó las manos dentro de los bolsillos sintiendo la ausencia del anillo de Guy.

—¿En cuáles?

—Vamos a hablar ahí —dijo él señalando un lugar detrás de una columna.

Sentía las corrientes de aire como latigazos a través de sus medias negras. Sintió un escalofrío y deseó que el frío del suelo de piedra no le subiera por las piernas.

—Los de Asuntos Internos mostraron una cierta consternación, pero callaron pronto —dijo *Maître* Delambre torciendo la cabeza hacia un lado.

—¿Se mostraron sorprendidos o consternados?

Él sonrió.

—Bueno, ya que yo no había percibido antes su existencia, tal y como informé al inspector, elogí al departamento por su eficacia al ponerme al día.

Después de todo, no estaba tan verde.

—¿No es Ludovic Jubert el jefe de Asuntos Internos ahora? —preguntó ella, expresando una corazonada.

Maître Delambre se paró y movió la cabeza.

—No, pero me suena el nombre.

Ella había comprobado varias secciones de la RG^[9] y del directorio del ministerio, pero ninguna de ellas ofrecía un listado con los nombres de los agentes. Cada vez que lo había intentado se había encontrado en un callejón sin salida.

—Estoy convencida de que esa noche dispararon otra pistola. —Un magistrado con la toga negra dio unas palmadas en el hombro a Delambre al pasar—. Tenemos un testigo —le dijo al abogado.

—Entonces ese testigo tiene que presentarse. —Hizo un movimiento negativo con la cabeza—. De todos modos, como los restos de pólvora se encontraron en sus manos, no sé hasta qué punto puede ser efectivo ese testimonio para la investigación de Asuntos Internos.

La invadió el pánico.

—El testigo es un niño, todavía va a la escuela.

—Los menores pueden ser citados a declarar de acuerdo con la ley.

—Espere —dijo ella—, vendrá *motu proprio*.

—Y ayudaría encontrar una segunda pistola —repuso Delambre.

Claro que sí, y también conocer la identidad de los hombres que estaban en el tejado.

—Estoy trabajando en ello.

—Es hora de mi próximo juicio, lo siento —dijo él metiendo el montón de archivos en el maletín.

—Por favor, llame al laboratorio para solicitar otra prueba. Solo le llevará una llamada.

Él se frotó la mejilla e hizo un gesto de dolor.

—Ya he arriesgado bastante el pescuezo —dijo comprobando su reloj—. Me está esperando el siguiente cliente, lo siento.

Desilusionada, palpó las llaves de la oficina en el bolsillo e hizo un gesto con la cabeza.

—Yo también.

Tendría que hacerlo todo por su cuenta.

Jueves, a última hora de la tarde

Si existía otra bala, tenía que encontrarla. De vuelta en la oficina, localizó su buzo en el armario y lo metió de cualquier manera en su bolsa junto con una caja de herramientas. Para cuando alcanzó el edificio de la rue André Antoine, tenía la aprensión bajo control y había preparado una historia. Habían tomado la foto en la que aparecía con Cloclo justo fuera de este edificio. Tenía que olvidarse de eso. Ahora no había ni rastro de Cloclo.

—Otra vez usted —dijo la portera mientras barría el frío portal. Hoy llevaba puesto un vestido de estar por casa con una bata de color azul por encima, pero todavía llevaba las botas de lluvia—. La policía ha precintado la entrada al piso y no se permite el acceso.

—Tiene razón —dijo Aimée. Mostró a la portera una orden de trabajo que había impreso ella misma—. Esta vez es la claraboya. ¿Le importaría dejarme trabajar? Tengo a mi compañero enfermo y tengo que hacer otras tres salidas.

En la garita de la portera se oyó ladrar a un perro.

—Déjeme ver. —Leyó la orden de trabajo—. Ya vinieron unos hombres ayer para hacer esto. Tuve que volver a pasar la aspiradora, trabajé el doble. Ha hecho el viaje en balde, un error.

¿Habrían sido los asesinos buscando una bala? ¿O los cerrajeros de verdad?

—¿Louis y Antoine? —preguntó a la portera.

—¿Eh? No los conozco por el nombre, con todos los obreros que se pasean por aquí, *mademoiselle*.

—¿Un tipo con pelo blanco decolorado?

La portera frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¡Ah!, entonces es Antoine. ¿Llevaba una gorra negra, plumífero y tenía los dientes feos?

—No estoy segura —respondió ella—. Compruébelo con su empresa, pero ya le digo que ya han hecho el trabajo. —El perro ladraba más fuerte y arañaba la puerta cerrada de la garita—. Si no le importa...

—*Madame*, usted tuvo que oír cómo se rompía la claraboya esa noche.

—Ya he contestado suficientes preguntas. Como dije a los *flics*, había una tormenta.

Para ser una portera cotilla, no se había fijado demasiado.

—Aquí mismo dice que hay que arreglar la claraboya de la parte de atrás del tercer piso —dijo Aimée sosteniendo el impreso—. Lo menos que puede hacer es dejar que lo compruebe.

La portera mandó callar al perro, apoyó la escoba en la pared y posó las manos sobre sus amplias caderas.

—Menos humos, *mademoiselle*, solo hago mi trabajo.

—Lo mismo digo —dijo Aimée—. Entiendo que no tendrá ningún problema en que suba para mirar si la claraboya trasera está arreglada mientras usted da de comer a su perro. Está que se sube por las paredes del hambre que tiene.

Echa la culpa al perro, a ver si funciona.

—Ya que insiste... —Una expresión de culpabilidad cruzó el rostro de la portera. Aimée se abrió paso a su lado.

—Perdone.

Tenía que hacerlo rápido. En el tercer piso posó sobre el suelo la caja de herramientas. ¿Y si esos tipos ya habían encontrado la bala? Si eran los que dispararon, ya habría desaparecido. Pero si solo eran unos matones contratados, como esperaba, tenía una posibilidad. Habrían estado buscando exactamente igual que ella. Igual no habían tenido suerte, e igual ella sí la tenía.

Solo había una manera de averiguarlo.

El techo estaba rodeado por un friso de rosas y hojas esculpidas que se mostraba grueso bajo las capas de pintura que había recibido años tras año. Cerca de la claraboya había un banco de carpintero y listones de madera. Estaban rehabilitando todas las viviendas del piso y la puerta de la que estaba vacía ahora se encontraba precintada por un sello de la policía de cera roja. Un lugar perfecto para una reunión secreta. Sin embargo, Jacques había sido atraído hasta el tejado.

Con ambas manos arrastró el banco bajo la claraboya, trepó sobre él, se estiró y palpó, buscando el pasador.

Abajo, el perro ladraba más fuerte. Podía oír la voz de la portera que hablaba con alguien por teléfono y luego sus pasos que subían por las escaleras.

Aimée giró el pestillo y empujó con ambas manos. La pesada claraboya se abrió unos pocos centímetros. El viento entró formando remolinos y arrastrando gravilla y porquería, golpeándole la cara. Pegó otro empujón y la claraboya se abrió hacia atrás abriéndose hacia el cielo.

Extendió los brazos, se sostuvo con los codos sobre el marco, se dio impulso y balanceó las caderas para pasar por la abertura.

Se impulsó hasta el tejado, cubierto ahora por una capa de grisácea nieve sucia. La zona llana del tejado parecía mucho más pequeña a la luz de la tarde. Las tejas de pizarra ascendían y miraban hacia todas las direcciones, como si fueran los bloques de construcción de los niños. Desde el tejado se veía la calle y el edificio donde ella se imaginaba que vivía Paul. Tuvo que haber tenido una visión perfecta. El alto tejado de la iglesia bloqueaba la visibilidad desde cualquier otro ángulo. No era de extrañar que no se hubieran presentado otros testigos.

Y ahí estaba ella, trepando por el tejado aunque se había prometido que nunca jamás. Pero tenía que encontrar la otra bala. Tenía que mantener la mirada fija hacia el frente. Y no mirar hacia abajo.

Perdió pie y se agarró a una tubería de metal. Cerró los ojos, inspiró y expiró. Sus

dedos rasparon el áspero metal frío y parecía que el corazón se le iba a escapar del pecho. Inspiró y expiró de nuevo, concentrándose en la respiración e imaginándose una luz blanca, tal y como le habían enseñado en las sesiones en el templo Cao Dai, a la vez que trataba de ignorar el fuerte viento.

Repitió el ejercicio diez veces hasta que sintió un hormigueo de frío en la nariz. Abrió los ojos, más tranquila, e intentó visualizar aquel lunes por la noche: el viento cortante, la ventisca y el lugar donde yacía el cuerpo de Jacques.

Se abrió paso lentamente sobre las tejas hasta la alta chimenea que había trepado con Sebastian, se estiró y encontró el lugar que recordaba. Pasó las manos sobre el áspero estuco que se desconchaba al tocarlo. No iba bien, el lugar que ella había palpado era suave. Se deslizó apoyándose en la chimenea hasta la parte trasera agarrándose fuertemente a la cornisa con una mano mientras con la otra recorría la superficie de la pared.

Aimée sintió que sus dedos se encontraban con un entrante circular, del tamaño de la punta de su meñique. Respiraba agitadamente al tiempo que se intentaba mover. A sus pies se encontraba el canalón atascado por las hojas y luego, varios pisos más abajo, la calle. Su frente estaba cubierta de sudor. Sacó su linterna y vio los restos de pólvora dejados por el disparo en medio de excrementos de paloma blancos grisáceos.

—*Mademoiselle*, baje por favor. —La voz de la portera la acuciaba a través del viento.

¿Habría subido la portera y sacado la cabeza por la claraboya? ¿No tendría nada mejor que hacer?

—*Un moment*, se me ha caído la bolsa de herramientas —gritó Aimée.

La linterna dejaba ver la parte roma dorada de una bala incrustada.

—Se ha confundido, *mademoiselle* —dijo la portera—. ¿Qué está haciendo ahí arriba?

Exasperada, Aimée emitió un bufido y sintió que el sudor le corría por la frente.

—*Madame*, vuelva abajo. Voy dentro de un momento.

—En su oficina me han dicho...

—*Madame, attention*, es peligroso. No suba.

Aimée oyó que se cerraba la claraboya. No había tiempo que perder. Necesitaba extraer la bala antes de que la portera volviera con los *flics*. Sintió que perdía pie y se abrazó a la pared, aterrorizada. Del tejado se desprendieron trocitos de gravilla y miró hacia abajo. Podía escuchar las bocinas y los gritos.

La gravilla cayó sobre un camión que estaba parado en la calle.

Un grave error. No tenía que haber mirado hacia abajo. La invadió un miedo paralizante.

Concentración. Tenía que apartarlo todo a un lado y concentrarse.

Cogió el minidestornillador de su caja de herramientas, raspó la piedra que rodeaba la bala y la extrajo con un rápido giro. Tomó la bala, la metió en una bolsita

de plástico y la puso en el bolsillo. Temblando y apoyándose contra la pared, encontró la forma de bajar.

Para cuando regresó a la claraboya, la abrió y se deslizó de nuevo al pasillo de debajo, le habían dejado de temblar las manos.

Echó mano de su bolsa, empujó el banco hasta su sitio y se encontró con la portera en las escaleras.

—*Madame*, ya está todo listo —dijo—. Ya me marcho.

—Ya lo he comprobado con los cerrajeros; esa mujer no tenía ningún registro.

—¡Esquizofrénica! Esa mujer nueva es esquizofrénica. —*Aimée* salió a toda prisa —. Supongo que tengo la tarde libre.

* * *

Desde la estación de metro llamó a Viard al Laboratorio Central de la *préfecture de police* y quedaron en verse. Intentando controlar su nerviosismo, corrió durante todo el trayecto hasta el laboratorio de la policía situado cerca del *parc Georges Brassens*. En el edificio del ladrillo rojizo se repuso y mostró su identificación policial, una versión actualizada que había hecho a partir del carné de su padre.

Encontró a Viard en la galería de tiro del sótano. De un cable colgaban figuras negras recortadas sobre papel blanco. Por los impactos en los estómagos y los corazones de las figuras, dedujo que practicaba todos los días.

—No está mal —dijo—. ¿Sabes lo que dicen los de inmigración?

—¿Qué nuestros objetivos negros difieren de los suyos blancos, lo que demuestra nuestras prioridades?

—Tú lo has dicho, no yo —dijo sonriendo—. Tengo un rompecabezas para ti.

—Que sea interesante —dijo Viard devolviendo a un cajón la SIG Sauer automática y quitándose las gafas de seguridad y las orejeras. Llevaba el laboratorio de balística, y le debía una a *Aimée*. Ella le había presentado a Michou, el vecino de piso de René, un travestí que trabajaba en un club de Les Halles. El mes pasado Michou y Viard habían celebrado seis meses juntos, todo un récord para él, y habían invitado a *Aimée* y a René a su cena de aniversario.

—¿Sabrías decir si una bala es responsable del residuo de este informe? —Le entregó una copia del informe del laboratorio que había conseguido de *Maître Delambre*—. Viard, fíjate en el noventa y ocho por ciento de contenido de estaño que aparece en esta columna. Cualquiera que haya cargado una Manhurin sabe que esa pistola no dispara balas con un alto contenido en estaño.

—Por supuesto. También veo que los residuos se encontraron en las manos del sujeto —dijo él.

—Hablemos en tu despacho —sugirió *Aimée*.

Su despacho, en el segundo piso, contenía el típico escritorio de metal y estanterías a reventar con libros sobre balística y manuales de pistolas; el suelo estaba

cubierto por una alfombra beis indescriptible. Como contraste, al lado de la ventana con cortinas había unas baldas llenas de orquídeas. De apariencia exquisita y delicada, habían echado raíces en corteza de abeto, turba, perlite y limo. Sus pétalos abarcaban todas las tonalidades del púrpura, desde el lila claro hasta el más profundo, casi índigo. Otras eran amarillas y algunas blancas. Eran como mariposas atrapadas en mitad del vuelo.

—Tienes más orquídeas.

—Las variedades mexicanas y sudamericanas, como estas *Phragmipediums* crecen con fuerza en condiciones de luz indirecta —repuso él mientras las humedecía rociándolas con el agua de una botella.

¿Se ocuparía Viard de sus orquídeas para encontrar la belleza que estaba ausente en su trabajo? Se fijó en que las arrugas alrededor de su boca eran más profundas y su ceño más pronunciado. ¿Le agotaría no haber salido antes del armario?

Sobre su mesa colgaban carteles de exposiciones de pistolas y un espectro en color que mostraba el recorrido de las balas en tamaño aumentado, con forma de arco como si fuera un arco iris.

—No soy de las que apuestan, pero te apuesto un franco que los residuos de ese informe salieron de aquí —dijo Aimée tras sacar la bolsita del bolsillo y balancearla frente a él.

—¿Un franco?

—Arriesgaré una botella de Château Margaux.

Él silbó, incrédulo.

—¿Sabes cuánto cuesta hacer estas pruebas, Aimée?

—Como contribuyente, yo las pago —dijo, negando con la cabeza.

—Tú y unos cuantos más. Escucha, el presupuesto de mi departamento no puede absorber esto. Ni siquiera Asuntos Internos.

¿Sería por eso por lo que Delambre había rechazado la idea? ¿Sabría que no tenían presupuesto para pruebas especiales? ¿Y el procedimiento no lo exigía?

—¿Así que Asuntos Internos corre con los gastos?

—Con la mayoría, solo la prueba básica. El procedimiento habitual, fin de la historia. —Meneó la cabeza mientras seguía humedeciendo las orquídeas—. Ya sabes que si pudiera, te ayudaría. Es imposible, lo siento.

Se le ocurrió algo que quizá funcionara.

—Pero, Viard, el ministerio está involucrado. Junto con Asuntos Internos. ¿No te lo había dicho? —Sabía que de alguna manera tenía que haber alguna conexión. Ahora mismo no sabía cuál. Eso podía esperar—. Había supuesto que lo sabrías.

—¿El Ministerio del Interior? —Se encogió de hombros, posó la botella sobre la mesa y rebuscó en su escritorio—. No he recibido ningún requerimiento o papeleo.

—Vamos a ver, ¿cómo se llamaba el que estaba a cargo? —Se pasó los dedos por el pelo pincho y echó un vistazo a los manuales apilados de la SIG Sauer—. Empieza por J. Jubert, eso es, Ludovic Jubert.

—En ese caso, bueno... —asintió él.

Ella trató de que no se le notara la sorpresa y estaba ansiosa por averiguar en qué departamento trabajaba Jubert.

—Se me ha olvidado en qué división está.

—¿Hay incompatibilidad entre el residuo de bala de una Manhurin y el que se encontró en las manos de la agente? —Viard estaba observando el informe del laboratorio.

—La hay, sí. Por favor, comprueba también que el contenido en estaño de esta bala es compatible con el residuo en las manos de la agente.

Esperaba haber dejado suficientes muestras de residuo en la pared de la que había extraído la bala para que los *flics* pudieran hallarlas más tarde.

—Bueno, si paga el ministerio... —Se le iluminó la mirada y extrajo un impreso de solicitud—. Supongo que, en lugar del requerimiento, podría poner «aprobación en marcha».

—Una idea estupenda.

A pesar de su ansiedad por localizar la situación de Jubert, ahora no tenía que desviar a Viard de su intención de realizar la prueba, o levantar sospechas preguntándole sobre cómo llegar hasta Jubert.

Viard se puso los guantes de látex y le cogió la bolsita. Lo tenía atrapado.

—¿Qué es lo blanco?

—Un regalo de los dioses paloma.

—¡Ah, *merci!* ¡Fascinante! —repuso él sacando las gafas del cajón de su escritorio. Le había cambiado la voz, era más aguda, vibraba con entusiasmo—. Un alto contenido en estaño es la firma de los modelos de Europa del Este que estos días son muy populares en el mercado.

Algo resonó en el fondo de su mente. Las palabras de Borderau. Piensa.

—¿Me estás hablando de las armas de Europa del Este utilizadas por la Armata Corsa?

Podría jurar que casi se frotó las enguantadas manos de alegría.

—Llevo desde la Conferencia de Bucarest del año pasado deseando probar esto. —Miraba fijamente la anodina bala con punta de cobre—. Yo diría que es una marca búlgara, pero deja que haga una prueba que vi hacer en una Sellier-Bellot.

* * *

Por lo menos el departamento de Jubert pagaría la cuenta de las pruebas realizadas en una Sellier-Bellot, lo que quiera que fuera eso. Le gustaba el hecho de que fuera algo caro y de que a Viard casi se le hiciera la boca agua por llevarlo a cabo. En su fuero interno, sentía que podría exculpar a Laure. Y encontrar al culpable.

El tiempo se hacía eterno. Pasarían horas, quizá incluso un día, antes de que Viard

la llamara con los resultados. Mientras tanto, tendría que ocuparse de asuntos que había mantenido apartados.

Salió de la estación de Les Halles y encontró un cibercafé con taburetes de rejilla y las paredes empapeladas con carteles que anunciaban el festival de música étnica de Châtelet. El ritmo monótono de la música *trance* competía con el resoplar del vapor de la máquina de café. Entregó diez francos a una camarera con ojos de corderito, vestida con pantalones de campana con dibujo de cachemir, encontró un ordenador vacío y se conectó. Primero buscó el nombre de Ludovic Jubert en la página del ministerio. Una vez más, no encontró nada.

Era hora de concentrarse en lo que había percibido tras las respuestas dudosas de Zoe Tardou, tras su comportamiento asustadizo. Había tenido intención de volver a hacer una visita a la solitaria medievalista que vivía en un elegante piso *art déco* frente al lugar en el que fue asesinado Jacques.

El tallo de geranio. ¿Habría visto *madame* Tardou el asesinato mientras regaba las flores de la jardinera y no había dicho nada por miedo? Ella había mencionado que oyó que alguien en el tejado mencionaba los nombres de planetas en una lengua distinta. ¿Sería corso? Una anomalía llamó la atención de Aimée: si Zoe era la hijastra del conocido surrealista Max Tardou, ¿por qué había vivido en un orfanato? ¿Cómo cuadraba eso?

«Si te pica, te rascas», solía decir su padre. Tenía que investigar más. Qué mejor sitio para empezar que la Red.

Buscó en Internet por surrealismo y Max Tardou, y encontró un despliegue de páginas. Comenzó a moverse por ellas. Tardou, un famoso pintor, había huido a Portugal durante la Ocupación al principio de la II Guerra Mundial. Para que luego hablara de haber luchado en la Resistencia. Según un sitio surrealista en Internet, Elise, la madre de Zoe, lo había conocido después de la guerra.

Siguió buscando. Encontró fotos de Elise, una de ellas de perfil tomada en un baile dadaísta en Montmartre. Se veía una multitud con turbantes y bombines y con la letra griega *alfa* pintada en la cara. Otra mostraba a Elise en un contraluz, con el pelo rubio recogido sobre la cabeza formando un efecto de halo, los ojos achinados perfilados con *khol* y envuelta en una túnica diseñada por ella misma. Una mujer impactante, reconocida por su poesía dadaísta.

Incapaz de encontrar información más actual, Aimée estaba a punto de dejarlo cuando se dio cuenta de una referencia que mencionaba a Elise Tardou en un documental sobre Lebensborn. *Qué extraño. ¿Sería la misma Elise Tardou?* Lebensborn se refería al programa nazi de granjas de sementales para propagar la raza aria. Había sido establecido en Noruega, Alemania y en la Europa ocupada. En el documental incluso se mencionaba a un miembro de ABBA, el grupo de los setenta, como un niño de los Lebensborn. ¿Cuál era la relación, si es que existía alguna?

Apuró su café y siguió leyendo. El Château Menier, a las afueras de París en Lamorlaye, limitaba con el único centro Lebensborn de Francia. Aimée no sabía que

hubiera existido uno. Se quedó atónita y siguió leyendo. El artículo citaba un extracto del relato de Elise Tardou, identificada como poeta dadaísta, sobre su cautividad en 1944. Lo que leyó la dejó de piedra:

«Había mujeres francesas en el *château*, aunque no muchas. Pocas lo admiten por vergüenza. No lo escogimos, éramos prisioneras. La mayoría de las mujeres eran prisioneras de Polonia y húngaras de ojos azules. Tenían una guardería que gestionaban como una fábrica de nacimientos».

1994. Zoe parecía tener cincuenta y tantos años. Una idea terrible pasó por su mente. Imprimió la página y localizó un artículo sobre una colonia de verano de artistas, el lugar favorito de los viejos iconos surrealistas de los sesenta. Se encontraba en Córcega.

¡Córcega! Según el artículo que había leído antes, los Tardou pasaron sus vacaciones en Córcega todos los meses de agosto. Durante años.

Había cogido a Zoe Tardou mintiendo. Ahora pensaba que sabía por qué. Solo tenía que comprobar su teoría.

* * *

—¡*Madame* Tardou! —dijo, llamando a la puerta de la casa de Zoe Tardou.

No obtuvo respuesta.

Después de llamar durante cinco minutos, cuando ya tenía los nudillos doloridos, se abrió una rendija.

—Hablé con usted el otro día, ¿se acuerda? Tenía un catarro terrible —dijo Aimée—, espero que se encuentre mejor. Le he traído unas pastillas de Ricola para la tos.

—Muy amable.

Aimée le dio en mano la caja de pastillas y se fijó en el pelo rubio con canas peinado en un moño y su figura delgada bajo el jersey de lana. Los sorprendentes ojos color turquesa.

—¿Puedo pasar?

—Ya contesté a sus preguntas —dijo *madame* Tardou—. No voy a ir a comisaría.

Otra vez el miedo al exterior. ¿Sería agorafobia?

Aimée puso la bota en la puerta.

—Solo necesito clarificar un detalle para retirarlo de la investigación. Eso es todo.

Indecisa, Zoe abrió la puerta.

—Es usted insistente, *mademoiselle* —dijo—, pero no tengo nada más que contarle.

—Por favor, no nos llevará nada de tiempo. Ya lo verá. —Aimée se abrió paso a su lado y continuó andando hasta la amplia sala llena de mobiliario *art déco*. La sala con cortinones negros colgando de las ventanas. Palpó dentro de su bolsa para ver si

tenía el cepillo de pelo.

Zoe Tardou, con las gafas de leer sujetas sobre su irritada nariz, estaba de pie con una pintura roja en la mano.

—Estoy revisando las pruebas de mi tratado. Solo puedo concederle un momento.

Aimée se detuvo para mirar las fotos sobre el piano de cola y las estudió en detalle.

—Usted pasaba los veranos en Córcega, ¿verdad, *madame* Tardou?

—¿Es eso un crimen?

—Córcega, *L'Île de Beauté*. Sin embargo, usted me dijo que veraneaba en Italia.

—También íbamos a Italia.

Aimée asintió.

—Su padrastro, Max Tardou, estableció una colonia de arte en Bonifacio donde trató de hacer resurgir el surrealismo. Usted fue allí durante años mientras era una niña. —Aimée acarició la suave cubierta de madera ramín del piano. Señaló una foto, una escena en blanco y negro de personas tomando el sol con un café con toldos en la distancia—. El Café Bonifacio. Todavía existe.

—¿Qué tiene esto que ver con el resto?

—Usted entiende corso. Y lo habla, ¿no es así?

Los dedos de Zoe Tardou hacían girar la pintura roja una y otra vez.

—Era solo una niña.

—Incluso siendo adolescente tuvo usted que haber veraneado en Córcega —dijo Aimée—. Quizá hasta haya ido a una escuela corsa.

—Así es. Y eso, ¿qué importa?

¡Lo había admitido!

Aimée se acercó más a la mujer.

La pintura se partió con un chasquido entre los dedos de Zoe.

—Las voces que oyó usted en el tejado hablaban corso, ¿verdad? Usted entendía y reconoció los nombres de los planetas y constelaciones.

El miedo brillaba en esos irresistibles ojos azules. Empujó las gafas hacia arriba con dedos temblorosos.

—Puede... sí... no estoy segura.

—Piense. Hablaban corso. ¿Qué dijeron exactamente?

Zoe se cubrió las gafas con las manos, luego miró hacia arriba y asintió con la cabeza.

—Sí, pero hacía mucho tiempo que no oía hablar la lengua. Toda una vida.

—¿Por qué no me lo dijo? —dijo Aimée controlando su nerviosismo.

—Me resultaba tan extraño escuchar corso que pensé que estaba soñando. No estaba segura...

—Usted miró por la ventana e hizo como que estuviera regando los geranios —interrumpió Aimée—. Es normal. Usted podía entender lo que hablaban. Estaba todo tranquilo, ya que la tormenta aún no había empezado. —Se detuvo y esperó—. Está

bien, ya estamos diciendo la verdad —dijo en un tono tranquilizador, pero que incitaba a seguir—. Estamos dando todos los detalles, intentando aclararlo todo, ¿vale? La mayoría del trabajo de investigación depende de estos detalles tediosos, comprobar y volver a comprobar.

Zoe la contemplaba, inmóvil. De la cocina emanaba un aroma a *herbes de provence* y a algo que se asaba al estilo mediterráneo. Maravilloso. Aimée sintió que su estómago rugía.

—No hay nada de *glamour* en todo esto, créame —dijo Aimée suspirando y en un tono que intentaba ser lo más neutro posible—. ¿Oyó cómo se rompía el cristal de la claraboya?

Zoe hizo un gesto negativo.

—Sin embargo, reconoció a los hombres en el tejado.

—Pero me... —Se cubrió la boca con las manos, como una niña pequeña que hubiera sido pillada en falta.

—¿... entró miedo? —Aimée terminó la frase por ella.

Zoe Tardou asintió.

—¿A quién reconoció?

—No quiero problemas, no puedo meterme en líos —dijo Zoe cubriéndose con las manos como si fueran un escudo y retrocediendo unos pasos—, no puedo verme involucrada. Tengo algo en el horno...

El olor a tomillo se hizo más fuerte.

—Todo lo que necesito es un nombre —dijo Aimée sonriendo mientras buscaba una libreta en su mochila de piel.

—No sé cómo se llama. El que yo reconocí... bueno, de todos modos no quiere decir que disparara a nadie.

—Por supuesto que no, tiene usted razón, pero puede ayudarnos a encontrar al que lo hizo, ¿no lo ve? Necesitamos su ayuda.

Zoe Tardou dudaba.

—¿Vive aquí?

—Lo he visto por las escaleras, pero no lo conozco.

—¿Cómo es?

—Tenía el pelo decolorado la última vez que lo vi. Se lo cambia. La verdad es que no lo sé, no creo que viva aquí.

Aimée tomaba notas en su cuaderno.

—Pero ¿podría ser que trabajara en el edificio? ¿O para alguien que vive aquí?

—Es demasiado vulgar —repuso Zoe encogiéndose de hombros.

¿Sería ese el tipo al que se había referido Cloclo? ¿O simplemente un obrero, como Theo, que había ofendido su delicada sensibilidad?

—¿Vulgar? ¿Quiere eso decir que era uno de los obreros de la construcción? ¿Uno de los hombres que están trabajando en la rehabilitación del edificio?

—No era un obrero. Hacía comentarios groseros, pero vestía ropa de diseño

negra, a la moda.

—¿Era joven?

—No me fijé.

—¿Qué me dice del otro hombre?

—Lo único que vi fue su espalda.

—¿Oyó usted el disparo o vio el fogonazo?

Madame Tardou negó con la cabeza.

—Cuando oí las voces que hablaban de constelaciones... lo que dijeron estaba mezclado con palabras que no tenían nada que ver.

—¿Qué oyó usted?

—No se lo dije antes porque no tiene ningún sentido. —Zoe se detuvo y se frotó la mejilla.

—Siga, está bien —dijo Aimée tratando de controlar su impaciencia.

—Dijeron «*treno*», un «tren»; «*parolle*», que significa «palabras», pero no tenía sentido o no parecía querer decir nada especial. Hablaron sobre los planetas y sobre trenes. No, hubo algo más... es cierto... «*cincá*», buscando algo, dijeron «buscando».

¿Planetas, trenes y búsqueda, charla sobre Córcega y luego un asesinato?

—¿Está segura?

—Los corsos no articulan, se comen las consonantes al final de las palabras. — Zoe posó la mirada en su escritorio atestado de cosas—. Pero lo que sí hicieron fue repetir un viejo dicho que yo reconocí.

—¿Cuál?

—«*Corsica audra di male in peglyu*» —repuso Zoe moviendo la cabeza—. «Córcega siempre irá mal», típico de su talante pesimista teñido de orgullo —repuso Zoe encogiéndose de hombros, exhausta, como si ya no tuviera nada más que decir—. Me dolía la cabeza y me encontraba fatal. Me acosté y debí de quedarme dormida viendo la tele. Eso es todo.

Aimée la creía, pero tenía que comprobarlo.

—¿Qué programa estuvo viendo?

—¿Qué programa? Una vieja película de Sherlock Holmes. Lo malo es que me perdí el final. Ahora tengo que trabajar —dijo, ansiosa porque se fuera Aimée—. No sé nada más.

—Una cosa más —dijo Aimée. No sabía cómo decirlo—. Admiro a su madre. Hace falta tener valor para hablar de Lamorlaye y del Lebensborn. ¿Por qué finalmente...?

—¿Habló de su cautividad? ¿De la forma en la que utilizaban a las mujeres? —preguntó Zoe, todo de un tirón. Por un momento, Aimée vio la misma mirada melancólica que había notado en la foto de Elise.

Aimée asintió.

—*Maman* decía que el pasado era demasiado doloroso para seguir soportándolo. Cuando se dirigió a ella el director del documental, sintió que ya era hora. Mi madre

decía que no merecía la pena el esfuerzo que supone ocultar algo tan terrible.

—Necesitó un valor tremendo.

—Y lo extraño fue que, después de eso, volvió a escribir poesía. Era como si hubiera desaparecido el peso de su historia.

—La respeto por haber hablado —dijo Aimée.

Zoe frunció el ceño con rabia.

—Mi padrastro no —dijo—. La echó e intentó desheredarme, pero murió antes de poder hacerlo.

—¿Desheredarla porque su padre era un alemán? —preguntó Aimée.

—¡Esos miembros de la Resistencia que observaron la Ocupación desde la distancia, resultaron ser los más heroicos de todos!

—Lo siento —Aimée no sabía qué más decir.

—¿Que lo siento? —dijo con una breve risa—. También lo sentían las mujeres, y nosotros, los niños. Hijos del enemigo. Educados en la culpa por ser lo que éramos. El hecho mismo de nuestra existencia suponía un motivo de vergüenza. Si fue porque era muy joven o porque en el caos de la retirada alemana de 1944 no me pusieron en el lugar adecuado, eso no lo sabré nunca, pero no me llevaron a Alemania como a los otros —continuó—. Mi madre me encontró en una sala con telescopios, un observatorio pegado al *château* que habían convertido en orfanato. Tuve suerte. Otros que fueron desplazados al final de la guerra fueron criados en casas de acogida casi sin comida, separados de su herencia cultural y se convirtieron en marginados inadaptados. Abandonados por sus padres, que nunca los habían buscado porque habían muerto o porque querían olvidar, muchos acabaron en hospitales psiquiátricos. Por lo menos, yo encontré a mi padre biológico, que estaba vivo después de todo este tiempo.

Aimée la miraba fijamente, incrédula.

—¿Lo conoció?

—Un viejo y triste caballero que vivía en Osnabrück. Se acordaba de mi madre. Después de la guerra, regentó una farmacia —dijo sonriendo—. Había estudiado Historia Medieval en la universidad.

Jueves, por la noche

Una vez en la calle, Aimée se ató el cinturón de su abrigo de piel. Las palabras de Zoe le habían causado una honda impresión. No era de extrañar que evitara a las autoridades. Su historia no parecía ayudar, pero por lo menos había admitido que escuchó palabras en corso. Aimée examinó el callejón. No había ningún tipo con plumífero.

¿Cómo podía advertir a Cloclo de que su «estación» estaba siendo vigilada?

Aimée subió las escaleras hasta la place des Abesses. Allí vio grupos de CRS vestidos con buzos azules, armados con subfusiles Uzi y patrullando a pie por las calles. Definitivamente, esto quería decir que existía una amenaza terrorista. Sintió una opresión en el pecho. ¿Qué estaba ocurriendo?

Entró en un café en el que hacía buena temperatura y cogió un periódico para ver si podía averiguar algo. Se sentó junto a la ventana con vistas a las escaleras que llevaban al callejón, un lugar privilegiado desde el que vigilar a Cloclo.

Frotó el cristal empañado con su mano enguantada. La asaltaron nuevas preocupaciones. Cloclo albergaba cierto rencor hacia el tipo «grosero», ese al que Zoe Tardou acababa de describir. Podría decir algo para librarse de él. Sin embargo, si Cloclo hablaba con él, Aimée estaría lista y a solo unos metros de distancia.

Varios jóvenes, desempleados a juzgar por la hora del día, jugaban al fútbolín. Aimée pidió un *croque-monsieur* a una camarera con rosas rojas tatuadas en el brazo.

En la calle, los transeúntes se apresuraban en la luz gris del atardecer y se ocultaban tras los decadentes edificios de piedra. La niebla se posaba sobre los escalones. Aimée trató de evitar la mirada depredadora de un hombre vestido con vaqueros negros y un jersey azul de cuello cisne que estaba al lado del fútbolín. Tamborileó con los pies siguiendo el ritmo de la emisora de música *tecno* y abrió el periódico. En los titulares leyó: «La policía antiterrorista descubre explosivos atribuidos a la Armata Corsa».

Sintió que se le tensaban los hombros. Eso explicaba la presencia de los CRS afuera en la plaza. Durante un momento sintió miedo. ¿Otro edificio minado con explosivos?

Leyó el artículo: «Hoy una unidad especial antiterrorista que actuaba a partir de un soplo, ha encontrado un detonador y explosivos en un edificio oficial».

Una foto con grano mostraba el detonador desactivado.

Siguió leyendo:

Desde 1975, Córcega ha sufrido casi diariamente tiroteos con ametralladora y otros ataques de un pequeño, pero activo movimiento nacionalista. Los objetivos favoritos para los ataques terroristas hasta ahora habían estado localizados en la isla

de Córcega, y rara vez en Francia. La mayoría de los atentados han sido diseñados para minimizar los riesgos en vidas humanas a la vez que se maximizan los daños materiales. Las explosiones ocurren de madrugada cuando los edificios no están ocupados. Los terroristas corsos han atentado contra comisarías, edificios del Gobierno francés y contra propiedades en la isla de personas que no son corsas. Extorsionan fondos a los que son de fuera a través de la imposición de un «impuesto revolucionario» y castigan a los que no pagan. Las fuentes no han revelado qué edificio gubernamental constituía el último objetivo y solo han admitido que se ha descubierto una *tête de Maure*, un símbolo separatista que representa una cara negra con un pañuelo blanco. Se están estudiando posibles conexiones con un comando de la Armata Corsa que se sabe que opera en el distrito 18. Fuentes del ministerio indican que se trata de un intento de poner en ridículo al Gobierno francés y presionarlo para que negocie con las bandas mafiosas fraticidas que se han subido al carro de los separatistas.

La *tête de Maure*, como en el cartel que había visto en algún sitio. Y Yann había dicho que Lucien era miembro de la Armata Corsa.

Por lo que sabía, Córcega tenía que seguir siendo parte de Francia no solo por la seguridad de las segundas viviendas a lo largo de sus cristalinas playas, sino también por ser una conveniente base militar. Un estratégico centinela en el Mediterráneo, sede del Mirage 4, el avión que transportaba la bomba atómica.

Sus pensamientos volaban. Tomó su libreta y escribió lo que sabía hasta el momento. Zoe Tardou había reconocido a un hombre en el tejado que hablaba en corso sobre los planetas y sobre trenes antes de que Jacques, que era medio corso, fuera asesinado. Jacques tenía relación con Zette, el dueño del bar al que mataron. Las manos de Laure portaban restos de pólvora con un alto contenido en estaño. Los planos de un ataque fallido a la *Mairie* en el distrito 18 habían sido encontrados cerca del lugar donde mataron a Jacques.

¡Nada cuadraba! Y, sin embargo, apestaba. Peor que la leche agria. ¿Habría Jacques involucrado a Laure, sin que ella lo supiera, con una banda de separatistas corsos? ¡Ojalá Laure recobrarla la consciencia! Pero, si lo hiciera, ¿qué respuestas tendría?

El artículo del periódico indicaba que un comando separatista corso operaba en Montmartre. Sacó de su bolsa el cepillo de pelo con una minigrabadora en el mango. Uno de los juguetes de René; le encantaban los cachivaches.

¿Habría funcionado?

Cogió un palillo del recipiente de cerámica que estaba sobre el papel blanco que cubría la mesa y lo introdujo en el agujerito del rebobinado: un suave *brrr*. Luego lo introdujo en el *play*. La voz de Zoe Tardou se mezcló con los gritos de los que jugaban al fútbolín. Aimée rebobinó y volvió a escuchar la conversación: «tren... buscando», los nombres de los planetas. ¿A qué se referiría?

Para cuando llegó su *croque-monsieur*, una frugal invención de los bistrós, había

copiado todo en su libreta. El pan del día anterior se remojaba en huevo y se freía con una loncha de jamón, queso fundido y salsa besamel. Una comida sustanciosa para un día de invierno. Puso el mapa del edificio de Zoe Tardou y el del patio, andamios y tejado del de Paul sobre el mantel de papel y añadió el contenedor en el que Yann Marant había encontrado el diagrama.

Sonó su teléfono móvil.

—*Allô?*

—Ese tipo acaba de pasar a mi lado —dijo Cloclo—. Hace veinte minutos.

Demasiado tarde. Aimée no la había visto llegar.

—¿Dónde está, Cloclo? No la veo en la calle.

—Un servicio a domicilio para un viejo cliente —dijo—. Estoy en Goutte d’Or. En la rue Custine donde se junta con la rue Doudeauville.

O, como dijo un político: «Donde los “*bobos*” burgueses bohemios se encuentran con los *boubous*, los trajes llenos de colorido de los inmigrantes africanos».

—Así que se ha ido.

—No si la parrilla del *kebab* todavía funciona —dijo—. Ha entrado en el Kabab Afrique. Hay una cola larga que sale a la calle.

—Cloclo, la están vigilando —dijo Aimée.

—Los hombres me pagan para eso, ya sabes.

—Estoy hablando en serio. Tenga cuidado. Trabaje en otra zona durante unos días.

—*Vraiment?* —Aimée escucho una carcajada gutural—. No me vendría mal un poco de sol. Mentón, Cannes, o ¿qué tal Cap Ferrat?

—¿Puede describir al tipo? —Dejó unos francos sobre la mesa.

Justo entonces, el hombre que había estado comiéndosela con los ojos se acercó y la tomó por el codo.

—¿Una copa? —preguntó—. Me privan los ojos grandes y las piernas largas.

Ella conocía a los de su calaña; si lo dejaba, lo tendría encima de ella como un sarpullido.

—*Desolée*, a mí me ocurre lo mismo —sonrió—, pero lo que me ocurre es que a mí me priva un cerebro entre las orejas.

Cogió el abrigo.

—¡Oh! ¿Dejas que se escapen las faldas? —se reía uno de sus amigos mientras ella salía del café.

Salió corriendo a la calle mojada con el teléfono pegado a la oreja.

—Como un... —a Cloclo le temblaba la voz— ese lagarto que cambia de color.

Pensó que un camaleón cambiaba para adecuarse al entorno.

—¿Por qué dice que es un camaleón, Cloclo?

—... Pelo negro y patillas hoy, chaqueta de cuero...

—Tenga cuidado, Cloclo, en serio...

La comunicación se cortó.

Por lo menos, Cloclo estaba trabajando en otro lugar ahora y le había proporcionado una descripción. Bajó corriendo las escaleras del metro, validó el pase y se unió a una mujer que leía *Le Figaro* mientras esperaba al tren. Si conseguía realizar el trasbordo de trenes adecuado, podría llegar a tiempo al sitio del *kebab*.

Cambió de línea una vez y salió en la estación de Château Rouge al cabo de siete minutos.

Bajo el débil sol del atardecer que se filtraba a través de un claro abierto entre las nubes, vio puestos cubiertos por toldos que vendían todo tipo de plátanos: cortos, gruesos, verdes, amarillos, rojos y también plátanos machos. Hombres que vestían largas *djellabas* se encontraban de pie, al lado de cajas de cartón vueltas del revés sobre las cuales estaban expuestas a la venta cintas y aparatos de vídeo «usados». Las coladas ondeaban al viento, colgadas de las barandillas descascarilladas de los balcones suspendidos de edificios con grietas. Según avanzaba por la calle, mujeres que vestían *boubous* de vivos colores gritaban «*Iso, iso*», anunciando maíz tostado en bolsas de plástico. Varias tiendas de vuelos baratos anunciaban ofertas, por ejemplo París-Mali por dos mil francos, en carteles escritos a mano.

Viendo el *quartier* pensaba en una medina árabe con su laberinto de callejones entrelazados, el perfume de las naranjas y los gritos de los vendedores ambulantes. Se encontraba en la Goutte d'Or, «la gota de oro», en la otra cara de Montmartre, llamada así por los viñedos que una vez cubrieron la ladera. Después de 1918, los soldados norteafricanos reclutados para la I Guerra Mundial encontraron alojamiento barato en esta zona con vistas a las vías de la gare du Nord. Y la tradición continuaba; seguía siendo una zona barata y aún más deprimida, rebosante de africanos, árabes y otros segmentos del «tercer mundo», según los derechistas conservadores y los *bobos* invasores.

Aimée analizó la calle mientras vigilaba el bloque donde se encontraba el Kabab Afrique.

Jueves, por la noche

Lucien empujó para abrir la cubierta de chapa ondulada que habían clavado sobre la puerta del almacén, se deslizó hacia fuera y se echó a la espalda la caja de música.

Tres años en París y no había conseguido nada.

Se imaginaba que Kouros se habría retractado del acuerdo de grabación bajo la sospecha de que él pudiera tener relación con los terroristas. Y ahora, en lugar de un contrato con Soundwerx, tenía a la ley tras él y, casi peor, un tipo corso había intentado incriminarlo como terrorista.

En la húmeda calle, los clientes hacían cola fuera del local del *kebab*. Se fijó en una mujer con chaqueta vaquera y pelo pincho que miraba un escaparate dándole la espalda. Sus largas piernas cubiertas por medias negras finalizaban en tacones de aguja.

Podría también llamar al organizador del festival de música étnica de Châtelet y concertar una cita. Como sus trabajos de *discjockey* tenían lugar en clubes alternativos que los *flics* no vigilaban, podría sobrevivir.

Pasó de largo el Kabab Afrique, con las contraventanas abiertas de un verde descolorido. En ese momento preferiría una galleta *canas trelli*, el tradicional picoteo corso para tomar con vino por la tarde. Y tener cerca las casas de piedra color rosáceo y amarillento bañadas por el sol y regodearse con los últimos rayos cobrizos del día. Sin embargo, se encontraba en un callejón densamente poblado de edificios del siglo XIX de un gris plateado iluminados por la pálida luz invernal.

La mujer que llevaba la chaqueta vaquera le estaba preguntando algo.

—*Pardon, monsieur...* —Se le cayó la bolsa en el empedrado delante de él.

Él se agachó para recuperarla al mismo tiempo que ella. Sus cabezas se chocaron y se tocaron sus manos.

—Ha sido culpa mía, lo siento —dijo ella.

Sus mejillas sonrosadas, ojos enormes y su llamativo rostro le hicieron perder el equilibrio. Se había olvidado de que existían otras mujeres, otras mujeres que merecieran la pena.

Y entonces vio el miedo en sus ojos. Ella agarró fuertemente la bolsa, se incorporó y dio un paso atrás. Se abrió paso doblando la esquina en dirección a un estrecho callejón, distanciándose.

¡Mujeres! Se colocó bien la funda de la *cetera* y miró calle abajo. Le horrorizó ver el brillo de un cuchillo esgrimido por un hombre que había arrinconado a la mujer contra un montón de muebles rotos.

Jueves

Laure podía oír las voces. Voces lejanas, salpicadas con pitidos y con el ruido de pies que se arrastraban. Frío, tenía mucho frío. Y sentía la cabeza pesada y como llena de algodón. Trató de hablar, pero le estorbaba la lengua seca y pastosa.

—¿Qué ocurre? —le dijo una voz joven al oído—. Bien, ya sé que lo estás intentado.

¿Qué eran esos ruidos? Los sonidos, los quejidos. Salían de ella misma. Sintió un dolor punzante en el costado. Un relámpago blanco cruzó frente a sus ojos. Luego la miraba un rostro sonriente y una toalla húmeda y templada le acariciaba la frente. A su lado, el monitor tintineaba.

—Hola, Laure. Ya estás de nuevo con nosotros, ¿verdad?

Laure hizo un gesto afirmativo y sintió un latido sordo detrás de los ojos.

—Prueba esto.

Cubitos de hielo recorrieron sus labios y su lengua pastosa los chupó ansiosamente.

—Despacio, Laure. Tienes sed, ¿no? Tómatelo con calma.

Sintió que le ponían mantas calientes sobre los pies y bolsas de agua caliente apuntalando su costado. Las chupadas de hielo estaban muy frías y resultaban revigorizantes. Gotas de agua se abrían camino por su garganta ansiosa y reseca.

Fue consciente de las sombras en la fila de camas, el trajín de las enfermeras y el tono monocorde de fondo del sistema de megafonía.

—Ha venido alguien a verte, Laure —dijo la voz—. Dice que es un viejo amigo, un amigo de la familia.

La vigilaban unos ojos caídos y un hombre se sentaba en la silla junto a la cama. El hombre asintió con la cabeza.

—Nos tenías preocupados, Laure. Tienes mucho mejor aspecto. ¿Te acuerdas de mí, Laure?

La fiesta de despedida por la jubilación, el café y Jacques. Todo volvía con nitidez. Era Morbier, el viejo colega de su padre.

—No necesitas hablar —le dijo—, apriétame la mano si me entiendes.

Pero ella tenía que hablar, contarle lo del tejado, el andamio... tenía que hablar. Sobre cómo volvió en sí, y sobre los hombres y la nieve sobre su cara. Y sobre cómo se habían reído. Esos hombres. Y su pistola, la otra pistola. Alguien había cogido la suya. Y le había pegado una patada cuando intentó recuperarla. El brillo del metal en el bolsillo del hombre. Cómo todo se había vuelto negro de nuevo.

Habló, pero de su boca no salió ningún sonido.

Jueves, por la noche, más tarde

Aimée maldijo su mala suerte. El tipo que la había seguido tras el asesinato de Zette la amenazaba con un cuchillo delante de su cara.

—No haces caso, ¿verdad? —dijo el tipo. La había arrinconado contra un montón de sillas rotas y mesas viejas empapadas por la lluvia que estaban apiladas en un callejón como prueba de un desahucio. Esta calle se encontraba fuera del circuito habitual y estaba desierta.

—No sé a qué te refieres. Me estás confundiendo con otra.

Ella quería saber para quién trabajaba. Por qué la amenazaba, y precisamente en ese lugar. Pero lo primero es lo primero.

—Ya lo entiendo, chavalote. Si te gusto, solo tienes que pedirlo. —Sonrió y señaló el Hôtel Luxe, un destartado y decadente hotel ennegrecido por el hollín que se encontraba al otro lado de la calle—. Para ti, un tratamiento especial por quinientos francos.

Sus ojos mostraron la sombra de una duda. No era el tipo de puta al que estaba acostumbrado.

—No necesito pagar —se jactó mientras se le acercaba—. Tú eres de las curiosas, metiendo la nariz en todos los sitios.

Sus pantalones de cuero brillaban con las gotas de lluvia. Únicamente tenía que esperar a que se acercara un solo paso más.

—El respeto es una calle de doble dirección, chavalote —dijo Aimée sonriéndose y lamiéndose los labios—. Aparta esa navaja y ven aquí.

Durante una fracción de segundo de indecisión, le pegó una patada en la rótula con todas sus fuerzas. Él se retorció de dolor, abrazándose la rodilla y pegando alaridos. La navaja cayó sobre el empedrado de la calle con un ruido metálico. Menos mal que llevaba tacones de aguja.

Recogió la navaja y se marchó. Se tropezó con la pata de una silla, se puso en pie rápidamente y se impulsó por encima del muro de piedra cubierto de musgo. En la esquina volvió a chocarse con él, con el tipo del portal con el que acababa de darse un cabezazo. Los ojos hundidos de un negro intenso, los rasgos marcados, el pelo negro rizado y con patillas: tal y como había dicho Cloclo, era atractivo.

—Parece que se las puede arreglar sola —dijo.

Esta vez había tenido suerte y deslizó el cuchillo en el bolsillo.

—Usted es Lucien Sarti, ¿no es así?

Su mirada preocupada se tornó en sospecha.

—¿Quién es usted?

Y entonces llegó el peligro caminando por la calle. El tipo, cojeando, tenía un teléfono móvil pegado a la oreja. ¿Estaría pidiendo refuerzos? La amenazó con la

pata de madera de una silla rota.

—Siga andando —dijo ella.

La cosa iba de mal en peor. ¿Qué hacía aquí Lucien Sarti? ¿Y el tipo ese? ¿La habría preparado Cloclo una trampa?

—Rápido —dijo señalando a Lucien una verja abierta. Esperaba que condujera a otra calle y poder escapar.

—Mire, no sé quién es usted o por qué sabe mi nombre —comenzó a decir él.

—Las explicaciones, más tarde —repuso ella.

Él dudó. Ella lo arrastró del brazo y corrieron delante de contenedores llenos bajo una fila de rosales cubiertos, cual fantasmas, con un plástico transparente para protegerlos de las heladas. La tranquila *impasse* estaba rodeada por casas de dos pisos. Una calle sin salida. Aimée notó que se le aceleraba el pulso. ¿Adónde podrían ir?

Por detrás de ellos resonaban pasos. Ella giró a la izquierda, subió por un estrecho cantón mal asfaltado y se agachó detrás de un seto húmedo, mientras le tiraba del brazo para que se uniera a ella. Se agazaparon en el canalón de desagüe y sintió que el pantalón vaquero que cubría su muslo rozaba el de ella. Tenía una mirada intensa y podía sentir su cálido aliento junto a su oreja.

—¿Por qué la persigue ese tipo? —preguntó.

Ella se puso un dedo sobre los labios. De su mochila sobresalía la funda de un instrumento. A su derecha se alzaba una casa de la época de Luis Felipe y las ventanas redondas *oeil-de-boeuf* sobre la fachada parecían ojos vigilantes. No podía ver que existiera alguna puerta que llevara desde el patio a otra calle.

Sintió que se le erizaba la piel y tomó aire. Los pasos pararon. Luego siguieron. Y entonces se quedó todo tranquilo.

Él la miraba fijamente mientras el agua del canalón gorgoteaba sobre sus pies.

—Se ha marchado —dijo—. Vamos.

Tenía las largas pestañas negras de Sarti tan cerca que podía ver cómo se le rizaban.

Aimée se levantó y se sacudió las empapadas hojas secas. Sus medias estaban sucias de grasa y mugre. Debía serenarse e intentar sonsacarle información.

—Usted estaba buscándome. ¿Por qué? —preguntó él.

—Lo vi en Montmartre la noche en la que dispararon a un *flic*.

—Espere un minuto —dijo él con los ojos entrecerrados—, ¿cómo me ha encontrado? No me gustan los *flics*. Como usted.

—¿Le disparó usted?

Se quedó con la boca abierta.

—¿Qué clase de *flic* es usted?

¿Por qué tenía que parecer vulnerable y feroz a la vez?

—Cargaron a mi amiga con el asesinato —le dijo—. Y no soy una *flic*. Soy detective privado.

Antes de que pudiera hacer más preguntas, se levantó la puerta automática de un garaje dejando ver un Mercedes último modelo conducido por un hombre con bigote y el ceño fruncido.

—*Allez-y!* ¡Están ustedes en una propiedad privada! —dijo.

Con pasos rápidos, volvieron por donde habían venido. Ella echó un vistazo a la calle. No venía nadie. Tomó aire y se quedó paralizada.

El hombre que la había amenazado, junto con otros dos con gorras negras, salían sonriendo de un portal. Habían llegado refuerzos.

—Así que a ti también te gustan los extranjeros —dijo el tipo al que había pegado la patada—. Parece corso, mi especialidad.

Ella echó una rápida mirada al cantón y lo reconoció como el tipo de sitio en el que, en el pasado, los vendedores ambulantes guardaban los carros por la noche. Pegada a la pared estaba la caja de una alarma contra incendios. No había tiempo para nada más. Rompió el cristal de un fuerte golpe con el codo y tiró de la manilla. Solo se oyó un fuerte zumbido. *¿No se suponía que estos cachivaches emitían un ruido de sirenas antiaéreas a todo volumen?*

En un portal apenas se dejaba ver otro tipo con pelo negro rizado y que llevaba puesta una chaqueta de cuero y botas. Sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. Podría haber sido el hermano del músico. Un hermano gemelo. Se le aceleró el corazón. Si era al que se refería Cloclo, ¿podrían estar todos metidos en la misma historia?

El músico le arrebató el cuchillo y la empujó tras él.

Escupió y dijo algo en corso. Ella sintió que se tensaban sus hombros, expectante.

—Espere, son cuatro... —comenzó a decir. Tenía las palmas de las manos húmedas. *¿Dónde podrían ir?*

Cerca de ellos escucharon el fuerte ulular de una sirena. Para que luego hablen de la alerta máxima y la rápida respuesta de los bomberos. *¿Habría llamado a los flics el dueño del Mercedes?*

Las sirenas aullaban más cerca. Más fuerte. Y la banda se disolvió, incluyendo el doble del músico.

Ella no podía controlar el temblor de las manos, pero no quería estar ahí cuando los bomberos bloquearan la calle mientras trataban de encontrar el fuego. O cuando aparecieran los *flics*.

—Vamos. Tenemos que hablar, vayamos a un sitio seguro —dijo Lucien Sarti palpando el cuchillo—. Quien quiera que seas.

Jueves, por la noche

René se paseaba sobre las desniveladas tablas del suelo en el exterior del apartamento de Paul. Polvo de escayola se desprendía de la pared y un olor a moho se filtraba por la claraboya. Por lo menos no tenía que vestirse de Toulouse-Lautrec. Ahora mismo desearía tener una copa de ron caliente que le diera valor.

Había dejado otro mensaje en el teléfono de Aimée. Solo le había contestado el buzón de voz. Oyó que las escaleras crujían y subió una mujer de treinta y tantos años con el pelo teñido de *henna* sujeto con un pasador verde. Sus ojos le recordaron a los de Paul. Vestía una falda larga negra y un poncho, y llevaba una bolsa de la compra llena de botellas de vino.

—¿Qué desea? —preguntó en un tono desabrido.

—*Madame*, conocí a Paul...

—¡Ah, el actor! Paul me ha hablado de usted —interrumpió—. Escribió una redacción maravillosa gracias a usted.

René dudó. Le gustaría que Aimée estuviera con él.

—La verdad es que esperaba poder hablar con usted y con Paul.

—Quizá otro día —contestó ella.

¿Qué debería hacer? Ella estaba haciendo un esfuerzo por encontrar la llave mientras sostenía la pesada bolsa.

—Deje que la ayude —dijo él.

—*Non, merci*, puedo arreglármelas.

—¿Le importa que espere a Paul?

—¿Por qué? —la sospecha nublabla su mirada.

René retrocedió.

—Hay un asunto importante...

De repente, su rostro mostró una expresión de pánico.

—Nos está vigilando, ¿verdad? De los servicios sociales.

—Para nada —dijo René sorprendido.

—Conozco a los de su tipo. Colándose en nuestra vida. ¡Quiere quitarme a Paul!

—Tranquila, *madame* —dijo él desesperado—. Míreme. No sé nada de los servicios sociales ni nada parecido. Lo que sé es que Paul es un chico listo. Inteligente, con talento, pero tímido.

Una cierta sombra de vergüenza cruzó su rostro.

—Es tímido, *oui*. Es culpa mía, ¿verdad? Eso es lo que usted dice.

—Tenemos que hablar de algo. Por favor, hablemos dentro, no en el descansillo.

—¿Hablar? Tengo la casa hecha un asco. —Ella dudaba.

—Tendría que ver la mía.

Pinchándola un poco más la persuadió para que entraran. Para cuando acabó de

ayudarla a retirar los platos de la pequeña mesa, se estiró, aclaró dos vasos y los puso sobre la mesa, la cadera le estallaba de dolor por culpa del frío. No había calefacción en el pequeño apartamento de una habitación con el techo abuhardillado. Pero estaba ordenado a pesar del sofá cama, el escritorio y las sillas de época desparejadas que se apretaban en el espacio.

—Hace frío, ¿eh? —dijo.

Ella señaló la cocina y sacó las cosas de la bolsa.

Poniéndose de puntillas, giró el mando del pequeño horno de gas. La luz piloto azul parpadeó, siseó y prendió. Abrió la puerta y salió una bocanada de calor.

El último capítulo del manual para detectives decía que había que «establecer una relación, no parecer amenazante». Ansioso por desarmarla, René comenzó a hablar.

—Esas escaleras son una buena subida —dijo—. Quiero decir, para alguien como yo —añadió mientras contemplaba cómo ella se servía vino de una botella sin etiquetar. Parecía vino tinto de garrafa con un sedimento viscoso en el fondo—. En mi anterior apartamento yo también tenía una buena subida. ¿Lleva mucho tiempo aquí, *madame*?

—Llámeme Isabelle —dijo ella—. Puede ahorrarse la charla.

Sobre el papel parecía muy fácil, pero la vida real era mucho más difícil. René se dio cuenta que los consejos del manual para detectives tenían sus limitaciones.

—El padre de Paul se marchó cuando él nació. —Apuró el vaso—. Nos hemos cambiado de sitio, pero siempre en Montmartre.

—Tiene usted suerte, la vista es fabulosa. —Señaló la gran ventana con cortinas de encaje.

Ella posó los codos sobre la gastada mesa y pareció relajarse.

—No sé de qué quiere «hablar», pero le sugiero que me lo diga.

—Es mejor si lo hablamos todos juntos: usted, Paul y yo —repuso él, tratando de ganar tiempo.

—¿De qué va todo esto? —preguntó.

Más le valía ir al grano.

—Paul me dijo que vio el tiroteo de la otra noche en el tejado —dijo René.

—¡Está usted loco! Paul se inventa las cosas. Tiene una imaginación muy poderosa.

—Vamos a averiguarlo. Se lo preguntaré de nuevo en su presencia. Todo lo que diga será confidencial.

Ella se sirvió otro vaso de vino y se dio cuenta de que René no había tocado el suyo.

—¿Demasiado bueno para beber conmigo en mi mesa?

Prefería tomar vino con las comidas y no con el estómago vacío, pero sabía cumplir con su deber.

—Para nada, Isabelle. —Bebió un sorbo. Tenía un aroma como a nuez tostada. No era una mala manera de entrar en calor—. ¿Un Merlot envejecido?

Ella asintió.

—Isabelle, estoy seguro de que está usted preocupada —dijo al tiempo que le entregaba una tarjeta; gracias a Dios llevaba una encima—. Paul dice que hubo dos disparos de pistola. Si presenta esta prueba a su abogado, exculparán a un agente de policía inocente.

—¿Policía e inocente? ¡Será una broma!

Cuando estaba a punto de decir que se trataba de una mujer, René se detuvo.

—¿A qué se refiere?

—Ese exigía dinero a cambio de protección.

—¿Quién? ¿Jacques Gagnard? ¿El hombre al que dispararon en el tejado?

—Mire, esto no es asunto mío —espetó ella—. Olvide lo que le he dicho.

—¿Cómo sabe que el *flic* era corrupto? —preguntó él mientras apoyaba la pierna que le colgaba en la barra de la silla para aliviar el dolor de la cadera.

—No es ningún secreto si haces la calle o tienes un bar con tragaperras —dijo ella encogiéndose de hombros.

René pensó: *como el bar de Zette en la rue Houdon*. Puede que Aimée hubiera dado en el clavo después de todo.

—Necesito más que eso. Es vital: una policía es sospechosa de haber matado a su compañero.

—Como si me sorprendiera —repuso Isabelle, con una breve carcajada que pilló a René por sorpresa.

Hablaba de forma más coherente. Tras beber el vino, parecía estar más lúcida. Algunos bebedores eran así. Y luego llegaba la pérdida de conocimiento.

—Su hijo vio que mataban a un hombre. Ocurrió justo enfrente de ustedes.

Ella apuró el contenido del vaso.

—Fueron disparos reales, no la tele. ¿Se ha dado cuenta de que su hijo pudo haber sido herido por una bala perdida?

Ella desvió la mirada.

¿Cómo podía llegar hasta ella? Bebió otro vaso de vino al tiempo que deseaba que no le doliera tanto la cadera. Volvió a servirle a ella.

—Isabelle, digamos que este *flic* era corrupto y uno de sus contactos se enfadó y le disparó. Necesitamos su ayuda para encontrar al culpable.

—Está usted trabajando de forma clandestina, ¿verdad? Alguna unidad especial de investigación.

René bebió un trago largo y asintió. Mejor que pensara eso.

Isabelle miró al frente fijamente y luego lo miró a los ojos. Se retiró un mechón de pelo rojo detrás de la oreja y suspiró.

—Hubo tres disparos. Yo lo vi todo.

—¿Tres? —René sintió que se le revolvía el estómago. Lo que no sabía era si era por el vino o por sus palabras, pero no importaba—. Paul dijo...

—Paul no vio el tercero. El último disparo —repuso ella, negando con la cabeza.

—¿Vio usted al que disparaba?

—No quería que Paul se metiera en líos, ¿entiende? —dijo Isabelle.

Negociar, tal y como decía el capítulo ocho, página 87. Los testigos reacios intentarían negociar. Muéstrate de acuerdo, pero consigue tu objetivo.

—Si usted estuviera dispuesta a tener una reunión con el abogado y testificar, podemos mantener a Paul al margen.

—Entonces, ¿trato hecho, hombrecito?

En toda su vida nadie que le había llamado así había salido bien parado.

—Cuenta con ello. Y me llamo René.

Ella retiró a un lado su vaso de vino medio vacío.

—*Et donc*, René, yo estaba aquí sentada escribiendo a mi tío para pedirle ayuda. Paul estaba dormido en la alcoba detrás de las cortinas. O por lo menos eso creía yo. Por eso me di cuenta. Afuera estaba oscuro, como la boca del lobo; se avecinaba una tormenta. Entonces, de repente, vi que algo brillaba en el tejado justo frente a mi línea de visión. Oí un fuerte chasquido, como un disparo. Me asusté tanto que derramé la tinta —dijo señalando una mancha difusa sobre la superficie de la mesa.

—Siga —le animó él.

—Sobre el tejado veía que se movían figuras oscuras. Bajé el volumen de la radio. Al cabo de cinco minutos, puede que más, vi otro resplandor.

Tenía sentido. ¿Habían tendido una trampa a Laure, usado su pistola para disparar a Jacques y luego habían vuelto a poner la pistola en su mano para volver a disparar?

—¿Cuánto de eso había bebido, Isabelle? —preguntó al tiempo que señalaba las botellas verdes vacías que estaban en el suelo al lado del frigorífico.

—Recibí mi cheque el martes.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con...?

—El lunes no tenía dinero, René. Estaba pelada. Paul necesitaba comida —dijo—, pero compro provisiones suficientes cuando recibo mi cheque. Siempre. Luego puedo gastarlo en mis amigas.

Él miraba las botellas con atención. Para una mujer solitaria, el vino era un amigo.

—Este chico mío es como un mono. Todo el rato está subiéndose al tejado. La culpa es de ese viejo tonto de abajo que deja que Paul le ayude —dijo—. Oí el chirrido de la puerta al abrirse y luego vi el tercer resplandor. Paul puso la mochila de la escuela sobre la mesa y fue despacito hasta la alcoba de dormir. Vaya, esté usted seguro de que le eché un rapapolvo. Le dije que tendríamos problemas si abría la boca y él prometió que no lo haría, después de que yo le metiera el miedo en el cuerpo.

Había algo que preocupaba a René.

—Si miraba con disimulo desde su ventana y estaba tan oscuro, ¿cómo pudo distinguir las figuras?

—Antes de que la tormenta llegara a su apogeo, pude distinguir formas. Había

dos figuras oscuras.

—Isabelle, piense en lo que parecía desde el otro lado. Si tenía la luz dada, ¿no podrían haberla visto?

—Dejo encendida la luz de encima del fregadero para no molestar a Paul —dijo—. Con poca potencia, mire, así. —Se levantó y apagó la luz del techo. Un suave resplandor rosado bañó el rincón—. Yo podía ver lo que ocurría fuera, pero aquí sentada no podían verme.

René miró su reloj y se puso tenso.

—Es tarde. ¿No tendría que estar Paul ya en la cama? ¿Dónde está?

—Escondido, como siempre. Pero, antes o después, siempre vuelve a casa.

—Isabelle, podría estar en peligro. ¿Ha pensado en eso? ¿Estaba la luz encendida cuando puso la mochila sobre la mesa?

Su mirada cambió de expresión. Se le había ocurrido algo.

—¿Qué pasa, Isabelle?

Ya fuera por el vino o por el calorcito que se desprendía del horno, o por las dos cosas, se frotó la mejilla y se mostró dispuesta a dar más información.

—El tipo ese preguntó a mi vecino por Paul. Es tosco, arrogante y se abre paso a empujones en el *quartier*. ¿Por qué buscaría a Paul?

René sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Puede que Paul se esté escondiendo de alguien. Igual por eso llega tan tarde.

O igual lo habían cogido. ¿Dónde diablos estaba Aimée?

Ella agarró el vaso de vino. Le temblaba la mano, derramó rojas gotas sobre la mesa. René pensó que eran igual que la sangre.

—Tendremos que cambiar de piso —dijo ella.

—No pueden escaparse —le dijo él—. Llamen a la policía.

—¿A la policía? No.

—Si él está en peligro, tendrá que hacerlo. Cuando lo encuentren, puede contar al abogado lo que sabe y los dos estarán seguros. Se lo prometo.

Por lo menos eso esperaba.

Ella dudaba.

—Me mantengo lejos de los *flics*, estoy fichada.

—No importa lo que ocurrió en el pasado —repuso él—. Piense en Paul.

En su rostro podía ver la lucha por la que estaba pasando.

—Podría venir a casa en cualquier momento.

René esperaba que así fuera. Si no, tendría que buscarlo.

—Ahora dígame dónde podría estar escondido.

Jueves, por la noche

—Así que, músico, ¿por qué te persigue ese tipo? O ¿es al revés? —dijo Aimée. Su aliento, un rastro de vapor, se disipaba en el aire de la noche sobre la pista de hielo iluminada al aire libre en la rotonde de la Villette—. Necesito saberlo.

—Los dos lo necesitamos —repuso Lucien Sarti recostándose en la barandilla y mirando hacia el suelo.

Unos pocos patinadores, la mayoría parejas a esta hora de la noche, cruzaban el hielo. La música casi ahogaba el distante chirrido de los frenos de la estación de metro de superficie de Stalingrad.

—Es el que está intentando que me acusen de algo.

—¿De terrorismo? —preguntó ella—. ¿Es miembro de tu comando separatista, eh, canalla?

Él negó con la cabeza.

Tras ellos se percibía la cúpula de la rotonda de La Villette, una arcada circular con el frente de columnas dóricas y que había sido cuartel durante la Comuna y luego depósito de sal. Delante de ellos tenían la ancha cuenca de negras aguas que fluía a sus pies y se estrechaba en el canal Saint Martin.

Por lo menos estaban en un sitio público al aire libre, aunque solo unas pocas personas, acurrucadas para protegerse del frío helador, esperaban haciendo cola en la *crêperie*.

En su frío muslo todavía notaba la calidez que había sentido cuando el muslo de él la había rozado. El instinto le decía a gritos que tenía que ser el otro tipo al que Cloclo se había referido. ¿Acaso no la había defendido Lucien Sarti? Pero: «Nunca des nada por supuesto». Ese había sido el lema de su padre.

Él sacó el cuchillo del bolsillo y lo mantuvo en la mano. Una gastada empuñadura de madera y hoja de sierra.

—Es un cuchillo de los que se utilizan para limpiar el pescado —dijo—. El arma que se utiliza en los muelles de Bastia.

Ella sabía que también se utilizaban en las cocinas de los restaurantes. Entonces vibró su teléfono móvil. ¿Sería René? Presionó «Responder».

—Aimée, perdona que te avise tan tarde. —La penetrante voz de Martine, su mejor amiga desde el *lycée*, retumbaba al otro lado—. Gilles ha matado más faisanes de los que podemos comer en toda la vida. Los he desplumado, cubierto de hierbas y se están asando. Y tenemos un Brillat-Savarin perfecto para después de la cena. Di que Guy y tú vais a venir, por favor.

Por esa época, Martine habitaba el mundo del distrito 16. Veladas y *châteaux* el fin de semana. Cortesía de su novio, Gilles. Pero a Aimée ese entorno le resultaba muerto y demasiado formal.

—Martine, no puedo hablar —susurró volviéndose hacia el canal.

—¿Te has vuelto a pelear con Guy?

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Ya me has oído, Aimée.

No tenía sentido disimular. Más valía decirle la verdad. Nunca podría mantenérsela oculta a Martine durante mucho tiempo.

Se cubrió la boca con la mano.

—Guy me ha dejado, Martine —murmuró—. No es un buen momento. —No sabía dónde meterse, apurada por si Lucien Sarti podía oírla.

—Entonces ¡claro que tienes que venir! —dijo Martine elevando la voz ronca—. Está aquí el colega de Gilles de *Le Point*. Te gustará.

¿El periódico conservador de derechas conocido por sus nostálgicos artículos sobre la era de de Gaulle? Probablemente no.

—Mira, me está siguiendo un tipo... —susurró Aimée.

—Como suele decirse, lujuria siempre, pero amor siempre. ¡Fijo que no pierdes el tiempo! —dijo Martine—. ¿Es un chico malo?

—Malo malísimo.

—*Tiens!* Quieres decir... *nom de Dieu!* ¡Otra vez no! ¡No me digas que te estás metiendo en líos!

—Luego, Martine. —Cortó la comunicación y se volvió.

—Tu chico se ha marchado, ¿no?

Ella hubiera querido colarse por la tapa de la alcantarilla a sus pies.

Sarti recostó sus largas piernas contra la verja de la pista de patinaje. El brillo de las luces del muelle se reflejaba en sus ojos. Ojos perdidos en la distancia.

—Mi chica... la que una vez fue mi chica... ahora pertenece a otra persona.

—Lo siento. —La había pillado de improviso y no sabía qué más decir. Esas cosas pasaban, como bien lo sabía ella.

—La vida es como un tren —dijo él en voz baja—, y yo me bajé demasiado pronto.

Quizá ella también. No lo había intentado lo suficiente con Guy. Ahora de alguna manera sentía que ella y Sarti compartían algo, como si remaran en el mismo bote.

Tenía que volver al grano.

—Hablemos de ese tipo, del que quiere colgarte el muerto. ¿Es tu doble? ¿De qué lo conoces?

—¿A Petru?

—Si ese es el que se parece tanto a ti.

—Es de otro clan —le contó Lucien Sarti—. Somos diferentes.

¿Otro clan? Sonaba anticuado, isleño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella. Mantenía la vista en el escaso número de personas en el puesto de *crêpes* bajo los arcos. Del puesto colgaba una lámpara de queroseno. Podía escuchar el roce de los patines en el hielo, la risa de las parejas aquí

y allá, y los compases de un vals de Strauss mecidos por el viento.

Aunque tendría que parecer temeroso, Lucien Sarti más bien parecía estar triste y melancólico. No parecía un asesino.

—Echo en falta el ritmo de vida en el pueblo —dijo—. Aquí la gente toca la bocina en los semáforos rojos y corremos de una estación de metro a otra. Corriendo, siempre corriendo. En Córcega el ritmo de vida es humano.

—Pues parece que Petru se ha adaptado estupendamente —repuso ella—. ¿Para quién trabaja?

—Deberías saberlo —contestó él.

Ella pensó con rapidez. Por supuesto. Yann Marant dijo que Lucien Sarti había llegado tarde a la fiesta.

—Tú estabas en la fiesta de *monsieur* Conari. ¿Qué tienen que ver Petru y sus matones?

—¿Sus matones? Lo único que sé es que ella... alguien me ha advertido de que Petru ha hecho llegar panfletos terroristas al estudio de grabación y lo ha arreglado todo para que me arresten.

—Y tú ¿crees lo que te ha dicho esa mujer?

—¿Por qué iba a dudar de ella? —dijo enarcando las cejas.

¿Por qué tenderle una trampa para que pensarán que era un terrorista? ¿Qué tenía eso que ver con el asesinato de Jacques? Demasiados elementos extraños y dispares. ¿Cómo relacionarlos?

—¿Por qué te implicaría Petru y luego te persigue?

—Como ya te he dicho, no es de mi pueblo. —Lucien calló por un momento apretando los labios en una tensa sonrisa—. ¿Quién sabe? Quizá mi tío abuelo robó la mula de su padre. ¿Qué pasa? Así es como nos describís vosotros los parisinos.

—Un punto de vista interesante, músico. Tú eres el que hablas de estereotipos.

—Así que ¿no te importa estar por ahí con un presunto separatista corso? —interrumpió él lanzándole una mirada.

Deja el sarcasmo, quería decirle.

—No si puedo evitarlo. —No había motivo para que él supiera que ella tenía imán para los chicos malos, una vez incluso fue un neonazi que resultó ser un buen chico disfrazado—. Convénceme de que no lo eres.

—Para vosotros somos cabreros con escopetas que nos ocupamos de *vendettas*, tan salvajes como nuestra isla, ¿verdad?

—Volvamos al asunto. ¿Qué es lo que viste la noche que mataron a Jacques Gagnard?

—A ti, esposada, cuando te metían en el furgón policial —repuso él sin dudarle.

Ella presentía que había algo más.

—¿Escuchaste disparos?

Durante un instante, la mano de él tembló sobre la barandilla cubierta de hielo.

—Creo que viste algo —dijo ella.

—No eres una *flic*.

—Ya te lo he dicho: soy detective privado. Alguien ha hecho que acusen a mi amiga, pero voy a hacer que la suelten.

—Y ¿eso es todo? —Sus dedos se relajaron.

Ella asintió.

—Encontré a Jacques Gagnard agonizante sobre la cubierta del tejado lleno de nieve. Todavía le respondía el corazón y sus ojos pestañeaban. —Miró hacia el suelo a un agujero en medio de la nieve gris—. Intentaba decirme algo, sus ojos se comunicaban. Es muy difícil de explicar.

Los *flics* no le habían concedido importancia como si fuera solo la respuesta involuntaria de alguien que se está muriendo. ¿Por qué se lo estaba contando? Tendría que callarse y hacer preguntas.

Lucien se frotó el brazo y se apoyó en la barandilla.

—A mi abuelo lo mataron a tiros en el pueblo. Se desangró hasta morir bajo un castaño —dijo en voz baja—. Tardó mucho. Yo me senté con él mientras las sombras se alargaban. Una libélula revoloteaba atraída por la sangre de su pecho. Sus tres dedos se movían... y se movían... mi hermano decía que yo me lo había imaginado. Yo era muy joven. —Hizo una pausa y se frotó la barba de varios días sobre su mejilla—. Una semana más tarde mi tío encontró a los asesinos, a tres de ellos, escondidos en un huerto de limoneros. —Se encogió de hombros—. Todavía veo las ramas cargadas de frutos, los limones partidos y machacados sobre la tierra, su aroma a cítrico mezclado con el regusto metálico de la sangre. Venganza, yo también me la hubiera tomado, una obligación para con mi abuelo...

Su mirada parecía estar muy lejos. Habló de forma vacilante, pero estaba confiando algo que sentía en lo más profundo de su ser. Ningún extraño había hablado nunca con ella de esa manera, por momentos íntimo, sarcástico y luego triste.

Ella estaba segura de que él sabía más de lo que decía sobre Jacques Gagnard.

—Intentémoslo otra vez. Dime qué ocurrió. ¿Por qué no te interrogaron en la fiesta?

Él desvió la mirada y su rostro quedó en sombra.

—Necesitas mi ayuda, músico. Suponiendo que me hayas dicho la verdad.

—Venganza, esa es mi cultura. Te he ayudado, ¿no? Déjalo estar. Me las arreglaré solo.

—¿Con los CRS merodeando por todos los sitios? Probablemente ya hay una orden de búsqueda y captura contra ti si eres miembro de la Armata Corsa.

—No es cierto, ya no. Te han informado mal. Hago música, eso es lo que hago.

—¿Cómo sé que no trabajabas con Petru? Podrías haber matado a Jacques y preparado una emboscada al otro *flic* y luego haber traicionado a Petru. Y puede que por eso vaya detrás de ti.

¿Era dolor lo que vio en sus ojos?

—Estoy harto de esto —dijo—. No he disparado una pistola en mi vida. Te has

equivocado de persona.

—Convénceme.

—Unos pocos tienen un código: el honor. —Se le acercó aún más y su aliento le acarició la cara—. ¿Por qué tengo que confiar en ti?

—Y ¿por qué no? ¿En quién más puedes confiar? —espetó ella—. No me interesa si tienes opiniones políticas o no. Mi amiga está en coma. Nunca dispararía a su compañero. Todo lo que me importa es que salga absuelta.

Él la estaba estudiando mientras decidía que hacer.

Bon, lo diría de forma que él lo entendiera.

—Este es mi código, Lucien.

Él le contó lo que había ocurrido. Felix, la fiesta, la mujer, cómo se había olvidado del carné de identidad y había tenido que escabullirse de la fiesta. Ella recordaba la lista de los invitados a la fiesta que habían sido interrogados. No había nombres corsos.

—Inténtalo de nuevo. Cuéntame todo lo que viste. Cuéntame también lo que has olvidado.

—¿Lo que he olvidado? —dijo cerrando los ojos. Se puso a pensar—. Un señor mayor sacó a pasear al perro. Y yo vi una luz, una luz vacilante que salía de los agujeros en el suelo.

—¿Se refiere a la obra? ¿Aquí? —preguntó alterada mientras sacaba el diagrama. Señaló un punto y él asintió.

—Después del disparo oí el ruido de cristales rotos.

La claraboya. Su vía de escape.

—La verja alrededor de la obra es muy baja por esta parte. Yo vi las luces.

Tenía sentido. Ella se acordaba de haber visto la punta brillante de un cigarrillo en el suelo. Se había preguntado a dónde conducían las huellas mojadas. Ahora ya lo sabía; salían a la calle, a algún lugar del solar en construcción.

—¿Qué llevas en la mochila?

Él parpadeó con sorpresa. Luego le sonrió ampliamente y apoyó los codos cubiertos de cuero en la barandilla.

—Regístrala. Como en tu casa. No tengo nada que ocultar.

Ella ignoró su mirada burlona y sus largas piernas.

—¿Por qué no me lo enseñas tú?

Sacó la funda de madera y abrió los cierres.

—Mi *cetera* —dijo mientras sacaba el instrumento de madera. La curvada caja de madera estaba gastada del uso, pero las cuerdas eran nuevas—, un instrumento tradicional, una variante del laúd.

De la funda se elevaba un aroma a bergamota y algo que parecía ciruela. Pero no, denso y profundo, le recordaba más al olor de la breva.

—En nuestra cultura hacemos música de la vida diaria; es música con los pies en la tierra.

Una tarde, Aimée se había quedado transpuesta al escuchar el sonido de un coro polifónico corso que salía de la iglesia situada a la vuelta de la esquina. Antiguo y sin embargo intemporal, resonaba desde algún lugar muy profundo.

Él pulsó las cuerdas de la *cetera*. El aire gélido transportaba las altas notas melódicas que evocaban otro mundo, otra época.

Una pareja, cogidos del brazo sobre el hielo, se detuvo a escuchar.

Volvió a guardar el instrumento en su funda con cuidado.

—No confías en mí, ¿verdad? —dijo—. Porque soy corso.

—Mientras nos ayudemos, sí que lo hago —replicó Aimée.

—En Francia viven más corsos que en toda Córcega. Se trata de una diáspora. Hay pueblos en los que solo quedan veinte personas, viejos. Las montañas cubren un ochenta y cinco por ciento de la superficie de la isla. Los parisinos ricos vienen de vacaciones ansiosos de imbuirse de naturaleza, vino y miel orgánica. —Su voz estaba teñida de sarcasmo—. Pero ¿no has oído que ahora estamos integrados? Pascua es ministro de Interior; la modelo que hace de Marianne es corsa^[10]; incluso el muelle de al lado de la *préfecture* tiene su nombre en honor a Córcega.

—¿Conocía Petru a Jacques Gagnard? ¿Y tú? —preguntó ella manteniendo con esfuerzo un tono de voz moderado.

Él negó con la cabeza, pero se volvió y ella no pudo leerle la cara. Había un grueso rollo de papel en el bolsillo trasero de su mochila.

¿Serían planos, copias de edificios en el punto de mira?

—¿Qué es eso? —preguntó Aimée recelosa.

—Mi antigua carrera brillante —dijo él—. Arruinada por los separatistas.

Desdobló las gruesas páginas. En la parte superior aparecía grabado el nombre de Soundwerx.

—Se olvidaron de poner Isadore después de Lucien —dijo—. Casi, casi; Lucien Sarti. Un contrato que no se va a ejecutar nunca.

Las frías manos de Aimée dejaron caer la pequeña linterna y el contenido de su bolsa se esparció en la sucia nieve: arena de una playa bretona, su perfilador de ojos, parches Nicorette, un gastado billetero de Vuitton, el pase del Hôtel Dieu para el pabellón de Laure, un manual de criptografía muy manoseado, el recordatorio del funeral de su padre, un cordón de cuero negro con un colgante de plata en forma de lágrima, un gastado menú de comida india para llevar y su teléfono móvil. Secó las cosas con los guantes y los volvió a meter dentro.

Lucien había recogido la linterna.

—¿Eres de las del tipo profesional, de las que viven para su trabajo? No limpias la casa, ¿eh? Apuesto a que ni siquiera cocinas.

Aimée sintió que le ardía la cara. ¿Tan obvio era? Tal y como Guy había observado, hacer un café era su única habilidad culinaria.

—Los restaurantes se inventaron para comer, ¿no? —dijo ella cogiendo la linterna y alumbrando el grueso documento.

—«Empaquetado múltiple», «cinta y vinilo», «materiales promocionales», «etiqueta Soundwerx», «aforo grande». —Aimée leyó del contrato—. Muy impresionante. Has hecho el agosto.

—Ya no —repuso él—. Petru ha puesto un palo en esa rueda.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe? Solo lo he visto una vez y la segunda vez ha sido contigo.

—No tiene sentido. Tienes que esconder algo.

Él la miró fijamente, perforándola con sus ojos oscuros.

—Los *flics* quieren hablar contigo sobre la bomba colocada junto a la *Mairie* del distrito 18 —dijo ella para ver si acertaba.

Lucien se estremeció. Ella se imaginó que su comentario había dado en el blanco. Se separó de él al tiempo que se colgaba del hombro la húmeda bolsa.

—¿Vas a dar información sobre mí?

—Tengo una idea mejor, músico. Vamos a encontrar a Petru.

Jueves, por la noche

El jersey mojado de Nathalie Gagnard se pegaba a su piel. Tenía la mano mojada por haberse tocado las mejillas. Estaba llorando y ni siquiera se había dado cuenta.

La luz de la farola de la calle entraba de forma oblicua a través de las contraventanas a medio cerrar y formaba sombras en la alfombra de sisal bajo sus pies desnudos. En el apartamento, que una vez fue salón de baile, o al menos, un cuarto de él, se percibía el olor de los crisantemos blancos del funeral de Jacques. Todavía envueltos en papel verde, estaban tirados en el fregadero y necesitaban agua. El cuerpo del hombre por el que ella sufría reposaría en un cajón de acero del depósito de cadáveres hasta que la tierra se secase lo suficiente como para poder cavar la tumba. Las flores tendrían que esperar.

A su lado sonó el teléfono.

—*Madame* Gagnard, soy el oficial Rassac —dijo una voz conocida—. Acepte nuestro más sentido pésame. Hemos recogido dinero para el funeral, de la forma en la que pensamos que a Jacques le hubiera gustado. —Se detuvo un momento—. Esperamos que le parezca bien.

¿Lo habían arreglado todo para el funeral de Jacques sin consultarla? Como exmujer, ni siquiera era una viuda propiamente dicha y no le correspondería una pensión. Escarbó en busca de sus cigarrillos, encontró el paquete y encendió uno.

—¿*Madame* Gagnard?

Ella suspiró y una voluta de humo gris dejó una estela en la habitación.

—Así que se han ocupado de todo —se mordió la lengua.

Hubo una pausa.

—Queríamos hacer las cosas más fáciles, ya sabe. Los chicos... —Volvió a detenerse y carraspeó—. Queríamos evitarle esta carga inesperada.

Las lágrimas fluían acompañadas de sollozos incontrolables.

—Hagan lo que quieran. —Colgó el teléfono avergonzada. Sabían que no tenía dinero.

Ojalá Jacques hubiera podido mantenerse al margen del juego. La fiebre por las apuestas era una maldición. Se les acumulaban las deudas, pagaban a un tiburón prestamista y Jacques volvía a jugar y se endeudaba con otro.

Apagó el cigarrillo en el cenicero lleno. Hacia unos pocos meses él se había unido por su cuenta a un programa de rehabilitación y había intentado dejarlo, lo cual la había sorprendido. Le dijo que lo estaba dejando por él mismo, que era algo que tenía que hacer. Ella no le había preguntado por qué, solo había dado gracias al destino. Y luego, la semana pasada, de nuevo esos delatores ojos brillantes, esa mirada febril. Lo supo de inmediato. Había vuelto a las máquinas.

El nerviosismo que iba en aumento, las pastillas, los grandes planes, un golpe,

decía él, que iba a hacer que desaparecieran todas sus deudas. Como todas las grandes ideas que había tenido, esta también se volvió en su contra. Y esta vez, le arrastró con ella.

Sentía el corazón pesado. El cabello alborotado de Jacques, la forma en la que le hacía cosquillas bajo las rodillas, cómo la había hecho gemir bajo las sábanas. La vida con él, en los buenos tiempos, había sido pura felicidad.

Cogió el bote medio vacío de pastillas Ambien y enrolló las piernas sobre el sofá. Anhelaba poder olvidar. Abrió el *Marie Claire* por la página del horóscopo como hacía todos los meses y buscó rápidamente los consejos bajo su signo, Escorpión, al que habían dibujado mordeándose la cola letal.

Jacques decía que ella representaba la naturaleza oscura y celosa y el secretismo de los Escorpión. A pesar de su espíritu libre, a él eso pareció agradarle durante los cinco años que duró su matrimonio. Los opuestos se atraen, ¿no es eso lo que dicen?

Bajo la predicción sobre los sentimientos de los Escorpión leyó que la elevación de Venus indicaba tiempo para la reflexión. Lo mismo ocurría con los sueños. Hay que tomarse su tiempo, sopesar las situaciones, y las respuestas llegarán. Un sol de cálidos colores ilumina el viaje.

¿Que las respuestas llegarían? Tal y como había dicho al periodista, esa puta ya estaba bajo custodia. La pequeña arpía con el labio leporino, como el labio superior de una liebre, una señal que en su pueblo de Bretaña todavía se consideraba como el acto malicioso de un hada o de un elfo. Los viejos refranes y creencias todavía ejercían su dominio en zonas rurales. ¿No había sido su madre la que no había permitido que su hermana embarazada cruzara delante de un conejo por si sufría un aborto?

Esa Laure estaba maldita y transmitía esa maldición a los que la rodeaban. Nathalie lo había sabido desde el momento en el que la vio.

Nathalie cerró el puño y golpeó las pastillas, que se esparcieron por el suelo. ¿Cuántas había tomado hoy? El médico dijo que dos disminuirían la ansiedad. ¿Dos?

Había jurado a Jacques que nunca volvería a la calle. Le había dado su palabra, pero ¿qué importaba eso ahora?

Jacques, recién llegado del ejército en Córcega, y nuevo en la policía, la había encontrado. Ella nunca olvidaría aquella fría tarde de febrero. Los *flics* estaban haciendo una batida rutinaria en la rue Joubert y ella solo llevaba unos pocos meses en esa vida. En la comisaría le había sonreído al ofrecerle café caliente e invitarla a sentarse en su cálida oficina. La había tratado como a un ser humano y le guiñó un ojo cuando le ofreció un trabajo de «*cousine*», que es como llamaban a los informadores. Le había prometido mejores condiciones y, haciendo honor a su palabra, más tarde la había sacado de la calle y se había casado con ella. Le debía la vida.

Y había sido cariñoso, especialmente los últimos días. Hablar con él todos los días, a veces dos veces, que le dijera que la necesitaba, que solo ella podía ayudarlo,

y que todo saldría bien.

Dejaría el cuerpo, marcharían a Saint Raphael y comprarían aquel pequeño bistró. Pero ahora, gracias a esa llorica celosa, todo había terminado.

¿Una prueba? ¿Qué más necesitaban además de la pistola humeante de Laure? Esos *juges d'instruction* cada vez ponían las cosas más difíciles. Tal y como Jacques decía pronto tendrían que grabar en vídeo el crimen antes de que detuvieran a alguien.

¿Qué es lo que había escondido Jacques la noche en la que ella llegó pronto a casa? Grogui, se estiró para recoger las pastillas y las recogió de una en una, puso algunas de ellas de nuevo en el tarro y tomó dos más. ¿O fueron tres?

Quedaba poco que pudiera consolarla. La mayoría de los días solo se relacionaba en el trabajo o con la cajera del Casino, el supermercado, que vivía en el piso de abajo. Su vida había sido mecánica y carecía de vida desde que Jacques se marchó. Y ahora se había ido para siempre.

El *Marie Claire* se cayó al suelo. Sus músculos se relajaron. Se le nubló la mirada y vio como un aura de luz color vainilla que entraba por la ventana desde la calle. ¿No hablaba su horóscopo de un sol de colores...?

Jueves, por la noche

—Lo siento, no hay nadie más —dijo el ama de llaves de Felix Conari—. ¿Petru? No lo he visto. Los señores han salido.

—Por favor, tengo que ponerme en contacto con *monsieur* Conari —dijo Aimée.

—¿*Monsieur* Conari? —dijo el ama de llaves apurada—. Ha ido derecho desde el aeropuerto a los servicios religiosos de la iglesia Saint-Pierre de Montmartre. Es lo único que sé.

—*Merci* —dijo Aimée cortando la comunicación.

—Tengo un bolo —repuso Lucien.

—Primero vamos a la iglesia.

* * *

El taxi se detuvo en la rue Saint-Rustique, la calle más antigua de Montmartre y que era lo suficientemente ancha como para un carro del siglo XII. Ella entregó treinta francos al conductor.

—Quédese el cambio —le dijo, quizá esperando ganar el *karma* que le permitiera conseguir un taxi a última hora de la noche, y él sonrió.

Había un canalón por el medio de la calle, como si fuera una costura del revés. La calle conducía a la iglesia Saint-Pierre, una iglesia construida sobre las ruinas de templos romanos dedicados a Marte y Mercurio. En el siglo V se había erigido allí una abadía que luego se convirtió en la cuna de la Compañía de Jesús. Ahora constituía la capilla más antigua de París; durante la Revolución fue una oficina de telégrafos, en la guerra franco-prusiana, un almacén de municiones prusiano y durante la época de la Comuna, una fortaleza contra los comuneros y las masas hambrientas a las que no quedó otro remedio que cazar ratas.

Las puertas italianas de bronce tallado permanecían abiertas y dejaban ver una capilla de piedra medieval iluminada por velas. Un pequeño grupo de gente abandonaba la misa. El patio, que habitualmente estaba lleno de turistas, aparecía desierto en esta noche de invierno.

El perfume empalagoso del incienso hizo que le picara la nariz. Sus pasos resonaban mientras pasaban de largo la estatua de Marie Thérèse de Montmartre y caminaban hacia las columnas coronadas por hojas esculpidas.

Felix Conari saludaba al sacerdote con un apretón de manos y sostenía su mano entre las suyas. A su lado se encontraba un hombre de pelo gris vestido con traje oscuro, corbata roja y camisa azul, el uniforme típico de los tipos del ministerio. Era un rostro que ella había visto a menudo en el periódico junto al del ministro de

Interior.

La Iglesia y el Estado. Malos socios. No le gustaba nada.

Conari la vio. Si se sorprendió, no lo demostró. Instantes más tarde, se excusó y se unió a ellos.

—Perdone, *monsieur* Conari, pero su ama de llaves...

—¿No se lo ha dicho mi mujer? ¡Ah! Se me había olvidado que estaba en una recepción, pero me alegro de que me haya encontrado. —Conari le rodeó los hombros con el brazo a Lucien—. *Ça va, Lucien?*

Lucien asintió vacilante.

—Hemos celebrado la misa anual en memoria de mi hermana. Vamos, hablemos fuera —dijo Conari. Tenía la corbata de seda arrugada y los ojos tristes y enrojecidos. Cerca de la columna recogió su abrigo marrón que descansaba sobre un portatrazes con una etiqueta de Air France.

En el exterior de la iglesia, a la que daba sombra el Sacré Coeur, se abotonó el abrigo y los condujo a la verja del cementerio adyacente. La neblina coronaba la parte alta de la rue Mont-Cenis, la calle que en el pasado fue una antigua ruta de peregrinos.

—Tenemos que aclarar este malentendido, Lucien —dijo Felix.

El oscuro cementerio, con el cartel que decía que abría una vez al año, dejaba entrever sarcófagos que se hundían, inclinados cual ebrios. Druidas, romanos, hombres de la Edad Media: de alguna manera, todos yacían ahí abajo.

—¿Cómo podemos ponernos en contacto con Petru? —preguntó Aimée.

—Se suponía que tenía que haber venido a buscarme al aeropuerto.

—Nos amenazó hace dos horas.

—No lo he visto desde el lunes —repuso Conari—. No lo entiendo.

Parecía estar tan perdido como ella. Ella pensaba que Conari tendría las respuestas. Se había agarrado a posibles conexiones como a un clavo ardiendo, y ello estaba impulsado por un sentimiento en sus entrañas sostenido solo por una conversación en curso escuchada por casualidad, el cuerpo de Zette colgando de la puerta de un servicio, lo que vio desde el tejado un niño de nueve años, unas luces por la noche en una obra y un regusto amargo en la boca con respecto a Ludovic Jubert.

—Felix, ¿qué está ocurriendo? —preguntó Lucien.

Conari suspiró.

—Yo también estoy preocupado —dijo—. Petru no ha devuelto mis llamadas.

—Petru ha tratado de incriminarme, y me ha estado siguiendo.

—¿En serio? ¿Te ha amenazado, Lucien? —Conari hizo un movimiento negativo con la cabeza—. Petru es muy impulsivo y a veces se pasa de la raya. Pero esto me da asco.

—¿Qué se pasa de la raya, Felix? —dijo Lucien—. Ha colocado información en el estudio que me relaciona con los terroristas y luego ha puesto a la policía sobre

aviso.

—Eso me dijo Marie-Dominique —dijo Conari—. Por fuera es una golondrina, pero por dentro es un halcón protector, como todas las mujeres de Vescovatis.

Lucien sintió que una vena latía en su frente, a duras penas visible bajo uno de sus rizos negros. Así que la mujer de Conari había avisado a Lucien.

—¿Por qué, Felix?

—Pregúntaselo a él —dijo Conari—. He tratado de localizarlo desde que me llamó Marie-Dominique. Tiene que haber un malentendido, pero no te preocupes. Salvaré el acuerdo con Soundwerx.

—Pensé que Kouros se había echado atrás. —Los labios de Lucien se tensaron.

—Lucien, hijo, ¡firmamos el contrato! —repuso Felix—. Míralo desde el lado positivo.

—Pero Kouros no lo firmó —negó Lucien con la cabeza.

—Un apretón de manos suyo es su palabra. ¿Te acuerdas, Lucien?

—No si existe el mínimo tinte de la Armata Corsa. Lo dejó bien claro.

—Tenemos un contrato, Lucien —dijo Conari—. Haré que vayas al estudio de grabación en cuanto pueda. Ahora mismo tengo que concentrarme en mi contrato para la construcción.

—¿Cuánto hace que Petru trabaja para usted? —preguntó Aimée.

—Unos seis meses. Hace un poco de todo —contestó Felix Conari—. Su primo se casó con mi hermana. Es de un clan diferente al de Marie-Dominique.

—¿Puede esto explicar que la haya tomado con Lucien y haya saboteado su contrato de grabación?

—Los impulsivos corsos no me dicen nada, *mademoiselle* —dijo Conari—. Me casé en una familia y trato de ayudar a la gente como Lucien cuando puedo, pero las ofensas del pasado no me interesan.

—¿Fue una de sus tareas cubrir el asesinato de un *flic* en el tejado del edificio frente al suyo durante la fiesta?

—¿Petru? —exclamó Conari abriendo mucho los ojos—. ¿Cree que disparó a alguien? No, estaba sirviendo la cena, en la mesa. Tú lo viste, Lucien. Todos lo hicimos.

—Una testigo oyó que había hombres en el tejado hablando en corso —repuso ella.

—¿En medio del estruendo de la tormenta? —dijo Conari meneando la cabeza.

—Creo que a la policía le interesará todo esto, *monsieur* Conari. Principalmente si se enteran de que usted ha contratado a un sospechoso terrorista corso.

Lucien retorció las manos al tiempo que agarraba fuertemente la funda de su instrumento musical.

—¿Terrorista? ¿Petru? Tiene que haber un error. Puede que se haga el machito...

—Conari apoyó la punta de un dedo en su párpado inferior, un gesto pasado de moda que quería decir «¿me estás tomando el pelo?»—. Quiero ayudar, pero no tengo ni

idea de por qué dejaría información falsa. Puede que mi mujer lo entendiera mal.

—Pero usted ha dicho que ha desaparecido.

—Tenemos que arreglar esto. —Conari sacó su teléfono móvil y pulsó la marcación rápida—. Petru, ya he vuelto. Tenemos que hablar —dijo antes de cerrar el teléfono con un ruido sordo—. Ha salido el buzón de voz. Les avisaré en cuanto me llame.

—¿Qué número tiene? —dijo ella. Aimée grabó el número en su teléfono al tiempo que Conari se lo mostraba.

—¿Vive con usted?

Conari hizo un gesto negativo.

—Petru vive en algún lugar del *quartier*.

—¿No sabe dónde vive?

—Se acaba de mudar, pero es muy discreto sobre muchas cosas —dijo Conari—. Ahora que lo pienso, es muy extraño.

—¿Dónde vivía antes?

—Cerca de la place Froment, encima de una tienda de ultramarinos turca —respondió Conari.

—¿Puede ser un poco más exacto, *monsieur* Conari?

—Una vez lo recogimos allí —dijo—. Yo esperé en el coche al lado de la tapia del cementerio. Veamos, recuerdo que lo recogió mi chofer. La tienda tenía de todo: comida, narguiles, hasta vídeos turcos.

—Tengo que marcharme. Tengo un bolo, Felix —dijo Lucien, cambiando de hombro la mochila.

—Lucien, créeme. *Mademoiselle* Leduc, siento lo ocurrido. Petru tiene mal genio, pero ¿largarse así? No entiendo nada.

—¿Dónde estaba usted, *monsieur* Conari?

—Estoy negociando con el ministerio. Es muy difícil si tenemos en cuenta cómo estos ataques separatistas agravan la situación.

Toda la culpa era de los separatistas, y todavía no le había contestado.

—¿Dónde estaba usted, *monsieur* Conari?

—La isla de la belleza. Córcega —suspiró.

El sacerdote hizo un gesto a Conari para que se acercara.

—Perdonen, tengo que dar las gracias al padre.

* * *

—Lucien, exactamente ¿dónde viste esas luces?

Aimée temblaba frente al edificio en cuyo tejado habían disparado a Jacques.

—Las luces salían de por encima de la barandilla. Desde aquí se ve el agujero —señaló Luden.

—¿Dónde?

Le rodeó la cintura con las manos, unas manos fuertes, y la levantó. Sus ojos solo se encontraron con un agujero negro como el carbón rodeado de escarcha.

—Puntos de luz que se movían —dijo él.

¿Un túnel?

Él volvió a dejarla en el suelo. Apoyó las manos en sus caderas un momento más de lo estrictamente necesario.

—Mañana husmearé por la antigua casa de Petru, si la encuentro. Mientras, si vuelve a aparecer, llámame. —Le entregó su número—. ¿No tienes móvil?

—Va contra mis principios —repuso Lucien.

Era una molestia, y hacía más difícil localizarlo.

—Si Petru se cruza en mi camino, me ocuparé de él. —Lucien se echó al hombro la bolsa—. De verdad que llego tarde al trabajo.

—Mira...

—Deja un mensaje a Anna en Strago.

—Ya lo he hecho.

—Solo un consejo. —Hizo una pausa, su rostro en medio de las sombras—. Una chica como tú debería mantenerse alejada de tipos como ese.

Enfadada, Aimée retrocedió un paso. Sus tacones se hundieron en la nieve medio derretida.

—¿El tipo del cuchillo? ¿Qué crees? ¿Que yo lo he invitado? Me persigue —dijo ella—. Y después de que yo encontrara ajusticiado a Zette, el dueño del bar, me amenazó. Otro corso.

Al otro lado de la pared se podía oír cómo una lata chocaba contra el suelo y los chillidos de un gato. Ella hizo una pausa.

—Con los que debo tener cuidado es con los que son de tu tipo.

Entonces él rodeó su cintura con sus manos y la besó en las mejillas, unos besos suaves, cálidos y prolongados. Ella tomó aire envuelta en su calidez y el húmedo regusto de su chaqueta de cuero. Flotaba en el aire una fría promesa de nieve.

—Especialmente los de mi tipo, detective —le susurró al oído.

Ella lo miró hasta que desapareció entre las sombras y se extinguió el eco de sus pasos, todavía sintiendo su calidez en su rostro.

Jueves, por la noche

Laure intentó gritar, pero de su garganta solo salían sonidos ahogados. Las verdes paredes parecían distintas, la habían cambiado de sitio.

—Enfermera, la paciente está agitada. Monitorice el electrocardiograma. ¡Ahora!

A su lado se hallaba un médico con bata blanca, y su prominente nariz y su identificación plastificada reflejaban la luz de las parpadeantes máquinas.

—Laure, tranquilízate, no hagas esfuerzos. ¿Puedes sentir esto?

Un pellizco. Frío.

Ella negó con la cabeza. Pensó que había negado con la cabeza. Solo se movían sus dedos pulgar e índice. Se concentró.

—Pestañea, Laure —dijo él—. Una vez para decir «sí» y dos para decir «no». ¿Puedes hacerlo?

Laure pestañeó dos veces.

—¿Qué es eso? ¿Estás tratando de decirme que no sientes nada?

Ella pestañeó de nuevo dos veces. Sintió que los ojos se le salían de las órbitas. Él no podía ver sus dedos moverse sobre la blanca sábana. Quería gritar: «¡Mira, mis dedos!». El médico se inclinó hacia adelante y su estetoscopio se balanceaba sobre su pecho bajo las blancas sábanas.

Hazlo. Tócalo. Demuéstraselo.

Pero su mano no respondía. Siguió con la mirada el recorrido que haría con los dedos; casi podía sentir la suavidad del disco de acero, su frialdad al tocarlo. Pero al igual que un motor que se cala, que trata de arrancar, tose, se ahoga y petardea hasta detenerse, el resto de su cuerpo no cooperaba.

—Dale dos miligramos de Valium —dijo el médico—. Tenemos que controlar los temblores o se soltarán los tubos.

Mirad mis ojos... ¡mis ojos! Pestañeó dos veces rápidamente. No más medicamentos, no más atontarle la mente y las palabras. Tenía que comunicarse, contárselo.

Encontrar a Aimée.

—Doctor, está intentando decirnos algo —dijo la enfermera—. Esa dosis la va a dejar inconsciente.

—Hágalo, enfermera.

Laure tiró del estetoscopio con tanta fuerza que se soltó de su cuello.

Jueves, por la noche

Aimée no necesitaba el tipo de problemas que planteaba Lucien Sarti. ¿Por qué no podía quitarse de la cabeza la forma en la que se rizaban sus pestañas?

En la librería de la place des Abesses que cerraba tarde por una lectura de poesía, encontró una edición del *Corse-Matin*, el diario corso.

Por lo menos, la librería tenía calefacción, así que podría sacarse el frío de los huesos. En la tercera página encontró dos artículos fechados en Bastia. Uno de ellos relataba un aviso de bomba en la oficina de correos central de Bastia que resultó ser falso. Un artículo más corto describía los ataques vandálicos contra un avión de combate en la pista de unas instalaciones militares y culpaba a los trabajadores de una obra cercana. La empresa constructora, Conari Ltd., rechazaba hacer declaraciones. Era la empresa de Felix Conari.

Se habían cancelado vuelos y se había prohibido sobrevolar el espacio aéreo corso. ¿Sería una reacción exagerada? Se trataba de una precaución impuesta por el Ejército cuando estaba en entredicho la seguridad nacional. ¿Hasta en una base en el extremo de Córcega, lejos del continente? Sin embargo, Conari había regresado en avión.

Su mirada se posó en otro montón de periódicos.

«¡La compañera de mi marido le disparó a sangre fría!». Los titulares la contemplaban desde *Le Parisien*. Junto a una foto de Jacques Gagnard de uniforme, un texto lateral rezaba: «Contado por Nathalie Gagnard».

Con el estómago revuelto y sintiendo que la ira la invadía, Aimée introdujo su lima de metal en la ranura de la antena de su teléfono, la removió, y marcó el número 12, de información. Pidió el número de Nathalie Gagnard y estableció conexión.

—*Allô, Nathalie?*

—¿Por qué me piden ideas? Ustedes ya han preparado el funeral de Jacques — contestó Nathalie con voz pastosa.

—*¿Estaría borracha?*

—Nathalie, va usted a retractarse de todas esas mentiras del artículo del periódico —dijo intentando controlar su tono—. Vengarse de Laure no le va a devolver a Jacques.

—¿Qué? Ustedes, *salauds*^[11]. «N-n-n-o tengo din-n-n-ero para pagar... Jacques... se lo jugó todo».

Aimée contuvo la respiración.

—¿Se lo jugó?

Por toda respuesta obtuvo un sollozo.

—Deudas. Ni siquiera puedo pagar su entierro.

Las cosas empezaban a cuadrar. Jacques jugaba, pero tenía un coche nuevo. Había algo en ese tejado cubierto de nieve que lo iba a convertir en un hombre rico.

—Nathalie, soy Aimée Leduc. Ahora mismo voy.

Se cortó la comunicación.

Buscó la estación más cercana en el mapa. Era Lamarck-Caulincourt, una de las estaciones más profundas, excavada a partir de viejas minas de yeso.

Diez minutos más tarde, salía a la fina lluvia bajo el arco del metro estilo *art nouveau*. La luz dorada que salía de un bistró al lado de las escaleras invitaba a entrar. Oscuras escaleras en forma de paréntesis subían a ambos lados de la colina. Luego otro tramo de escaleras, una calle y más escaleras. Parecían filas de teclas de acordeón combadas. En la cima, la blanca cúpula helada del Sacré Coeur recordaba a un pastel hecho de nieve batida.

Unas bolsas de plástico agitadas por el viento revolotearon y se quedaron enganchadas en una rejilla de metal. Pensó que era igual que los progresos que hacía en esta investigación, cada paso que daba era bloqueado y vapuleado por el viento, sin llegar a ningún sitio. La inocencia de Laure seguía estando en duda. Tenía que conseguir que Nathalie admitiera delante de las autoridades la afición de Jacques por el juego. No se marcharía hasta que lo hiciera.

Aimée sentía en su interior que existía una conspiración aún mayor y que Laure estaba atrapada en ella como una mosca en la tela de la araña. ¡Ojalá Laure se recobrara y pudiera hablar!

La farola de metal verde iluminaba esta parte de Montmartre poco transitada donde algunos cafés todavía vendían carbón vegetal. Un reducto chic de *intellos*^[12], burgueses y, de vez en cuando, una librería socialista con las estanterías llenas de panfletos trotskistas. Aquí inventaron los surrealistas el «*kissographe*». Para muchos se trataba de un tramo de escaleras y no de una calle; una subida de varios tramos, acarreando la compra después de un largo día y recompensada por una vista espectacular.

Casi sin respiración, se detuvo y vio la entrada vallada al cementerio de Saint Vincent con carteles que ilustraban diferentes maneras de enterrar un ataúd. Los más baratos eran los enterramientos de ataúdes a tres alturas. Giró hacia la izquierda en la rue Saint Vincent, pasó de largo frente al cabaré Lapin Agile rodeado por un seto de rosales y el último viñedo de París con las desnudas vides cubiertas por la escarcha.

El edificio de Nathalie Gagnard estaba junto a las escaleras de la rue de Mont-Cenis. No hacía ni siquiera treinta minutos que había estado arriba de esas escaleras con Lucien y Felix Conari contemplando otro cementerio.

Llevaba toda la noche caminando en círculos.

Apartó a Lucien de su mente.

En una época, el edificio constituyó un *hotel particulier* y ahora lo habían dividido en apartamentos. Aimée vio los gastados números y letras del código digital. Qué pena que había dejado la plastilina en la oficina. Frustrada, sacó su

minidestornillador, desatornilló la placa, y conectó los cables rojos y azules. La puerta se abrió con un chasquido. Sujetó la puerta metiendo la bota en la abertura, volvió a atornillar la placa y entró en el oscuro portal.

Después de encender el interruptor, echó un vistazo a los buzones, encontró Gagnard y se apresuró a subir la escalera de caracol antes de que las luces programadas se apagaran.

—¿Nathalie? —llamó Aimée—. ¡Nathalie! ¡Soy Aimée Leduc!

Silencio, a no ser por los acompasados tictacs del temporizador de la luz.

—¿Está usted ahí, Nathalie? —gritó mientras aporreaba la puerta.

Un hombre que llevaba puestas unas robustas botas negras de motorista la miraba desde detrás de la puerta vecina en el descansillo.

—¿Le importaría no hacer tanto ruido? —dijo—. Estamos celebrando una sesión de espiritismo.

¿Una sesión de espiritismo?

—Lo siento, estoy preocupada por Nathalie...

—Yo soy el que da de comer a su periquito. Nathalie estaba bien la última vez que la vi.

—Por teléfono su voz sonaba pastosa. ¿Tiene llaves de su casa? ¿Le importaría abrirme la puerta? —dijo, al tiempo que mostraba la placa de detective.

—¿Una detective con tacones altos? —repuso él, entrecerrando los ojos con interés.

—Olvidemos el comentario sobre la moda.

—Apuesto a que también vas en una Vespa.

Lo que quería decir era que Aimée no parecía ser una profesional. ¿Cómo tendría que ser una detective?

—¿Tendría que llevar uniforme para parecer más oficial y destacar entre la multitud?

Si estuviera René, la habría fulminado con una mirada de advertencia. Del interior del piso del vecino salía un murmullo de campanillas.

—*Désolé* —dijo él cerrando la puerta.

Le dolían los pies, el aire frío le estaba congelando las piernas y se le estaba agotando la paciencia. Aporreó la puerta hasta que la abrió.

—Mire, estoy realizando una investigación oficial. Tiene que cooperar conmigo.

Él abrió los ojos con sorpresa y retrocedió.

—¡Qué mandona!, ¿no?

—Nathalie tiene problemas —dijo ella. Y problemas graves, tal y como sonaba su voz.

—A los espíritus no les va a gustar.

—¿A los espíritus? ¡Y a mí qué me importa! —Era una pena que no hubiera guardado el cuchillo del pescado. Se acercó más y le lanzó una mirada fulminante.

Él entendió el mensaje de sus ojos.

Un momento después sacó una cadena con llaves junto al marco de la puerta. Ella las fue probando hasta que una encajó, la giró y abrió la puerta.

—*Merci* —dijo al tiempo que le devolvía las llaves—. *Allô?* —Llamó a la puerta de Nathalie.

Encontró a Nathalie tirada sobre su propio vómito sobre el suelo de parqué. A través de su boca abierta la respiración silbaba laboriosamente. A su lado yacían el teléfono y el bote con las pastillas.

Aimée sintió pánico, la agarró por las axilas, la arrastró hasta el pequeño cuarto de baño y puso su cabeza sobre el inodoro.

—¡Vamos, Nathalie! ¡Echa el resto! —la urgió.

Nathalie giró la cabeza y su pelo negro se quedó pegado en sus delgados pómulos.

Aimée echó mano de los guantes de goma que estaban al lado del frasco de limpiador Cif al lado de la ducha, se los puso y metió un dedo en la garganta de Nathalie. Se produjo una fuerte arcada seguida de vómito, todo encima de los zapatos con tacón de leopardo de Aimée y sobre el suelo, pero nada dentro de la taza.

¡Y por quince francos más, los podía haber impermeabilizado!

Entonces Nathalie vomitó de nuevo, y esta vez apuntó bien.

—¡Nathalie! ¡Nathalie! ¿Me oye?

Su cabeza reposaba sobre el borde del inodoro.

Estaba claro que ya la había interrogado lo suficiente sobre la afición al juego de Jacques.

Aimée se quitó los zapatos, los puso en el lavabo y los limpió con un trapo. En la otra habitación cogió el teléfono y marcó el 17 del SAMU, el cuerpo de ambulancias, y dio la dirección.

—He encontrado a Nathalie Gagnard inconsciente con medio frasco de Ambien, la he hecho vomitar...

Se oían chasquidos y sonidos de fondo como el ruido de las olas.

—Dense prisa.

—Mandamos una ambulancia que ya está en la zona —dijo una operadora de voz tranquila—. Tardará dos o tres minutos.

—Hay varios tramos de escaleras.

—¡Ah! Uno de los especiales de Montmartre —dijo la operadora—. Así que nada de médicos nenazas para este servicio. Gracias por avisar.

—¿Tengo que hacer algo?

—Mire si hay más pastillas.

Aimée rebuscó por todo el suelo y encontró varias pastillas en las ranuras entre los listones de madera.

—Acabo de recoger más Ambien del suelo.

—Asegúrese de que no tiene nada en la boca y de que puede respirar, de que no exista ninguna obstrucción.

La camilla que transportaba a Nathalie golpeaba la pared y uno de los voluntarios, que llevaba un brazalete del Hôpital Bichard alrededor del brazo, echaba juramentos. Aimée cerró la puerta del piso de Nathalie tras ellos, utilizó el resto del Cif para limpiar todo lo que había en el suelo y puso sus zapatos a secar cerca de la salida de aire de la calefacción. Una vez hecho todo eso, localizó unos granos de café en el congelador de Nathalie, que era tan grande como un camión, los molió y encontró una cafetera Alessi de metal machacada por el uso. Encendió el gas, que cogió vida con una llama azul.

No se marcharía del piso hasta que encontrara alguna prueba que documentara que Jacques jugara. Las dos habitaciones, situadas en la esquina del edificio, permanecían prácticamente intactas y tenían un alto techo hueco y esculpido. Se dio cuenta de que una vez fueron parte de un salón de baile. Permanecía un cierto encanto decadente a pesar de su reconversión en sala de estar y un rincón para dormir.

Mientras la cafetera vertía goteando el café y emitía su ruido siseante, registró el apartamento. No había escritorio, archivos o libros. Nada. Solo un montón de sobadas revistas *Marie Claire* y un periquito dormido en una jaula cubierta y con una caja de comida para pájaros debajo. ¿Dónde guardaba Nathalie sus cuentas, los cheques y los recibos?

Buscó en los armarios de la cocina, bajo la alfombra de sisal, desfundó el sofá, comprobó las tulipas de las lámparas y palpó bajo la mesa, por ver si encontraba algo pegado con cinta adhesiva. Nada. En el armario de Nathalie encontró una selección de faldas, camisas blancas, varias chaquetas y un vestido negro, además de un surtido de pañuelos de colores para adornar su guardarropa básico.

¿Nunca llevaría vaqueros?

Aimée se puso de rodillas y dio en el blanco. Bajo la cama de Nathalie encontró un abultado archivador verde oliva. Lleno de muescas, viejo y... cerrado con llave. Lo sacó de debajo de la cama, lo arrastró por el suelo hasta la cocina y allí hizo girar su lima de uñas en la cerradura. En lugar de abrirse, la cerradura se atascó y se rompió. ¡Menuda suerte! Pensó que eran gajes del oficio, un acompañamiento perfecto para una noche muy agitada: le habían puesto un cuchillo en la garganta, se había encontrado con un sarcástico y melancólico *artiste* cuyo tacto quería olvidar, el recuerdo de Felix Conari, de su afiliación con la Iglesia y con el Estado, y solo una referencia entre dientes de una empastillada Nathalie a la afición al juego de Jacques. Y luego el añadido especial de Nathalie, ¡vomitar sobre sus zapatos de tacón buenos!

Estaba determinada a encontrar algo mientras se secaban sus zapatos, así que escarbó en los cajones de la cocina, encontró un mazo para la carne, concentró toda su energía y golpeó la cerradura con todas sus fuerzas, una y otra vez, hasta que saltó.

Se encontraba mejor e intentó forzar el cajón de arriba haciendo palanca, pero acabó utilizando un abrelatas para abrirlo por un lateral. Dentro se guardaban notificaciones bancarias en carpetas que se remontaban a varios años atrás. El segundo cajón contenía cartas y el tercero, sobre todo, recetas y recortes.

Revolvió dos terrones de azúcar moreno en la descascarillada taza de café y bebió a pequeños sorbos, al tiempo que bostezaba mientras inspeccionaba los archivos. Los estados de cuentas de los últimos cinco años requerían una tediosa comprobación. Abrió la ventana, una sola rendija, intentando así mantener la mente despejada. A sus pies yacían los esqueletos cubiertos de escarcha de las vides que producían una cosecha todos los otoños. El orgullo de Montmartre, pero ácido. Un gusto adquirido. Encontró una manta de ganchillo azul y envolvió sus pies con ella.

Papeles de bancarrota, la sentencia de divorcio. Se inclinó hacia adelante y comenzó a trabajar. En la ventana de Nathalie, las lastimeras notas de alguien que ensayaba con un violonchelo acompañaban el sonido del goteo del hielo al derretirse.

Se trataba de una aburrida rutina de comprobación de notas financieras escritas a mano y documentos del banco impresos. Al cabo de media hora descubrió las discrepancias. Importantes. Y fácil efectuar un seguimiento, una vez que hubo descubierto el patrón a seguir.

Los cuantiosos ingresos habían comenzado hacía tres meses, coincidiendo con la sentencia de divorcio de los Gagnard y con la bancarrota. ¡Ningún *flic* pluriempleado ganaba cincuenta mil francos al mes trabajando a tiempo parcial! No le extrañaba que Jacques hubiera convencido a Nathalie para que mantuviera la autoescuela. Era el lugar perfecto para disimular el montante de francos que se depositaban cada mes desde hacía tres. ¿Sería una simple forma de ocultar un chantaje?

Mientras miraba la limpia y práctica cocina y los muebles del apartamento instalados a partir de kits de montaje de Ikea, dudaba sobre si ella compartiría con él esos aires de grandeza. Simple avaricia, exigiendo siempre más... ¿habría sido eso su perdición?

Pero todo esto no disipaba la posibilidad de que lo que había matado a Jacques era algo que él conocía.

Con las pocas máquinas trucadas que había visto, dudaba de que Zette pudiera permitirse un pago de cincuenta mil francos al mes. Jacques podría haber recogido dinero de otros pequeños propietarios de bares y haber acaparado el distrito. ¿Seguiría un patrón?

El asesinato de Zette podría ser una advertencia para los otros de lo que les esperaba si se olvidaban de pagar. Sin embargo, a Jacques lo habían matado dos días antes de la muerte de Zette.

Abrió otra carpeta y echó un vistazo a la propaganda sucia con manchas de agua de Monoprix y que anunciaba rebajas en los abrigos de caballero. Dentro tenía un trozo de papel escrito a máquina. ¿Por qué guardar algo así? Lo volvió a poner con los otros papeles.

Se sentía bloqueada y bebió un poco más de café al tiempo que se cubría el regazo con la manta. Había abierto la caja de Pandora. Jacques pudo haber sido asesinado por cualquiera de sus clientes ansiosos por terminar con los pagos. Eso le dejaba un montón terrible de posibles sospechosos. Dudaba que las autoridades estuvieran dispuestas a investigar cargos de extorsión contra un respetable agente asesinado. Después de todo, ya tenía a Laure y su pistola humeante.

Miró al lío que había organizado con el contenido del cajón del archivador y cuando estaba a punto de pegar una patada para cerrarlo, se le ocurrió una idea. Se agachó y palpó bajo cada cajón con la intención de encontrar algo pegado, con cuidado de evitar los bordes ásperos y cortantes. Nada.

Había encontrado pruebas de la extorsión de Jacques y sabía que jugaba. Pero en su interior sospechaba que había algo más.

Quienquiera que sea que le mató, en este momento ya habría puesto patas arriba la casa de Nathalie si llegan a sospechar que escondía algo de valor. Pero estaban divorciados; Nathalie podía haberse quitado de en medio a cualquiera que le hubiera preguntado algo y podía haber negado mantener su confianza. Sin embargo, el artículo que había aparecido en el periódico de hoy establecería la relación. Si hasta ahora no habían sabido de la existencia de Nathalie, ahora ya lo sabían.

Había algo que la preocupaba. ¿Qué era? Se quedó mirando a la luz de la luna sobre la ventana recubierta de escarcha y luego volvió la vista al apartamento de Nathalie, investigándolo de nuevo. No había ordenador. Lo revisó de nuevo cuidadosamente. No había impresora.

Extrajo el folleto de Monoprix y dentro encontró el papel roto escrito a máquina: media página de jerga informática: //_e738:Ñ, seguido por más anotaciones descuidadas, números y series de letras. Se quedó mirándolo fijamente. ¿No fue Oscar Wilde el que dijo que el verdadero misterio del mundo es lo visible y no lo invisible?

Era un patrón que se repetía. ¡Claro! ¡Era parte de un código de encriptación! En su mente resonaban las palabras de Borderau sobre una filtración de datos codificados. ¿Tendría esto algo que ver? ¿Habría encontrado por fin un nexo de unión?

Para recomponer el rompecabezas necesitaba un ordenador. Nerviosa, metió la hoja en el bolsillo, puso los archivos en su sitio, empujó el archivador bajo la cama de Nathalie, se calzó los zapatos que ya estaban secos, apagó las luces y cuando estaba a punto de cerrar la puerta del apartamento escuchó el ruido de pasos que subían.

Cerró la puerta sin hacer ruido, se descalzó y subió descalza con mucho cuidado hasta el piso de arriba. Allí se agachó para escuchar. Del piso del vecino salía el sonido de una ópera de Wagner que enmascaraba el ruido de los golpes en la puerta de Nathalie. ¿Qué tipo de sesión de espiritismo estaban llevando a cabo?

Intentó mirar a través de la barandilla de metal y vio cabezas de hombre cubiertas por gorros de punto y los plumíferos sobre sus hombros. Entonces uno de ellos

levantó la mirada.

El corazón le latía a toda velocidad. Había visto al tipo de perfil: era el de la dentadura fea y el cuchillo. Le temblaban las manos.

Las luces programadas se apagaron. Subió aún más arriba, retrocediendo. Rezaba por que no se acercaran. Entonces la luz de nuevo inundó el descansillo y las escaleras. Escuchó el ruido de los pies al arrastrarse, un gruñido y el impacto de una palanca cuando el tipo ese forzó la puerta.

—¡Rápido! —dijo uno de ellos—... esperando afuera.

Tendría que darse prisa, bajar las escaleras sin hacer ruido y pasar sin ser vista a la lado de la puerta, teniendo cuidado de sortear a cualquiera que estuviera esperando. Se puso una gorra de lana, siguió rezando mientras pasaba de puntillas al lado de la puerta entreabierta y bajaba las escaleras hasta el portal.

Una mujer mayor que llevaba puesto un gorro de lana color blanco estaba comprobando el correo.

—Hace frío, ¿verdad? ¿Es usted la nueva inquilina del piso de arriba?

Aimée no tenía ganas de hablar. Quería marcharse. Ya.

—Estoy preocupada. Han forzado la puerta del número seis y he oído ruidos dentro al pasar —dijo susurrando y llevándose un dedo a los labios.

Arriba se oían golpes y Aimée vio la alarma reflejada en el rostro de la mujer.

—No suba. Se me ha olvidado el teléfono móvil. ¿Tiene usted uno? —Aimée hizo un gesto afirmativo acercando a la mujer hacia sí.

La mujer asintió.

—Llame al 18, a los *flics*.

Mientras la mujer sacaba su teléfono móvil, Aimée se calzó y se fue.

En los brillantes escalones exteriores, vaciló. ¿Hacia arriba o hacia abajo? Escuchó la vibración de un motor en punto muerto y al mirar al suelo vio la punta encendida de un cigarrillo que alguien sostenía en el asiento del conductor de un coche. Se mantuvo en el extremo más oscuro de las escaleras, las subió rápidamente y cuando casi había llegado al final salió de un portal una figura que le bloqueó el paso.

Jueves, por la noche

La luz del techo se reflejaba en la mesa. René contemplaba a una preocupada Isabelle.

—Es culpa suya —dijo Isabelle—. ¡Suya! Estábamos bien hasta que apareció usted haciendo preguntas y haciéndose pasar por...

—Que me eche a mí la culpa no nos va a ayudar a encontrar a Paul —repuso René.

Por dentro se sentía asqueado y culpable. Si el asesino iba a por Paul, ningún sitio en el que se podría esconder le mantendría a salvo.

René salió del apartamento en el que Isabelle se mantenía en vigilia. Sobre su cabeza, la solitaria hoja seca de un plátano se mecía en la brisa en una lenta danza. La contempló y se sintió tan perdido como la hoja. Ya había buscado en los tejados y en el rincón en el que, según Isabelle, a veces se escondía Paul. Ni rastro de él. ¿Dónde se escondería un niño asustado? Intentó pensar como lo haría Paul.

La oscura calle de Montmartre aparecía desierta a esta hora de la noche. René echó a andar, y la cadera le dolía aún más debido a la gélida temperatura. Al doblar la esquina vio el solar en construcción en el que habían matado a Jacques. Había escarcha sobre la chapa ondulada que protegía el patio.

¿Se habría escondido aquí Paul? Inspeccionó la valla en busca de agujeros o alguna parte floja. Nada.

Trató de llamar a Aimée una vez más. No hubo respuesta, así que dejó un mensaje que fue interrumpido por interferencias. ¿Por qué Aimée rompía su teléfono todo el rato?

Un poco más adelante encontró una valla con candado. Los finos listones de madera impedían la visión desde la calle. Volvió sobre sus pasos y pasó las manos por la superficie de la valla, sin resultados.

Trató de ignorar el presentimiento que tenía en la boca del estómago de que habían secuestrado a Paul antes de que tuviera oportunidad de esconderse.

Cuando ya estaba a punto de rendirse, escuchó arañazos que provenían de un portal. Se le erizó el vello de la nuca. Se acordó de las fotos que habían enviado a la oficina. ¿Le estarían siguiendo?

Gotas de sudor le cubrían la frente. Olía a moho, a tierra vieja y a yeso. Luego oyó un crujido seguido por algo que se rompía. ¿Serían vándalos, los gatos, o...?

—Me mentiste —le acusó una voz infantil.

—¿Paul? —contestó René, aliviado.

El pálido rostro de René resplandecía a luz de la farola. De alguna parte les llegaba el tenue maullido de un gato y unos pasos que corrían.

—Tu madre está muerta de preocupación —dijo René—. Hace un frío que pela.

¿Dónde está tu abrigo?

—¡Otra mentira! *Maman* sabe que soy yo el que cuida de los dos —dijo con mirada desafiante aunque le temblaban los labios—. Soy el hombre de la casa.

René no supo qué decir cuando oyó al vacilante «hombre de la casa» con la cara sucia de tierra y calcetines de marcianitos desparejados, uno azul y otro amarillo, que se le veían por encima de sus zapatos de lluvia.

—Vamos arriba, Paul —dijo—. Si lo que quieres decir es que te mentí sobre lo de Toulouse-Lautrec...

—No eres detective —interrumpió Paul.

—Soy detective informático —contestó René.

—Demuéstramelo.

Se oía el eco de pasos en la distancia.

—Aquí tienes mi tarjeta —dijo René mientras miraba nerviosamente a su alrededor y trataba de empujar a Paul para que avanzara—. ¡Y contento con que no le he dicho nada a tu madre sobre los aviones! Ahora vete para dentro antes de que te congeles.

Jueves, por la noche

Aimée viró bruscamente en las escaleras cubiertas de hielo para evitar a una señora mayor con un schnauzer. Trepó los interminables tramos de escaleras y de nuevo metió la lima de las uñas en su teléfono móvil. Tenía un mensaje. ¿Por qué no había sonado? ¿No habría cobertura en la *butte*? ¿O sería porque le faltaba la antena? Si René había ingresado en el banco el dinero de Varnet se compraría otro teléfono.

Escuchó el mensaje.

Ruido de interferencias y luego la voz de René: «Aimée —se oía a René jadear—. El solar de la rue André...».

La línea volvió a hacer ruidos y el mensaje se cortó. ¿Habría intentado René investigar sin ella y se habría metido en problemas?

Dio dos vueltas alrededor del cuello a la larga bufanda de lana y se la ató con un nudo al tiempo que se adentraba corriendo en la fría noche. Era mejor olvidarse del poco frecuente metro nocturno. Llegaría antes a pie.

Preocupada, Aimée pasó de largo corriendo la empinada rue des Saules y la perlada cúpula del Sacré Coeur que se vislumbraba sobre los oscuros tejados. Bajó a toda velocidad por la serpenteante rue Lepic con sus contraventanas. En el exterior del Jungle, el club senegalés de la rue Gabrielle, se juntaba un numeroso grupo de gente y se podía oír el sonido de la música que llegaba desde dentro.

—¿Dónde vas con tanta prisa? Hemos cogido mesa, ven con nosotros —gritó un hombre.

—*Non, merci* —dijo ella esquivando al hombre que se reía al tiempo que sus pasos resonaban en los irregulares adoquines.

En la place Emile-Goudeau se resbaló al pisar el agua que manaba del canalón y casi perdió pie. Pasó por el lavadero Bateau-Lavoir, el antiguo estudio de Picasso y Modigliani y ahora una galería de arte. Casi sin respiración, se detuvo junto a la fuente Wallace de verde metal y deseó que los pies no le dolieran y que su camisa no estuviera empapada de sudor. Entonces corrió escaleras abajo. No quedaba mucho, solo unas pocas calles más suponiendo que pudiera seguir corriendo.

Sentía que no le llegaba el aire, pero cruzó una place des Abesses azotada por el viento y se mantuvo a la izquierda. Bajó la escalinata agarrándose a la doble barandilla y pasó de largo la estación de Cloclo en la entrada de un edificio adornado con medallones de piedra. Ni rastro de Cloclo, solo oscuridad.

La rue André Antoine estaba desierta si no fuera por el viento que la azotaba. Entonces distinguió dos figuras, dos pequeñas figuras, apenas visibles en la entrada de un edificio.

—¡René!

Mientras se acercaba vio que su acompañante era un niño pequeño de mirada

desafiante y que estaba temblando. Aimée se quitó el abrigo.

—Debes de ser Paul —le dijo arropándolo con su abrigo.

—¿Dónde tienes el ordenador?

—En la oficina —repuso ella tomando aire.

—Ya era hora, Aimée —dijo René.

—He encontrado a Nathalie Gagnard con una sobredosis de pastillas —repuso ella—. A la pobre le están haciendo un lavado de estómago, pero encontré los asientos bancarios de Jacques y algo más que merece la pena leer.

Él respiró hondo.

—Lo siento. Igual me he pasado. Varnet ha soltado la pasta, esa es la buena noticia. Somos solventes.

Paul le devolvió el abrigo bruscamente, entró corriendo en su edificio sin decir una palabra y cerró la puerta de un portazo.

—¿Qué es todo esto, René? —preguntó Aimée—. ¿No has convencido a la madre de Paul para que le dejara declarar?

—Nuestra testigo es la madre. Vio tres disparos.

—¿Tres? Pero ella bebe, ¿no? Yo pensaba que Paul...

—Te lo cuento mientras volvemos —interrumpió René.

Viernes, por la mañana

Aimée giró el mando de porcelana blanca de su bañera con patas. Gracias a Dios se había encendido el calentador. Vertió esencia de lavanda. La bañera emanaba vapor cuando hundió las frías piernas y los pies doloridos en el agua caliente.

Su mente vagaba mientras inhalaba la lavanda con un toque a limón. La historia de la madre de Paul que René le había contado, los nombres de los planetas, la frase «buscando el tren», lo que mencionó Borderau sobre la filtración de datos codificados y el papel impreso que había encontrado entre los archivos de Nathalie. Todo le daba vueltas en la cabeza, como un remolino. Cinco minutos más tarde, cuando el agua solo le llegaba a las caderas, la llama del gas chisporroteó y se apagó.

Estupendo.

Se secó con una toalla y se vistió con la gastada bata de franela de su padre y con calcetines de lana. Con el papel impreso trabajó con el ordenador portátil en la cama buscando y seleccionando páginas de codificación. Sin ningún éxito. Necesitaba a Saj.

Cuando el cielo se teñía del naranja del amanecer, se acurrucó bajo el edredón y se durmió, agotada. La despertó el teléfono en su oreja y cuando abrió los ojos vio el cursor del ordenador portátil parpadeando al lado de su cara.

—*Allô?*

—Aimée, tenemos un grave problema —dijo René—. *Maître* Delambre se ha marchado a Fontainebleau a una vista. Isabelle se está arrepintiendo. Dice que no puede testificar. ¿Qué hago?

No podía dejar que se le escapara la testigo.

—Nos vemos en el quai des Orfèvres, 36 —repuso ella—. Tráela contigo, sea como sea.

Llenó el lavabo con cubitos de hielo y metió la cara para despertarse. Manteniendo la respiración, mantuvo la cabeza sumergida hasta que se le durmieron los pómulos. Se puso medias negras, una falda de lana y un jersey negro de cachemira y subió la cremallera de las botas hasta la rodilla. Cuando ya estaba en la puerta cogió el abrigo y luego echó a correr escaleras abajo mientras repasaba los labios con carmín rojo *Stop Traffic*.

Llamó a la Proc según corría a lo largo del muelle. Era su única esperanza. Ocho minutos más tarde se juntó con René y con Isabelle, que se acurrucaba al lado de la garita del guardia. Por encima de ellos las nubes color gris metálico amenazaban nieve. Alrededor de sus tobillos se arremolinaban las hojas húmedas que el viento impulsaba desde el canalón.

—*Bonjour*, tenemos una cita —dijo, mostrando su identificación a dos guardias con uniforme azul.

Condujo a René y a una vacilante Isabelle hacia el patio de la *préfecture* y torció a la izquierda bajo los arcos que llevaban a las anchas puertas de madera marrón.

—¿Dónde está Paul? —preguntó Aimée.

—En la escuela —contestó Isabelle mirando a René—. ¿Dónde está su ordenador? Usted dijo que trabaja con ordenadores.

—Algunas veces tenemos que hacer las cosas de forma anticuada —repuso René.

Subieron varios tramos de escaleras de la escalinata de azulejos marrones. Aimée recordaba que cuando era pequeña las contaba. Seguían siendo los mismos quinientos treinta y dos escalones. Cuando llegaba arriba, si los había contado bien, su padre le daba un Carambar. En la Dirección de Aplicación de Ordenanzas volvió a mostrar su identificación.

Isabelle retrocedió cuando vio al grupo de policías que estaban en lo alto de la escalera.

Un *flic* de uniforme los condujo a lo largo de un pasillo de altos techos en el que pasaron de largo una serie de despachos con la puerta abierta. Sus pasos resonaban en el reluciente suelo de madera. Unas pocas cabezas levantaron la vista cuando entraron al largo pasillo con arcos del ala del *procureur général*. Aimée podía oír a alguien que se reía y retazos de conversación: «Salvo que sea el milagro de los panes y los peces, su vista coloca al tipo en la *boulangerie* en el momento del asesinato». También olía el aroma del café.

Se detuvo. Isabelle se había parado en seco y se estaba abrochando el abrigo, con los labios apretados.

—Me marchó.

—¿Qué ocurre, Isabelle?

—Olvídalo —dijo Isabelle negando con la cabeza.

A Aimée la entró el pánico. Quisiera decir que era demasiado tarde. Que mucho dependía de ella. En su lugar, asintió.

—También a mí me pone nerviosa este lugar.

—*Stupide*, me marchó. No puedo verme involucrada.

—Ya sé que es pedirle mucho —dijo Aimée, sudando—. No insistiríamos, René no sería tan persistente a no ser que fuera absolutamente necesario. Recuerde, no tiene nada que ver con usted o con Paul.

—¡Qué fácil es decir eso para usted! —exclamó Isabelle al tiempo que se giraba para marcharse.

Estaba asustada, probablemente nerviosa y necesitaba algo de beber. Aimée tenía que encontrar la manera de llegar hasta ella y convencerla. Rodeó con su brazo los delgados hombros de Isabelle.

—Tiene razón, Isabelle, para mí es muy fácil decirlo. Puede dejarme ahora mismo, bajar las escaleras y marcharse. Sin embargo, han asesinado a un hombre y usted tuvo la mala suerte de ver los disparos. Y si no habla, los asesinos se saldrán con la suya. Seguramente volverán a hacerlo. Además alguien está detrás de Paul...

Se detuvo. Isabelle no la miraba a los ojos. Estaba tan cerca y, sin embargo...

—Voy a recoger a Paul —dijo Isabelle—. Lo llevaré con mis hermanas a Belleville.

—¿Me está diciendo que olvidará todo esto cuando haya salido al muelle o cuando lleve a Paul a otra escuela? ¿No se estará preguntando si el tipo que buscaba a Paul aparecerá de repente en su puerta? ¿No se preocupará pensando que esta vez lo encontrará?

Los ojos de Isabelle se nublaron.

—Estuve un tiempo en la cárcel. Fue hace años, pero no se tomarán en serio lo que diga.

—Eso ya está pasado. Usted sabe lo que significa estar en la cárcel. Es donde irá mi amiga si no nos ayuda —dijo Aimée—. René ha encontrado un sitio para usted y para Paul. Un sitio seguro. Por favor.

—*Mademoiselle* Leduc —llamó el *flic* aclarándose la garganta al tiempo que les hacía un gesto con la mano para que se acercasen—, les recuerdo que la Proc tiene una agenda muy apretada.

Las arrugas en las comisuras de los labios de Isabelle se habían relajado un poco.

—¿Hoy? —preguntó a Aimée—. ¿Podemos ir hoy?

—En cuanto hable usted con la Proc. Lo hará bien, solo tiene que decir la verdad. La Proc es una persona justa. Recuerde eso.

—*Entrez* —llamó una voz de mujer después de un único golpe en la puerta.

El *flic* abrió la puerta y con un gesto les indicó que entraran. Techos altos, ventanas con vistas al Sena, una foto enmarcada de Mitterrand con la banda azul, blanca y roja de *Le Président*. El despacho en una codiciada esquina indicaba el estatus de Edith Mésard.

La Proc llevaba el cabello rubio y lacio retirado detrás de las orejas. Con su traje verde oscuro de Rodier y sosteniendo un dossier en sus manos, tenía un aspecto formidable. Esa era la palabra que Morbier había utilizado para describir las habilidades fiscales de la Proc. Junto a su escritorio estaba sentado un hombre de pelo blanco.

—*Bon*, sea breve, *mademoiselle* Leduc. Tiene quince minutos —dijo la Proc.

—Gracias por sacar tiempo, *madame* la Proc —comenzó Aimée.

—Supongo que no le importa que esté presente un asesor de Asuntos Internos —comentó Edith Mésard—. Le interesa lo que pueda deducirse de todo esto.

El hombre del pelo blanco y complexión rubicunda desbordaba su traje azul marino de doble botonadura. Sus ojos se movían rápidamente en su dirección, examinándolos. ¿Quién era?

—Mucho mejor —repuso Aimée aclarándose la voz—. Este es mi socio, René Friant; Isabelle Moinier y usted es...

—Ludovic Jubert —dijo, sin quitarle los ojos de encima.

Sintió que un color se le iba y otro se le venía y pesadez de plomo en los pies. Por

fin le había hecho salir. Sin embargo, la invadía el miedo.

—*Monsieur* Jubert, usted trabajó con mi padre, ¿verdad? —Se detuvo buscando las palabras—. Llevo tiempo intentando hablar con usted.

—Eso tengo entendido, *mademoiselle* Leduc.

¡Concentrarse! Tenía que concentrarse en sus reacciones a la vez que lo que dijera resultara comprensible para la Proc.

—Se pueden poner al día más tarde, seguro —dijo Edith Mésard con voz calmada en un tono de acero—. ¿No dijo usted que era urgente, *mademoiselle* Leduc? La escucho.

—La noche en la que mataron a Jacques Gagnard, *mademoiselle* Moinier, que vive en la rue André Antoine en el edificio de al lado, vio tres fogonazos. Creo que eso significa que se hicieron tres disparos. Creo también que una bala con alto contenido en estaño y que está siendo analizada actualmente en el laboratorio de la policía, y no la Manhurin de la agente, fue la responsable de los restos de pólvora en las manos de Laure Rousseau.

—Y, ¿qué quiere decir con eso?

—Que Laure no disparó contra su compañero.

—No entiendo —dijo Edith Mésard—. ¿De dónde ha salido esa bala que está siendo «analizada»?

—De lo alto del tejado. Yo extraje la bala de la chimenea.

Ludovic Jubert no había abierto la boca. Ni siquiera había pestañado. Tras él, los copos de nieve flotaban en la ventana y se mecían en el tráfico que se movía a paso de tortuga en el muelle. Luego desaparecían a sus pies en el peltre del Sena.

—¿Quién cree que disparó a Jacques Gagnard?

—Otra vecina escuchó a hombres hablando en corso en el andamio que rodea el tejado.

Edith Mésard miró a Ludovic Jubert. Aimée vio que él se encogía de hombros ligeramente.

—Espere un momento afuera con su socio, por favor —pidió Edith Mésard.

* * *

—Parece que has visto un fantasma —dijo René.

Ella asintió y se sentó a su lado en un banco de madera. El radiador del vestíbulo chisporroteaba y de él emanaban pequeñas ráfagas de calor.

—Y lo he visto. En carne y hueso.

Al lado de un tiesto con una palmera había un carrito de metal con varios cafés.

—¿Me lo cuentas tomando un café?

Ella asintió.

Él se acercó hasta el borde del banco, deslizó unos francos en una lata que tenía una nota pegada que decía «dos francos *s'il vous plaît*», llenó dos tazas de plástico

con el café y le pasó uno a ella.

—Tiene que ver con mi padre, y con Jubert.

—¿Con tu padre?

—Y con un encubrimiento. —Suspiró, se recostó en el respaldo y le contó lo que Laure había apuntado sobre el hecho de que su padre había estado envuelto en algún tipo de encubrimiento y sobre la supuesta relación entre Jubert y la explosión en la place Vendôme que había matado a su padre.

—Me lo podías haber dicho antes. —Los grandes y airados ojos verdes de René echaban fuego—. Pero Aimée, las divagaciones inconexas de Laure no demuestran nada.

Ella se frotó los ojos.

—Jubert sabe que entré en la STIC. Por eso está aquí. Probablemente ha averiguado que utilicé su nombre para solicitar una costosa prueba de balística. Quiere saber lo que he descubierto.

—¿Cómo puede demostrarlo? No dejaste pistas, ¿verdad? —repuso René moviendo la cabeza.

—Jubert no es un buen adversario para una pelea. Pero si yo caigo, él caerá conmigo.

—Has encontrado la testigo que necesitabas para exculpar a Laure, y tienes el informe del laboratorio. ¡Diablos! ¡Hasta has encontrado la bala! —dijo René cogiéndole la mano.

—Suponiendo que la aceptan como prueba y que dan crédito al testimonio de Isabelle.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—Eso espero —dijo ella—. Esto no te va a gustar, pero es mejor que trabajes en casa. No vayas a la oficina —añadió, mirándose las botas mojadas.

—Me lo dices poco a poco, ¿no? —dijo René poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué más no me has contado?

—No puedo concretarlo, pero hay una bestia llamada Petru que también está mezclado en esto. Es corso, pero no encaja en el movimiento separatista. Y lo he tenido a él, o a sus amigos, pisándome los talones.

René le entregó una caja que sacó de su maletín.

—Ha llegado esta mañana.

El remite era: «Doctor Guy Lambert, Hôpital Quinze-Vingts, Service d'Ophthalmologie».

¿Sería algo que ella había olvidado en su oficina? Rajó el celo con sus llaves.

En el interior encontró un suministro de su medicación para la vista que le duraría seis meses, un volante para un especialista de la vista y varios versos del poema de Lord Byron «*Fare Thee Well*»:

Y la vida tiene espinas; y vana es la juventud;

Y mostrarse airado con aquel que amamos,

Crea locura en la mente.

Arrugó el papel.

René la miraba fijamente.

—El regalo de despedida de Guy. Tan considerado como siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha ido a Sudán a trabajar con Médicos sin Fronteras.

—¿A Sudán?

—Para salvar a los ciegos de África —dijo ella—. Para alejarse de mí tanto como sea posible y seguir haciendo milagros en la medicina.

René seguía mirándola.

—Te salvó la vista, Aimée.

Le temblaba el labio. Si René no se callaba, rompería a llorar. Bajó la mirada.

—¡Como si no lo supiera, René!

—Otra cosa que no me has dicho —dijo René y en su voz se mezclaban el dolor y algo más.

—¿No es suficiente que te agobie la mayoría del tiempo con mi vida amorosa... o más bien con mi inexistente vida amorosa? —preguntó ella—. Sería egoísta por mi parte. Tú has conocido a alguien y pareces feliz; no es justo que te cargue con mis problemas.

En lugar del reconocimiento que esperaba, los ojos de René brillaban de ira.

—Pensé que teníamos más confianza, Aimée.

—¡Eres mi mejor amigo! Pero ¿tengo que revelarte los ridículos detalles de cómo he defraudado a Guy?

El orgullo, sí, era su orgullo el que no le dejaba admitir que era Guy el que la había dejado. La había dejado por lo que ella no era.

René movió la cabeza con asco.

Todo mal, todo le salía mal con René sin importar lo que decidiera hacer.

—Y ¿no te habrás lanzado de cabeza a esta investigación para llenar el vacío, como haces siempre?

Ella se hundió en el asiento. ¿Sería eso verdad?

Él se levantó, sacudió su chaqueta negra de lana y le entregó una tarjeta con la dirección del Couvent des Recollets.

—El alojamiento de Paul e Isabelle. El convento ofrece asistencia a familias en situaciones transitorias.

Recogió su maletín y comenzó a andar por el vestíbulo.

Y ahora, ¿qué había hecho ella?

—René, tú eres tan feliz que no quería... —le llamó.

—Sí, eso creo —dijo él volviéndose.

¿Cómo podía ir todo tan mal y al mismo tiempo? René enfadado, Laure en coma, Guy en otro continente dejaba que la consolase Byron: tres breves versos. Y Jubert, con sus grises ojos de serpiente, en algún alto puesto de Asuntos Internos. La lista iba

aumentando. Y también el miedo que la reconcomía, el sentimiento de que el asesinato de Jacques había sido parte de algo más importante. La cinta en su cerebro volvía a hacer sonar la voz de Lucien Sarti, la sensación del roce de su muslo y la cálida huella de sus labios sobre su mejilla.

Se abrió la puerta y el suelo crujió bajo los pies de Isabelle.

—*Ça va?* —Aimée consiguió sonreír mientras le entregaba la dirección del convento—. La están esperando. Pida a una amiga que mande sus cosas. Quédese hasta que se aclaren las cosas.

—*Merci.*

—*Mademoiselle* Leduc, un momento por favor —la llamó Edith Mésard desde su despacho.

Aimée hizo una pelota con la taza de plástico y la tiró en la papelera de metal.

Edith Mésard y Jubert se encontraban de pie al lado de un grupo de butacas. Una colilla de cigarrillo se consumía en un cenicero vacío sobre la repisa de la ventana.

—No hace falta que se sienta, *mademoiselle*. Seré breve e iré al grano —dijo Edith Mésard al tiempo que se abrochaba la chaqueta del traje—. Además de las infracciones al código municipal de las que podría acusarla, por no mencionar una acusación de manipulación de pruebas y algunos escarceos en la Intranet de la policía... está usted comprometiendo una operación conjunta de los *Renseignements Généraux* y la *Direction de la Surveillance du Territoire*.

Aimée se quedó sorprendidísima. No se esperaba esto.

—¿A qué se refiere?

—Tal y como ha señalado *monsieur* Jubert, ya es demasiado tarde. La operación encubierta está demasiado avanzada como para cambiar de dirección.

—¿Está pidiéndome que cese de tratar de exculpar a Laure Rousseau? No lo haré. Le he presentado pruebas exculpatorias en bandeja. Llena hasta arriba. No hay forma de ignorarlas.

—Le sugiero que escuche, *mademoiselle* Leduc —dijo la Proc—. Para variar.

Aimée sintió como si hubiera vuelto a la escuela y la estuvieran reprimiendo por haber hablado fuera de su turno. Jubert la observaba sin abrir la boca.

—Si Laure puede librarse, soy toda oídos.

—¿No se acuerda, *mademoiselle*, de que trabajamos en el mundo real según diferentes regulaciones, el Código Civil y el sistema judicial?

—Así que me está diciendo que no...

Jubert habló por primera vez, con voz tranquila y pausada.

—Lo que está diciendo, *mademoiselle*, es que toda prueba pertinente obtenida legalmente será presentada en la vista de los cargos contra la agente Rousseau.

De acuerdo. No confiaba en él ni un pimiento.

—¿Están de acuerdo con que la bala que he obtenido se presente como prueba?

Jubert se acariciaba la barbilla con el pulgar y el índice.

—*Mademoiselle*, ya veo que usted no tiene pelos en la lengua —repuso él—.

Refrescante, ya veo, en su línea de trabajo.

¿En su línea de trabajo? ¿Cómo si ella apuntara con una pistola a los testigos? Mientras que él se curraba la red de favores pedidos y concedidos entre los muchachos, envueltos en sobornos implícitos de los que nunca se hablaba.

—Nos gustaría que nos ayudara —siguió él.

—¿Qué les ayudara? —repitió ella, pestañeando.

—Su insistencia es notoria. En lugar de comprometer nuestra operación, lo cual parece usted empeñada en hacer, queremos que trabaje con nosotros.

De acuerdo. Su padre había trabajado para los RG y había conseguido que lo mataran. Odiaba ese mundo habitual de mentiras, engaños y tapaderas.

—En mi informe del colegio decía que no juego bien con otras personas. No he cambiado —respondió ella.

Pero tenía el oculto presentimiento de que trabajar con «ellos» era el precio por vindicar a Laure. Lo último en lo que quería verse involucrada era en una operación *swing* del los RG y la DST orquestada por el ministerio. Lo que ella pudiera tener que ver con el mundo de lo secreto había saltado por los aires, literalmente en su cara, en la place Vendôme, llevándose por delante la vida de su padre.

—Está usted pensando en su padre. Una tragedia, sí —dijo Jubert—. Nada que ver con esta operación o esta rama. Las circunstancias eran totalmente diferentes.

—Me gustaría saber quién fue el responsable —dijo Aimée mirando a Jubert fijamente.

—Esa rama cerró. Si existen archivos, están clasificados —dijo Jubert—. Viva en el presente; piense en esto como su contribución para preservar la seguridad de Francia.

¿Estaba apelando a la patriota que había en ella con esa palabrería vacía? Ella hubiera querido decirle que lo pensase de nuevo. Su oferta apestaba, pero a ella no le quedaban muchas opciones.

—¿Me garantizan que a Laure Rousseau se le levantará la suspensión y que se verá libre de toda acusación?

—Según la ley, en las investigaciones de Asuntos Internos, los agentes que están acusados de un delito permanecen suspendidos hasta que el agente encargado del caso tome una decisión.

No podían hacer nada por Laure.

—No pueden ignorar a la testigo que vio figuras en el tejado, ni los tres fogonazos, ni el alto contenido en estaño del residuo de pólvora.

—Una buena apreciación, *mademoiselle* —admitió Jubert—. Por supuesto, al utilizar mi nombre dio usted prioridad a una prueba, a una prueba peculiar, costosa, pero dada su cooperación lo autorizaré después de todo.

Aimée miró a Edith Mésard, con el maquillaje perfectamente aplicado, tan solo un toque de colorete en las mejillas.

—¿Es eso todo lo que pueden decir?

Edith Mésard le devolvió la mirada mientras alcanzaba su abrigo.

—Me ocuparé de que se haga justicia, *mademoiselle*. Cuento con ello. Mi reputación me avala. Es por eso por lo que sirvo al Departamento.

Edith Mésard se aferró a su maletín Lancel.

—Creo que en el caso Sentier nuestra actuación así lo probó.

En ese caso, Mésard había conseguido la libertad condicional para Stefan, un viejo alemán radical que había sido conocido de la madre de Aimée.

—Y ahora, ¿tengo que acusarla de infracciones del código y de una falta seria? Según la Ley de Protección de los Servicios de Seguridad, un asesor que está contratado para una investigación en curso no puede ser llevado a juicio —Al decir esto hizo una pausa y enganchó su teléfono móvil en el bolsillo lateral—. Pero dígame.

Mésard era buena. Sin embargo, había dejado al descubierto cuánto necesitaban a Aimée. La necesitaban igual que el país necesitaba mantequilla si Mésard estaba dispuesta a invocar la Ley de Protección de los Servicios de Seguridad en su nombre.

¿Podría ella trabajar con personas que tenían conexión con la investigación que había matado a su padre? Una vez que se involucrara con ellos, no habría forma de echarse atrás. Por otro lado, los contactos lo eran todo, y cuanto más se acercara al mundo de lo secreto, más oportunidades tendría de averiguar algo sobre el contrato de su padre con los RG y por qué había muerto.

Y puede que eso también explicara por qué habían matado a Jacques.

Sabía que negociar con el diablo sería mejor que hacerlo con alguien al que no era capaz de identificar. Y era la única forma en la que podría liberar a Laure. Asintió.

—Bien —dijo Edith Mésard como si ya hubiera acabado una atareada mañana de trabajo—. *Monsieur* Jubert le dará los detalles.

Se oyó el ruido de sus tacones sobre el suelo y la puerta se cerró tras ella con una ráfaga de aire frío.

—Siéntese, *mademoiselle* —dijo Ludovic Jubert—. Sé que usted es lista así que no nos llevará mucho tiempo.

Se sentó en la butaca, cruzó las piernas y rezó para poder hacerlo.

—Antes de empezar necesito saberlo todo sobre el informe —dijo ella.

—¿El informe, *mademoiselle*? —Jubert enarcó una gruesa ceja blanca.

Ella sacó una foto de los cuatro: Morbier, Georges Rousseau, su padre y Jubert. Estaban en las escaleras al lado del sitio de Zette y ella la colocó en la repisa de la ventana. Afuera seguía nevando, como plumas dispersas.

—¡Ah! Entonces no tenía tripa —dijo Jubert.

—Creo que sabe lo que quiero —replicó ella.

—No tengo ni idea, *mademoiselle*. ¿Le importa si fumo? —dijo, como si estuvieran en un café en lugar de en el despacho de la Proc.

Ella sacó de su bolso un parche de Nicorette y volvió a meterlo.

—No si me invita a uno.

Él le pasó un paquete de Muratti Ambassador con filtro, una marca suiza. Ella cogió uno y él se lo encendió con un mechero de plata. Ella dio una calada y el suave placer se deslizó hasta el fondo de su garganta.

—Ahora trate de pensar en esto como el sillón del dentista, *mademoiselle* —le dijo él—. Disfrute de este pequeño placer culpable y empecemos.

—Tendrán toda mi cooperación —repuso ella recostándose y saboreando el Muratti—. Pero antes necesito saber si usted, o todos ustedes incluido mi padre estaban envueltos en una serie de apuestas amañadas en Montmartre. Georges Rousseau se atribuyó el mérito de haber acabado con ella, pero todavía continúa en el bar de Zette. Y por todo el *quartier*, supongo.

—¿Es esto lo que le preocupa? ¿Este secreto? —Parecía estar verdaderamente sorprendido.

—Cuéntemelo y no saldrá de esta habitación.

Sus grises ojos se movían con rapidez mientras sopesaba su respuesta.

—La corrupción es una acusación muy seria —dijo.

—No creo que papá estuviera envuelto en un caso de encubrimiento de corrupción. Creo que ustedes sí lo estaban y le encasquetaron su delito. Lo estigmatizaron para el resto de su vida.

—Fue su madre la que hizo eso, *mademoiselle* —dijo Ludovic Jubert sin pensárselo dos veces—. Ella fue la que empañó sus posibilidades de promoción.

Su madre americana que los había abandonado para unirse a un grupo de radicales en los años setenta.

—Esa es su opinión. —Pegó una calada para ocultar la impresión producida por las palabras de Jubert.

—Jean-Claude ya pagó muchas veces por ello —dijo él mirando por la ventana—. Era un buen *flic*. Tenía olfato para el olor del crimen. No se le escapaba nada. Y veo que a usted tampoco. —Suspiró—. A Georges Rousseau le gustaba ese olor. No le importaba tener confidentes y darles demasiada flexibilidad.

—¿Está diciendo que el corrupto era Georges Rousseau? Murió condecorado...

—Sí, y siendo un valeroso comisario —interrumpió Ludovic Jubert—. Teníamos que encubrirlo. Se había comprometido demasiado en Montmartre.

¿Era eso lo que ocultaba Morbier? ¿Por qué pensaba Laure que era el padre de Aimée el que estaba implicado?

—Algunos de los confidentes de Rousseau seguían las reglas —continuó Jubert—. Todavía lo hacen. Hacemos la vista gorda con respecto a sus pequeños negocios y nos lo pagan con información sobre asuntos más importantes. Asuntos que afectan a la seguridad nacional. Todos los *flics* dependen de los confidentes; no llegaríamos tan lejos sin la información que nos llega desde dentro. —Apagó su cigarrillo impaciente—. Pero eso ya lo sabe. Ya sabe cómo funciona el sistema.

Ella había sido educada dentro de él. Su padre lo odiaba y lo había dejado para unirse a su abuelo en Leduc Detective. Solía decir que el que juega con fuego, al final

se quema.

—Así que ¿me está diciendo que Georges Rousseau aceptaba sobornos y se convirtió en corrupto —dijo—, pero fue condecorado y ascendido porque se necesitaba su red de confidentes? Entonces ¿por qué Laure cree que el corrupto era mi padre y que la prueba está en un informe?

—Utilice su imaginación —dijo él.

—¿Me está usted diciendo que el padre de Laure señaló al mío y lo culpó de sus propios errores?

—Más o menos.

—¿Dónde está el archivo?

—Los RG congelaron la mayoría de ellos.

—No le creo —dijo ella meneando la cabeza.

—*Mademoiselle*, le conviene hacerlo. —Se levantó—. Sigue usted siendo la pequeña revoltosa, ya veo —dijo—. La niña de papá. Su padre quería un chico, ya sabe.

¡Hijo de puta! Eso dolía. ¿Cómo podía saberlo?

Se agarró al borde de la butaca con los nudillos blancos. No le dejaría ver cómo la habían desestabilizado sus palabras. Se acordó de las divagaciones de Laure y de los comentarios que Morbier había garabateado en el periódico.

—Todo esto tiene que ver con la investigación sobre los separatistas corsos de hace seis años, ¿verdad? El asunto sobre de dónde conseguían las armas. Ese es el informe secreto. Mi padre estaba trabajando en ello, ¿no es así? ¿Con usted?

Ludovic Jubert apagó su cigarrillo y asintió.

—Su padre siempre dijo que era lista —dijo.

—¿Tenía todo eso algo que ver con la explosión en la place Vendôme que lo mató?

—Para nada. Es como se lo he contado. Volvamos al presente, ¿de acuerdo? —Abrió un cajón del escritorio y sacó un archivo.

—Creemos que este hombre dirige una cédula separatista en Montmartre. Contamos con usted para encontrarlo —dijo entregándole la ficha—. Mire dentro. Es un terrorista corso, un miembro de la Armata Corsa, responsable de las amenazas de bomba a la *Mairie* y de atracos en los que se han utilizado armas robadas hace seis años.

—¿Armas de Europa del Este?

—Traídas de Croacia y almacenadas por nuestro ejército en Solenzara, por lo menos hasta que desaparecieron hace seis años. Durante este último año han aparecido en París con una regularidad alarmante.

—¿Cómo lo saben?

—Tenemos orejas grandes, *mademoiselle*.

Orejas Grandes... ¿Franchelon?

Abrió la ficha y se encontró con la imagen de Lucien Sarti que la contemplaba.

Viernes, por la noche

Laure se incorporó en la cama del hospital, con el teclado del ordenador sujeto sobre la mesa como si fuera un atril.

—*Très bon*, está usted progresando maravillosamente, el comisario está encantado de que pueda utilizar este equipamiento especial —dijo la joven terapeuta con una sonrisa resplandeciente—. Cada vez que pulse una tecla, yo copio la letra. Hasta ahora ha dicho: «Me acuerdo» y lo que parece ser un nombre y un número de teléfono, ¿no es así?

Laure pestañeó. Ojalá dejara de caérsele la baba y pudiera darse prisa. ¿Por qué no llamaba a Aimée esta mujer de voz edulcorada?

—Informaré al agente de guardia y veremos lo que podemos sacar de aquí. —Dio unos golpecitos a Laure en el brazo—. Quiere escuchar inmediatamente cualquier cosa que pueda usted saber que pueda ser útil en su investigación. —Laure pestañeó dos veces para decir que no.

Deslizó su dedo en las letras «a... h...o... r...a».

—¿Ahora?

Laure pestañeó. Por su barbilla fluía la fría saliva y sintió que los hombros resbalaban en la maldita almohada.

—Perdone, Laure —dijo la terapeuta—. Primero tengo que comprobarlo con el agente.

La terapeuta salió de la sala. Laure resbaló aún más hacia abajo y su cabeza se hundió en la almohada. Y entonces vio el lapicero. Lo atrapó entre el dedo pulgar y el índice. Ojalá pudiera golpear el auricular del teléfono para separarlo del aparato. Lo aplastó con todas sus fuerzas. El manoseado auricular se tambaleó, pero permaneció en su sitio.

Volvió a intentarlo, está vez haciendo cuña con el lapicero por debajo y elevándolo. Cuando cayó el auricular, oyó el tono de marcación. Rápido, tenía que hacerlo rápido antes de que regresara la terapeuta o el mensaje grabado dijera: «Si desea hacer una llamada...».

Pulsó las ocho cifras del número de Aimée. ¿Dónde estaba el botón para llamar? Escuchó pasos y vio el uniforme azul.

—¿Qué está haciendo?

Viernes, por la tarde

Aimée entregó los francos a Pascalou, el carnicero de su barrio, que se limpió las manos en el sucio delantal con manchas rojas que le presionaba su rotunda figura.

—Te he puesto un pequeño vicio —dijo sonriendo—. Algo que le gusta a *Miles Davis*.

—Lo mimas mucho, Pascalou —respondió ella.

—Ya es hora de que tenga un amigo especial, Aimée —contestó amonestándola con el dedo.

¿Y yo qué? Aimée solo sonrió.

—*Merci*. —Se metió el cambio en el bolsillo y sujetó el paquete envuelto en papel parafinado blanco con los trozos de pierna de cordero para *Miles Davis*. Las campanillas de la carnicería tintinearón cuando cerró la puerta.

No hacía ni treinta minutos que había escuchado a Jubert describir la cédula terrorista que ocultaba armas en algún lugar de Montmartre. Ella no había mencionado nada con respecto a Lucien Sarti. No podía imaginárselo. Le seguían machacando las sospechas sobre Jubert. ¿Mantendría su parte del trato por lo que se refería a Laure?

Tenía que encontrar a Petru, cada vez más convencida de que él era la clave de todo y no Lucien. No había motivo para informar a Jubert todavía. Le entregaría un terrorista, pero no sería el que esperaba.

Primero tenía que trabajar en lo de Franchelon para averiguar cómo habían seguido el rastro de la red terrorista hasta llegar a Lucien Sarti.

Llamó a Saj, encargó comida india en el passage Brady y encendió el portátil en su casa. Para cuando llegó Saj vestido con un amplio abrigo afgano bordado de lana *shearling*, sobre la repisa de la chimenea ya había colocado las *pakorás* y el *thali* vegetariano y el vapor que emanaba de la comida empañaba el deslustrado espejo de detrás. El olor a comino y a *curry* de coco llenaba el salón de su casa, desdoblado en despacho.

—Huele de maravilla —dijo él.

—¿Listo para hacer horas extras? —preguntó ella—. Creo que te va a gustar este proyecto.

Saj echó un vistazo a la pantalla del portátil.

—Franchelon, *ummm*. ¿Así que estamos trabajando sobre el espionaje en red por satélite? —preguntó.

—¿Espionaje en red? Me gusta —dijo, mientras sus dedos seguían tecleando—. Buzón secreto digital, ¿has oído hablar de eso?

Él colocó el abrigo detrás de la silla y se quitó las sandalias.

—Es lo que yo hago continuamente. ¿Dónde está René?

—En su casa —repuso ella recostándose en la silla—. Trabajando.

—Así que están vigilando vuestra oficina igual que la última vez, ¿verdad?

Saj era listo.

—¿Quién es esta vez?

—Se supone que separatistas corsos, o la mafia local disfrazada de Armata Corsa. Unos tipos encantadores, de cualquier forma.

Saj se detuvo sosteniendo un trozo de pan Naan de ajo a medio camino entre la mesa y su boca.

—¡Y que luego digan que no eres un imán para los chicos malos! No lo entiendo. René y tú trabajáis en seguridad informática. ¿Cómo puede ser que te veas envuelta en algo con esos salvajes?

—Buena pregunta —dijo ella—. Todo está relacionado. Y hay algo que apesta a distancia. Por eso te he llamado.

—Necesito centrarme, Aimée —dijo Saj limpiándose las manos y sentándose con las piernas cruzadas sobre la raída alfombra Savonnerie.

Ella gruñía por dentro. ¿Por qué no podía centrarse antes de venir?

—¿Por qué no lo haces conmigo? Ya hace tiempo que no lo haces, ¿no?

Había hecho algún intento de meditación en el templo Cao Dai en noviembre, pero falló en las respiraciones conscientes. Tenía calambres en las piernas y su mente se desviaba continuamente, pero había experimentado un breve momento brillante cuando el mundo se desvaneció y de alguna manera se había sentido en comunión con el Universo.

—En este momento necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

Se sentó a su lado con las piernas cruzadas y junto sus pulgares con los dedos corazón. Trató de aclarar sus pensamientos.

—Asana profunda —dijo Saj—. Toma aire por la nariz, mantenlo, bien, y ahora expúlsalo lentamente.

Consciente de la rama desnuda que golpeaba su ventana, del crujir de los troncos en la chimenea y de la dureza del suelo de madera, esperó. El otro «estado» permanecía escurridizo. Sin embargo, al cabo de diez minutos, había aclarado sus pensamientos.

Saj se levantó y se sirvió comida india.

Borderau, de la DST, había mencionado una filtración de datos codificados en la misma frase en la que había nombrado a los separatistas corsos.

—Mira esto —dijo ella—. Filtraciones de datos codificados y un enlace que nos remite a Franchelon. ¿Qué sabes sobre la relación con el satélite Helios-1 A?

—El satélite tiene un polizón a bordo, el Eurocom, un cartucho de interceptación que recoge señales Inmarsat e Intelsat para poder leer comunicaciones de microondas y teléfonos móviles. Mi amigo de Dassault Systèmes trabajó en la fabricación del Eurocom.

—Muy impresionante —dijo ella—. Una herramienta estupenda para localizar

terroristas.

—Lo llaman buscar en el tren de datos; la mayoría de las veces es como filtrar arena para encontrar una moneda.

—Dilo otra vez —dijo ella tamborileando con las uñas rotas sobre la barra espaciadora.

—Eh... buscar en el tren de datos...

—¡Eso es! —¿No había escuchado Zoe Tardou a los hombres del tejado que hablaban corso decir «buscar en el tren» para ocultar lo que querían decir? Por fin había encontrado la conexión.

Saj sonrió y echó hacia atrás un rizo color rubio oscuro.

—De todo y para todos, diría yo. Una llamada interceptada muy jugosa fue la de Brezhnev a su amante desde su limusina. Otra el escándalo del *Rainbow Warrior* y Greenpeace vía Arabsat y el conflicto de Gadafi con el Chad. Pero el principal objetivo para Echelon es la OTAN y también es un verdadero filtro. Por supuesto, también se utiliza para flagrante espionaje industrial.

Aimée aguzó el oído y se echó hacia delante en la silla.

—¿Puedes entrar en el sistema?

—Y, ¿por qué habría de hacerlo?

—Para demostrarme que puedes —contestó ella—. ¿Cómo de difícil sería para ti o para cualquier otra persona?

—Sé realista, Aimée. Estamos hablando de chicos grandes con grandes juguetes.

—Supongamos que alguien te contrató para interceptar la información de un satélite.

Él se encogió de hombros.

—No funciona así —dijo—. Necesitaría un equipo especial.

—¿Cómo qué?

Ella podía asegurar que había despertado su interés por la forma en la que ya estaba moviéndose por Internet y por cómo había buscado varios sitios.

—Como un satélite —dijo él—. Y suponiendo que tuviera el satélite, la jaula de Faraday plantea un problema.

—¿Cómo una jaula para tigres?

—Es una forma de decirlo.

—¿Dónde se encuentra esa jaula de Faraday?

Saj se sujetó los rizos en una coleta con una goma elástica.

—Que yo sepa, está en el mismo lugar que las antenas parabólicas. Tendría que ser para acceder a la información. —Señaló la pantalla—. ¿Ves? Los correos electrónicos, las líneas terrestres, las conversaciones por teléfono móvil y los faxes se transmiten en un tren de datos. Esos datos son recibidos por satélites polares geosincronizados que luego los devuelven en una frecuencia de *bits*, bajando esa secuencia de datos a un receptor o a antenas terrestres. Los datos son transportados desde la antena hasta la jaula de Faraday para su decodificación. Dentro de la jaula un

programa selecciona palabras clave o particularmente significativas y las cifra. Luego envía esa información cifrada vía fibra óptica, una estación de radio protegida o un disco.

—Y ¿por qué no por correo electrónico?

—No es seguro, a no ser que se cifre y se utilice una clave en el otro extremo.

Era como entresacar palabras de la nada, organizarlas e intentar darles un sentido. Aimée se incorporó y comenzó a andar por la habitación. Una difusa luz invernal envolvía el peral del patio.

—Se dice que Franchelon procesa dos millones de llamadas telefónicas, faxes y correos electrónicos al mes en todo el mundo —dijo—. Quizá más. Incluso sigue el rastro de cuentas bancarias individuales. O eso dicen.

Saj asintió.

—El genio está en los bancos de computadoras de la jaula de Faraday y que están programados para reconocer palabras clave —dijo mientras giraba el cuello hacia los lados.

—¿Como las direcciones y números de teléfono vigilados por la *Direction Générale de la Sécurité Extérieure*; las embajadas, los ministros extranjeros, las multinacionales y los agentes sospechosos?

Saj asintió de nuevo.

—El sistema los registra y los transmite para su análisis. Lo llaman «*la routine*». Lo que resulta no ser relevante se tira a la papelera.

—De forma que Franchelon transmite datos codificados de esos correos, faxes y conversaciones telefónicas filtrados y organizados por palabras clave. Sí, pero ¿adónde?

—El centro de análisis podría estar en cualquier sitio —replicó Saj encogiéndose de hombros.

Ella se inclinó hacia delante. Su explicación hacía que se sintiera aún más dispuesta a conseguir un teléfono con transmisión a través del satélite Inmarsat que sería más difícil de interceptar ya que utilizaba sus tres satélites propios. Conocía la existencia de la *Central d'Écoute Téléphonique*, la central de escuchas telefónicas situada bajo Les Invalides donde las líneas de teléfono pinchadas eran monitorizadas por la policía judicial y por el ejército. Sin embargo, eso ocurría únicamente con la autorización del presidente en Matignon Palace. O al menos eso se decía. Esto abarcaba mucho más.

—¿Cómo podría un criminal entrar en Orejas Grandes? —preguntó Aimée.

—Lo más fácil sería conseguir la clave de decodificación, depende de cada cuánto tiempo la cambien (una vez al día, todos los jueves o lo que sea), pinchar las microondas y...

—Vender los datos y la clave al mejor postor —repuso ella con la mirada entusiasmada—, como por ejemplo un grupo terrorista renegado.

¿Qué pasaría si Jacques se hubiera tropezado con la clave que involucraba a los

separatistas corsos? Pero ¿Cómo podría Jacques, un *flic* del distrito 18, tener acceso a una filtración de la agencia para la seguridad?

Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza: Jacques jugaba, hacía horas extras para Zette (el cual trabajaba con máquinas tragaperras ilegales en su bar) escoltando a *vips*. Podía ser que los *vips* conocían los barrios bajos de Montmartre en el bar de Zette. También podía ser que Zette le había dicho la verdad y se trataba de algún bobo de los servicios secretos para el que Jacques había hecho de escudero y que tenía información que compartir. Pero ¿por qué explayarse con Jacques, un *flic*? Una corrección: un *flic* corrupto. Sin embargo, vender información clasificada codificada constituía otra liga, otra división completamente distinta. La relación con Jacques permanecía, como poco, confusa.

Abrió el archivo de su portátil que había copiado de la STIC y revisó la información sobre Jacques Gagnard. Dos minutos más tarde lo encontró. Qué estúpida. Tenía que haberlo comprobado antes. Había servido en el ejército en Solenzara y lo habían despedido por mala conducta. ¿Sería por el juego? Había ocurrido hacía seis años. ¿Por vender las armas desaparecidas? Pero los ingresos de dinero en su cuenta eran recientes.

—¿Qué está pasando por esa cabeza de pelo pincho?

—Pensamientos ilegales. —Le sonrió ampliamente—. Acaba las *pakorás* y enséñame el portal de Franchelon.

—Mira, yo soy un *hacker*, y puedo entrar en los sistemas informáticos. También me encargo de codificar. ¿Qué tipo de trabajo es este?

—Uno importante. ¿Puedes apuntar a los posibles centros de decodificación en Francia o, mejor aún, en el área de París?

—Comprueba esto —dijo Saj—. En el área de París, en el suburbio de Alluets-le-Roi, la DGSE tiene una gran instalación de parabólicas y de otro tipo de antenas —dijo Saj mientras abría un correo electrónico—. Pero, según mi amigo, también manipulan la información interceptada aquí mismo en París.

—¿Dónde? —Aimée se levantó.

—En *la piscine* —dijo él.

—¿En una piscina?

—Así la llaman. Está en el *boulevard* Mortier, justo detrás de la piscina municipal. —Se refería al cuartel militar en Belleville bordeando la *périphérique* y que en el siglo XIX había sido sede del batallón 104 de Le Mans.

—Así que, en teoría, ¿la filtración de datos codificados saldría de ahí?

Saj sonrió.

—Estás decidida a encontrar una relación, ¿no?

Se estaban acercando, lo presentía. Podía olerlo. No solo humo, sino chispas que podían avivarse hasta convertirse en fuego.

—Míralo de este modo —dijo—. ¿Qué harías si tuvieras las habilidades necesarias y teniendo acceso a esta información codificada averiguaras la existencia

de una agenda oculta que, digamos, vende documentos militares o ministeriales, planes para Córcega? ¿O armas robadas?

—Los mejores planes, los que de verdad funcionan, son los más sencillos — repuso él.

—¿Sencillos? Tú me dirás...

Según él hablaba, una idea iba tomando forma en la mente de Aimée. ¿Sabría Jacques quién estaba proporcionando las armas? ¿O cómo?

—¿El ideal? Un tipo que sabe de programación, probablemente alguien externo, ya que el Ejército no ha formado todavía a muchos de ellos. O quizá sea parte del equipo que instaló el sistema, o instaló una línea de fibra óptica para la comunicación por satélite, por ejemplo. Conoce el programa ya que lo ha instalado o lo ha diseñado. Conoce sus puntos débiles. Un día algo falla y reparándolo o analizando el sistema se da cuenta de que constituye la puerta trasera por la que se accede a información valiosa. Puede ser que esto sea así solo durante unas horas, o durante un período de tiempo, o quizá se las pueda arreglar para tener la puerta abierta durante una hora una vez a la semana. Y entonces vende este tren de datos.

Un genio. Eso es lo que era Saj: un genio.

—¡Una puerta trasera, por supuesto! Y ¿qué ocurre con la clave de decodificación?

—Buena pregunta. Nadie puede leer los datos sin la clave. Esa es la parte del dinero, descifrarlos. Digamos que proporciona la clave por un precio, pero solo es válida una vez. La cambian constantemente.

Si Saj podía pensar así, existían muchas posibilidades de que alguien más lo hiciera.

Entregó a Saj el recorte impreso que había encontrado entre los archivos de Nathalie.

—¿Como esto?

Saj echó un vistazo al recorte y dejó escapar un silbido.

—Deja que lo mire con detalle. Tienes una mente perversa, Aimée —dijo, mientras comenzaba a teclear sin parar.

—Mira quién fue a hablar. —Recogió su bolso. Era hora de echar a andar—. Llámame cuando encuentres algo.

* * *

Aimée cogió el metro hasta la estación Guy Moquet, llamada así en memoria del miembro de la Resistencia comunista de diecisiete años. Se detuvo en el andén y vio una copia de su última carta detrás de una placa de cristal. Había sido escrita desde la cárcel y estaba fechada en 1943. Diecisiete años. Lo que se le quedó fue que su única preocupación era que su muerte hubiera sido en vano. ¿Qué pensaría ahora si viviera?

Intentó hablar con Cloclo, pero no obtuvo respuesta. Subió las escaleras del metro

y salió al aire frío que helaba los huesos. Echó a andar rue Lamarck arriba encorvada para protegerse del viento y dejó atrás un aparcamiento, una funeraria, una pequeña tienda de instrumentos musicales de la que salía un hombre con la funda de un violín y un zapatero con el alto escaparate lleno de miniaturas de zapatos de porcelana. Al llegar a la place Froment se encontró frente a seis pequeñas calles que se cruzaban en una isleta ovalada frente a un café con un cartel rojo en el que se leía: «Tabacos». Al otro lado de la isleta se hallaban una escuela para motoristas, una panadería con los paneles de cristal pintados al estilo de la *belle époque* con descoloridas escenas de trilla, un moderno bar restaurante y una farmacia con la cruz de neón encendida sobre el escaparate. Un enclave burgués. ¿Se habría confundido Conari? ¿Habría hecho el viaje en balde?

Pasó al lado de una tienda de ultramarinos árabe con recipientes de frutas y verduras expuestos en el exterior bajo un toldo. Enfrente se encontraba el Hôpital Bretonneau, que fue en el pasado un hospital infantil y que ahora estaba habitado por okupas a juzgar por el grafiti que decía: «Arte libre, artistas libres». Era enorme y cubría la mayor parte del bloque.

Giró hacia la rue Carpeaux y entró en el café de la esquina que olía a perro mojado. Había un spaniel tumbado detrás del mostrador, al lado de su dueño, que tenía un teléfono móvil en la oreja. Por lo que parecía, el café había sido decorado por última vez en los años cincuenta.

El dueño la saludó con la cabeza, con el teléfono sujeto entre el cuello y el hombro.

—*Monsieur*, estoy buscando una tienda de ultramarinos turca —dijo Aimée.

Señaló con el pulgar hacia el ennegrecido muro del hospital que rodeaba el cementerio de Montmartre.

—*Merci*.

¿Cómo se habrían sentido los pacientes ante la vista que se contemplaba desde sus ventanas, un cementerio con árboles dispersos rodeado por un alto muro que contenía el lugar del descanso final de Émile Zola, entre otros?

Sin contar con el viñedo y los cementerios, el hospital ocupaba una de las mayores parcelas de la zona. En el muro habían colocado un cartel que confirmaba el acuerdo de demolición y reconstrucción fechado en 1986, pero aún no habían reconstruido el lugar.

Después espionó la tienda de ultramarinos turca, un establecimiento a pie de calle con recipientes con fruta, salsa de tomate Parmalat y un polvoriento narguile en el escaparate. En el interior se oía el lamento de música turca y dos hombres jugaban a las cartas sobre el mostrador junto a la caja registradora. La estrecha tienda estaba llena hasta las viejas vigas del techo de conservas, sandalias de goma, artículos sueltos y cintas y videos turcos.

—*Bonjour, messieurs* —dijo, cogiendo una botella de Vittel y dejando unos francos sobre el mostrador—. *Salaam Aleikoum*.

—*Aleikoum Salaam* —respondió el más viejo de los dos hombres devolviendo el saludo.

—Si me permiten que les interrumpa un momento —dijo ella—, mi amigo Petru solía vivir aquí arriba, pero ha cambiado de casa. ¿Tienen alguna idea de dónde puedo encontrarlo?

—¿Petru?

—Es corso. Se cambia de color de pelo más a menudo que yo —repuso ella sonriendo—. Me entienden, ¿verdad?

—No lo he visto hace tiempo —dijo el hombre. Su compañero le dijo algo en árabe—. Lo siento, mi amigo dice que lo vio ayer.

Le dio las gracias y salió por la puerta abierta a un pequeño portal en el que olía a detergente de pino. Una mujer joven vestida con una bata azul y con el pelo recogido en un espeso moño negro pasaba la fregona en los agrietados azulejos.

—*Pardon, madame*, busco a Petru, un corso. ¿Ha dejado una dirección en la que se le pueda encontrar?

La mujer puso la fregona en el cubo de metal.

—Se ha ido. —Se detuvo y se pasó una mano por la frente—. Aquí la gente no deja direcciones cuando se marcha —dijo. Tenía acento portugués—. Limpio, todo está limpio, el lugar está vacío.

Del bolsillo de la mujer colgaba un pendiente brillante. A Aimée le resultaba familiar. Se quedó mirándolo fijamente.

—¡Qué bonito! Es un Diamonique, ¿verdad?

La mujer agarró fuertemente el pendiente y retrocedió.

—*Madame*, ¿se lo ha encontrado usted en las escaleras o en el apartamento de Petru?

La mujer negó con la cabeza.

—Vino una prostituta a buscar a Petru, ¿no? Llevaba bisutería de este tipo —dijo Aimée.

—Yo hago mi trabajo, limpio portales, paso la fregona en las escaleras y...

—¿Cuándo estuvo aquí? ¿Ayer, ayer por la noche?

La mujer se santiguó.

—Yo no robo.

—Claro que no. Pero ¿vio usted...?

—¿Ha dicho que yo lo he robado? —Los ojos de la portuguesa pestañeaban con miedo—. Limpio bien. *Verra*, mire. No perder mi trabajo. Está herida. Ojo morado, grande, hinchado. ¿Vendrá a por mí?

—¿Que está herida? ¿Quiere decir que le han pegado una paliza?

La mujer asintió.

—Yo le digo que Dios la perdonará esta vida —dijo la mujer—. Le digo que vaya al *Bus des Femmes*, que descanse. Ayudan a mujeres como ella. Ella se ríe de mí. Luego lo encuentro esta mañana. —Puso el pendiente en las manos de Aimée—.

Lléveselo. No importa. No creo problemas.

Preocupada, Aimée se preguntó si llegaría a tiempo.

* * *

Aimée encontró el *Bus des Femmes*, la unidad móvil que ofrecía ayuda médica, legal, social y práctica a las prostitutas en activo, aparcado cerca de la porte de St. Ouen. Era una hermosa autocaravana pintada de violeta a través de cuya puerta abierta emanaban el vapor y la fragancia del café. En el interior sobre una pequeña mesa estaban unos folletos y la cafetera. De una ventana colgaba una cesta de paja llena de condones con los colores del arco iris y con la leyenda «Cógeme, soy tuyo» impresa. Dos mujeres charlaban sentadas en unos bancos alargados mientras tomaban café. Otra mujer estaba haciendo un crucigrama.

Por su maquillaje, sus minifaldas y sus corpiños Aimée se imaginó que las mujeres se habían tomado un descanso en el trabajo. El aire cerrado y cálido, lleno de aroma a perfume barato contribuía a una atmósfera relajada, al sentimiento de refugio seguro.

—¿Un café?

Aimée se detuvo delante de una mujer joven vestida con chándal y que llevaba una carpeta bajo el brazo.

—No, gracias —dijo—. Pensaba que quizá Cloclo estaría aquí.

—Soy Odile, la ayuda legal. —Sonrió y le tendió la mano—. ¿Cloclo es tu amiga?

—Por así decirlo, sí —dijo Aimée—. Creo que a Cloclo le han dado una paliza. Odile asintió.

—Lo vemos cada vez más. Muchas se han trasladado desde los bulevares hasta zonas más discretas: aparcamientos, salones de masaje. Lo que tratan de evitar es a la *Brigade des Moeurs*, la brigada moral. O trabajan durante la madrugada, desde las tres hasta las siete cuando la mayoría de la gente está en casa durmiendo. Pero ese trasladarse a lo clandestino las hace un objetivo más fácil de los ataques violentos.

Por supuesto.

—¿Es de Europa del Este? —preguntó Odile—. Esas chicas hacen entre veinte y treinta servicios al día para evitar que sus chulos les den una paliza.

Aimée esperaba que Odile no la hubiera visto hacer una mueca de asco.

—Es algo mayor y trabaja en la rue André Antoine —respondió Aimée—. Es una *chandelle* —dijo, una prostituta que espera bajo la luz de una farola—. ¿La ha visto?

—Supongo que se da usted cuenta de que respetamos el derecho de las mujeres a su intimidad. Ni los clientes ni los *flics* consiguen información. Si no la ve por aquí, lo siento, no puedo ayudarla.

—Si la está viendo un médico, ¿podría decirle que estoy aquí? Está en peligro.

—Eso les ocurre a todas nuestras mujeres —dijo Odile encogiéndose de hombros.

Aimée vio los panfletos que hablaban sobre el comercio sexual y los albergues para mujeres en situaciones críticas, las gastadas plataformas de la mujer que estaba haciendo el crucigrama y los moratones en sus piernas que el maquillaje no conseguía ocultar.

—No la he visto —reveló Odile.

Desilusionada, Aimée cruzó el bulevar en dirección al metro. Se imaginaba que Cloclo también había estado buscando a Petru. Puede que hubiera averiguado dónde vivía ahora, pero había desaparecido. Probablemente la estaba haciendo dar vueltas sin más ni más.

Echó un vistazo a través de los cristales empañados de varias cafeterías esperando encontrar a Cloclo, pero no la vio. Al llegar al Café la Rotonde, el último antes de llegar a la estación del metro, miró en el interior. Ni rastro de Cloclo en la barra. Sin embargo, cuando estaba a punto de rendirse, Aimée la vio, acurrucada con su abrigo negro, los pies levantados, sentada en una mesa alejada de la entrada, al lado de la pared sucia de tabaco.

Aimée pidió un brandi y lo pagó.

—Parece que le vendría bien algo fuerte —dijo posando el brandi sobre la mesa frente a Cloclo. La decoración del café parecía ser la misma desde los años treinta, a no ser por el estruendo de la televisión que se oía en todo el bar.

—Otra vez usted no —dijo Cloclo. Pero extendió su mano y cogió la pequeña copa abombada.

—¿Ha sido Petru el que le ha hecho esto?

—¿Ese? —bufó Cloclo.

—¿No iba usted de camino al *Bus des Femmes*?

—No tienen de esto —dijo Cloclo dando un trago al brandi.

—El *Bus des Femmes* tiene un médico, Cloclo. Tendría que verla —dijo—. ¿Dónde está Petru?

—¿Por qué?

Y entonces se derrumbó. Dentro de ella se acumulaban el dolor y la ira.

—Petru es su chulo, ¿verdad? Me mintió, incluso después de que le advirtiera del peligro.

Cloclo hizo un gesto de despecho con la mano llena de anillos de bisutería.

—Me estalla la cabeza. Escuche, me pagó para que le dijera cuando la viera a usted —dijo frotándose la sien.

¿Que le pagó?

—Yo le daré el doble. ¿Dónde diablos está?

Y por primera vez, Aimée vio el miedo en el rostro maquillado de Cloclo.

—Tengo que irme —dijo Cloclo mientras rebuscaba en el bolso.

Aimée se acercó aún más y posó las manos sobre los hombros de Cloclo.

—No hasta que me diga dónde puedo encontrar a Petru.

Cloclo echó un rápido vistazo al café.

—No es seguro. Y no es mi chulo.

Cloclo apuró el brandi.

—Ellos se lo llevaron.

Aimée se puso rígida.

—¿Quiénes?

—Se detuvo una furgoneta; unos tipos lo agarraron y la furgoneta arrancó.

—¿Unos tipos con gorras negras y plumíferos, uno de ellos con mala dentadura?

Cloclo asintió.

—¿Dónde fueron?

—Se largaron a toda velocidad, no sé adonde.

Aimée vio los cardenales rojos en el cuello de Cloclo y se imaginó su desolador futuro. Tiró el pendiente y cincuenta francos sobre la mesa con marcas de agua.

—Vaya a que la vea el médico, Cloclo.

Viernes, a última hora de la tarde

La oscuridad había teñido la húmeda calle repleta de taxis y autobuses. Los transeúntes se aferraban a sus bolsas de la compra y se apresuraban con los cuellos del abrigo levantados para protegerse del aire gélido.

Aimée estaba desconcertada, no sabía hacia dónde ir, dónde seguir investigando. Llamó a Strago, pero no obtuvo respuesta. Entonces se le ocurrió una idea.

Sebastian, su primo, conocía el ambiente de los clubes. Contactó con él en su tienda de marcos en Belleville. El ruido de fondo del golpear de los martillos le decía que su primo pequeño se había quedado hasta tarde trabajando.

—¿Sebastian?

Los golpes cesaron y fueron reemplazados por el lento zumbido de la sierra.

—Es un pedido urgente, Aimée —dijo—. Doce láminas que enmarcar y colgar para un restaurante que abre mañana. No tengo tiempo de trepar tejados esta noche.

Su negocio había despegado. Ella se sentía orgullosa de él. Y llevaba ya cuatro años limpio y alejado de las drogas.

—Una pregunta: estoy buscando un *discjockey* que pincha vinilo, Luden Sarti. ¿Tienes idea de dónde puedo encontrarlo?

—¿Cuál es el alias?

—¿El alias? Ni idea. Es un músico corso, toca una mezcla de *tecno* y música polifónica.

En el silencio que siguió podía escuchar el ruido del afilado y perforado del metal.

—Podría pinchar un estilo totalmente distinto de su propia música.

—¿Qué quieres decir?

—*Jazz* tradicional, cibernética, electrónica, industrial de los ochenta, *trance*. Cualquier cosa.

No tenía toda la noche. ¿Cómo podría encontrarlo?

—Sebastian, por favor sé más concreto.

—Los *discjockey* ofrecen un servicio a la multitud asidua a los clubes, así se ganan la vida. Los buenos crean su propio estilo y lo protegen. Llevan una doble vida. Sé de un *flic* que pincha vinilo cerca de République, pero nunca lo sabrías. Un sitio barriobajero y sucio lleno de góticos, punkis, *heavies* y sin techo.

¿No había dicho Lucien que él dormía en cualquier sitio?

—¿Cómo se llama?

—Gibus, en la rue du Faubourg du Temple —repuso él.

—Gibus... ¿es ese el argot para un sombrero de copa?

—Eso es. Todos pinchan ahí en algún momento.

Podía empezar por ahí. Y con un poco de trabajo, tenía el atuendo adecuado.

* * *

Encontró Gibus en una calle estrecha bajo las vías del tren. No tenía nombre en el exterior, solo una rozada puerta cubierta de grafitis frente a la que fumaban unos cuantos góticos. Podía escuchar el aleteo de las palomas según emprendían el vuelo desde las roñadas vigas sobre sus cabezas.

La galería cubierta estuvo en su momento ocupada por almacenes para las mercancías que llegaban por ferrocarril. En la actualidad, carteles recién pintados anunciaban que era el lugar escogido para un centro de Internet y *software* denominado «*Silicon Alley*» patrocinado por el Gobierno. A juzgar por las paredes desconchadas y los edificios dilapidados les faltaba mucho camino por recorrer.

Aimée atravesó la puerta después de entregar veinte francos a un cabeza rapada con varios dientes de oro.

—¿Hay *discjockey* hoy? —preguntó.

Él asintió y desató la gastada cuerda de terciopelo de la entrada que conducía a un pasillo con paredes rosas fluorescentes.

—Hoy tenemos noche gótica. Cuidado con los escalones.

Gótica. No parecería estar demasiado fuera de lugar con su largo vestido negro de red y las enredadas extensiones morenas. Si Sebastian le había dado las indicaciones correctas alguien que estuviera metido en el mundo de los *discjockey* conocería a Lucien. Descendió a oscuras, agarrándose a la barandilla de metal de una estrecha escalera de caracol y, para no caerse, vio por dónde iba, palpando la húmeda pared del pasillo subterráneo abovedado que vibraba al ritmo del *heavy metal*. Tenía las manos húmedas y cubiertas de una pátina aceitosa.

El pasillo se ensanchaba formando una caverna que olía a *papier d'arménie*, las antiguas tiras de color rosa oscuro que se doblaban como un acordeón y se quemaban para dar buen olor a las habitaciones dejando un aroma significativo. Un aroma que ella asociaba con su profesora de piano, una mujer rusa que lo quemaba para ocultar el hecho de que cocinaba en un hornillo en la misma habitación en la que daba clases.

Aimée podía oler algo más. Se imaginó que olía a gato para mantener a raya a la población roedora. Bien hecho.

Sus ojos se acostumbraron a la tenue luz emitida por las velas negras encendidas en hornacinas en las paredes y que rodeaban la barra. La tribu gótica, hombres y mujeres, tenían los labios y las uñas pintados de negro. Se congregaban apoyados en las paredes húmedas o sentados sobre lo que parecían ser reclinatorios, presentando así una imagen que recordaba a los tapices medievales actualizados con un toque del siglo xx. Unos cuantos góticos se agrupaban para conversar a la vez que contemplaban un volumen encuadernado en piel con una cruz dorada en la cubierta. ¿Estarían negociando una misa negra *after-hour*?

Escuchó voces que se elevaban en una discusión. Alguien vomitaba en una

esquina. En este tipo de lugar, había que estar moviéndose todo el rato para evitar una pelea. Se recogió el borde del vestido que le arrastraba y se dirigió hacia la barra.

Su segunda incursión esa noche.

Pidió al barman una cerveza belga con sabor a frambuesa. El barman lucía una fila de aros de plata que trepaban por su oreja y en su brazo brillaban una serie de brazaletes fluorescentes como si fueran serpientes retorcidas. Pagó, pero no le dejó que le sirviera la cerveza en un vaso alto porque se dio cuenta de que el fregadero estaba lleno de agua asquerosa llena de espuma. Cogió la botella. Percibió que la higiene no era una prioridad en ese lugar.

Altavoces último modelo atronaban desde sus huecos en hornacinas de piedra. Una mujer que se recostaba en uno de los bancos como de iglesia marcaba el ritmo con la cabeza, los ojos pintados de negro como oscuros agujeros en su rostro. Las cadenas tintineaban al chocar con el collar de pinchos de su cuello.

—¿Quién es el que pincha? —preguntó Aimée acercándose a ella sigilosamente.

—MC Gotha, mi novio —dijo la mujer mostrando el orgullo en su voz—. Bueno, ¿no? Él lo llama *Zero la Crèche*.

Por lo menos eso es lo que Aimée pudo descifrar ya que el pirsin que la mujer llevaba en la lengua hacía incomprensibles sus palabras. El *discjockey* se inclinaba sobre una mesa de mezclas. Tenía mucho pelo, llevaba una camiseta ajustada de licra negra y los anillos de plata de sus dedos captaban los reflejos del parpadeo de las velas negras.

—Pensé que vendría hoy —dijo Aimée como hablando para sí misma—. Le prometí que le devolvería esta mezcla.

La mujer se encogió de hombros y se movió cambiando de postura dentro de las raídas botas de plataforma.

—Ese otro *discjockey*, el músico corso, ¿sabes?

—Esta noche es gótica —dijo la mujer entrecerrando los ojos.

Aimée echó un vistazo a la multitud.

—Pincha por todos los sitios. De verdad que tengo que encontrarlo. —Se detuvo—. Apuesto a que tu novio lo conoce. ¿Me lo presentas? —Como no estaba al día del protocolo, se imaginó que sería sensato pedir que los presentaran después de ver las uñas puntiagudas pintadas de negro y el vial de líquido granate que, como sangre, colgaba del cuello de la mujer.

—Está ocupado —dijo ella—. ¿No lo ves?

—Vaya lío. Voy a meterme en un lío si no encuentro al corso —dijo Aimée. La botella de Stella Artois que tenía la gótica en la mano estaba vacía—. Pregúntaselo, ¿vale? Te pido una cerveza mientras lo haces.

El rostro de la mujer mostraba una expresión vacilante mientras el *discjockey* anunciaba un descanso. Para cuando Aimée regresó, estaban juntos. Aimée le pasó la cerveza y la mujer se lo recompensó encogiéndose los hombros de nuevo y pasándosela a su novio.

—¿Corso? Ya sé quién dices —dijo el *discjockey* extendiendo la mano cubierta de anillos—. No está aquí. Ya le doy yo la mezcla.

Aimée no sabía qué hacer. Vaciló. ¿Qué ocurriría si le daba un disco y se le ocurría ponerlo? Aunque dudaba de que un disjockey trabajara con la mezcla de otro ya que se suponía que era su firma, su marca de la casa, había algo en ese hombre con esmalte de uñas negro y una manicura mejor que la suya de lo que ella no se fiaba. Lo único que tenía en la bolsa eran disquetes vacíos.

—Tiene el pelo y los ojos oscuros y es un músico que mezcla polifonía y *tecno*. ¿Estamos hablando de la misma persona?

—Eres la segunda persona esta noche —dijo el *discjockey* poniendo cara rara.

¿La segunda?

—¿Qué dices?

—Digo que es hora del gótico, no de relajación —repuso él—. Ese es un peso ligero. —Parecía aburrido y suspiró de forma despectiva—. Igual tienes más suerte en la sala de *chill out*.

Así que no era la única que buscaba a Sarti.

La sala de *chill out*... ¿Estaría aquí o en otro club? Se dirigió hacia la barra y siguió a una pareja hacia dentro de la cueva de detrás, llena de góticos que pululaban por allí. Su atuendo negro era como un uniforme. El humo y el olor a podrido de las paredes que el *papier d'arménie* no conseguía enmascarar la estaban mareando. Y en el aire húmedo y como pantanoso sus extensiones se habían empezado a aflojar. El adhesivo temporal ya se había fundido en su cuello como un pegote delator. Si no salía de allí pronto se soltarían a mechones. Se puso un fular de red sobre la cabeza con la esperanza de que se mantuvieran en su sitio.

De algún sitio salía el sonido del bajo y la batería con unos toques *de jazz*. Siguió el ritmo de la música hasta otra caverna donde una multitud variopinta se encontraba desparramada sobre los sofás o bailaba con los ojos cerrados.

El hombre que estaba desenvolviendo su cofre (una caja de plástico duro para los platos) asintió cuando le preguntó.

—DJ Ketlogic, un hombre de *chill out*, sin duda —dijo—. Buena mezcla *trance*.

Ella sonrió como si entendiera lo que él quería decir.

—¿Dónde está?

—Acaba de salir.

* * *

De vuelta en Montmartre encontró un tercer club. Por lo menos se podría quitar el pelo falso y meterlo de cualquier modo en el bolso. ¿No solía decirse que lo que no mata engorda?

Entró en el club lleno de humo que vibraba al ritmo de la música *tecno* y que estaba situado en lo que una vez fue un elegante *hôtel particulier* de altos techos. La

chimenea de mármol albergaba montones de periódicos alternativos. Sobre ella se encontraba un deslucido espejo *fin de siècle* y al final de unos escalones de piedra tan gastados que casi habían desaparecido, un escenario teatral.

—¿Pincha hoy DJ Ketlogic? —preguntó.

—Mira en la barra —dijo un hombre con la cabeza afeitada y unos ojos castaños sin vida.

El mismo Lucien estaba allí de pie junto a los barriles de servir la cerveza. En su bolsillo vibró el teléfono móvil, precisamente cuando había encontrado a Lucien.

—*Allô?* —dijo impaciente.

—*Aimée* —dijo Saj—, tuviste una buena idea. He estado investigando y he descubierto una conexión entre el centro de escuchas central en Les Invalides y Orejas Grandes.

—¡No me digas! —No importaba cómo. Saj había tomado su idea y la había llevado a la práctica. ¡Y había encontrado una relación!—. Sigue, Saj —dijo, mientras miraba cómo Lucien recogía su maletín.

—¡Están vigilando Montmartre desde un piso del *quartier*, ni más ni menos! Suena a montaje muy dulce. Muy acogedor, acaban de encargarse de comida china. Apuesto a que mañana mismo nos escucharán, o cuando quiera que descifren esto.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—Rué Nicolle 16. Ten cuidado.

—*Superbe*, Saj.

Sería mejor que llegara allí antes de que cerraran. Pero como acababa de encontrar, por fin, a Lucien, no podía marcharse con las manos vacías. Como si hubiera sentido su presencia, él se volvió. Sus ojos negros brillaban en la tenue luz de la barra mientras la miraba de arriba abajo.

—¿Es ese tu atuendo habitual?

Se había olvidado de su ropa gótica. No le extrañaba que la gente en el metro se hubiera mantenido a distancia.

—Hace la vida más interesante —dijo. Se movió hacia él y lo cogió del brazo.

—Como vivir al límite, ¿verdad?

—Han montado una operación y esa operación eres tú —le dijo ella al oído—. Se supone que tengo que entregarte. Voy a tener que hacerlo a no ser que me lleves hasta Petru y me ayudes a encontrarlo.

—No te rindes, ¿no?

—Si lo hago, vendrán a por ti de cabeza. Esta noche, mañana o al día siguiente. Tú eliges.

Él se encogió de hombros.

—No sé dónde ha ido el *salaud*.

—Ahora te creo. Pero puedes ayudarme a encontrarlo. Vamos a coger un taxi.

* * *

Por encima de ellos se adivinaban las empinadas escaleras de la rue Nicolle, una estrecha callejuela en el lado menos de moda del Sacré Coeur. Desde una ventana abierta flotaban en el aire retazos de música africana. Al lado de una verja, sobre los escalones, se encontraban unos contenedores verdes de plástico para la basura; las ramas de los árboles enviaban sus sombras como palos sobre el pequeño patio del número 16 rodeado por un muro. Antes de que Aimée pudiera pedir a Lucien que esperara, escuchó gruñidos en la sombra. Quejidos humanos. Apurada, se preguntó si se habrían tropezado con una pareja en situación amorosa. O... los gruñidos aumentaban... ¿sería el sonido de alguien que sufría?

Esquivó los contenedores de basura y se situó sobre la oscura acera mojada que llevaba a un edificio trasero. Una figura se acurrucaba contra la pared posterior. Alumbró con su linterna y vio a un hombre con el abrigo de cuero negro rasgado y sangrando sobre las empapadas hojas secas. Era Petru.

—*Salud, bastardo* —juró Lucien, seguido por más palabras en corso que ella no entendió. Sacó un cuchillo y amenazó con él a Petru, que estaba temblando.

—¡Para! —Nunca pensó que protegería a este tipo, pero ahora tiró del brazo de Lucien—. Espera, tengo que hablar con él.

—Ahora mismo lo están bajando —dijo con dificultad un pálido Petru—. Las pistolas, los lanzagranadas. Tengo que hablar con ellos...

—¿Decírselo a la DST?

Él asintió, desplomándose. Hizo una mueca de dolor.

Así que Petru era un informador de la DST.

—Mentiroso, me tendiste una emboscada —le acusó Lucien retirando a Aimée de un empujón.

—¿Por qué pagaste a Cloclo? —preguntó Aimée.

—Para seguirte la pista —repuso Petru cogiendo aire—. Saber qué averiguabas. Yo estaba pegando palos de ciego, intentando atrapar al villano real, pero la DST piensa que eras tú, Lucien. Tengo que decírselo...

—¿Quién está detrás de esto? —Ella se arrodilló, rasgó el dobladillo del vestido negro de red y lo utilizó para hacer un torniquete en la herida que tenía Petru en la pierna. En uno de los pisos de arriba brillaban las luces. En su bolsillo volvió a vibrar el teléfono, pero lo ignoró. Escuchó un portazo y pasos. Los de la DST. No eran los tipos con los que le apetecería encontrarse en estas oscuras escaleras.

—¿Quién está, Petru?

Se le cerraban los párpados.

—La parcela de Conari... el hospital... un túnel.

Conari... el hospital. Pensar, tenía que pensar. Atrajo a Lucien hacia ella.

—Dame media hora antes de decirles nada, ¿entiendes? —Pero Petru había cerrado los ojos y su cabeza se había inclinado hacia delante.

—Ya me ocupo yo de él —dijo Lucien empujándola hacia un lado.

—Los de la DST se ocuparán de ti si no nos vamos ahora mismo —dijo ella alarmada.

Su mirada mostró que comprendía.

—¡Rápido! —Subió corriendo las escaleras de dos en dos, jadeando y deseando no haber ganado ese kilo. Cuando alcanzó la parte de arriba junto a una *école maternelle*, escuchó que Lucien venía tras ella.

Su teléfono volvió a vibrar. Recuperó la respiración y pulso el buzón de voz. Dos llamadas, ambas con interferencias, y luego alguien que respiraba. Una respiración fuerte. Luego el sonido del teléfono que chocaba contra el suelo y «Enfermera, la paciente...». Luego, un zumbido.

El corazón le dio un vuelco. ¿Estaría Laure intentando llamarla? Consiguió que sus manos dejaran de temblar y pulsó el botón de rellamada.

—*Oui?* —contestó alguien en voz baja.

—Soy Aimée Leduc. Tengo varios mensajes en mi teléfono.

—Nuestra paciente, Laure Rousseau, está muy agitada. Parece que está intentando comunicarse con usted. Puede utilizar un teclado.

¿Estaría bien Laure? ¿Estaba intentando comunicarse con ella?

Aimée oía ruidos confusos de fondo.

—No puede hablar, pero puede pulsar letras y números en un teclado.

—Y ¿qué es lo que ha dicho? Quiero decir, ¿teclado? —preguntó Aimée, deseando que la enfermera se diera prisa.

—Su nombre, su número y algo que parece algo así como «recuerda... hombres que dijeron bretón». Eso es todo.

—¿Los hombres del tejado? Pregúntele si fueron los hombres del tejado. Enfermera, por favor.

Aimée escuchó cómo la enfermera se lo preguntaba.

—Ha dicho que sí.

Laure recordaba algo del tejado.

—¿Quiere decir Bretonneau, el hospital?

—Parece cansada...

—Por favor, es vital. Pregúntele —dijo Aimée intentando no gritar.

—Sí. Ha teclado sí.

—Diga a Laure que estoy de camino.

Se metió el teléfono en el bolsillo.

—¿Está Conari detrás de todo esto? —preguntó Lucien.

—Todo apunta hacia él, pero no estoy segura. —Tenía sus dudas. Sin embargo, podía utilizar el contrato de música de Lucien para lavar dinero procedente de las armas. Tenía contactos en Córcega y una empresa de construcción, pero sus lazos con el Gobierno puestos en evidencia por el hombre del ministerio con el que le había visto en la iglesia la confundían.

—Vamos a verlo.

Era una pena no haberse fijado mejor en los camiones de construcción aparcados dentro del patio del Hôpital Bretonneau. Sobre ellos estaba escrito: «Conari Ltd.». Todo encajaba. Según el permiso de demolición en la pared, el lugar llevaba vacío desde hacía seis años, desde 1989. El año en el que dijo Jubert que su padre había firmado un contrato para trabajar en el caso de las armas robadas.

No había tenido cuidado y ahora lo pagaría. Otra vez. No había tiempo para pensar en eso. Tenía que entrar. Treparon por la verja cerrada y pasaron de largo el edificio ocupado, que estaba oscuro y parcialmente cubierto con tablones de madera. Pulsó el número de Morbier.

Comunicaba.

Tenía que contactar con él. Volvió a intentarlo. En un edificio lateral oyó cómo crujía la gravilla.

Lo intentó a través de otro número.

—René, sin secretos, ¿vale? Necesito ayuda.

—¿Aimée? —repuso él con voz somnolienta.

—Llama a Morbier, intenta que avise a los *flics*, no a los de la DST... Solo los *flics*, ¿entiendes?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Estoy en el Hôpital Bretonneau en Montmartre, al lado del cementerio —respondió Aimée, respirando rápido—. Debajo del edificio hay un alijo de armas de la Armata Corsa, en algún lugar del túnel pasando el edificio ocupado. Ni los de la DST ni los de RG. Asegúrate de que Morbier lo entiende. Solo los *flics*.

—*Mon Dieu* —dijo René—. ¡No me digas que estás ahí!

Aimée pudo oír como un tintineo de llaves a través del teléfono.

—Espera un momento —dijo él ahora ya despierto—. Espera ahí donde estás hasta que pille a Morbier, Aimée.

—No puedo. Tengo que arreglar un asunto.

—Un asunto. ¡Estás loca! ¿Tiene algo que ver con exculpar a Laure?

—Tiene todo que ver. Los asesinos de Jacques están ahí dentro. Le prometí que los cogería. Una cosa más. Llama a Chez Ammad, el bar de la rue Veron, y pregunta por Theo, el albañil. Que te diga qué día se vacían los contenedores que están junto a la obra de la rue André Antoine.

—¿Eh? ¿Un tal Theo...?

—Por favor, René, hazlo ahora.

Cortó la comunicación antes de que pudiera seguir protestando.

En la oscuridad de las sombras, Lucien la atrajo hacia sí. Ella podía ver el vaho que formaba su respiración en el aire frío. Envolvió la barbilla de Aimée con sus cálidas manos. Un halo de rizos morenos rodeaba su rostro.

—¿Qué has querido decir con eso? ¿Está Conari ahí adentro? —preguntó.

—Utilizará tu contrato para blanquear dinero del tráfico de armas —repuso ella—. Ha estado suministrando armas bajo pago a esos que realizaban atentados bajo la guisa del movimiento separatista corso.

Lucien la sujetó la barbilla más fuerte.

—¿Por qué estás tan segura?

—Es una teoría. ¿Tienes que comprobarla, como un científico? Utiliza el método empírico y averígualo.

En esta ocasión había que lanzarse directamente a la piscina y rezar para que esa intuición fuera correcta. Por lo menos, en parte.

Había que detener a quienquiera que estuviera a cargo de las armas robadas. Se imaginó que Jacques había intentado hacerlo. De otra manera no habría implicado a Laure.

Las nubes oscurecían la luna y una única farola brillaba sobre la tapia del cementerio. El aire frío cubría sus piernas. En las vigas sobre sus cabezas, un nido de palomas aleteaba y arrullaba, molestas por el ruido.

—Necesito una señal —dijo él.

—¿Qué? ¿Estás preocupado por el mal de ojo?

Antes de que él pudiera contestar, ella lo besó con fuerza. Un beso largo. Sus labios se fundieron con los de él. En respuesta Lucien la abrazó atrayéndola hacia él.

Ella se retiró y retomó la respiración.

—¿Te vale con esto?

Un silencio solo roto por el tubo de escape de un coche.

—De momento.

¿Era diversión lo que escuchaba en su voz?

—Por ahí —dijo Lucien señalando un edificio de ladrillo medio en ruinas del cual emanaba una luz difusa a través de las ventanas con barrotes—. Ten cuidado, hay alguien ahí.

Ella vio la punta anaranjada de un cigarrillo y asintió. Se acercaron muy despacio hasta el pabellón de ladrillo en ruinas con cuidado de no pisar sobre la gravilla y las maderas apiladas junto a los camiones. Lucien se había colgado la maleta con sus cosas de la música a la espalda y se abría camino hacia delante. Aimée escuchó un ruido sordo y un «Ay» a la vez que alguien expulsaba aire y se desplomaba.

Lucien había atrapado al tipo por detrás, lo había forzado a sentarse y había apagado su cigarrillo.

—Buen toque —dijo ella. Probar la validez de una intuición con un chico fuerte a su lado no era una mala idea, aunque nunca lo admitiría.

¿Solo había un guardia? ¿Por qué no había más? A no ser que el resto...

—¿Tienes algún plan? —preguntó él.

Ella asintió.

—Los cogemos por sorpresa. Intentamos averiguar de dónde salen los envíos de

armas y montamos una barricada.

Lucien desplazó la gastada puerta de metal y la deslizó para abrirla y ella lo siguió hacia el interior de un edificio a medio dismantelar, dejando atrás hormigoneras y las viejas cocinas del hospital puestas patas arriba. Aimée las alumbró con la linterna. No había agujeros o aberturas que llevaran a un túnel. Solo lámparas rotas, montones de tela de malla y escayola desmenuzada y un viejo crucifijo inclinado contra los restos de una combada pared verde. Quizá lo había entendido todo mal.

Siguió andando, dejando a su paso paredes de ladrillo a la vista y arqueadas vigas de hierro. Mas adelante vio algo que brillaba de color amarillento. De los caballetes de aserrar de madera colgaba una cinta de plástico con la inscripción: «Peligro. Obras. Estructura peligrosa».

Buscó su bote de aerosol Mace y con la otra mano cogió una barra de metal. Y entonces sintió que se hundía.

—¡Lucien! —gritó. Pero la única respuesta fue el crujir de los listones del suelo y el zumbido de la arena al moverse. Bajo sus pies, el suelo se inclinaba y se desmoronaba, haciendo que perdiera el equilibrio. Petrificada, intentó agarrarse a algo, a cualquier cosa, al tiempo que el suelo cedía bajo sus pies. Tenía las manos cubiertas de gris y enganchadas en un cable eléctrico. Y de repente se encontró balanceándose en el aire y sus rodillas chocaron contra un montón de piedras blancas. Podía oír el estruendo de un generador y, mucho más abajo, vio el suelo de la caverna con paredes labradas en yeso.

Se sintió paralizada por el terror. Se le resbalaron las manos, no podía sostenerse. Golpeó un montículo cónico y se aferró a la superficie de escayola que se deshacía bajo sus uñas.

Rebotando y agarrándose a ásperos bordes que se deshacían y superficies perforadas que se desmoronaban, se deslizó durante varios metros hasta un suelo subterráneo de tierra. Montones de yeso aquí y allá le daban un aspecto de paisaje lunar. Mareada, miró hacia arriba y vio capas de arena de Fontainebleau y brillante travertina, como si fuera un sándwich sobre el pináculo de yeso comprimido de un blanco sucio amarillento por el que se había deslizado.

Había ido a parar a una vieja cantera bajo el hospital, parte de las galerías que formaban una red en el subsuelo sobre el que se había construido el Sacré Coeur. No era fácil elogiar la robustez de los cimientos a aquellos que vivían en los edificios que descansaban sobre ese subsuelo. Era sorprendente que el Sacré Coeur no se derrumbara sobre su cabeza.

Al otro lado del enorme montículo blanco escuchó golpes rítmicos.

¿Dónde estaba Lucien?

El estruendo del generador había enmascarado su descenso. A gatas y cubierta de yeso blanco, reptó alrededor del montículo, agachada detrás de rollos de verja de metal abandonados y barras de metal huecas y entonces dio un ahogado grito de

asombro.

A un tiro de piedra, unos hombres vestidos con ropa de camuflaje y, por lo que parecían, de Europa del Este, almacenaban municiones y grises ametralladoras en cajas de metal decoradas con el eslogan: «Ariel, un lavado reluciente para todas las prendas».

Como la caja de detergente para la lavadora sobre la mesa de Zette. ¿Sería la tarjeta de visita de los asesinos? Ya se preocuparía de eso más tarde. Tenía que detenerlos, pero ¿cómo?

A un lado de la agujereada cantera de yeso había ataúdes de madera partidos por la mitad y podridos, azadas, palas y una carretilla elevadora. Una zona de almacén para el material de los enterradores del cercano cementerio de Montmartre. Tétrico. Los hombres, concentrados en cargar las cajas, lo ignoraban.

En las vías que conducían a un túnel había una pequeña vagoneta. Se imaginó que el túnel serpenteaba bajo la calle y llegaba hasta el cementerio. Si pudiera desconectar los cables conectados a la batería del generador, la caverna se sumiría en la oscuridad. Eso detendría a los hombres y le permitiría escapar por el túnel. Por lo menos tendría una oportunidad.

El miedo la invadía. A unos cuantos metros de ella se hallaba el vibrante generador industrial del que sobresalían herrumbrosos cables. A su lado se encontraban alineadas latas de combustible: funcionaba con gasolina. Incluso con los hombres absortos en su trabajo, tendría poco tiempo para andar jugando con los cables. O para dar la vuelta rápidamente al cortocircuito que podía ver protegido por una cubierta negra en el panel de control.

Buscó un mechero en el bolsillo. En el peor de los casos, tiraría las latas de gasolina y... no, eso sería una tontería. ¡Había cajas de munición almacenadas al lado de los paquetes de Ariel!

¿Qué podía hacer? Echó un vistazo a las ruedas de espigas de metal corroído y a los escombros en su vía de escape y trató de memorizar la ruta. ¡Suponiendo que llegara tan lejos!

Para enfriar el motor expuesto, el generador tenía un ventilador que giraba y las hojas estaban protegidas por una carcasa de metal oxidado. Tuvo una idea. Rebuscó con las manos intentando encontrar algo, cualquier cosa, que fuera lo suficientemente larga para lo que necesitaba. Y la encontró.

El ruido del generador amortiguaba los gritos y juramentos en corso. Vio a Lucien tirado en el suelo con los brazos en la espalda y vio también como lo empujaban detrás de unas grandes bobinas de cable metálico. Echó un vistazo hacia un lado del generador. Conari, con la camisa manchada de sangre, estaba sentado y atado detrás de la carretilla elevadora. No podía distinguir quién era la otra figura parcialmente oculta por Lucien. ¡Un momento! Los zapatos. Conocía esos zapatos.

Alguien se acercó hasta el generador. Un brazo se agachó para coger una lata de gasolina. Tenía que hacerlo justo ahora.

Con todas sus fuerzas empujó un tubo largo de metal sobre el suelo de tierra y lo enganchó en el ventilador que daba vueltas. Se produjo un chirrido ensordecedor al triturarse el metal y atascar el motor. Luego el ruido de algo que se aplastaba y crujía a la vez que emitía una lluvia de chispas y escupía fragmentos de metal mientras el motor engullía el tubo. Una nueva lluvia de metralla compuesta por trocitos de metal cayó sobre la vagoneta. El hombre gritaba.

La luz vaciló. El generador rugió y chirrió hasta detenerse dejando la caverna sumida en la oscuridad. Todo su cuerpo se estremecía y temblaba. Hubo chillidos y más gritos de dolor. Solo habían transcurrido veinte segundos, pero parecían veinte minutos. Siguió el olor vomitivo del aceite del generador que se quemaba, tan rancio que hasta podía paladearlo. Una voz gemía de dolor.

—¿Qué ha sido eso? ¡Imbéciles! ¡Id al generador de seguridad!

Los haces de las linternas barrieron la grisácea humareda. A través del eco de un megáfono escuchó palabras incomprensibles. ¿Serían los *flics*? ¿Morbier quizá? Siguieron cortas ráfagas de disparos y los impactos de las balas al caer. *Mon Dieu*. ¡Lucien se encontraba expuesto a una lluvia de disparos! Se agachó y vio los zapatos que corrían sobre la gravilla hacia el túnel.

¡Se escapaba! Hizo un esfuerzo por incorporarse. Se agarró al rollo de metal para sujetarse mientras tosía y le pitaban los oídos.

Se repuso y, esperando recordar el camino, echó a correr por el túnel siguiendo la vía del tren. Le guiaban los pasos que resonaban frente a ella. El gélido túnel se estrechaba. Entonces, dejó de oír los pasos.

Se detuvo, jadeando, y se apoyó en la pared de piedra. Estaba en el cementerio y los panteones se recortaban contra el cielo despejado, solo una fina neblina rodeaba el perlado halo de la luna.

¿Cómo lo encontraría en esta necrópolis?

De la derecha le llegó el sonido del cristal al romperse.

Se tropezó con las raíces de un árbol que serpenteaban sobre una lápida, intentó detener el temblor de sus manos y retirar el húmedo manto vegetal de su cara. Obligó a sus piernas a moverse, pero no tenía ni idea de hacia dónde la dirigían.

Se dijo que tenía que concentrarse. Concentrarse en las sensaciones que la rodeaban, tal y como había hecho durante el tiempo en el que estuvo ciega: los sonidos, las corrientes de aire, la sensación de cambios en el terreno. El brazalete de jade en su muñeca, de un verde opalescente, brillaba a la débil luz de la luna.

Su mente se despejó y la calma se apoderó de ella. Guió sus pasos alrededor de las irregulares tumbas sin tropezarse. Y entonces se detuvo.

Podía sentirlo rondando a su alrededor. Olía el sudor del pánico. El aroma que Laure había sentido en el andamio.

—Yann, sé que estás ahí —dijo Aimée—. Te delatan tus zapatillas de correr.

De la nada surgió una bandada de búhos asustados que echaron a volar agitando las alas.

—Pero eres brillante, Yann —continuó—. Viniendo de mí, eso es mucho.

Por delante de ellos una sombra alargada se movía en el húmedo aire.

—El albañil de la obra confirmó que los contenedores se vacían los miércoles. Era imposible que se hubiera desbordado la noche en la que «encontraste» el diagrama. Pero eso es una minucia, un detalle sin importancia. Puede que hicieras el servicio militar en Córcega.

—¿Sabías eso?

Ella no lo sabía, lo había adivinado. Igual que lo del contenedor.

—No hay duda de que hablas corso y descubriste el alijo de armas. Contrataron a mi padre para encontrar las armas robadas hace seis años.

—Eres como un fantasma —le dijo mientras avanzaba para que lo viera.

Ella se dio cuenta de que estaba cubierta de polvo de escayola blanco. Un fantasma que se encontraba como en casa aquí, con los demás.

—Conari se metió en ello. Lo amenazaste, así que siguió adelante. Jacques exigió más dinero y Zette sabía demasiado.

—Jacques quería abandonar, el muy idiota —dijo Yann.

Aimée sintió que presionaban contra su sien el frío metal de un arma. Yann jadeaba en su oído, y le agarró y retorció los brazos a la espalda. La empujó hacia delante.

Tenía que conseguir que siguiera hablando. De cualquier cosa. ¿No había dicho René que el ministerio exigía que las empresas que tenían contratos de construcción con ellos tuvieran analistas de sistemas?

—Qué ingenioso. Trabajaste en contratos con el ministerio. ¿Es así como conseguiste pinchar las comunicaciones de Orejas Grandes?

—¿Pincharlas? —Puso los ojos en blanco. Le colgaba la coleta sobre el hombro. Tenía la chaqueta del traje salpicada de trocitos irregulares de metal. Se le había adherido el olor a aceite quemado—. Tal y como salieron las cosas, a pesar de todos los preparativos, no necesité hacerlo. Instalé el sistema de comunicaciones en Solenzara, donde trabajé con todos estos tipos. Solo compartí con ellos una botella de Courvoisier y me puse al corriente. Muy fácil.

Y sencillo. Así funcionaban las cosas entre los viejos camaradas del ejército. No le sorprendía que siempre llegara a callejones sin salida.

—Así que escuchaste la línea de Conari en el piso de la DST y supiste que estaban vigilando tu «operación».

—Como en los viejos tiempos. —El aliento de Yann se helaba y flotaba formando un rastro de vapor sobre las lápidas irregulares—. Ya entonces, en Córcega, Jacques estaba metido en el juego. Me chantajeó, hasta que no me dejó opción.

—¿Jacques amenazó con contarlo todo cuando descubrió la clave? La clave a la que solo tú tenías acceso. Lo único que probaba tu implicación. Así que lo silenciaste de una vez por todas.

¿Dónde estaban los *flics*? Le temblaban las manos. Tenía que conseguir que

siguiera hablando.

—¿No fue eso lo que ocurrió? Te diste cuenta de que Petru trabajaba de incógnito para la DST. Sabías que estaban acercándose —continuó apresuradamente—. Yo también me acerque demasiado, así que lanzaste las sospechas sobre Lucien.

Él le retorció los brazos con tanta fuerza que se le paró la circulación.

—Un poco tarde, Chica Maravilla^[13].

Gotas de sudor le bañaban el labio superior. ¿No se habrían dado cuenta los *flics* de que Yann se había escapado en medio de la confusión?

—¿Por qué ahora? ¿Por qué trasladar tantas armas ahora?

—Conari y sus camiones de construcción. Un poco aquí, un poco más allá. No le importaba siempre y cuando se le pagara. —Los ojos de Yann brillaban—. Es alucinante cómo, al final, todo se reduce al dinero. Nunca se tiene el suficiente.

La obligó a arrodillarse sobre una tumba rodeada por una verja de hierro combada. Aimée hacía esfuerzos para respirar cuando sintió el hierro oxidado que se incrustaba en sus costillas. Se forzó a continuar.

—Pero eres un perfeccionista. La tormenta, la fiesta, atraer a Jacques hasta el tejado sabiendo que traería refuerzos. Todo fue bien hasta que llegaste a la claraboya. Se te olvidó arreglarlo todo para que Laure tuviera residuos de pólvora en las manos. —Jadeaba, y la sangre se le estaba subiendo a la cabeza—. Con las prisas, pusiste tu propia pistola en sus manos y disparaste. Tu único error.

—Tú me gustabas —dijo él, acercándose a su oído con su cálido aliento. Le acarició la mejilla con la fría boca de la pistola—. ¿No te diste cuenta? ¿Esa noche en el café? Pero yo no era nadie para ti, no te interesaba. Ojalá...

Sus palabras hicieron que se le pusiera carne de gallina.

—No eres mi tipo.

La golpeó con el dorso de la mano, lanzándola contra algo puntiagudo. ¿Sería una cruz? Ella se agarró al suelo con las manos llenas de tierra.

—Déjalo ya, Yann. Todo ha terminado.

Entonces él la pegó una patada y ella se desplomó sobre la superficie llana y suave de una losa. Sus ojos se fijaron en las letras grabadas en el granito delante de sus narices: «François Truffaut 1932-1984». ¿Iban a matarla sobre la tumba de Truffaut, aquel oriundo de Montmartre que había inmortalizado el *quartier* en sus películas? No si podía evitarlo.

—¡Eres como todas las demás!

—Segundo error. —Ella le lanzó una patada al muslo y él gritó de dolor. De alguna manera pudo incorporarse pero él volvió a empujarla hacia abajo.

—¡Zorra!

Ella se balanceó y le tiró tierra a la cara. Un disparo explotó junto a su oído, dejándola sorda. Una sensación de quemazón le surcaba el brazo. Lo embistió con todas sus fuerzas y la cabeza de Yann crujió al caer sobre el granito a su lado. Rebuscando con las manos entre las hojas mojadas encontró la pistola al tiempo que

Yann, conmocionado, yacía gimiendo junto a ella.

Sintió una lluvia de piedrecillas sobre su mano, levantó la vista y vio a René. Aún le pitaban los oídos.

René se agachó y la ayudó a levantarse, luego sacó un trozo de cuerda del bolsillo y ató las manos de Yann.

—Gracias, socio —dijo Aimée sujetándose el brazo que sangraba y la pistola.

Él se sacudió la chaqueta mientras echaba un vistazo a su atuendo, cubierto de barro y hojas mojadas.

—¿Nuevo *look*?

—¿Eh? Mírame cuando me hables hasta que pueda oír de nuevo.

—Esclava de la moda hasta el final —dijo René poniendo los ojos en blanco—.

Dijiste que querías que los *flics* acabaran con esto.

Aimée se apoyó contra un árbol y vio un uniforme azul que rodeaba la lápida.

—Ya era hora.

Sábado, por la tarde

Desde el escenario bañado por tonos rojizos, naranjas y rosados llegaban las vibraciones del ritmo oscuro e hipnótico. La canción de Lucien, aderezada por el *hip-hop* y los tensos acordes de la *cetera* transportó a Aimée a un lugar lejano bañado por el siroco del sur. A pesar de los analgésicos, la música la emocionaba y le hacía evocar el aire con aroma a monte bajo, el aleteo de los peces de escamas plateadas en la red y la isla de granito sumergida en el sol. Bajo el anodino techo negro, la música de Lucien transportaba a la audiencia.

Aplausos. La gente comenzó a pulular y entonces Aimée fue consciente de la mano de Lucien, grande y cálida, sobre su hombro. Trató de no mostrar un gesto de dolor.

—Tienes un don —dijo, elevando la vista hasta sus ojos hundidos.

—¿Me dejas que te enseñe una cosa?

Ella asintió.

Salieron del Conservatorio Nacional de París y subieron por las empinadas calles. Al lado de un edificio con fachada de cristal, un antiguo taller, Lucien retiró la verja de hierro.

—Espero que merezca la pena, músico.

—Sigue, conozco al dueño —repuso él.

Ella atravesó las malas hierbas del jardín y siguió un sendero a través de la maleza, agradecida de llevar pantalones de cuero. Sus ojos se encontraron con una terraza desierta con muchas mesas redondas.

—Es un restaurante.

—¿Qué te parecería una vista única?

La condujo hacia la parte de atrás y abrió una puerta con una larga llave de color negro. Ella lo siguió por las serpenteantes escaleras con olor a cerrado. Lucien abrió una ventana que chirrió al abrir. Lo que vio la dejó sin respiración. Las aspas de madera de un molino de viento enmarcaban el mar de tejados de zinc y chimeneas a sus pies. Se encontraban en el molino del Moulin de la Galette.

—Esto sigue siendo un pueblo —dijo ella—. París aún no lo ha domesticado.

—Me han invitado al World Music Festival de Londres —le dijo entonces Lucien.

—¡Enhorabuena! Me alegro por ti. —Echó un vistazo a su reloj de Tintín—. Antes de que te vayas yo también tengo algo que enseñarte.

Sus piernas se tocaban bajo las sábanas. La envolvía su calidez. Suspiró y le pegó un pequeño codazo. Como respuesta, él la abrazó, la besó en el cuello y continuaron con lo que estaban haciendo.

Un rato más tarde, Aimée pestañeó hasta abrir los ojos. *Miles Davis* estaba

acurrucado hecho un ovillo entre los dos. La débil luz invernal se reflejaba en la gastada chaqueta de cuero de Lucien que colgaba sobre la puerta del armario. Del bolsillo sobresalía el billete de tren para Londres. Sus vaqueros estaban en el suelo. La funda de su *cetera* se recortaba contra la ventana con vistas al Sena.

—¡Eh, músico! —exclamó Aimée mirando el reloj sobre el tocador—. Llego tarde.

Como respuesta, él se cubrió la cabeza con la almohada.

Ella se levantó, se deslizó dentro de los pantalones de piel negros, metió con cuidado el brazo vendado en las mangas de su jersey de cuello redondo y salió de la habitación.

* * *

Encontró a Morbier en el hospital junto a la cama de Laure con una sonrisa torcida.

—Me alegro de que aparezcas, Leduc —dijo—. Ya he pasado el parte a Laure, pero seguro que tú lo adornarás con detalles.

Besó a Laure en las mejillas. Tenía las sienes adornadas por moratones amarillentos, señal de que se estaba curando.

—Sin tu ayuda, Laure, los *flics* no hubieran podido cogerlo.

—*Bibiche*... —Eso fue todo lo que pudo entender Aimée. El resto era confuso. Laure tecleaba con furia en el ordenador.

Morbier leyó en alto: «Me han rehabilitado y han exculpado a Jacques. Consígueme una nueva logopeda; esta es lenta e idiota».

Aimée sonrió y se volvió. Media hora más tarde estaba caminando del brazo de Morbier sobre el suelo de azulejos. Se detuvieron en las ventanas desde las que se veían las fuentes sin agua del patio. El borde estaba recubierto por una capa de hielo.

—No se lo dirás, Leduc —dijo Morbier.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Un poco de cada —suspiró él.

—Ludovic Jubert me contó que hicisteis un pacto en la academia de policía. Una especie de «uno para todos, todos para uno». ¿Es cierto?

Morbier desvió la mirada y se removió dentro de los gastados zapatos marrones.

—Así que mi padre, ligado a esa promesa, no informó sobre Rousseau a pesar de su corrupción. Tampoco tú o Jubert. Después de la muerte de papá... —Se detuvo y tomó aire—. El informe sobre Rousseau dice que papá aceptaba sobornos y sabía lo del tráfico de armas. Era más fácil así, así que los dos mantuvisteis la boca cerrada siempre y cuando Rousseau se mostrara de acuerdo con jubilarse.

Morbier estaba quieto. Tan quieto que se oía el ruido de las ruedas de goma de las camillas al deslizarse por el suelo y los ahogados sollozos de una mujer que se balanceaba sobre un banco con las manos sobre su cara.

—La vida y la muerte contienen secretos, Leduc —repuso Morbier—. Algunos están mejor ocultos.

Su padre estaba limpio. Lo sabía, todos lo sabían. Excepto Laure. Pero ella no se lo diría. No podría.

Se detuvieron afuera en el muelle, frente a la fachada iluminada del Hôtel de Ville y Notre Dame a la derecha. Y todo estaba en su entorno.

Alisó la solapa de *tweed* de la chaqueta de Morbier y se quedó mirando el lento fluir del Sena. Diminutos puntitos de hielo relucían sobre los peldaños de metal que en un tiempo se utilizaron para amarrar las barcazas. Y en ese preciso instante, en las sombras del crepúsculo y con el ulular de las sirenas en la distancia, la risa de un niño que pasaba sentado en una sillita y el batir del Sena a sus pies, se sintió en paz con sus fantasmas. Por ahora.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Notas

[1] N. de la T.: Título que se les da a los abogados en Francia. <<

[2] N. de la T. *Arrondissements* un término francés que se utiliza para designar cada uno de los veinte distritos municipales en los que está dividido París. <<

[3] N. de la T.: Los *zoot suits* eran trajes que se pusieron de moda en los años treinta: pantalones anchos, de talle alto sujetos por tirantes y con chaquetas largas. Se llamaba *zazous* a quienes los llevaban. Posteriormente esa indumentaria se identificó con los italoamericanos. <<

[4] N. de la T.: Policía judicial. <<

[5] N. de la T.: Base de datos central de la policía. <<

[6] N. de la T.: Dirección de Transmisiones Informáticas. <<

[7] N. de la T.: Dirección de Vigilancia del Territorio. <<

[8] N. de la T. *Techie* es el término inglés ampliamente utilizado para referirse a las personas que muestran gran interés por la tecnología. <<

[9] N. de la T.: abreviatura de «Reenseignements Generaux», la Oficina de Investigación Francesa. <<

[10] N. de la T.: Marianne encarna la República Francesa y representa la permanencia de los valores de la república y de los ciudadanos franceses. Varias famosas han prestado sus rasgos para los bustos de las mariannes, entre ellas Laetitia Casta, a quien se refiere la autora. <<

[11] N. de la T.: Insulto vulgar en francés equivalente al castellano «cabrón». <<

[12] N. de la T.: Intelectuales. <<

[13] N. de la T.: «Chica Maravilla» es la traducción habitual del personaje americano de comic Wonder Girl. Posee superpoderes que incluyen una gran fuerza y el poder de volar. <<